

A photograph of three women from the waist down, wearing black dresses and high heels, holding martini glasses. The woman on the left wears black ankle boots, the middle woman wears black pumps, and the woman on the right wears black pumps. The background is a plain, light-colored wall.

Entre damas
ANDA EL JUEGO

ESTER G. ESCOBAR

Entre damas
ANDA EL JUEGO

ESTER G. ESCOBAR

Entre damas anda el juego

© 2017, Ester González Escobar

© De esta edición: Dreams! servicios editoriales

© Portada: MunyxDesign

©Diseño interior: MunyxDesign

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

A Josep y Marta, con todo mi amor.

----- 1 -----
¡Quedas detenido
POR SINVERGUENZA!

----- 2 -----
¡A la mierda
LA SUPERNANNY!

----- 3 -----
para vestir
SANTOS

----- 4 -----
Reunión
DE CHIGAS

----- 5 -----
El
ANZUELO

6
El
PLAN

7
¡Ha
PICADO!

8
De
PESCA

9
Más hilo.
POR FAVOR

10
¡Pescada!

----- 11 -----
¡y ahora
QUÉ?

----- 12 -----
En
BANDEJA

----- 13 -----
El
KARMA

----- 14 -----
Una anguila
MUY ESCURRIDIZA

----- 15 -----
En defensa
DE SUS INTERESES

-----16-----
El
CHANTAJE

-----17-----
Al
DESCUBIERTO

-----18-----
¿Que hiciste
QUE?!

-----19-----
Retroceso

-----20-----
sin mirar
ATRÁS

-----21-----
y
SUCEDIÓ

-----22-----
Petrificus
TOTALUS

-----23-----
¡Maldita deformación
PROFESIONAL!

-----24-----
Daños
COLATERALES

-----25-----
La
CONFESIÓN

-----26-----
Mentiras

-----27-----
y el premio
A LA PEOR ACTUACION ES PARA...

-----28-----

La
CULPA

-----29-----

En
SHOCK

-----30-----

¿cuáles son
TUS PLANES DE FUTURO?

-----31-----

Infidel

----- 32 -----

El
SILENCIO

----- 33 -----

El juicio
FINAL

----- 34 -----

Volver
A CASA

----- 35 -----

Muchas cosas
QUE CONTAR

No me
HAGAS DAÑO

Epílogo

Agradecimientos

I PARTE
LAS TÁCTICAS

----- 1 -----

¡Quedas detenido POR SINVERGÜENZA!

Diana se recostó en el asiento de su Audi A3 y dio un sorbo al café de su termo. Ese día le tocaba vigilancia. Le encantaba la vigilancia, se sentía como uno de aquellos policías de las películas que siempre acababan pillando a los malos. Solo que ella no era policía, se obligó a recordarse a sí misma, así que nada de placa ni pistola. Qué pena, pensó. A veces le habría gustado apuntar con su arma a alguno de los especímenes a los que investigaba y gritarles: “¡Quedas detenido por sinvergüenza!”

Aquella era una de esas veces. La mujer a la que debía investigar tenía treinta años, era nacida en Serbia y al parecer era una desalmada cazafortunas. Había conocido a un chico un fin de semana y se lo había camelado. El chico, un pobre inocentón, de familia acaudalada, que rondaba

los cuarenta y nunca había tenido una relación estable, cayó de cuatro patas. Contentísimo, le contó a su familia que por fin tenía novia, a lo que estos no dieron mucho crédito; sin embargo, a los dos meses ella se instaló en su piso.

La chica, Christine, que así se llamaba, tenía un visado de vacaciones a punto de caducar, pero ese era un pequeño detalle al que su novio no le daba importancia. Tampoco le importaba que ella no tuviera trabajo. Que ella no lo buscara en absoluto y se pasara todo el día en el piso de él sin hacer nada, fumando, conectada a Facebook, Twitter, Instagram y demás redes sociales, tampoco ayudaba mucho.

Todo esto tenía a la familia de Ángel con la mosca detrás de la oreja. Cuando empezó a gastar su dinero de forma desorbitada en ropa, joyas, zapatos, bolsos y todo lo que le apetecía, la familia decidió contratar sus servicios, para probar que Christine estaba engañando al pobre Ángel y que solo perseguía su dinero.

Sin embargo aquella vigilancia iba a resultar difícil. La mayoría de las veces, quien la contrataba le facilitaba datos del sujeto a investigar, tales como lugar de trabajo, aficiones, horario laboral, lugares a los que acudía con regularidad, direcciones de amistades, etc., que le facilitaban la labor a la hora de seguir al objetivo y conseguir así la información necesaria para emitir su posterior informe, pero en aquella ocasión la familia de Ángel no había podido facilitarle nada de todo aquello. La chica no trabajaba, no iba al gimnasio ni a ningún lugar de ocio habitual, no sabían quiénes eran sus amistades y mucho menos dónde vivían, lo único que sabían de ella era su nombre y poco más.

Con la escasa información de que disponía no sabía por dónde empezar. Decidió iniciar la vigilancia a partir de media tarde en el piso de Ángel. Si no trabajaba y no hacía nada en todo el día debía resultarle asfixiante esa inactividad, encerrada durante horas entre cuatro paredes.

Diana suponía que saldría aunque fuera a dar una vuelta a la manzana, a fumar o de compras... Alguna cosa tendría que hacer durante el día...

Aparcó su vehículo en la parte más alta de un descampado que hacía las veces de aparcamiento, situado enfrente de la vivienda, un precioso dúplex en Sarriá, en Can Caralleu, cerca de la Ronda de Dalt. El aparcamiento le ofrecía una vista perfecta de la casa. Miró hacia la ventana del salón, situado en el primer piso, cuya persiana estaba abierta, dejando a la vista el interior, pero no vio ningún movimiento. Divisó un par de sofás de color claro, paredes claras, un gran televisor de pantalla plana –por la que su marido daría un brazo–, una moderna mesita de centro bicolor, y una gran planta en una esquina. No supo identificarla, no sabía nada de plantas. Le molestaba no saber nada sobre algo.

Nota mental: comprar un libro sobre plantas.

Las paredes del dúplex estaban cubiertas por un par de grandes cuadros de arte moderno que parecían muy caros. Estaba claro que Ángel tenía dinero.

Diana permaneció en el coche alrededor de tres horas, con la radio encendida y la música no muy alta, para no llamar la atención y sobre todo, no distraerse del objetivo. Iba variando, de Rock FM a M80, y de vez en cuando a Europa FM.

Cuando se le acabó el café y el frío del mes de enero le empezó a calar en los huesos, el tiempo comenzó a transcurrir más lento, hasta que sintió la necesidad de estirar las piernas. Bajó del coche y cruzó la acera, situándose debajo del edificio de Ángel, de modo que si él o Christine miraban por la ventana no pudieran verla. Caminó arriba y abajo de la calle un par de veces, girándose de vez en cuando, no quisiera la casualidad que Christine saliera justo en ese preciso instante. Al no detectar movimiento alguno, decidió volver al coche para marcharse de allí; por hoy se había

terminado la vigilancia. No parecía que aquel día fuera a dar sus frutos. Además, en un par de horas tenía una cita ineludible.

Diana y Juan llegaron diez minutos antes a la consulta de la doctora Anaya. Diana odiaba llegar tarde. Le parecía una falta de respeto hacia los demás y una falta de organización. La chica de la recepción, una joven de veintitantos, con el pelo recogido en una coleta rubia y con exceso de maquillaje les hizo pasar a la sala de espera, donde ambos tomaron asiento.

Juan cogió una revista. No es que le interesaran lo más mínimo las revistas que pudiera haber allí, pero estaba nervioso y malhumorado y quería distraer su mente de algún modo. Diana no parecía nerviosa pero en su fuero interno se preguntaba si aquello habría sido una buena idea.

“Diez ideas para no perder la pasión”, leyó Juan. Joder, pensó, ¿qué hago yo aquí? Dejó la revista donde estaba y se puso a jugar con su móvil. Diana lo miró de reojo. No soportaba que hiciera eso.

Al cabo de cinco minutos oyeron a alguien salir de alguno de los despachos de la consulta y a una pareja que se despedía. Era su turno, pensaron los dos. Juan, de forma inconsciente, se incorporó en su asiento con la espalda recta, en tensión. Diana suspiró hondo. ¡Allá vamos!, se dijo a sí misma. No podía echarse atrás, al fin y al cabo la idea de ir a terapia de pareja había sido suya.

–Ya podéis pasar –les indicó la recepcionista.

La siguieron por un pasillo hasta una de las puertas de la consulta, que se hallaba entreabierta. Ella llamó con los nudillos.

–Adelante –dijo una voz.

La recepcionista les hizo pasar y a continuación cerró la puerta tras de sí. Ya no había escapatoria.

–Buenas tardes, soy la doctora en psicología Eva Anaya –se presentó.

Ambos estudiaron a la mujer durante unos instantes. Se trataba de una mujer oronda que rondaba la cincuentena, sin embargo tenía el pelo totalmente blanco, de forma que parecía mayor. Llevaba unas grandes gafas negras de pasta, no muy modernas, como las que se llevaban en los años ochenta, que le daban un aire intelectual, a la vez que bonachón. A Diana le recordó a la señora Doubtfire. Aquella idea le dio ganas de reír pero se contuvo.

–Diana –dijo ella tendiéndole la mano–. Y él es Juan.

Se sentaron cada uno en una de las sillas que había acomodadas frente a la doctora.

–Bien, hoy es vuestra primera sesión. Sé que estaréis nerviosos. Debéis abriros a un extraño y eso no siempre es fácil, pero creo que viniendo aquí ya habéis dado el primer paso y eso es lo importante. –La doctora Anaya hablaba con un tono tranquilo y sosegado, mirándoles a los ojos, tratando de generarles confianza–. Hoy vamos a conocernos un poco, y vais a explicarme qué esperáis obtener de mis sesiones. Para ello, decidme, ¿por qué estáis aquí?

–Porque me lo ha pedido mi mujer –contestó Juan, con un tono de voz que dejaba entrever sin lugar a dudas que el estar ahí no había sido en absoluto idea suya.

–Sí, la mayoría decís lo mismo. –Río la doctora Anaya–. Pero no te ha puesto una pistola en el pecho, ¿no?

–Bueno, casi... –bromeó Juan con timidez, sintiéndose un poco más relajado al ver que la doctora tenía sentido del humor y que, al parecer, no tenía ninguna intención de tumbarlo en un diván.

–Entonces, partimos de la base que ambos estáis aquí por propia voluntad, porque queréis afianzar vuestra relación de pareja.

Diana movió la cabeza de forma afirmativa. Juan también, pero con

menos convicción.

–¿Estáis casados?

–Sí. Llevamos cuatro años casados. Pero trece juntos –aclaró Diana.

–Vaya, felicidades. Eso es mucho tiempo. No hay muchas parejas tan jóvenes como vosotros que lleven tanto tiempo juntos.

–Es que nos conocimos en la universidad –explicó Diana. Y salimos durante mucho tiempo, hasta que nos casamos.

Juan miraba al techo, aburrido. No le veía el sentido a estar allí ni a contarle su vida a aquella desconocida.

–Bien. Si os parece, voy a pedirlos a cada uno de vosotros que me diga, a grandes rasgos y sin entrar en detalles, lo que pensáis que podría mejorarse en vuestra relación, ¿entendido? –Los dos afirmaron con la cabeza.

–Diana, empieza tú –indicó. Por experiencia, sabía que a las mujeres les resultaba más fácil expresar sus emociones en esa clase de sesiones.

–Bueno... –dijo esta, titubeando–. Lo que pasa es que..., siento que las cosas ya no son como antes de casarnos; que nos hemos dejado llevar por la rutina... Noto como si hubiéramos perdido un poco... –Diana miró a Juan, sintiéndose algo cohibida y culpable–... la chispa.

–Ahá..., Juan, ¿qué dices tú?

–A mí me parece que todo está bien. No creo que tengamos ningún problema –contestó Juan con voz calmada, pues no pretendía ofender a la doctora afirmando que sus servicios no eran necesarios, aunque ese fuera su pensamiento.

–Entiendo. Pero al parecer tu mujer piensa que hay algo que se puede mejorar. ¿No te gustaría intentarlo?

Juan suspiró y se encogió de hombros. No iba a poder librarse de aquello con tanta facilidad.

–Tengo que deciros que esta es una situación muy habitual. Muchas

parejas vienen a verme por lo mismo. Creo que todos cuando nos casamos pensamos: “Yo no me dejaré llevar por la rutina, nosotros somos especiales y conservaremos lo nuestro como ahora”, pero en la inmensa mayoría de casos eso no es así. La vida se encarga de que no sea así: nos pone trabas, dificultades, obstáculos; en definitiva, nos pone a prueba, pero hemos de ser capaces de superarlas y de trabajar juntos para no dejarnos vencer. –Hizo una pausa–. Diana, ¿podrías ponerme un ejemplo de algo que eches de menos de tu vida en pareja?

–Pues... el salir a cenar, por ejemplo. Antes íbamos una vez por semana y ahora no vamos casi nunca.

–Juan, ¿tú cómo lo ves?

–Bueno... –Se removió incómodo en su asiento–. Es cierto que antes salíamos más a menudo pero era porque no vivíamos juntos. Ahora nos vemos cada día, así que no creo que haga falta... Y yo me siento muy a gusto en casa con Diana.

–Lo cierto es que el hecho de salir implica varias cosas, y todas ellas positivas; no se trata solo de *ir* a cenar sino de todo el ritual que ello supone: arreglarse, ponerse atractivo, elegir un sitio bonito, y sobre todo estar en un ambiente propicio para que surjan otro tipo de conversaciones distintas de “¿cariño, qué hacemos de cenar esta noche?” –La doctora Anaya pronunció estas palabras mientras ponía los dos pies encima de su mesa, con las gafas en la punta de la nariz y un bolígrafo en la boca a modo de cigarro colgante. Ambos rieron ante la imagen, pero entendieron a la perfección lo que ella quería decir.

–Bien, pues os voy a poner deberes. –Diana y Juan se miraron, un tanto asustados–. Quiero que esta semana hagáis algo juntos, no tiene por qué ser salir a cenar, puede ser ir al cine, al teatro, a pasear, o a una convención Manga, lo que queráis, pero juntos, ¿entendido?

—Sí —contestaron los dos al unísono.

Antes de irse, la doctora les dio unos caramelitos, como si fueran unos chiquillos.

Cuando salieron de la consulta estaban más relajados. Diana estaba contenta, la doctora Anaya le había caído muy bien y le inspiraba confianza, parecía que sabía lo que hacía. Juan no estaba tan eufórico como Diana pero pensó que no había sido tan terrible, después de todo.

Aquella noche parecía que el espíritu de la doctora Anaya rondaba por la casa, vigilante, mirándolos por encima de sus enormes gafas. Los dos se esforzaron por mostrarse cariñosos, cocinaron juntos, abrieron una botella de vino para cenar y vieron la televisión abrazados, como solían hacer cuando eran novios. Ninguno de los dos habló mucho, por miedo a estropear el buen ambiente que se había creado a raíz de la sesión.

----- 2 -----

¡A la mierda LA SUPERNANNY!

Apenas acababa de despertarse y Gabi ya estaba juguetón.

–¿Por qué no tenemos otro hijo? –preguntó Gabi en un susurro, mientras le acariciaba la cintura, e iba subiendo la mano hacia sus pechos.

Alexis le apartó la mano con brusquedad.

–Ya hemos hablado de ello. No quiero tener otro hijo ahora. Daniel todavía es pequeño y nos necesita. ¡Si casi no tenemos tiempo de estar con él, cómo vamos a tener otro hijo!

–Me gustaría mucho tener una niña... Una tan guapa como su madre – insistió Gabi

–Sí, quedaríamos perfectos en la postal de Navidad. Pero eso no va a pasar. No voy a dejar mi trabajo para cuidar a un bebé otra vez.

–Pero Álex, es solo un tiempo..., hasta que pueda ir a la guardería.

Nadie la llamaba Alexis, odiaba ese nombre; le hacía pensar en un pasado

que habría querido borrar, al igual que el tatuaje que se había visto obligada a esconder bajo esa pulsera tribal tatuada en su muñeca derecha.

–Sí, ¿y luego qué? ¿Reduzco mi horario para salir antes y poder estar con los niños? ¿O vas a hacerlo tú?

–Ya sabes que yo no puedo –protestó Gabi–. Ya trabajo dos días desde casa. No me permiten hacer más.

–Pues yo no quiero. Y no quiero hacer pasar a mi cuerpo otra vez por todos esos cambios. –Se tocó la cicatriz de su cesárea de forma inconsciente–. ¡No voy a poder trabajar durante mucho tiempo!

–Pero cariño, ¡si la última vez te recuperaste enseguida! Y podrías aprovechar y grabar otro vídeo sobre cómo ponerte en forma después del embarazo. ¿Recuerdas lo bien que te fue?

Era cierto. Álex comenzaba a ser conocida como entrenadora personal cuando se quedó embarazada de Daniel, y aprovechó para grabar un vídeo sobre cómo ponerse en forma y recuperar la figura en tiempo récord después del embarazo. Fue todo un éxito en su momento.

Álex suspiró. Gabi era muy insistente cuando quería algo, pero ella ya estaba cansada de tener siempre la misma conversación, que no les llevaba a ninguna parte, pues ninguno de los dos parecía querer ceder.

Se levantó un tanto hastiada por la forma en que había comenzado el día, con la desagradable sensación de que su marido no estaba del todo satisfecho con la vida que llevaban y sin poder hacer nada por remediarlo. Bueno, de hecho sí podía, pero no quería.

Algo blando le golpeó en la cabeza, y su hijo entró en la habitación como un vendaval. Una sombra se abalanzó sobre ella gritando como un poseso.

–¡Mamiii! ¡Dezpieta, dezpieta, dezpieta, dezpietaaaaaa!

Mmmmmm, odiaba la forma que tenía su hijo de cuatro años de despertarla todas las mañanas, con esos gritos y esa explosión de energía.

Estaba claro que no había salido a ella, con lo que le costaba levantarse de la cama. Encendió la luz.

–Buenos días, *Spiderman* –articuló Álex–. Buenos días cariño –dijo, abrazando a Daniel.

Miró el despertador. Las siete y cinco de la mañana. ¡Maldita sea! Apagó su despertador, programado para que sonara a las ocho menos cuarto. La verdad es que no sabía por qué se molestaba en ponerlo, si nunca llegaba a sonar. De hecho, ni siquiera sabía si funcionaba, pensó.

Gabi fue a la cocina a preparar el desayuno, antes de salir a correr. Otro miembro de la familia que se levantaba con energía.

Álex se tomó su zumo de naranja mientras Gabi intentaba que Daniel se tomara el suyo, lo cual no era tarea fácil. La mayoría de los días el líquido naranja acababa en la mesa, en el suelo, en el pijama de Álex y en el de Daniel, en todas partes menos en su boca.

Al cabo de unos minutos, la mente de Álex empezó a despejarse y su cuerpo a desentumecerse, poco a poco. Bien, ya estaba lista para la guerra, y no era una frase hecha.

–Venga campeón, a vestirse. –Cogió de la mano a Daniel y lo acompañó a su habitación. Ahora tienes que ponerte la ropa que te ha preparado mami. ¿Recuerdas nuestra conversación? Tienes que vestirte tú solito porque eso es lo que hacen los mayores, y tú ya eres mayor, ¿verdad? –Daniel asintió con la cabeza.

–Bien, así me gusta. Cuando hayas acabado vienes a mi habitación, ¿vale?

Álex se metió rápidamente en la ducha. Tenía que aprovechar esos escasos diez minutos de paz. Se duchó, se secó el pelo a medias y se vistió con sus vaqueros, una camiseta, una sudadera y unas deportivas. Cuando se estaba atando la segunda, entró Daniel.

—Ya eztá, mami. —Daniel sonreía triunfante.

Estaba claro que no le había gustado la ropa que ella le había preparado. Se había puesto sus pantalones pirata preferidos, a pesar de que estaban a mediados de enero. Como debía de tener frío, se puso los calcetines largos de deporte, llevaba su jersey gris de Mickey Mouse y en la cabeza, una cinta de las que se ponía Gabi cuando salía a correr. Dios mío, parecía un rapero paleta en miniatura. No podía dejar que saliera así de casa.

Con un profundo suspiro cogió a Daniel de la mano y se lo llevó a su habitación, dispuesta a vestirlo ella misma puesto que era la única manera de que pudiera llegar puntual al trabajo. ¡A la mierda la *super nanny!*, pensó. Seguro que ella no tenía hijos. Estaba segura de que grababa el programa y cuando llegaba a su casa se ponía las zapatillas, se atiborraba de vino y se alegraba de no haber fabricado una de aquellas fierecillas.

Por fin, después de veinte minutos de gritos, patadas, llantos y las primeras palabrotas que al parecer Daniel había aprendido, Álex consiguió vestirlo y se percató de que, como siempre, apenas le quedaban cinco minutos para desayunar antes de llevar a Daniel al colegio. Engulló el bol de cereales con leche, cogió la mochila de Daniel y casi se lo cargó a la espalda para meterlo en el coche. Pensó en Gabi, corriendo por las calles del Barrio Gótico de Barcelona con sus cascos, aislado de todo, relajado, mientras ella lidiaba con aquella pequeña fiera.

¿Cómo podía Gabi pensar si quiera en tener más hijos? Solo de pensarlo le daban ganas de atarse las trompas ella misma, con un nudo marinero, a ser posible. ¡Hasta hacía que Gabi se pusiera dos preservativos cuando estaba ovulando! El pobre estaba desesperado, pero ella no daba su brazo a torcer. Le había intentado convencer para que se hiciera la vasectomía, pero él no quería ni oír hablar del tema; quería tener otro hijo y estaba convencido que con el tiempo Álex cedería.

Cuando por fin dejó a Daniel en la puerta del colegio, o mejor dicho en el suelo de la puerta del colegio, gritando y pataleando, sintió una mezcla de alivio y remordimiento, por sentirse aliviada.

Al llegar a su trabajo se dirigió al vestuario, donde se cambió, poniéndose sus mallas negras, sus zapatillas rosas y su top negro y rosa. En su trabajo siempre iba conjuntada, para causar buena impresión. Al contrario que en casa, donde siempre iba muy cómoda, con ropa vieja y holgada. Solo se arreglaba cuando salía, que era muy, muy, muy poco. Ella solía decir que no se vestía, se tapaba. Pero a Gabi no le importaba. “Estás muy sexy con ese trapo”, le decía. Lo cierto es que Gabi se ponía tontorrón con cualquier cosa que ella llevara, y más si dejaba un trozo de carne al descubierto. Parecía mentira que estuvieran juntos desde los veinte años.

Tenía por delante tres clases de *body pump*, tras lo cual siempre se tomaba un rato para ella: corría media hora en la cinta, hacía unos cuantos largos en la piscina y terminaba con un agradable baño en el jacuzzi. Era el único rato del día en el que podía relajarse, y era un ritual sagrado para ella. Acababa de bajar de la cinta cuando oyó una voz tras de sí.

–Hola, muñeca.

Se giró y su mirada se topó con un híbrido entre Musculman y Valentino; casi tenía que ponerse gafas de sol para que su color naranja de solárium no la deslumbrara.

–Hola –contestó Álex tajante. No tenía ningún interés en hablar con él, pero consideraba que era de mala educación no contestar cuando alguien la saludaba.

– Te va el ejercicio, ¿eh?

–Sí, soy monitora de *body pump*, doy clases aquí por las mañanas.

–Oh, claro, entonces va a ser por eso que tienes ese cuerpo–el musculitos

sonrió de una forma que le dio náuseas—. Pues quizá me pase por tu clase —añadió, repasándola de arriba abajo, y deteniéndose sin ningún disimulo en su trasero. A continuación le guiñó un ojo, al tiempo que apoyaba su antebrazo en una de las máquinas de elíptica, en un intento obvio de que se le marcara el bíceps.

—Claro, pásate. —Sonrió Álex con falsedad—. Aunque no sé si la aguantarás.

—¿Qué? —Musculman se había ofendido.

—Mira, “muñeco”, ni tú eres Ken ni yo tu Barbie, no nos vamos a comprar el Barbie-coche ni vamos a tener Barbie-hijos, así que, gracias pero no me interesas. Yo vengo aquí a trabajar, no a hacer relaciones sociales, y mucho menos a ligar. —Se giró en redondo marchándose de allí, dejando al musculitos con la boca abierta.

Estaba cansada de que los tíos le entraran a menudo; era consciente de que podía considerársela guapa, con su rizada melena pelirroja y sus ojos color miel, y que debido al ejercicio su cuerpo estaba tonificado, así que no le extrañaba pillar a algún hombre mirándola de reojo mientras hacía sus ejercicios; sin embargo ella nunca había dado pie a ningún tío a creer que estaba interesada en él, por lo que no entendía que siguieran insistiendo y menos aún que le entraran como búfalos en celo.

Tendría que reconsiderar el ponerse su anillo de casada cuando fuera a trabajar, aunque le molestara y se le hincharan los dedos con el ejercicio.

----- 3 -----

Para vestir SANTOS

Aquella mañana, a primera hora, su jefe la llamó a su despacho por la línea interior.

–Noa, ¿tienes un minuto para comentarte un asunto?

–Claro, ahora voy.

Su despacho era un antigua fábrica de pinturas que había sido remodelada hacía unos quince años, respetando su estructura de ladrillo rojo, con sus techos abovedados, un sistema de vigas que quedaban al descubierto, y unos grandes ventanales a ambos lados, que aportaban mucha luz y sensación de amplitud al espacio. Era un bonito despacho, aunque tenía el inconveniente de oír a los demás compañeros cuando mantenían una acalorada conversación telefónica, cosa que sucedía en no pocas ocasiones.

–Tú dirás –dijo Noa, sentándose frente a Óscar y admirando en secreto,

una vez más, lo bien que le quedaban los trajes italianos ajustados.

–Tengo un caso para ti –contestó Óscar, echando un vistazo furtivo a sus bonitas y largas piernas, enfundadas en unas medias tupidas –demasiado, para su gusto– y unos altísimos tacones.

La verdad es que aquella mujer era impresionante: podía desconcentrar a cualquiera en un juicio o en una reunión vestida a lo Mata-Hari moderna; de hecho, era una de sus mejores armas, además de su cerebro, en las negociaciones masculinas. Ella fingía ser una delicada flor y, cuando el contrario bajaba la guardia, zas, le clavaba su aguijón mientras el bendito todavía se hallaba admirando su anatomía. Ella lo sabía y, lejos de ofenderse por aquellas miradas, fomentaba su papel de *femme fatale* en el trabajo.

–¿De qué se trata? –preguntó Noa

–De un divorcio.

Noa enarcó una ceja, extrañada. Ella no solía llevar los asuntos de familia, y Óscar lo sabía.

–De un sucio y feo divorcio –aclaró Óscar, detectando su expresión.

–Oh, esto ya se pone mejor –sonrió Noa.

–Se trata de los señores Monfort.

–Ese nombre me suena a farmacia.

Óscar le contó la historia de la familia Monfort, de cómo el abuelo había abierto una pequeña farmacia en un pueblo algo apartado de Barcelona y cómo hizo crecer la fortuna familiar hasta terminar abriendo su propia casa farmacéutica. Ahora, el nieto del fundador iba a divorciarse después de veinte años de matrimonio y su mujer le había pedido una buena suma.

–¿Y quieres que yo lleve el asunto? –Noa se extrañó, no porque no fuera capaz de hacerlo sino porque antes importantes los atendía Óscar en persona.

–Verás, la señora Monfort es una buena amiga de mi familia. El otro día vino a verme a casa para exponerme su situación y pedirme que la

representara. Yo estoy demasiado implicado emocionalmente en el asunto, así que quiero que te encargues tú.

Noa se sintió halagada ante aquella petición. Había otros abogados en el bufete que se encargaban de los asuntos de familia, ella se dedicaba la mayor parte del tiempo a las empresas: fusiones, compras de empresas, separaciones de socios..., aunque colaboraba con otros compañeros en separaciones y divorcios cuando había de por medio un negocio familiar que valorar. Sabía que Óscar habría querido representar a la señora Monfort pero no podía, y se lo había pedido a ella. Por lo tanto, lo aceptó como un reto personal y profesional.

–Está bien, me encantará hacerlo. –Se disponía a levantarse cuando Óscar la interrumpió.

–Una cosa más.

–¿Sí?

–La clienta quiere que, ¿qué es lo que sueles decir tú?

–¿Le machaque las pelotas?

–¡Eso! ¡Que le machaques las pelotas!

–Lo intentaré. –Sonrió Noa, mientras abandonaba el despacho de su jefe.

A las tres en punto Noa apagó su ordenador y se despidió de sus compañeros, con el buen humor que solo podía explicarse por el hecho de ser viernes y tener un largo fin de semana por delante. Mientras se dirigía a su casa, sonó su móvil. Era su madre, como cada viernes a aquella hora. Al menos había conseguido que no la llamara mientras estaba trabajando, que le había costado lo suyo.

–Hola mamá –contestó Noa distraída. Cuando hablaba con su madre ponía el piloto automático. “Sí, mamá. No, mamá. Claro, mamá. Ahá. Ahá. Adiós. Yo también”.

–¿Qué tal todo, hija? ¿Ya tienes novio?

–No, mamá, no desde que hablamos la semana pasada. Han pasado solo siete días.

–En siete días pueden pasar muchas cosas. ¡En siete días Dios creó el mundo! Y le sobró uno.

–Pero yo no soy Dios, mamá.

–No, desde luego. Pero sí que te vas a quedar para vestir santos.

Noa suspiró, separándose el teléfono de la cara, para que su madre no la oyera. Siempre la misma cancioncilla.

–¿Has quedado con alguien especial este fin de semana? No quiero que estés sola en tu cumpleaños. ¡Me sabe tan mal no poder estar ahí! Pero es que fue Robert quien cogió el viaje, y perderíamos el dinero...

–No te preocupes, mamá. Lo celebramos cuando vuelvas. Y sí, he quedado con alguien –dijo Noa, para que su madre la dejara en paz. Lo cual no era del todo una mentira, aunque ella sabía que su madre al decir “alguien especial” se refería a un chico, y ella había quedado con sus amigas.

–¿Síiiii? Ay, qué ilusión hija. No quiero que te quedes sola. Ya tienes una edad...

–Joder, mamá, ni que tuviera cincuenta años... Que solo tengo treinta y tres.

–Ese vocabulario... Ay, hija, a los hombres no les gusta que hables como una verdulera. Y ya tienes treinta y cuatro, te queda solo un día. Eso significa que a partir de ahora empezarás a vivir tus treinta y cinco, hija.

–Vale, mamá, ya te contaré qué tal ha ido. –Noa ignoró su comentario. Su madre era única dando ánimos–. Ahora tengo que colgar. Adiós.

–Adiós, cariño. ¡Te quiero!

–Y yo.

A pesar de sus treinta y tres años aún tenía que contarle mentiras piadosas

a su madre. Conseguía que se sintiera como una colegiala. Y lo peor de todo es que después de mentirle se sentía culpable. Se sacudió como un perrito, para intentar quitarse esas sensaciones de encima.

Al llegar a casa, se puso su ropa de *running*, mientras Sushi, su precioso cocker de largo y sedoso cabello color canela, movía su colita con frenesí, pues sabía que cuando su dueña se ponía esa ropa y se calzaba esas zapatillas significaba que se iban a trotar. ¡Con lo que a él le gustaba! Para Noa, correr por la Rambla Cataluña con Sushi era uno de sus momentos preferidos de la semana. Junto con los fines de semana de sexo y desenfreno, claro.

----- 4 -----

Reunión DE CHICAS

Ese veintitrés de enero el restaurante estaba abarrotado de gente, como cualquier otro sábado por la noche. Tres chicas conversaban muy animadas en una de las mesas, en la que había otros asientos todavía vacíos.

—¡Vaya, tu vestido *ess fabuloso!* ¿De dónde *ess?* —preguntó una de ellas.

—¿Esto? —inquirió la otra con falsa modestia, fingiendo no sentirse halagada—. Es una baratija, no recuerdo dónde lo compré —*Sí, claro, a ti te lo voy a contar, para que vayas corriendo a comprarte uno igual.*

—Oh, qué *láastima.* —Su cara compungida podría hacer pensar a cualquiera de los presentes que su perrito había muerto.

—Qué raro, Noa se retrasa —dijo la tercera consultando su reloj de Chanel.

En ese preciso momento entró una chica en el restaurante y se dirigió a la mesa en la que estaban las otras tres. Iba espectacular, enfundada en un mini vestido Hervé Léger cual segunda piel, y unos fantásticos Louboutin de doce centímetros de tacón. Los dueños del restaurante estuvieron a punto de llamar a un masajista para aliviar los latigazos cervicales de algunos clientes.

Por los agudos chillidos, grititos y aullidos de las otras tres, Noa dedujo que había causado el efecto esperado, qué caramba, para algo era su cumpleaños. Sabía que para sorprender a las Ketchup debía estar insuperable aquella noche, y lo había conseguido. No estaba nada mal a sus treinta y cuatro años, reconoció.

El mote que Diana y Álex habían puesto a sus otras amigas le hizo pensar en ellas y en el hecho de que todavía no habían llegado, como de costumbre. Se había percatado de que, en sus celebraciones, ellas dos siempre aparecían juntas y diez minutos más tarde de la hora prevista, y creía, de forma acertada, que las Ketchup tenían algo que ver. No se imaginaba de qué podían hablar entre ellas.

Como era de esperar, a las diez y diez, aparecieron las chicas. Se saludaron de forma amistosa entre ellas aunque era evidente que no eran grandes amigas, y eso que desconocían sus motes respectivos.

—¿Habéis visto el Hervé Léger de Noa? ¡A que está *esstupenda!* —exclamó la Arrastra—Palabras, en un intento de entablar conversación con las Estiradas.

—¿El qué? —preguntó Álex.

—¡El vestido! —contestó Esto—Es—Una—Baratija—. ¡No me digáis que no sabéis que es un Hervé Léger! —Se asombró, mirándolas como si fueran seres de otro planeta, con tres ojos y dos cabezas.

—Esto... claro, claro, no me había dado cuenta —contestó Diana, no para quedar bien sino en una especie de reconocimiento al intento de integrarlas en

la conversación.

Tras el intento fallido de acercamiento, la cena siguió con las tropas cada una en su bando y Noa en territorio neutral, enarbolando la bandera blanca de la paz.

Álex y Diana se hallaban sumidas en una entretenida conversación de adultos –así la llamaban ellas– en la que Álex transmitía su entusiasmo por haber dejado a Daniel con Gabi y poder disfrutar de una noche de chicas, y Diana la ponía al día del caso de Christine.

–¡Ostras! –farfulló Álex, con la copa de vino en la mano–, ¡qué emocionante! ¡Es lo mejor que he oído en mucho tiempo, desde lo del *Mormón*!

El Mormón, como ellas le llamaban, fue uno de los casos de Diana. Su mujer la había contratado para investigarle porque creía que tenía un lío con su secretaria –los tópicos, aunque tópicos, no dejan de ser ciertos en la mayoría de ocasiones– pero lo que descubrió superó sus expectativas. ¡Estaba casado con otras dos mujeres, tenía siete hijos, y dos nietos en camino! Diana afirmaba que incluso había vendido el guion de su vida a una productora de Hollywood, aunque Álex no sabía si creérselo.

–¿Y qué vas a hacer ahora? –le preguntó al respecto de su vigilancia fallida.

–Pues voy a probar la vigilancia nocturna. Si no sale de día, tendrá que salir de noche. También me ha dicho su familia que pasa mucho tiempo en las redes sociales. He pensado crearme un perfil falso en Facebook y hacerme su amiga, a ver si descubro algo.

–¡Es una idea genial! –Se quedó pensativa unos segundos–. Oye, ¿qué te parece si lo hago yo? –propuso, con un destello de expectación en la mirada.

–¿Tú?

–Claro, ¿para qué crearte un perfil falso? ¡A mí no me conoce! Y así

puedo poner un poco de emoción en mi vida. Por favor –suplicó Álex con ojitos de Bambi.

–Está bien –accedió Diana.

No era una mala idea. Ella debía permanecer en el anonimato pero Álex no. Además, esta parecía muy emocionada con la idea. ¿Por qué no?

En el sector de las Ketchup no cesaban las risas, los brindis y los tintineos de las copas, a las que no daban tregua, hasta que llegó la hora del postre, o lo que una regla no escrita en los cumpleaños, la hora de los regalos.

–Chicasss, vais a alucinaaar con el regalo que le hemos preparado a Noa –no era la Arrastra–Palabras quien hablaba, sino Esto–es–una–Baratija, con unas cuantas copas de más.

–¿Ah, sí? ¿Y qué es? –preguntó cortés Diana.

–¡Ya lo veréis! –gritó la del reloj Chanel, dando palmas.

Álex puso los ojos en blanco al tiempo que miraba a Diana y ambas rieron. ¿Qué podían haberle preparado aquellas pijas descerebradas? ¿Un viaje a New York para ir de compras a la Quinta Avenida? No, muy caro. ¿Un pony? No, muy aparatoso. Vaya, muy a su pesar, las Estiradas tenían que reconocer que estaban ansiosas por ver cuál era el regalo de las Ketchup.

Un camarero se dirigió a la mesa de las chicas, con rostro circunspecto.

–Eh..., lo siento chicas, pero estáis armando mucho escándalo y algunos clientes se han quejado.

–¿Qué? –se indignó Noa–. No estamos haciendo tanto ruido. Además, es sábado por la noche y es mi cumpleaños –como si eso lo explicara todo–.

–¡Sí, no ssseas aguaffiestas! –Otra vez Esto–es–una–Baratija, que casi le tira la copa al camarero.

Este continuó, impertérrito:

–Vaya, felicidades señorita, pero insisto, como no bajen la voz voy a

tener que llamar a seguridad.

—¿Qué dice? —protestó Álex.

Aquello ya era demasiado. No iba a permitir que le arruinaran su noche de fiesta, a lo mejor en la próxima ya llevaba dentadura postiza y no podría saborear la comida como dios manda.

—Oiga, mire —dijo, poniéndole ojitos al camarero y agitando su melena de color fuego—; verá, hace mucho tiempo que no salgo con mis amigas, porque mi madre tiene Alzheimer, la pobre, y no podemos dejarla sola ni un minuto porque le da por salir a la calle, desnuda, con esos pechos que le llegan casi por las rodillas —Álex lo escenificaba para que el camarero se hiciera una idea de esos descomunales y colgantes pechos—, que si no tiene cuidado se tropieza con ellos, se cae, y se rompe los dientes. Pero lo peor no es eso, no; es que coge la corneta de su abuelo, de cuando este hizo la mili, y se pone a tocar y a bailar Paquito el Chocolatero, y claro, no vea la que se arma, con todo el vecindario mirando, a veces hasta viene la policía. ¡Una vez incluso tuvimos que ir a sacarla del calabozo! Claro, todavía estaba desnuda la pobre, y después cogió una neumonía....

El camarero estaba divertidísimo viendo hasta donde estaba dispuesta a llegar aquella chica con su historia, y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para cortar a Álex:

—No se preocupe señorita, la cosa no va con usted —le dijo, poniéndole una mano en el hombro y guiñándole un ojo.

A Diana y a Álex ya no les quedó ninguna duda de cuál era el regalo de las Ketchup cuando, a una señal del camarero, comenzó a sonar *You Can Leave Your Head On*, de Joe Cocker y el guapo camarero se convirtió, en un preciso gesto con el que se arrancó la camisa, en un musculoso *stripper*.

—¡Uuuuu! ¡Fiiiiuuuu! —aullaban y silbaban las Ketchup. Diana y Álex estaban la mar de divertidas, muy a su pesar. Los demás comensales del hasta

ahora respetable restaurante se unieron a los aplausos y vítores pues, al parecer, ya estaban acostumbrados, ya que los sábados por la noche empezaba a ser habitual el espectáculo.

El *streaker* representó a la perfección su ensayado papel, contoneándose ante Noa –o quizás sería más preciso decir encima de Noa–, arrancándose los pantalones, haciendo que Noa le diera unos cachetes en su firme trasero y le arrancara la pajarita con los dientes; en fin, todo el repertorio. Por lo que parece a Noa debió de gustarle porque cuando acabó su numerito le invitó a quedarse con ellas el resto de la velada.

–No puedo –denegó él–. No estaría bien.

–¿Por qué?

–Porque no forma parte de mi trabajo, no sería profesional.

–¿Pero eres mi regalo, no? –preguntó, coqueta–. Pues yo quiero que te quedes.

–Qué pasa, ¿no has tenido bastante? –le contestó él, siguiéndole el juego.

–Ni mucho menos –contestó, insinuante–. Por cierto, ¿cómo te llamas?

–Pierre.

–¿Eres francés?

–Pues... no. La verdad es que me llamo Pedro pero para este trabajo Pierre suena muchísimo mejor, ¿no crees?

–Sin duda. Pierre entonces.

Pierre la asió de la mano y la arrastró hacia el lavabo de caballeros del Soho Club, local al que fueron después de la cena a tomar unas copas. Entraron riendo a carcajadas y tambaleándose. Puede que no estuviera vacío, a Noa le pareció ver un par de figuras de espaldas que se giraron al oírlos, pero le daba igual. Pierre la hizo entrar en uno de los servicios y cerró la puerta con pestillo. A continuación la sujetó con firmeza de las muñecas,

poniéndolas en alto, por encima de sus cabezas y comenzó a besarla en la boca.

–¡Por fin! ¡Creía que tus amigas no se irían nunca!

–Sí, y yo...

–Shhht, no hables –le cortó él.

Pierre seguía besándola en la boca, en la parte interior de los brazos, en el cuello, en las orejas –dios mío, un mordisquito por favor, pensó Noa–. Sí, sí, ahí estaba, le estaba mordisqueando con suavidad el lóbulo de la oreja. Noa se sentía ardiente, todo el vello de su cuerpo estaba erizado y notaba pequeñas descargas eléctricas en todos sus músculos, sobre todo en la entrepierna. Casi sin darse cuenta Pierre le levantó el vestido y entró dentro de ella, sin preámbulos, con ímpetu. Duró poco; después de unas cuantas embestidas salvajes, Pierre terminó, devolviendo el vestido a su sitio y mirando a Noa, sudoroso y con una sonrisa de satisfacción.

Un terrible dolor de cabeza la despertó a la mañana siguiente. Tardó unos segundos en recordar la noche anterior. ¿Cómo había llegado hasta allí? Le asaltó un recuerdo borroso de Pierre y ella en un sucio y destartalado coche. También le parecía recordar que le había invitado a subir pero que él se negó. “Estás borracha cariño, hemos acabado por hoy”, dijo él. Su mente fue hacia atrás en el tiempo, y recordó el lavabo de caballeros del Soho Club. Lo que el día anterior le pareció un polvo salvaje y emocionante en un lavabo público, hoy se le representaba como una situación vergonzosa y humillante en un sucio y apestoso lavabo y con un tío a quién ella no importaba lo más mínimo. ¡Si ni siquiera se corrió! Se dijo a sí misma que algo como aquello no volvería a repetirse y estrujó a Sushi entre sus brazos.

–¡Menos mal que te tengo a ti! –suspiró, apretujándole contra su pecho. A continuación se levantó en busca de dosis ingentes de agua y un

antiinflamatorio. Ese solía ser su desayuno de los domingos.

5 El ANZUELO

Piiip. Nuevo e-mail recibido. Consultó su móvil. “Christine Roberts le ha añadido como amigo en Facebook.”

Había decidido crearse un perfil falso, tal como había quedado con Diana. Por lo que le había contado esta, en sus vigilancias nocturnas había descubierto que Christine era asidua de La Bambolina, un bar de copas para chicas situado en el Eixample, al que iba siempre sin Ángel y acompañada de una amiga. O a Christine le gustaban las chicas o tenía acciones de aquel bar. Ella apostaba por lo primero.

Álex se inventó un nuevo nombre, buscó a amigos de sus amigos para añadirlos y a un montón de desconocidos y colgó algunas fotos en las que

solo aparecía ella, o con algún grupo de gente, ninguna con Gabi o con Daniel. En su estado, indicó “soltera”. Vaya, qué fácil era crearse una nueva personalidad en la red. Decidió que no iba a dejar que Daniel tuviera acceso a Internet hasta los treinta.

¡Bien! Vamos a ver qué encontramos, se dijo. Álex comenzó por el muro. Christine la miraba, inmóvil, desde la parte superior izquierda de la pantalla. No era como se la había imaginado. Creía que sería algo así como una modelo de Victoria’s Secret, preciosa, alta y delgada, que enamoró al pobre Ángel con solo verla, como si de una aparición se tratara, pero no era así. Bueno, era guapa, tenía que reconocerlo, pero su belleza era fría. Sus ojos eran azules, pero su mirada era glacial y su sonrisa, una imitación barata de una verdadera sonrisa. Como si se la hubieran insertado con Photoshop. Tampoco era delgada. Estaba más bien rellenita: una vikinga morena, con ojos claros y sonrisa falsa, que parecía retarla desde el otro lado de la pantalla. “Acepto el reto”, le dijo una desafiante Álex a su ordenador, recogiendo el guante imaginario.

Situación sentimental: Soltera. Ciudad natal: Belgrado (Serbia). Cumpleaños: 17 de septiembre. Nacida en 1987. O sea que tenía veintiocho años. Siete menos que ella. Amigos: cuatrocientos ochenta y seis. ¡Cuatrocientos ochenta y seis! ¡Si ella tenía pocos más de cien! Pero era buena cosa que Christine fuera tan amigable, si no su plan de espionaje cibernético se habría ido al garete.

A continuación fue bajando el ratón por su muro, leyendo los últimos comentarios de sus amigos, algunos de los cuales estaban en inglés. El inglés no era su fuerte pero se defendía, podría entender lo básico, pensó. Después de leer durante casi una hora y media, lo único que sabía era que a Christine le gustaba el cine, la música –tenía un curioso y variado sentido musical: Beyoncé, Rihanna, Mariah Carey, Taylor Swift, pero también Eurithmics,

Janis Joplin o Paty Smith— y la playa. En cuanto a su profesión, ni una pista.

Luego pasó a las fotos. Barbacoas, cumpleaños y celebraciones varias. La mayoría de las personas que aparecían en las fotos eran chicas pero aquello no tenía nada de raro, la mayoría de sus amigos también eran chicas, pensó.

Sus padres eran dos personas normales, con el semblante un poco triste y la mirada de esas personas curtidas por la vida; parecían agradables, al contrario que su hija. Al parecer no tenía hermanos.

Había un álbum titulado *Spain*. Clicó en él. En la mayoría de fotos solo aparecía ella: ella tomando el sol, ella bañándose, ella posando a lo Ana Obregón, ella en la Plaza España, ella con el Oso y el Madroño, ella en la entrada del Museo del Prado —seguro que era solo postureo—; ¡por fin! Algún buen samaritano debió ofrecerse a hacer una foto a la pareja. Allí estaba Ángel, debajo del árbol de Navidad de la Plaza del Sol, sonriente y agarrándola fuerte de la cintura, como si temiera que ella echara a correr. No era muy alto, apenas sobrepasaba a Christine en unos centímetros, moreno, con el pelo ondulado y, ¿cómo decirlo? Feo. Sí, feo; cierto que la belleza era algo muy subjetivo pero habría sido muy difícil encontrar a alguien que hubiera calificado a Ángel de guapo.

El resto de las fotos eran de sitios diversos en los que había estado con Ángel: un montón de fotos insulsas protagonizadas en su gran mayoría por Christine y en alguna de las cuales aparecía el bueno de Ángel.

Tras más de dos horas navegando en la página de Christine, Alex se percató que siendo una mera observadora no iba a obtener la información que necesitaba —no podía esperar que aquella chica pusiera en su estado: “Teniendo una relación más falsa que Judas”—, así que decidió pasar al ataque.

“Mensajes”. Se quedó un buen rato frente al que se le antojó un

enorme agujero negro cibernético destinado al mensaje en cuestión, mientras el cursor parpadeaba, expectante. El primer mensaje era importante, pues debía acaparar la atención de Christine. Comenzaron a sudarle un tanto las manos y el corazón le latía más deprisa de lo normal. Al final apostó por la opción de chica misteriosa. Si Christine estaba tan pagada de sí misma como parecía desprenderse de las fotografías, seguro que llamaría su atención y querría saber más.

¡Hola! Me llamo Belinda, tú no me conoces pero yo a ti sí... Bueno, de vista. Hemos coincidido alguna vez en La Bambolina, tenemos amigas comunes. La verdad es que me pareces una persona interesante y me gustaría conocerte mejor.

Álex dudó, quizás era demasiado directo. No quería parecer una loca acosadora y asustar a Christine. Borró la última parte y volvió a leer el mensaje.

¡Hola! Me llamo Belinda, tú no me conoces pero yo a ti sí... Bueno, de vista. Hemos coincidido alguna vez en La Bambolina, tenemos amigas comunes.

Breve, claro y conciso. Y falso. Más adelante tendría que inventarse quiénes eran esas amigas comunes, pero decidió no preocuparse por ello ahora. Una idea comenzaba a fraguarse en su cerebro. Si lo que tenía en mente funcionaba iba a tener que inventarse mucho más que aquello. Se secó las manos en su pantalón, mientras pensaba si no se estaría extralimitando. Al fin y al cabo las instrucciones de Diana habían sido únicamente las de hacerse amiga virtual de Christine, para introducirse en su página, como un

virus espía, y ver si obtenían alguna información de interés, pero de forma discreta.

¡Al carajo!, se dijo Álex a sí misma. ¡Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma! Pulsó con energía el botón de “enviar”.

Ya estaba hecho, el anzuelo había sido lanzado. Ahora solo tocaba esperar, algo que no se le daba muy bien, por cierto. Se obligó a sí misma a no consultar su Facebook hasta la hora de acostarse. Sin embargo, no pudo cumplir con su obligación autoimpuesta, y consultó su Facebook unas diez veces antes de irse a dormir, pero nada, no había respuesta.

El día siguiente comenzó como una de esas extrañas mañanas tranquilas y apacibles. Daniel había desayunado y se había vestido sin demasiados problemas y lo había dejado en el colegio sin el numerito casi diario de pataletas y contorsionismos –quién sabe, quizás en un futuro podrían contratarlo en el *Circ du Soleil*–. Álex dio sus clases de aquel día y realizó sus ejercicios diarios de cinta y piscina, todo ello sin que ningún machito tableta-de-chocolate le molestara en absoluto. ¡Vaya! Al parecer el anillo había funcionado, como si de un anillo mágico anti-orcos se tratase.

Álex se estaba relajando en el jacuzzi, mientras pensaba que al llegar a casa miraría su Facebook, para ver si Christine le había contestado. Todavía no había tenido noticias de ella y empezaba a pensar que su mensaje no había sido lo bastante directo para captar su atención.

Mientras se cambiaba vio una llamada perdida en su móvil. Era del colegio de Daniel. ¡Mierda! ¿Qué había hecho ahora? Cuando llegó al colegio a buscarle, Clara, la maestra de Daniel, le aguardaba con cara de pasa.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Álex con un nudo en el estómago, pues tenía claro que algo había pasado.

–Su hijo ha empujado a una niña –le informó Clara–. Y no es solo eso

–añadió–. Daniel no presta suficiente atención y nos altera a toda la clase. Este comportamiento no puede tolerarse.

–Lo siento –musitó Álex con aire contrito–. Hablaré con él para que esto no vuelva a repetirse.

–No es cuestión de disculparse –contestó Clara–. Pero quizás deberían prestarle más atención en casa y enseñarle a comportarse mejor.

Álex estaba a punto de entrar en cólera, cuando el sonido de su móvil interrumpió sus pensamientos. Era Diana. Cogió el teléfono a pesar de que no tenía muchas ganas de hablar con nadie.

–Hola cielo. ¿Qué tal? ¿Hay novedades? –inquirió Diana.

–¿Sobre qué? –contestó distraída Álex

–¿Cómo que sobre qué? ¡Sobre Christine, sobre qué va a ser!

–¡Oh, claro! Christine... No, no hay novedades.

–Oye, ¿te pasa algo? –Diana notó a su amiga un tanto rara.

–No... Bueno, sí... Es que en el colegio me han dicho que Dani se porta fatal, y no es la primera vez...

–Bueno, eso no es tan grave, ¿no? –preguntó su amiga–. Es un niño movido pero... ya se calmará. –Diana intentaba animar a su amiga.

–Ya... Quizá tengan razón. La verdad es que se porta muy mal a veces... A lo mejor debería llevarlo a un psicólogo... Pero no sé. No creo mucho en los psicólogos. Y tampoco conozco a nadie que vaya para poder preguntarle.

–Esto... –Diana pensó que era el momento idóneo para contárselo a su amiga–. Sí conoces a alguien. –Hizo una pausa y cogió aire–. A mí.

–¿A ti? Oh, vamos, no hace falta que mientas para que me sienta mejor –le riñó su amiga. Diana era la persona más equilibrada que conocía.

–¡No! ¡Es cierto! Voy con Juan a sesiones de terapia de pareja.

–¿Es que tenéis problemas? –preguntó asustada Álex. ¡Lo que le

faltaba! Y ella que pensaba que hoy estaba siendo un buen día.

–Sí, todo va bien, no es nada grave. –Diana no parecía muy convencida–. Oye, no me apetece hablar de esto por teléfono, creo que debería venir a verte. Y podemos llamar a Noa también.

Cualquier excusa para reunirse las tres era buena.

–Claro. Pues nos vemos el viernes.

Álex colgó el teléfono con una sensación de desazón. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que su hijo tenía problemas? Si es que los tenía, claro. Todavía no había decidido si darle crédito o no a Clara. Los maestros a veces eran muy exagerados con los niños movidos. ¿Y cómo no se había percatado de que su amiga lo estaba pasando mal? ¿Se estaba convirtiendo en una de esas personas que pasa por la vida tan concentrada en sí misma y en sus pequeños problemillas diarios que no prestaba suficiente atención a lo que sucedía a su alrededor? Porque no le gustaría ser una de esas personas.

Decidió consultar su Facebook para distraerse y alejar todos aquellos pensamientos negativos de su cabeza. Esperaba que Christine hubiera contestado, así tendría algo divertido y emocionante en lo que pensar.

Y allí estaba. El mensaje era breve y conciso.

Ola! Quien eres? Nos conocemos?

Vaya, escribir no se le daba muy bien. ¿Cómo podía concentrar tantas faltas de ortografía en una sola línea? Bueno, para ser justos, si ella tuviera que aprender a escribir serbio seguro que se le daría mucho peor. Pero no quería ser justa con aquella chica.

Así pues, aquel mensaje le planteaba otras cuestiones. Tendría que inventarse algo que resultara creíble, una historia, un personaje. ¡Qué emocionante! Y por unos minutos Álex se olvidó de los recientes

acontecimientos, de la conversación con la maestra y con su amiga.

6 El PLAN

A Diana siempre le había gustado tenerlo todo controlado a la perfección. Su padre, un arquitecto de prestigioso renombre de Barcelona, así se lo había enseñado; los errores no eran admisibles en su trabajo, solía decir; una pequeña equivocación en un proyecto podía suponer graves perjuicios para terceros, por lo que todo debía realizarse a la perfección y ser revisado una y otra vez, hasta estar seguro por completo de que no podía hacerse mejor.

Diana había heredado aquello de su padre; por ese motivo decidió no seguir sus pasos como arquitecto; sabía que siempre se sentiría presionada para estar a su altura y que sería harto difícil conseguirlo. Por ello, y para disgusto de su padre, se decidió por las leyes.

Lo de ejercer como detective privado le llegó un tanto por casualidad. Al terminar sus estudios Diana decidió independizarse, por lo que las

prácticas no remuneradas, habituales –y necesarias– en el mundo de la abogacía, no resolvían su necesidad de manutención. Así que cuando vio un anuncio en el periódico de una agencia de detectives, no se lo pensó dos veces y se presentó a la entrevista. Lo cierto es que fue sin ninguna expectativa, estuvo amable, segura y sincera y, al terminar la entrevista, tuvo la impresión de que la había bordado. Al día siguiente no se sorprendió demasiado cuando la llamaron para contar con ella.

El primer día de trabajo, su labor consistió en acompañar durante toda la jornada a un compañero a visitar a varios listillos que, de forma un tanto sospechosa, llevaban demasiado tiempo de baja. Las aseguradoras y la Seguridad Social tenían una lista negra de aquellos malvados individuos, que eran investigados. Bajo pretexto de un servicio de mensajería, y con una cámara oculta, se entregaba un paquete al individuo en su domicilio de trabajo y se le intentaba sonsacar alguna información. Casi siempre funcionaba; al parecer, la gente tenía ganas de hablar con una pareja de simpáticos mensajeros –por extraño que parezca, nadie se preguntaba por qué hacían falta dos personas para entregar un paquete–. Luego se revisaba la cinta y si la grabación era satisfactoria, se enviaba a la aseguradora o a la Seguridad Social, quienes, de inmediato y con gran regocijo, dejaban de pagar la prestación al infractor.

Para la última visita del día, Carlos, forense de profesión e investigador en sus ratos libres, dejó sola a Diana con el paquete y la cámara oculta. Con los nervios, Diana no enfocó bien la cámara y no grabó la cara de su víctima. Tienes que volver, le dijo Carlos. Esto no sirve. “¿Qué?! ¿Y con qué pretexto?”, preguntó Diana, que ya había pasado de nerviosa a histérica. Se imaginó que volvía, la descubrían, la asesinaban y hacían desaparecer su cuerpo cortado a cachitos en la trituradora del patio trasero de la empresa. Y así terminaba su vida laboral. Y su vida, claro. Pero el malvado abre–muertos

la obligó a volver. Desde entonces los forenses no le caían bien. Ni si quiera podía ver CSI.

Sin embargo, aquella experiencia le sirvió para darse cuenta que había disfrutado cosa mala con su identidad secreta, ejerciendo el bien y liberando al mundo de pérfidos malhechores. Su estricta educación y los principios morales que le habían inculcado sus padres —y sin duda el subidón de adrenalina—, la llevaron a decidirse por aquella profesión.

Fue precisamente en una de las fiestas universitarias donde conoció a Juan, por aquellos entonces estudiante de económicas. Era un muchacho encantador, de físico agradable, con su cabello moreno cortado a cepillo, y su amplia mandíbula, en el centro de la cual habitaba un perfecto y delicioso hoyuelo. Sus ojos marrones y su amplia sonrisa delataban a una persona sincera y afable. Se pasaron parte de la noche conversando muy animadas, tras lo cual, Diana, muy a su pesar, decidió privarle de su compañía y continuar la noche con sus amigas, no queriendo parecer demasiado interesada.

Sin embargo, Juan, que no entendía de tácticas amatorias femeninas, sí le dio su teléfono, por si algún día quería llamarle. Por descontado, Diana no le llamó durante dos semanas. Pasado ese tiempo, que ella consideró prudencial, comenzó a asaltarle el miedo de que alguna chica, más guapa, menos tímida y, oh, Dios no lo quisiera, con los pechos más grandes, se le adelantara, así que decidió llamarle. Estaba tan nerviosa que no se le ocurrió otra cosa que invitar a Juan a ir de excursión, como si tuvieran doce años. Juan y ella todavía se reían al recordarlo.

Pero aquella llamada de aquella simpática —aunque algo rarita— chica de grandes ojos azules y lacio cabello caoba, le enterneció. A esa llamada le siguieron varias citas y desde entonces, ambos se hicieron inseparables. En los catorce años que hacía que se conocían, Diana apenas podía recordar unas

pocas discusiones sin importancia entre ellos.

Por ese motivo Diana no podía comprender qué les había pasado. ¿Cuándo habían perdido la chispa? ¿Se les habría acabado el amor de tanto usarlo, como en aquella canción cuyo autor no podía recordar? Ella creía que eran la pareja perfecta, no lo dudó jamás; así pues, un año después de terminar sus respectivas carreras, se fueron a vivir juntos. Diana trabajaba entonces en una agencia de detectives y Juan encontró un trabajo como contable en una gran empresa. Desde entonces habían llevado una vida apacible, sin altibajos. Entonces, ¿a qué obedecía aquel vacío interior que había empezado a asolar a Diana? Tenía la sensación que ella y Juan habían comenzado a distanciarse.

Aunque al parecer, era ella la única que tenía aquella sensación pues, cuando había intentado explicarle a Juan cómo se sentía, él la había mirado sin comprender. ¿Le quería? Sí. Él también a ella. Entonces nada había cambiado, uno más uno todavía seguían siendo dos. De modo que a Diana no le quedó otra alternativa que la de acudir a un profesional, para ver si este podía detectar el origen de aquel cambio, y ofrecerle alguna solución. Cuando se lo propuso a Juan, este no pareció muy emocionado, pero por supuesto, si ella lo deseaba y creía que era necesario, lo haría. Dicha afirmación fue seguida de una mirada al cielo y una posterior caída de ojos, lo cual significaba que aquello eran entresijos del universo de las mujeres que él no comprendería nunca, pues no había fórmula matemática para ello.

Un sonido estridente, pero ahogado, interrumpió la sesión de los miércoles con la doctora Anaya. Esta frunció el ceño y Diana procedió a disculparse, mientras rebuscaba en su bolso, nerviosa, el aparatejo que había causado la interrupción.

—¡Lo siento mucho, he olvidado apagarlo! —dijo, mientras conseguía dar

con el móvil y colgar a Álex con brusquedad, silenciándolo a continuación.

Nota mental: poner alarma los miércoles a las 18.55h para apagar el móvil.

–No pasa nada. ¿Por dónde íbamos? –preguntó distraída la doctora.

–Por las áreas de conflicto –contestó Diana, como una chica aplicada que se sabe la lección.

–Efectivamente. Como iba diciendo, ambos miembros de la pareja buscan en esta unos objetivos, unas expectativas, pero la pareja, como ente formado por dos personas, puede cambiar si uno de sus miembros cambia o evoluciona en una dirección distinta de la inicial, y entonces se produce el conflicto, pues la pareja ya no camina unida.

–¿Y qué se puede hacer ante eso? –preguntó Diana.

–Hay que identificar cuáles son esas áreas de conflicto, para poder trabajar sobre ellas.

–¿Y cuáles son nuestras áreas de conflicto? –insistió Diana.

–Eso es lo que tratamos de establecer en las primeras sesiones. Veamos, la semana pasada hablábamos de la pérdida de la pasión y de las conductas negativas que influían en esta pérdida de la pasión, como la falta de actividades en pareja, o el hecho de no hablar sobre ello, esperando que la conducta del otro cambie. Diana, ¿le has hecho saber a Juan cómo te sientes?

–Sí, claro, yo le insisto para hacer cosas juntos pero él se limita a decirme que está cansado –miró a su marido de reojo–, o a ver la tele...

–No, no me refiero a si le instas a hacer cosas para sentirte mejor sino si le has hablado sobre cómo te sientes por el hecho de no hacerlas.

–Pues..., no, pero él ya lo sabe..., ¿no?

–¿Juan?

–Yo solo sé que a menudo me propone cosas que sabe que no me gustan, o que no quiero hacer y luego se enfada si no las hago...

–¿Y por qué crees que lo hace?

–Pues..., no lo sé. A mí no me importa que las haga ella, pero a mí me apetece estar tranquilo.

–Bien... para empezar, ¿os dais cuenta que existe un problema de comunicación entre vosotros? Diana, tú no le has explicado a tu marido cómo te sientes, esperando que él lo intuya y enfadándote porque no hace lo que tú quieres, y tú Juan, no te has parado a pensar en el motivo por el cuál tu mujer te pide esas cosas. –Diana y Juan se miraron el uno al otro con aire confundido y un poco avergonzados.

–No os preocupéis –dijo la doctora, interceptando su mirada–, eso no significa que no haya comunicación entre vosotros, sino que no os comunicáis de forma correcta. Para la próxima sesión quiero que me traigáis una lista con cinco cualidades que os gusten y otras tantas que no, de vuestra pareja. –Y a continuación les dio una piruleta a cada uno de ellos.

Ambos salieron de la consulta, no sin antes echar una mirada atrás, casi esperando a que la señora Doubtfire les diera una palmadita en el trasero a cada uno, cual dos colegiales que se hubieran portado mal.

Ya en casa, Diana llamó a Álex. Estaba impaciente por que le contara si había averiguado algo útil acerca de Christine.

–¡Hola! Perdón por colgarte, estaba con la psicóloga.

–Tranquila... Oye, tengo que contarte algo... He hecho algo que no sé si te va a gustar.

–¿Qué has hecho? –preguntó, asustada, Diana.

–Esto... Le he enviado un mensaje privado a Christine.

–¿Para qué?

–Verás... Es que estuve investigando en su página durante más de dos horas y apenas pude averiguar nada, excepto que a su familia le pirran las hamburguesas y que ella tiene un gusto pésimo para los hombres y la música.

Bueno, ya te explicaré. El caso es que he pensado que si me acerco a ella, quizás obtengamos más información.

—No, si valoro que hayas tomado la iniciativa. Todo lo que sirva para conseguir más información me parece bien. Pero, ¿y si te relaciona de algún modo conmigo? Sabes que la discreción es primordial en lo que hago.

—¿Cómo va a relacionarnos? ¡No soy estúpida! Me he creado un perfil falso y me he asegurado de que no salgas para nada en mi página. Por cierto, ¿me has eliminado de tu Facebook, tal como acordamos?

—Sí, claro, ¿por quién me tomas?

—Bien, entonces no pasa nada... ¿Te lo cuento todo el viernes?

—Vale. ¿Llamas tú a Noa?

—Hecho. A las diez en tu casa.

A las diez menos veinte sonó el timbre. Era Álex.

—Uf, por fin he dejado a Daniel acostado y he podido escaparme.

—¿Cómo lo llevas? Te veo cansada.

—Sí, es que ese pequeño ser absorbe todas mis fuerzas..., pero ser madre es fantástico, deberías decidirte. —Álex tenía un aspecto demacrado, con el cabello despeinado y sin maquillar, igualita que la Novia Cadáver.

—Hola, Álex —saludó Gabi. ¡Te veo bien!

Las chicas se miraron y ambas rieron al unísono. Gabi tan educado, como siempre.

Diana siempre había querido tener hijos, pero no encontraba el momento. Juan ya hacía un par de años que insistía pero la verdad es que cuanto más tiempo pasaba, más pereza le daba. Aunque quería ser madre... Ella siempre había creído que cuando llegara a una cierta edad se le despertaría el famoso reloj biológico, pero su reloj debía estar sin pilas porque, a sus treinta y tres años, no se había despertado todavía. A lo mejor su reloj biológico era de

imitación, de uno de esos mercadillos de Tailandia que visitaron con Juan en su viaje de novios.

–Bueno, vale, estoy hecha polvo, no tengo tiempo para mí, no me acuerdo de la última vez que tuve sexo con Gabi y toda mi ropa está manchada de comida o vómitos, así que si te entran ganas de ser madre te dejo a mi hijo un rato y ya me dirás. –Álex se sentó exhausta en el sofá.

Gabi se despidió, y se fue a su habitación, como siempre que venían las chicas. No es que le echaran, pero prefería dejarles su espacio. Para eso se había comprado una televisión en la habitación.

Diana pensó en su casa, siempre tan limpia, tan ordenada, en sus rutinas con Juan, tan bien aprendidas, en el silencio que tanto apreciaba cuando quería leer... Y luego pensó en Álex y en el pequeño diablillo que tenía por hijo, y en su casa siempre parecía que se hubiera librado una guerra... No, por el momento no entraba en sus planes el tener hijos. Aunque sabía que era algo que quería, todavía no había llegado la hora. Apartó aquellos pensamientos para centrarse en las novedades que traía su amiga.

–Bueno, Watson, cuéntame tus pesquisas.

–¿Watson? ¿Y por qué yo soy Watson?

–Porque yo soy la detective. –Rio Diana.

–¡Pero yo quiero ser Sherlock! –protestó Álex.

–Vale, vale, tú eres Sherlock –concedió Diana. Su amiga parecía tan emocionada... –. Cuéntame.

Álex la puso al corriente sobre la procedencia de Christine, edad, familia, amigos, gustos musicales y su pasión por posar semidesnuda.

–Tienes razón –observó Diana–. No tenemos nada.

–No, excepto lo de sus gustos musicales, claro.

–¡Pero no podemos procesar a nadie porque le guste Mariah Carey!

–¿No? ¡Pues deberíamos!

Ambas estaban ojeando el perfil de Christine cuando llegó Noa.

–¿Qué hacéis? –preguntó al ver a las chicas tan interesadas en la pantalla del ordenador.

–¡Espiendo!

–¿Espiendo? –se extrañó Noa–. ¿Qué me he perdido?

–Es un caso de Diana, pero la estoy ayudando –contestó Álex, haciéndose la interesante.

–¿Quién es esta ballena en bikini? –El tacto no era una de las cualidades de Noa.

–Oh, vamos, Noa, no seas cruel... solo tiene unos kilitos de más. –Diana siempre tan políticamente correcta.

Las chicas pusieron a Noa al corriente del asunto Christine.

–¿Y habéis descubierto algo?

–La verdad es que no – musitó Álex, contrita–. Por eso le he enviado un mensaje, a ver si contacta conmigo y le puedo sacar algo más.

–¿Y cómo vas a hacerlo? –preguntó Noa

–Pues..., voy a intentar quedar con ella –contestó Álex, poniendo especial énfasis en la palabra “quedar”.

–¡Te la vas a ligar! –chilló Noa encantada.

Diana no parecía tenerlo muy claro.

–Lo único que propongo es acelerar las cosas, Di. Tú misma has dicho que llevas varios días vigilándola y no tienes nada...

–Puede funcionar –interrumpió Noa–. Si yo fuera bollera me liaría con Álex sin dudar.

–¡Gracias! –Sonrió Álex, halagada.

–Sois un par de...de... –dijo Diana, meneando la cabeza a un lado y a otro, resignada.

–¡ZORRUIPIAS! –chillaron Álex y Noa eufóricas. Sabían que eso

significaba que Diana había dado luz verde a su idea. Ahora había que urdir un plan.

7 ¡Ha PICADO!

Biiiiip. El lunes por la mañana Noa recibió un wasap. No lo abrió, estaba trabajando. Pero leyó la pantalla. Era Diana. “Reunión urgente en mi casa”. ¡Qué extraño! Aquello significaba que había pasado algo. “¿Qué pasa?”. “Christine ha contestado!”. ¡Ah! Era eso, pensó, exhalando un suspiro. “Ok”, tecleó.

En ese instante entró Óscar.

–¿Cómo llevas el caso Monfort? –preguntó.

Noa soltó el teléfono que tenía en la mano, dejándolo despacio a un lado de la mesa, como si con eso Óscar no fuera a darse cuenta de que estaba usando su iPhone –y no su teléfono de empresa– en horas de trabajo.

–Estoy en ello. Estoy intentando valorar todo su patrimonio, en base a la información que nos facilitó la señora Monfort, pero no resulta fácil, nos falta mucha documentación de la empresa de la que no disponemos. Este señor es muy escurridizo. Lo único que tenemos son las cuentas anuales

presentadas por la sociedad, pero no creo que reflejen ni de lejos la realidad económica de la empresa. La señora Monfort sabe que su marido tenía mucho dinero negro, y que tiene una caja fuerte en la empresa, pero no tiene ni idea de cuánto dinero puede haber en ella. También sabe que tiene cuentas en Suiza—. Al parecer eso estaba muy de moda en la actualidad.

—Bien. Tendrá que darnos una cifra o tendremos una conversación con Hacienda —dijo Óscar, con gesto hosco.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí, es que mi familia me pregunta cada día cómo va el caso, y estoy un poco presionado.

—No te preocupes, este caso tiene mi prioridad.

—Gracias Noa.

Noa se quedó gratamente sorprendida, hasta azorada. No era habitual que tu jefe te diera las gracias por hacer tu trabajo.

—Oye... necesito un poco de aire. ¿Te vienes a tomar un café? —preguntó Óscar.

—Eh... claro. —Noa se extrañó porque era la primera vez que Óscar la invitaba a tomar algo a ella sola, sin el resto de compañeros de la oficina, con los que a veces se iban de cañas. La verdad es que Óscar era un jefe muy moderno.

Por un momento Noa temió que le pidiera los detalles del caso Monfort, pero no lo hizo. No hablaron de trabajo. En cambio, charlaron de los hobbies de ambos, de los lugares a donde les gustaría viajar y de otras cosas sin importancia. Al cabo de veinte minutos, cuando Óscar se levantó para volver al trabajo, se le veía de mejor humor.

Diana llegó la primera, como siempre. Pero le dio tiempo a dejarle la cena preparada a Juan. Este le dio un beso de despedida. A él siempre le había

parecido bien y comprendía que las chicas se reunieran de vez en cuando, sin ellos, los hombres. De hecho a él le gustaba hacer lo mismo, en sus reuniones de “trogloditas” –así las llamaba Diana–, aunque lo cierto es que hacía mucho tiempo que no iba a una de aquellas reuniones, porque le daba pereza.

A Juan, la expectativa de una noche tranquila, viendo su programa favorito en la televisión y no esas series para mujeres que veía Diana, de las cuales no entendía ni una palabra, se le antojaba placentera. Se despidió de su mujer con un beso y una amplia sonrisa.

Diana pensó en su fuero interno que le habría gustado que su marido le hiciera un mohín, aunque fuera pequeño. Porque eso significaría que deseaba que se quedara con él. Pero no fue así.

Al llegar a casa de su amiga el panorama era el de siempre. Daniel corriendo por la casa Gabi –depende del día le tocaba a Álex–, corriendo detrás del niño para intentar acostarlo.

–Creo que es mejor que cojamos las cosas y nos vayamos al despacho –sugirió Álex.

Las dos mujeres cogieron la pizza y el vino, y se fueron a la habitación contigua al comedor, habilitada como despacho, con un ordenador, y estanterías, la mayoría de ellas vacías, que contenían varias carpetas con los papeles de Gabi, y el calendario de trabajo de Álex. También había algunas fotos de los *books* que se había hecho Álex hacía mucho tiempo –a ella le parecía un siglo–, cuando intentaba ser modelo, o algo parecido. Y por supuesto, estaba lleno de fotos de Daniel.

Noa llegó la última y fue directa al despacho de Álex, después de saludar a Gabi y a Daniel. Este no le respondió. Quizá detectara su fobia a los niños.

–Bueno, y entonces, ¿qué ha dicho? –preguntó a modo de saludo.

Álex ya había encendido el ordenador y se lo mostró. Le había enviado

otro mensaje a Christine y esta le había preguntado si quería quedar “algún día”.

–Fiiiuu. –Silbó Noa–. ¡Ha funcionado! –Estaba claro que no las tenía todas consigo ante el plan que ellas mismas habían trazado.

–¡Claro que ha funcionado! –exclamó Álex, orgullosa, pues al fin y al cabo la idea había sido suya.

–Bien chicas. –Diana siempre al grano–. Ahora viene lo importante. Hasta ahora solo hemos lanzado el anzuelo. Ahora el pez ha picado, pero tenemos que pescarlo.

Diana ya estaba en el Facebook de Álex, tecleando.

Hola. Claro! Te gustaría que nos viéramos este fin de semana?

–¿Qué haces? –preguntó Álex.

–Voy a quedar con ella. Bueno, tú vas a quedar con ella –aclaró Diana.

–¿En serio? –exclamó Álex, emocionada.

–Claro. –Rio Diana divertida, al ver la cara de ilusión de su amiga–. Tienes que quedar con ella y ganarte su confianza, para que te cuente lo que queremos saber. Y tienes que ser tú. Es a ti a quien conoce, bueno, a Belinda.

–¡Esto es súper emocionante! –Álex daba palmaditas con las manos–. Tendré que prepararme el papel. ¿Y si me pongo una peluca? No, claro, que ella ya me ha visto en foto.

–Tranquilízate. –La calmó Diana, poniéndole una mano en el hombro.

–Sí, claro. Como si eso fuera tan fácil. ¿Y si Noa viene conmigo?

–No me parece muy buena idea –objetó Diana–. Si piensa que sois pareja, no se acercará.

–O voy con Noa, o no voy –contestó Álex, tajante, aunque la verdad es que pensaba ir de todas formas; no iba a perderse una ocasión como aquella,

pero se quedaría más tranquila si Noa la acompañaba.

–Está bien, está bien. Noa, llévate a algún chico también, ¿vale?

–Claro. –Ya tenía la excusa perfecta para volver a ver a Pierre.

–¿Y cuándo será? –preguntó Álex, nerviosa.

–Tranquila. Primero hay que esperar a que Christine conteste.

–Ah, claro.

Habían dado por zanjado el tema Christine, así que era el momento perfecto para que Diana hablara a sus amigas de su situación. Álex miró a su amiga de modo significativo, animándola a ello, y esta estaba reuniendo fuerzas cuando...

–Me acosté con Pierre.

–¿Por qué no me sorprende? –se burló Álex.

–¿No era mi regalo?

–Sí, tienes razón. –Rio Diana, quién admiraba y envidiaba en secreto a su amiga por ser tan desinhibida. Ella era tan cauta, y tenía que sopesar siempre los pros y los contras de sus actos... A veces le gustaría ser más como Noa en algunos aspectos, sobre todo en el sexo.

–¿Y qué tal? –Se interesó Álex.

–Pues... bien –mintió Noa, quien, a pesar de su intento, no sonó convincente.

–Uy, uy, no sé yo. ¿Cómo de bien? –preguntó Álex, quien quería detalles. Noa les contó lo breve de su encuentro en el lavabo.

–Quizás fuera el alcohol –dijo dubitativa Diana, para animar a su amiga.

–Cielo, el alcohol hace que los hombres aguanten más, no menos.

–Ya, bueno. –Estaba claro que Diana no había hecho un estudio de campo. Solo se había acostado con Juan en toda su vida, aunque había tonteado antes con algún otro, pero nunca habían llegado a la tercera base.

–No te preocupes, una mala noche la tiene cualquiera –la animó Álex–,

pero no lo vas a volver a ver nunca más, así que olvídale.

–Bueno... he decidido darle otra oportunidad.

–¿Qué dices? ¿Por qué vas a perder el tiempo con él, ¡si es un *streaker*!

–Diana no podía evitar sus prejuicios de chica de clase alta.

–Ya, ¿y qué? No voy a casarme con él, solo quiero pasármelo bien. ¡Me debe un orgasmo, joder!

–Mientras solo sea eso... –sentenció Álex, quién sin embargo no acababa de creerse las palabras de su amiga. Tenía el “don” de colarse por los tíos inadecuados.

–¡Pues claro!

Noa decidió probar Pierre una segunda vez. Quizás había tenido una mala noche, pensó. Al fin y al cabo, cada hombre era diferente, tenía que encontrarle el punto y ya está. ¿Cómo iba a dejarle escapar? Con ese cuerpo, y esa...

----- 8 -----

De PESCA

Álex estaba hecha un manojo de nervios, y no paraba de tocarse sus rizos de forma compulsiva. Había llegado media hora antes a casa de Noa, esta todavía ni se había vestido.

–¡Cálmate, joder! –le gritó Noa– ¡Me estás poniendo nerviosa!

–¡No puedo! ¡Claro, tú no eres el cebo!

–¡Ni que la tía esa fuera un tiburón! Aunque a lo mejor sí quiere comerte. –Le guiñó un ojo a su amiga.

–¡No seas idiota!

–Creo que será mejor que te ponga una copa, y otra para mí.

Noa sirvió dos vodkas con naranja. Álex le pegó un buen trago al suyo, aunque normalmente no bebía alcohol. Necesitaba serenarse.

–¿Mejor? –preguntó Noa.

–Mejor. –Y le dio otro lingotazo al vodka.

Noa fue a cambiarse mientras Álex se calmaba, con un poco de ayuda de ese líquido incoloro que sabía a fuego. Se puso guapa, aunque no tanto como Álex. Esa noche tenían que conseguir que Christine se fijara en su amiga, así que decidió que sería mejor que ella quedara en segundo plano. Se puso sus tejanos de Fornarina, que le hacían un culo estupendo, una camiseta ajustada con lentejuelas y algo de maquillaje, pero menos de lo habitual. Remarcó con raya y rímel negro sus bonitos ojos pardos, y un poco de brillo para sus labios. Su melena sin embargo sí estaba perfecta, alisada a golpe de plancha y sin un pelo fuera de su sitio. ¡Tampoco había que exagerar! Se subió a sus tacones, cogió un abrigo y ya estaba lista. Ambas esperaron a Pierre mientras daban unos tragos más al vodka.

–Tranquila, estás impresionante –dijo Noa a su amiga, repasando con la mirada su vestido rojo con tirante ancho y amplio escote, apretado en la cintura y en las caderas; ese vestido marcaba cada una de las esculturales curvas de Álex. Sus botines negros completaban un conjunto sexy y atrevido.

–¿Sí? Pues mira que este vestido tiene muchos años.

Sí, Noa se había percatado. Era el vestido que Álex se compró para su despedida de soltera, carísimo –aunque no tanto como su Hervé Leger– y ajustadísimo. Ella ya nunca iba tan ajustada pero la verdad es que Noa no sabía por qué. Si ella tuviera el cuerpo de Álex, no se lo pensaría dos veces en ponerse vestidos como ese.

Ya en La Bambolina quedó claro que el vestido no pasaba desapercibido. Algunas chicas y ¡menos mal!, un chico, parecieron fijarse en ella; Álex se sintió como si estuviera en un bufet y ella fuera el plato principal, la miraban como un león miraría a una gacela. Por suerte a Álex le había hecho efecto el

vodka, que había hecho desaparecer los nervios, y estaba decidida a interpretar su papel a la perfección. El único problema es que todavía no había visto a Christine.

—¡Tú diviértete mientras tanto! —le dijo Noa, mientras cogía a Pierre de la camisa y se lo llevaba al centro de la pista a bailar.

Sí, claro, ¿y con quién me divierto yo?, pensó Álex, mientras se sentaba en una de las mesas que había libres.

Pero no tuvo mucho tiempo para pensar. Una chica con cara de niña, grandes ojos y pelo negro a lo *garçon* —le recordaba algo a Audrey Hepburn— se le acercó, sin perder el tiempo.

—¿Puedo invitarte a una copa? —preguntó la desconocida.

—Esto..., no acostumbro a tomar copas con desconocidas —contestó Álex un poco azorada. ¡Era la primera vez que le entraba una chica!

La desconocida se le acercó despacio, y le dio dos suaves besos en sendas mejillas, deteniéndose más tiempo del necesario en cada una.

—Me llamo Nathalie, pero mis amigas me llaman Nat. Ahora, ¿puedo invitarte a una copa? —Sonrió.

Álex se sintió desarmada y sin excusas. Durante mucho tiempo había usado cientos de excusas con los hombres que no le interesaban, pero por alguna extraña razón, con aquella guapa y simpática chica no se sentía capaz de ser descortés.

—Está bien —aceptó Álex—. Yo soy Álex, y si alguien me llama Alexis lo mato.

Nat se rio con una sonora carcajada, dejando al descubierto su perfecta dentadura blanca.

—Es la primera vez que vienes por aquí.

—Sí —contestó Álex.

—No, no era una pregunta. Sé que es la primera vez que vienes porque si

hubieras venido antes te habría visto –dijo Nat, mirando a Álex a los ojos tan intensamente que esta tuvo que apartar la mirada.

Álex no sabía qué decir, y de forma incomprensible se sonrojó. ¡Pero bueno! ¿Cómo era posible que aquella chica le hiciera sentir como una estúpida adolescente? Decidió que necesitaba más alcohol para sobrellevar aquella extraña situación.

–Martini con vodka –pidió al camarero, cuando este se acercó a la mesa.

–¿Qué? –Nat pareció desconcertada.

–Martini con vodka –repitió Álex–. Mezclado, no agitado–. ¿Pero qué estaba haciendo? Por dios, ¿es que se pensaba que era una espía del gobierno? ¡Tenía que dejar de ver tantas películas!

Nat miró a Álex con la cabeza ladeada y una sonrisa enigmática. Le desconcertaba aquella chica. Había entrado en aquél lugar vestida para matar, cual Mata-Hari, pero ahora parecía algo cohibida. No le cuadraba su actitud con su vestimenta. Se fijó en la marca de su anillo –Álex se lo había quitado para interpretar su papel– y pensó que quizás acabara de terminar alguna relación que había salido mal y ahora trataba de reanudar su vida, aunque era evidente que no estaba del todo preparada. Decidió frenar un poco. No quería asustarla. Le gustaba aquella chica.

–Bonito vestido.

–Gracias, me lo compré para mi..., esto, para la despedida de soltera de una amiga.

–¿Y qué hay que hacer para conseguir un cuerpo como el tuyo?

–Pues, aunque suene a tópico, mucho ejercicio y comida sana. Soy entrenadora personal –*personal trainer* siempre le había sonado muy snob–, y también doy algunas clases en un gimnasio.

–Vaya, ahora lo entiendo. Yo soy actriz.

–¿Ah, sí? –preguntó Álex con los ojos muy abiertos. ¡Siempre había

deseado conocer alguna actriz!

–Sí, he hecho algunas películas. ¿Te suena *Desayuno con diamantes*? – Rio.

–Ja, ja, ja. Sí, claro. Estabas estupenda en esa película. –Ambas rieron con la broma–. ¿Y qué pasó con Gato? ¿Todavía vive?

–Sí, ya sabes. Los gatos tienen siete vidas. Ahora tiene unos sesenta y cinco años y ya está jubilado, pero le ha quedado una buena pensión. Le da para una lata de sardinas diaria, no se puede quejar.

En ese preciso instante Álex vio entrar a Christine y, nerviosa, buscó a Noa con la mirada. Sí, Noa también la había visto, e hizo una seña a Álex para que fuera hacia la recién llegada. Sin embargo, Álex estaba disfrutando de su conversación con Nat, y no sabía cómo cortarla.

–Eh..., esto, Nat, perdona. Me encantaría seguir hablando contigo pero tengo que hacer una cosa. ¿Me disculpas?

–Claro –respondió Nat, un tanto extrañada. Creía que lo estaban pasando bien y que había química con aquella chica. Qué raro, su radar le había fallado esta vez.

Álex se separó de Nat y se dirigió a la barra. No se sentía con fuerzas de entrarle a Christine, así, sin más. ¡Dios, no estaba tan borracha! Si ni siquiera se había bebido su Martini con vodka. ¡Aquello no había quién se lo bebiera! Ni el mismísimo Daniel Craig, estaba segura. Así que fingió que no la había visto y se quedó en la barra esperando que ella se le acercara.

Christine, que había venido con una amiga, dio un vistazo general al local y, al divisarla, comenzó a caminar con lentitud hacia ella, fingiendo desinterés. Aunque le estaba costando lo suyo. ¡Esa chica era muchísimo más guapa en persona que en su perfil de Facebook! ¡Y qué cuerpo! Por no hablar del vestido.

Por fin llegó a la barra. El trayecto se le hizo muy largo, y a Álex muy

corto.

–Hola, soy Christine. Tú eres Belinda, *¿isn't it?*

–Sí. ¡Ah! ¡Hola! ¡No te había visto!

Noa, que estaba situada al otro lado de Álex, de espaldas, estaba oyendo toda la conversación y puso los ojos en blanco. Ahora entendía por qué Álex no había llegado a ser actriz.

–Bueno, ya te he visto yo... ¡cómo no verte! –Hizo un gesto señalando el vestido.

–Ah, claro –sonrió nerviosa Álex–. Sí, creo que me he pasado un poquito, ¿no?

–*I think so...* –Christine le devolvió su sonrisa ovejuna.

–Es que no vengo mucho por aquí. ¿Y tú?

–Bueno, alguna vez –titubeó Christine–. He venido con una amiga, le gusta mucho este sitio.

–¿Y a ti? –preguntó con tono insinuante Álex.

–No está mal.

Vale, estaba claro que iba a resultar más difícil de lo que parecía sonsacarle algo a Christine. Decidió cambiar de estrategia.

–Yo también he venido con una amiga. ¡Eh, Noa! –Álex se giró y le tocó el hombro –. Te presento a Christine.

A su vez Christine llamó a su amiga, que se había quedado un tanto rezagada.

–¡Celia! *Come on*, que te presento a unas amigas.

Noa, viendo el panorama, se giró hacia Pierre y le dijo que se fuera a casa, que le llamaría más tarde. Este se enfurruñó y se fue, sin tan siquiera darle un beso. No era eso lo que esperaba de esa noche.

–¡Camarero! Que sean cuatro chupitos –pidió Noa. Era una verdad universal que el alcohol soltaba la lengua. Noa decidió ir por la vía directa.

–No eres española, ¿verdad?

–No, soy de Belgrado.

–Ya me parecía a mí. ¿Y qué te trae por España?

–Vine para hacer turismo, me enamoró este país, *I love it*, el clima, la comida... y aquí estoy. Celia es actriz –dijo Christine cambiando de tema y redirigiendo la conversación hacia otra persona que no fuera ella.

–Sí, soy actriz y cantante –presumió Celia.

¿Y quién te lo ha preguntado?

–¿Ah, sí? ¿Y qué estás haciendo ahora? –preguntó Noa, fingiendo interés.

–Tengo algunos bolos por aquí y por allí...

–¿Y vosotras? ¿Sois de Barcelona?

–Sí –contestaron ambas.

–Yo soy abogada –mintió Álex. No quería darle ni un solo dato verdadero a esas chicas.

Noa la fulminó con la mirada. ¿De verdad, no se le había ocurrido otra cosa? Pues si ella le había robado su trabajo, ella haría lo propio.

–Yo doy clases en un gimnasio –dijo–. ¿Y tú? –le preguntó a Christine.

–Estoy buscando trabajo. Pero es difícil porque no hablo bien el idioma... *you know*.

–¡Pero si hablas muy bien!

–Es que viví aquí hace mucho tiempo, con mi abuela... –se quedó mirando al infinito, con añoranza.

–¿Y a qué te dedicabas en Belgrado? –preguntó Álex, devolviéndola al presente.

–Oh, hacía un poco de todo...

Vaya, qué hermética era esa chica. Estaba claro que no quería dar detalles de sí misma, algo tendría que esconder.

La conversación siguió un par de horas, otro vodka y tres chupitos más,

pero no sacaron nada en claro. Bueno, al menos habían hecho un acercamiento y la próxima vez que se encontraran quizás podrían sonsacarle más información.

Álex y Noa se marcharon, despidiéndose de las otras dos. Christine, viendo que Álex se marchaba y pensando que no sabía si la volvería a ver, se dirigió a ella y le dijo en un susurro que pretendía ser sexy: “¿Nos vemos otro día?”. “Claro”, contestó Álex. “Qué remedio”, le hubiera gustado añadir. Pero se contuvo. Y sin saber muy bien por qué, antes de abandonar el local se giró, buscando a Nat con la mirada, quién le sonrió y le hizo una señal de adiós con la mano.

–¿Cómo fue anoche? ¿Ligaste? –preguntó con sorna Gabi, el domingo por la mañana.

–Jaja, muy gracioso. Pues sí, mira por dónde.

–¿Con Christine?

Álex le había contado toda la historia, incluido el plan de las chicas de conocer en persona a Christine. A Gabi le había parecido estupendo, incluso el hecho de que ella fuera el cebo, siempre que Álex le contara todos los detalles, claro.

–No, con otra chica. Una muy guapa y muy simpática.

–¿Ah sí? –Gabi parecía divertido-. Bueno, no me extraña cariño, es que eres preciosa. Pero, ¿no se trataba de que ligaras con Christine?

–Pues sí, pero en cuanto entré se me acercó esta chica.

–¿Y cómo te la quitaste de encima?

–Pues..., cuando llegó Christine la dejé ahí plantada. –No le dijo que había estado un buen rato charlando con ella, y que se lo había pasado muy bien.

Lo cierto es que Álex se lo había pasado de maravilla. Apenas salía,

excepto sus encuentros con las chicas, claro, y esa noche, fingiendo ser otra persona, se sintió libre y llena de vitalidad. Como si su *alter ego* pudiera ser capaz de cualquier cosa. Le gustaba la sensación que le había producido aquella salida, y estaba deseando repetirla. Incluso se alegró de no haberle sonsacado nada a Christine, porque ello significaba que tendría que volver. Esta vez lo haría mejor, se dijo.

–Bueno, ¿y qué tal con Christine? –preguntó Gabi, interrumpiendo sus pensamientos.

–La verdad, no muy bien. No soltaba prenda, ni siquiera intentó ligar conmigo. Parecía algo desconfiada. Vino con una amiga, así que tuve que hacer intervenir a Noa, y estuvimos charlando las cuatro, pero no le sacamos nada. Aunque al final me preguntó si nos volveríamos a ver. Eso es bueno. Significa que tendré que volver.

–¿Y no podría acompañarte? ¡Te prometo que no me verás!

–¿Qué? ¡No! No quiero que estés por ahí observándome, ¡me pondrías nerviosa!

–Qué pena...

Tendría que seguir fantaseando sobre su mujer, con su ceñido vestido rojo, en un bar, rodeada de otras tantas mujeres atractivas. En su fantasía, en aquel bar solo había mujeres bellísimas, como en aquella película que le gustaba tanto a Álex. ¿Cómo se llamaba? “Love –no-sé-qué”, en la que aquel pelirrojo inglés entra en un típico bar americano y le interceptan tres bellas modelos, ofreciéndole un techo para dormir, aunque solo tenían una cama para las tres, ¡no, para las cuatro!, porque luego llegaba otra compañera modelo y se desnudaban los cinco y...

–¡Papi! ¡Papi! ¿Jugamos con loz zkylanderz?

Gabi miró a su hijo, que le ofrecía sus muñecos, y le miraba con aquellos ojitos expectantes...

Le sonrió con ternura, al tiempo que le acariciaba la cabeza.

—Claro, peque.

Ya continuaría con su sueño en otro momento.

----- 9 -----

Más hilo, POR FAVOR

Era la tercera sesión con la señora Doubtfire. Así la llamaban con Juan. Este seguía sin comprender muy bien qué es lo que hacían allí. Las parejas que iban a terapia estaban muy mal, a punto de divorciarse, y aquél no era su caso. Sin embargo acudía sin rechistar, con tal de que Diana se sintiera mejor.

La señora Doubtfire les había encargado que escribieran cada uno cinco cosas que apreciaran y cinco que les disgustaran del otro. Juan había escrito cinco cosas que le gustaban de su mujer —era dulce, paciente, generosa, sincera y no era celosa—, pero no se había visto capaz de escribir las cinco cosas que le disgustaban. No creía que eso fuera positivo para su relación, al contrario. De hecho, pensaba que ella no iba a escribir cinco cosas que le disgustaran de él, así que no iba a ofenderla haciéndolo él.

Pero cuál fue su sorpresa al ver que Diana sí había escrito su lista negra.

–“No cocina nunca” –leyó la doctora Anaya. ¿Es cierto?

Juan se sorprendió. No porque no fuera cierto, que lo era, sino por el hecho de que formara parte de la lista. Al inicio de su convivencia, ambos cocinaban juntos, de hecho, les encantaba. Se abrían una cerveza mientras iban cortando verduras, aquí y allá, y comentaban los asuntos del día. Era un modo de compartir su tiempo. Sin embargo, después del matrimonio, Diana había ido modificando de forma paulatina sus costumbres, y ya no lo llamaba cuando iba a la cocina, así que él no iba. Esperaba en el sofá, leyendo el periódico o viendo la televisión. ¡Pero habría ido si ella se lo hubiera pedido! Así que mostró su desacuerdo.

–Sí, es cierto, pero es que ella ya nunca me pide que la ayude. Antes lo hacíamos los dos...

–¿Y por qué tengo que pedírtelo? –protestó Diana–. Podría salir de ti.

Juan estaba aturdido. No entendía el cambio de actitud de su mujer. Ni mucho menos entendía que se quejara por algo que jamás le había dicho. ¿Cómo podía saber él que su mujer estaba esperando que él hiciera algo, si tan siquiera se lo decía? Uf, solo con hacer este razonamiento ya le dolía la cabeza. ¿Por qué serían tan complicadas las mujeres? ¡Los algoritmos le parecían mucho más sencillos!

–“No hacemos cosas juntos”. ¿Qué opinas de esto, Juan?

–Pero si siempre estamos juntos, menos cuando sale con sus amigas –objetó Juan.

–¿Me estás reprochando que salga con mis amigas? –se enfadó Diana.

–¿Qué? ¡Yo no he dicho eso!

Juan se sentía cada vez más frustrado. ¿De verdad aquello iba a ayudarles? Porque más que acercarlos el uno al otro, parecía que Diana cada vez estaba más enfadada, y él comenzaba a enojarse también.

–Diana, explícale a Juan a qué te refieres –intercedió la doctora Anaya.

–Es cierto que estamos siempre juntos, pero no HACEMOS cosas juntos.

–Eso no es cierto, esta semana hemos ido al cine y a pasear.

–Sí, porque la Doctora Doub... Anaya nos dijo que lo hiciéramos. Pero ¿cuánto hace que no íbamos al cine?

–No lo sé –contestó Juan, huraño. No le gustaban nada los derroteros que estaba tomando aquella sesión.

Cuando oyó a lo lejos las palabras “hemos terminado por hoy”, Juan se levantó como un resorte, deseoso de salir de allí y no volver nunca más. De camino a casa no pronunció una sola palabra. Estaba intentando procesar toda la información que había recibido en aquella sesión –demasiada, para su gusto–.

Después de “no hablamos mucho”, y “siempre llega tarde del trabajo”, decidió dejar de escuchar. Bueno, no fue una decisión del todo consciente, su cerebro se bloqueó y las palabras ya no llegaban a sus oídos. Veía a Diana y a la doctora como-se-llame que abrían la boca y articulaban palabras, que por alguna extraña razón él no oía.

–Cariño, ¿estás enfadado? –preguntó Diana

–A ti qué te parece.

–Pero si ella nos dijo que hiciéramos una lista, solo he hecho lo que nos dijo.

–Ya, claro.

–¿Qué significa eso?

–Nada. Déjame tranquilo, ¿quieres? –Juan prefería no hablar en esas circunstancias, para no decir algo de lo que después pudiera arrepentirse.

Diana continuó el camino en silencio. Sabía que cuando Juan estaba en ese estado, era mejor no hablar con él. Ya hablarían de la sesión más adelante. En aquella ocasión no se atrevió a coger a su marido de la mano, y él tampoco hizo el gesto. ¿De verdad iba a servir de algo aquella terapia?, se

preguntó Diana a su pesar. Porque no le parecía que estuviera dando sus frutos, al contrario, se sentía más lejos que nunca de su marido.

Al llegar a casa se puso el pijama, cogió su portátil y buscó artículos sobre terapias de pareja, para ver si encontraba algo que pudiera estar haciendo mal o que pudiera hacer mejor.

Juan, por su parte, estaba valorando si volver a aquella terapia o no. No se sentía mejor, al contrario. Y tampoco parecía que Diana estuviera más contenta. ¡Y hoy ni siquiera les habían dado una piruleta!

Ese viernes habían quedado en casa de Noa. Las cosas entre Diana y Juan estaban aún un poco tensas y ella prefería dejarle tranquilo y no agobiarle con sus “charlas de gallinas”, como las llamaba Juan. “No lo entiendo”, decía, “habláis todas a la vez y por algún milagro de la naturaleza que no consigo comprender os entendéis”.

Las chicas habían resuelto hacer otra incursión en La Bambolina. Ya habían dado el primer paso, atraer a Christine a su terreno, y había salido bastante bien. Estaba claro que se había fijado en Álex, aunque todavía no se había atrevido a decirle nada; ahora Álex tenía que ganarse su confianza; aquello era hartó más difícil. Sin embargo Álex se había metido en su papel y la verdad es que todo aquello le resultaba muy apasionante.

Habían enviado otro mensaje a Christine y habían programado un segundo encuentro. Esta vez habían decidido que sería mejor que Noa no la acompañara, a ver si así podía mantener una conversación más íntima con Christine.

–¿Estás segura? –preguntó Noa a Diana, pues le fastidiaba mucho perderse la acción.

–Sí, creo que es mejor. Algo me dice que esta vez Christine irá sola, si se fijó en Álex –contestó Diana, mientras sacaba de debajo de su pantalón una

camiseta arrugada que vete a saber el tiempo que llevaba en el sofá. No sabía cómo Noa podía ir siempre tan perfecta y en cambio su casa parecía siempre zona de guerra. ¡Y eso que tenía una mujer de la limpieza dos veces por semana!

–¡Pues claro que le gustó! Yo estaba allí y vi cómo babeaba. ¿Qué fue lo que te dijo al despedirse? “¿Nos vemos otro día”? –se burló Noa, poniéndole ojitos a su amiga.

–¡Aparta! –la empujó Álex, riéndose.

–¡Dejad de hacer el bobo! Toma. –Diana le dio una grabadora a su amiga –. Para que la lleves en el bolso.

–¿Es necesario? –preguntó Álex. El hecho de llevar una grabadora la ponía un tanto nerviosa y le recordaba que estaba allí como espía, que en realidad no era Belinda. Ella prefería pensar que estaba interpretando un papel.

–Sí, si te dice algo interesante quiero que su familia pueda escucharlo, querrán algo más que mi palabra.

–Está bien –accedió Álex, guardándose la grabadora en el bolso–. ¡Qué ganas tengo de que sea mañana!

----- 10 -----

¡Pescada!

Álex tardó una hora en arreglarse. Aquella vez no se puso su vestido rojo. Ya había causado el efecto deseado la primera vez, ahora tenía que ir algo más discreta, pero atractiva. A pesar de que estaban a mediados de febrero, estaba siendo un invierno templado, y dentro del local se estaba bien. Se decidió por unos pitillos negros de cuero muy ajustados que se había comprado para la ocasión, y una sencilla camisa blanca de gasa, con un escote que dejaba entrever su canalillo. El toque atrevido se lo daban sus labios, de color rojo pasión, a conjunto con sus zapatos de tacón.

–Estás muy guapa –le dijo su marido. ¡Al final voy a ponerme celoso!

–No seas tonto. –Rio Álex. Ya sabes para quién es.

–Sí, qué suerte tiene la Christine esa, tonteando contigo toda la noche mientras yo me quedo en casa solito viendo la tele. –Gabi le puso carita de

perro tristón—. ¿No te doy pena?

—No cielo, si tú odias salir. Ni siquiera has llamado a Juan para que venga. Seguro que en cuanto me vaya te vas a quedar frito en el sofá, junto al fuego.

—Es cierto —admitió Gabi—. Qué bien me conoces.

Ya en La Bambolina, Álex se dirigió con paso firme a la barra. Una copa la ayudaba a meterse en su papel.

—Un Martini con vodka para ella, mezclado, no agitado —oyó a su espalda.

—¡Nat! ¡Hola! —A Álex le hizo ilusión ver una cara amiga en aquel sitio.

—Hola. Me alegro de verte. —De nuevo su sonrisa perfecta.

—Yo también. —Era cierto. Estaba bien ver a alguien conocido, aunque fuera aquella chica que había visto solo un día; ya no se sentía tan insegura respecto al papel que debía interpretar—. Mejor un vodka con naranja —pidió al camarero.

—Otro para mí —dijo Nat—. Tranquila, te estaba tomando el pelo.

—Sí, y yo. Es que el otro día estaba muy nerviosa. Era mi primera vez en un sitio como este —reconoció.

—Vaya, ahora lo entiendo. ¿Y eso?

Álex estuvo tentada de contarle la verdad, pero creía que allí dentro era mejor no hacerlo, Christine o alguien que ella conociera podía estar por ahí.

—Vine para acompañar a una amiga.

—¿Y dónde está tu amiga hoy?

—No ha venido. He venido sola.

—Interesante —dijo Nat, escrutándola con la mirada. Tanto, que Álex tuvo que apartar la suya, ruborizada. No estaba acostumbrada a que alguien intentara ligar con ella de esa forma. Bueno, sí, muchos hombres habían

intentado ligar con ella, pero lo hacían de otra manera, más tosca, más bruta, más evidente, y a esos sabía cómo quitárselos de encima sin miramientos. Pero aquella chica parecía sincera. Sincera e intensa. Le desconcertaba sobremanera.

–¿Qué..., qué quieres decir? –balbuceó Álex, rizándose sus rizos con su mano derecha, como hacía siempre que estaba nerviosa.

–Que si has vuelto sola es por algo... o alguien –Nat la contemplaba con aquellos grandes ojos marrones–. ¿Es por aquella chica con la que hablabas el otro día?

Así que se había fijado, pensó Álex.

–¡Oh! No, no. Esa chica es solo una conocida con la que tengo una especie de... relación de trabajo.

Nat la miró escéptica. Christine no parecía la clase de persona que contrataría a una entrenadora personal. Álex entendió su mirada. ¡Claro! Le había contado a aquella chica cuál era su verdadero trabajo.

–Pero no del gimnasio, de otra cosa –Dios, no se le ocurría nada con sentido. Mejor no decir nada antes que soltar alguna tontería. Se había preparado para encontrarse con Christine otra vez pero no había pensado que pudiera encontrarse con aquella chica de nuevo.

–Estás muy misteriosa hoy. –Nat la miraba con interés.

En aquel momento entró Christine. Álex miró hacia la puerta, por si su amiga venía con ella, pero no vio entrar a nadie más. Vaya, Diana tenía razón. Pero si ella estaba con Nat, Christine no se acercaría.

–Esto, Nat, me sabe mal pero tengo que dejarte.

–Vaya, esto ya empieza a ser una costumbre –dijo, fingiendo estar molesta–. ¡Espera!

Nat cogió su mano, sacó un bolígrafo, y le apuntó su número de teléfono en la palma. Sonrió, y se alejó sin decir nada. Hacía mucho que nadie le

apuntaba su número de teléfono en la palma de la mano –ni en ningún otro sitio–, y lo cierto es que le gustó aquella sensación; notó cómo la adrenalina le subía a la cabeza, como burbujas de champán recorriendo su cuerpo y haciéndole cosquillas.

Christine vio alejarse a Nat y pensó que era su oportunidad de acercarse a Álex, antes de que lo hiciera otra.

–Hola, Belinda.

Álex todavía estaba inmersa en sus pensamientos, contemplando la palma de su mano de forma distraída cuando...

–¡Belinda!

¡Ah! Claro, ¡seré estúpida! Si Belinda soy yo.

–¡Hola Christine! Perdona, no te había oído, con tanto ruido –dijo, encendiendo con disimulo la grabadora, dejando el bolso en la barra, entre ambas.

–No pasa nada. –Sonrió Christine, y se acercó un poco más a Álex, para asegurarse que así la oía a la perfección.

–¿Hoy no ha venido Celia?

–No. He preferido venir sola.

Sí, ya lo imagino.

–Me alegro –mintió Álex–. Así podemos hablar mejor. –Decidió atacar y acabar cuanto antes con aquellas citas indeseadas.

Christine se sorprendió. El otro día Belinda no parecía dar muestras de estar interesada en ella. A lo mejor era porque había más gente, pensó. Porque hoy parecía más dispuesta. Eso la animó.

–¿De qué quieres hablar? –le preguntó coqueta, acercándose un poco más a ella.

–Cuéntame más cosas de ti –le pidió Álex, mientras se revolvía un mechón del pelo de forma coqueta, esta vez conscientemente. No podía creer

que estuviera haciendo aquello—. ¿Vives por aquí cerca?

—Más o menos. Vivo en Sarriá. ¿*And you?* Por cierto, ¿cómo me encontraste en Facebook? ¿Quién te dijo mi nombre?

¡Vaya, la temida pregunta! Álex hizo caso a las instrucciones de Diana.

—Fue tu amiga... Ahora no recuerdo como se llama..., aquella rubia con el pelo largo...

—¿Joana?

—¡Sí! ¡Esa! —Había funcionado. ¡Increíble! Un punto para Diana.

—¿Le preguntaste por mí? —preguntó halagada, Christine.

—Sí. Quería conocerte. —Álex tuvo que hacer un esfuerzo por sonreír. Oye, ¿no tendrás novia, verdad? —preguntó, fingiendo preocupación.

—Esto... no, la verdad es que no. ¿Y tú?

—Tampoco. Eso es una buena noticia, ¿no crees? —y antes de que contestara, añadió—: ¿vives con alguien?

—Sí, con un... amigo. —No podía decir que vivía sola, ¡no fuera que aquella chica quisiera ir a su casa!

—Es verdad. Ahora que me acuerdo, Joana me habló de él. Ángel, ¿verdad?

—Sí... —Christine titubeaba. No le gustaba por dónde iba la conversación.

—¿Sois muy amigos?

—La verdad es que nos conocemos hace poco, pero hemos... tenemos mucho *feeling, you know*. Él me ofreció su piso cuando yo llegué aquí, y no conocía a nadie.

—Vaya, qué amable. No debe de tener novia, si deja que vivas con él, ¿no?

—No. ¿Y qué me dices de ti? —preguntó, cambiando de tema—. ¡Abogada! Qué interesante. ¿Y defiendes a *killers*?

—No, no llevamos derecho penal en el bufete. Pero no hablemos de

trabajo. Cuéntame más cosas de ti. –Álex acercó un poco más su silla –y el bolso– a la de su interlocutora–. ¿Cómo es que te has quedado a vivir en España?

–Bueno, vine de viaje y me gustó este país, el sol, la comida, la gente... –dijo mirándola a los ojos–. Y luego conocí a Celia.

–¿Celia y tú...?

–Oh, no, *only friends*. No es ella quién me gusta –dijo, rozándole la mano de forma “accidental”.

Aquello ya se estaba poniendo demasiado íntimo para el gusto de Álex, que consideró que ya tenía material suficiente para enseñárselo a Diana. Al fin y al cabo, aquella chica había mentido, diciendo que Ángel era solo su amigo, y había intentado ligar con ella sin lugar a dudas. ¡Aquello tendría que bastar!

–Oye, se me ha hecho muy tarde y tengo que irme –dijo Álex, cogiendo su bolso.

–¿Ya? –Christine parecía contrariada.

–Sí, pero ¡nos vemos otro día! Me ha encantado hablar contigo. –No sabía por qué había dicho eso. Si podía evitarlo no pensaba volver a verla, pero le parecía lo adecuado, interpretar su papel hasta el final. Además, no le gustaba ser descortés.

–Y a mí. Espero volver a verte. –Y sin que Álex tuviera tiempo de reaccionar, se le acercó y le plantó un beso en los labios.

Álex salió de allí como alma que lleva el diablo, no sin antes mirar atrás para ver si Nat había visto la escena. Era evidente que sí, porque la estaba mirando entre intrigada y divertida. Hasta ella se había percatado de que Christine no le gustaba nada.

Álex le envió un wasap a Diana, no quería llamarla a aquellas horas, seguro que estaba durmiendo.

Me debes una y bien gorda! 02.13

----- 11 ----- *¡y ahora* **QUE?**

Las chicas no habían podido esperar para encontrarse. Tras ver el mensaje de Álex, a la mañana siguiente Diana la llamó y quedaron en verse las tres en su casa. Álex no había querido adelantar nada por teléfono a Diana, pues luego tendría que repetirlo todo, ¡menuda era Noa, como se le olvidara algún detalle! Pensaba en lo que se iba a reír cuando le contara lo del beso... Pero tenía que contárselo, ¡era muy importante para el caso!

Noa llegó primero, y eso que había dormido poco. Había salido con Pierre hasta las tantas, pero le podía la curiosidad. Se dejó caer en el sofá-cama que había en el despacho de Álex.

Esta no pudo esperar a que llegara Diana para contarle a su amiga las novedades.

—¡Lo conseguí! —dijo de modo triunfal, levantando los brazos a modo de victoria.

–¡No jodas! ¿Qué pasó? ¿Confesó? ¿Lo tienes grabado?

Diana llegó justo para oír las preguntas precipitadas de Noa.

–¿Qué me he perdido? –inquirió.

–¡Dice que lo consiguió! –Noa estaba casi tan emocionada como Álex.

–¿Qué has conseguido exactamente? –preguntó Diana, con su calma habitual. ¿Lo grabaste?

Álex asintió con la cabeza, con una sonrisa de oreja a oreja.

–Bien, entonces, ¿y si nos pones la cinta?

Noa sirvió dos copas de vino y una cerveza sin alcohol para Álex mientras esta sacaba la grabadora de su bolso y la ponía encima de la mesa.

Álex puso la grabación. Se oía bastante ruido de fondo, pero al haber puesto la grabadora tan cerca de Christine, se podía oír bastante bien la conversación, aunque con alguna interferencia.

–No está mal –concedió Diana, inclinando la cabeza a un lado.

–¿Que no está mal? ¡Querrás decir que lo he hecho muy bien!

–Sí, lo has hecho muy bien –accedió Diana, para agradecer a su amiga todo lo que había hecho por ella. Al fin y al cabo no tenía ninguna obligación de meterse en aquel lío—. Aunque no reconoce nada abiertamente. No sé si será suficiente para su familia.

–¿Qué más necesitan? ¡Ha mentido de forma descarada sobre Ángel! ¡Y se me insinuó!

–Ya, cielo, pero en la grabación no se aprecia si se estaba insinuando. Es muy sutil.

–Sutil, sutil... Yo no diría tanto –apuntó Álex, con una nota de suspense en la voz.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Noa, impaciente.

–Ella... Me besó.

–¡¿QUÉ?! –preguntaron las dos al unísono. A Noa casi se le cae el vino

encima.

–¿Con lengua?

–¡No seas burra! No, claro que no. Fue un beso de despedida, me dio un beso en los labios.

–Y qué, ¿te gustó? –se burló Noa.

Álex le dio un capón a su amiga.

–¡Mira que eres idiota! No, ya sabes que me gustas tú. –Y se acercó a su amiga, como si quisiera besarla.

–¿Queréis dejar de hacer el tonto? –Rio Diana–. Álex, de verdad, muchas gracias por todo. Es cierto que te debo una. Concertaré una reunión con la familia y ya os contaré.

–Y ahora qué, ¿ya está? –Álex se echó hacia atrás en su sillón, mustia. Toda esta aventura le había despertado viejos sentimientos. Se había sentido especial; fuerte, bella e interesante. Pero por encima de todo, había sido muy emocionante, algo que no podía decir de su día a día. ¿Y ya había terminado?

–No, puedes salir con Christine, si quieres. –Noa continuaba pinchándola –. Y yo me quedo con Gabi.

–Yo me quedo con Pierre, entonces –contraatacó su amiga.

–¿Qué tal con Pierre? –preguntó Diana, cambiando de tercio.

–Pues no sé, chicas... – Noa se inclinó hacia delante en el sofá, dejando la copa de vino en la mesa–. El caso es que... joder, ¡el tío está buenísimo, pero es malísimo en la cama!

–¿Qué quieres decir con que es malísimo? –preguntó interesada Álex.

–Pues que es un egoísta. Él se corre enseguida y si yo llego, bien, y si no, que me den.

–¡Será cerdo! –exclamó Álex.

–Si el sexo es malo y tampoco es el hombre de tu vida, ¿por qué sigues con él? –preguntó Diana, tan práctica como siempre.

–Porque esperaba que el sexo mejorara. Madre mía, si vierais su...

–¡Ya, ya! Ya nos hacemos una idea –la cortó Diana, con la mano en alto. No le interesaba que Noa le hiciera una descripción de los atributos de Pierre.

–Tienes razón. Voy a dejar de verle. Ya estoy harta de mal sexo. ¡Ni que tuviéramos dieciocho años! Pero es una pena, con semejante aparato.

–¡Que se lo quede otra! –dijo Álex–. Total, si no sabe usarlo... Para eso te compras un vibrador. ¡Ya sé qué regalarte para tu próximo cumpleaños!

–Las tres rieron a carcajadas.

Era tan fácil reírse cuando estaban juntas... Incluso aunque tuvieran problemas. Durante esos encuentros siempre encontraban un rato para dejarlos aparte.

–Estoy yendo a terapia de pareja con Juan –soltó Diana de golpe, mirándose su zapato. A continuación se terminó el vino de su copa de un lingotazo, como si fuera agua.

Necesitaba sincerarse. Los secretos formaban parte de su trabajo, pero en su vida Diana siempre había sido transparente. Lo era en todo, sobre todo en el plano personal. Aquello hizo que no tuviera muchos amigos –siempre acababa diciendo algo que a alguno de ellos no le gustaba, o terminaban haciéndole daño a ella, pues sabían dónde apuntar–. Por ello valoraba tanto la amistad de Álex y Noa. Ellas estaban a su lado siempre, y sabía a ciencia cierta que jamás iban a hacerle daño ni a burlarse de ella. Necesitaba contarles lo que estaba pasando, compartirlo con ellas y sentirse apoyada. Le estaba costando mucho hacerlo sola. No estaba acostumbrada a fallar y no sabía cómo enfocar aquello.

–¡¿Qué?! ¿Hay problemas en el paraíso? –se sorprendió Noa. ¡No me digas eso! ¡Vosotros sois mi esperanza para creer que el amor aún existe! ¿No te habrá puesto los cuernos, verdad? Porque si no, lo mato, al muy cabrón. –Noa golpeó su palma de la mano izquierda con el puño derecho.

–No, no, ¡nada de eso! Ha sido decisión mía ir a terapia. Es que últimamente estamos..., no sé, siento que hay un vacío entre los dos que nos separa y no sé cómo llenar ese espacio. A veces incluso me da la impresión que Juan es más mi compañero de piso que mi marido. Y le echo tanto de menos... –El rostro de Diana denotaba tristeza.

El instinto de madre de Álex salió a flote, y fue a sentarse al lado de su amiga, para darle un gran abrazo.

–Tranquila, Di, todo saldrá bien. Lo superaréis, ya verás. Juan te quiere mucho. No me cabe duda.

–Lo sé. Y yo a él. No sé qué nos ha pasado –contestó Diana, con los ojos humedecidos y la voz temblorosa.

–Si los dos queréis solucionarlo y ponéis de vuestra parte, estoy convencida de que lo lograréis. –La animó Noa–. Vamos, si sois “Diana y Juan, juntos a por el pan”. –Así los llamaba ella porque desde que se conocieron no se despegaban, iban juntos a todas partes.

Diana esbozó una sonrisa.

–Gracias chicas. Tengo mucha suerte de teneros.

–¡Y que lo digas! –Rio Noa, relajando un poco el ambiente– ¿Y tú, Álex, no tienes nada que confesar?

–¿Te parece poco haber besado a una chica? ¡Qué más quieres!

–Sí, no está nada mal para una aburrida madre de familia –se mofó Noa.

Ya en casa, ese domingo por la tarde Noa decidió no demorar más la situación y llamó a Pierre.

–¿Sí? –contestó una voz femenina al teléfono.

Noa se quedó descolocada durante unos segundos.

–¿Quién eres? –preguntó

–¿Quién eres tú? –le dijo la voz.

–Soy Noa. ¿Está Pierre? –preguntó cortante.

Oyó la voz de Pierre de fondo. “¿Qué haces? ¿Por qué contestas a mi teléfono?”

–¿Diga?

–¿Diga? ¿Quién coño es esa chica?

–Ah, Noa... Eres tú. Oye, tranquila, ¿vale?

–¿Tranquila? ¿Qué coño significa eso?

–Oye, nena...

–¡No me llames nena!

–Vale, mira, tú y yo lo pasamos bien, ¿no? Pero nunca hablamos de exclusividad.

–¿Qué? ¿De qué narices me estás hablando? –Noa daba vueltas por su habitación como un tigre rabioso.

–Yo pensaba que tú también te veías con otros. Si no estamos saliendo, ni nada...

–No, solo follábamos, ¿no? ¡Si por lo menos eso lo hicieras bien! –Noa estaba fuera de sí. No es que pensara que ella y Pierre pudieran llegar a tener algo serio pero mientras se acostaba con ella esperaba que no lo hiciera también con otras. Al menos le pedía eso.

–¿Qué quieres decir? –Ahora era Pierre quien sonaba enfadado.

–Nada. ¡Serás capullo!

Colgó el teléfono y lo tiró con rabia a la cama. ¿Capullo? Pues sí que era un capullo sí, y de los grandes. Ese pensamiento la hizo reír. Rio tanto que se le saltaron las lágrimas.

Sushi la miraba con su cabecita peluda ladeada. No tenía claro si su dueña estaba bien o necesitaba que la consolara. Por si acaso, se acercó a ella y le rozó la pierna con su pequeño y húmedo hocico, moviendo la cola con efusividad.

Al cabo de un minuto sonó su móvil. Creyó que era Pierre, que llamaba para disculparse.

—¿Qué coño quieres?

—Ay, hija, ese vocabulario. Y con ese genio que tienes nunca vas a encontrar pareja... Si es que no sé a quién has salido... Yo nunca uso ese vocabulario, y tu padre, que Dios sabe dónde andará, tampoco. Tenía muchos defectos, pero ese no era uno de ellos... Y...

Noa se apartó el teléfono de la oreja y puso los ojos en blanco. Su madre tenía un don para llamarla cuando menos le apetecía hablar.

12

En

BANDEJA

La señora Doubtfire estaba repasando sus notas, en silencio, mientras Diana y Juan aguardaban algo intranquilos en sus asientos; sobre todo este último, ya que no guardaba un buen recuerdo de la última sesión. Aquella semana había estado algo huraño y había intentado no hablar mucho con Diana, porque estaba seguro que si lo hacía iban a terminar discutiendo, y no quería discutir.

Cada vez estaba más desconcertado con toda aquella situación. Se había visto inmerso en aquella terapia casi sin quererlo; sí, es cierto que lo había aceptado. Pero no pensaba que fuera tan complicado, ni que fuera a removerle sus sentimientos más íntimos. Juan era un hombre muy reservado y tener que contarle sus intimidades a la doctora Anaya no era plato de buen

gusto. No obstante, las sesiones anteriores habían servido para que se percatara de que quizá sí tuvieran un problema de comunicación, cosa que le sorprendió, de un modo desagradable.

–Bien... En la última sesión Diana expuso cuáles son, según su parecer, las cosas que podrían mejorarse en vuestra relación. ¿Has pensado en ello? – le preguntó a Juan.

–Lo cierto es que sí... Me dolió que Diana dijera que no la ayudo en casa...

Diana iba a abrir la boca para protestar, pero la doctora Anaya la cortó—. Recuerda que no debemos interrumpir cuando está hablando el otro. Hoy es el turno de Juan. Continúa –le instó.

–Verá..., estoy de acuerdo en parte con lo que dijo Diana. –Estaba haciendo un esfuerzo para hablar de forma constructiva, sin acudir a la crítica, tal como les había enseñado la Doctora Anaya—. Al principio de nuestra relación compartíamos más actividades. Por ejemplo, cocinábamos, íbamos a comprar, hablábamos sobre cómo nos había ido el día... Pero poco después de casarnos, Diana ya no..., bueno, que empezó a hacerlo todo ella y cuando le preguntaba si quería que la ayudara me decía que no hacía falta..., así que ahora ya no lo hago.

–Ahá. Diana, ¿eso puede ser cierto?

Diana se rascó la barbilla, dubitativa. En su fuero interno le parecía recordar algunas ocasiones en que aquello había sido cierto, pero en los últimos años Juan ya ni siquiera se ofrecía a ayudarla, cosa que le molestaba sobremanera.

–Puede que sí, que a veces le haya dicho que no necesitaba su ayuda, pero eso no significa que no la necesite. –Cuando terminó de pronunciar la frase se dio cuenta de lo absurdo que sonaba aquello.

–Juan, ¿algo más que añadir?

–Sí... –Juan miró a Diana como pidiéndole disculpas con la mirada–. Desde hace un tiempo, bueno..., a veces noto a Diana algo estresada y malhumorada. Y ahora le ha dado por hacer pasteles, cosa que me parece muy bien, pero no le salen bien y se enfada cuando se lo digo.

–¿Diana?

–Hombre, claro que me enfado, después de estar cocinando para él y que me diga que no le gusta.

–Cariño, yo no necesito que me hagas ningún pastel. Claro que me gustan, pero no quiero que lo hagas si a ti no te apetece –le dijo Juan a su mujer, después de que la señora Doubtfire le cediera la palabra con la mirada.

–Pero es que yo quiero hacerlo. –Una parte de Diana creía que debía ser una especie de Marta Stewart en casa. Es lo que había visto hacer a su madre pues, según ella, era el secreto de un matrimonio feliz. Tener la casa limpia, al marido contento y un plato de comida en la mesa.

Tras unos segundos de meditación, la doctora Anaya habló.

–Detecto un posible problema de cambio en la estructura de poder. –Ambos se miraron sin comprender–. Me explico. Creo que antes de casaros teníais establecido un rol sobre quién hacía qué. Por algún motivo, Diana ha ido cambiando ese rol, sin darse cuenta, y ahora pretende volver a los inicios, y se siente frustrada porque no lo consigue. Y dirige su enfado hacia ti, Juan, porque tú no lo haces. –Se detuvo un instante para que ellos asimilaran sus palabras–. ¿Creéis que tengo razón?

Diana estaba algo aturdida y confundida. Pensó en lo que la doctora acabada de decir y muy a su pesar tuvo que reconocer que podía estar en lo cierto. ¿Cómo podía ella no haberse dado cuenta?

Nota mental: dejar de mirarse tanto el ombligo.

–Creo que sí –reconoció Diana contrita.

–Diana, nadie te impone el deber de ser una perfecta ama de casa. Sé, por

lo que me habéis contado, que eres muy exigente contigo misma, pero debes relajarte un poco y sobre todo pedir ayuda. No hay nada de malo en pedir ayuda de vez en cuando. ¡Y no hagas pasteles si no sabes hacerlos! –le dijo riéndose la doctora, para sosegar el ambiente.

Diana sonrió. Quizás tenía razón. La repostería no era su fuerte. ¿Y qué?

–Me gustaría que esta semana, Diana, le digas a Juan qué es lo que esperas que él haga en casa, y que lleguéis a un acuerdo sobre el reparto de tareas, ¿entendido?

–Entendido –contestaron ambos al unísono.

–Y tú, Juan, hazle saber a Diana cómo te sientes, cuando sientas que algo te molesta, o te enfada. Pero recuerda, siempre intentando ser positivo.

–Está bien.

–¡Ah! Y tengo un cuestionario que quiero que rellenéis en casa y me lo traigáis la semana que viene.

–¿Qué clase de cuestionario? –preguntó Diana.

–Sobre vuestra vida... íntima. Sé que es difícil, pero es importante – aclaró la doctora Anaya.

Diana se ruborizó, no pensaba que aquello fuera necesario en absoluto. Miró a Juan quien, al contrario de lo que ella se esperaba, parecía divertido, en vez de furioso.

–Pero... –se quejó Diana

–Ah, ah, ah –la atajó la doctora–. Sin protestar. Vamos, que no es un examen. –Les sonrió, guiñándoles un ojo y les dio un Chupa–Chup a cada uno. A continuación cerró la puerta del despacho, dejando claro que había dado por terminada la sesión.

Ambos abandonaron el despacho de la psicóloga con sentimientos encontrados. Había confusión, sobre todo por parte de Diana, tras darse cuenta que el principal culpable de aquella situación que tanto le disgustaba

era ella, que no había sabido explicarle a su marido lo que necesitaba, y había cambiado su conducta sin percatarse de ello. No le extrañaba que Juan no entendiera nada. Pero estaba contenta pues, al haber detectado el origen del problema, iban a poder encontrar una solución. Juan seguía sin entender parte de todo lo que pasaba por la mente de su mujer –ya estaba acostumbrado a ello– pero salió de la sesión con una sensación de triunfo, pues habían avanzado un paso en la buena dirección, de eso sí se daba cuenta.

–Lo siento, cariño –dijo Diana, cogiéndole de la mano.

–No tienes que pedirme perdón por nada –contestó él–. Los dos estamos aprendiendo.

Ese jueves Diana tenía una reunión con la familia de Ángel, en la habitación de su casa que hacía las veces de despacho para las visitas. Era una habitación bastante grande –de unos nueve metros cuadrados–, con la mesa de caoba y dos sillas a juego que le habían regalado sus padres cuando terminó la carrera, las estanterías repletas de libros de derecho, de investigación, de psicología –le gustaba leerlos para conocer mejor al ser humano en general, y saber cómo tratar a sus clientes en particular–, cajas con los expedientes cerrados ordenados alfabéticamente, y ella presidiendo la estancia, sonriente y orgullosa, desde la orla que colgaba de la pared.

Estaba animada, pensando en que tenía buenas noticias para ellas, y que había confirmado sus sospechas, cumpliendo así su encargo.

Tras una explicación exhaustiva de todos los pasos que habían seguido: las vigilancias, la investigación por Internet, la trampa que habían decidido tenderle, la toma de contacto y los encuentros en el bar, les hizo escuchar la grabación.

La hermana de Ángel estaba indignada.

–¡Será mentirosa, la tía! ¡Pues no va y dice que no tiene novio! ¿Y Ángel

qué es, eh? ¿El tonto que le paga las facturas?

–Cálmate, cariño. –Su madre intentaba apaciguarla–. La buena noticia, o la mala, según se mire, es que teníamos razón. Mejor haberlo averiguado ahora, antes de que la relación siga adelante y le haga más daño a tu hermano. Hablaré con él y le haré entrar en razón.

–Te odiará.

–Lo sé hija, me odiará ahora pero me lo agradecerá en el futuro. Una madre tiene que hacer lo que tiene que hacer. –Su hija la miraba con escepticismo, dudando de que Ángel fuera a agradecerle nada en un futuro.

----- 13 ----- El KARMA

Aquél sábado por la tarde Álex estaba pensativa. Llevaba toda la semana dándole vueltas. Se daba cuenta que había sido muy descortés con Nat, dejándola dos veces con la palabra en la boca para irse con Christine, y marchándose después sin ningún tipo de explicación. Nat había sido muy amable con ella y creía que al menos se merecía que le contara la verdad respecto a Christine. Pero no quería ir a La Bambolina, por si se encontraba con esta última. ¿Qué le diría? ¿Y si volvía a besarla? Dios, no quería ni pensarlo. Así que la única forma de ver a Nat a solas era quedar con ella. Tenía su teléfono. Pero era un tanto extraño llamarla; no se conocían apenas, aunque Álex se sintiera muy a gusto estando con ella. Y tampoco quería que pensara que la llamaba para ligar con ella. No quería llevarla a confusión.

Al final se decidió a hacerlo y Nat se mostró encantada de que la hubiera

llamado. Quedaron para aquella misma noche. A Gabi le dijo que salía otra vez “de misión”, era más fácil que explicarle quién era Nat y por qué quedaba con ella.

–Adiós cariño, no vuelvas tarde –dijo Gabi.

–Tranquilo –contestó Álex, plantándole un rápido beso en los labios. De todos modos no pensaba hacerlo. Daniel era como un reloj, se levantaba cada día a las siete de la mañana. Él no entendía que el fin de semana podía –debía – dormir más, por mucho que sus padres se hubieran empeñado en explicárselo.

Fueron al People Lounge, un sofisticado y agradable local de ambiente en la calle Villaroel, decorado con preciosas lámparas de araña y carteles de obras musicales. A pesar de tanta lámpara la iluminación era muy tenue, íntima. Y servían buenos combinados, de esos con nombres extravagantes y sugerentes, como “*sex on the beach*”, que no dejaba de ser vodka con naranja y piña, pero así podían cobrarte más dinero. Por eso y por la sombrillita, claro.

Era un sitio agradable en el que se podía mantener una conversación sin tener que gritar, con un ambiente relajado, que es lo que buscaba Álex.

Cuando ella llegó Nat ya estaba en una mesa, esperándola. Cuando la vio entrar, le sonrió, mostrándole su perfecta dentadura blanca en toda su amplitud. Le sorprendió de nuevo la belleza natural que irradiaba aquella chica. Debajo del abrigo llevaba unos pantalones cortos de lana de color gris, y un suéter negro de manga larga. El tono de color lo ponían unas atrevidas medias negras con topitos rojos, y sus labios, del mismo color. Era el único maquillaje que llevaba, junto con el *eyeliner* y el rímel negro. En los pies, unos botines negros con tachuelas, la última moda. Rebosaba estilo por todas partes.

Álex no se había arreglado mucho, no quería que Nat pensara nada raro,

así que se había puesto unos sencillos vaqueros con un jersey verde oscuro, que sabía que le resaltaba los ojos y el color de su melena. Había escogido un collar naranja para romper con tanta oscuridad, y se había puesto unos zapatos de tacón. Tenía muy pocas oportunidades de ponérselos, así que no iba a desperdiciar aquella.

–Sonabas muy misteriosa por teléfono –dijo, a modo de saludo–. Me tienes intrigada. ¿Qué tienes que contarme?

–Oh, tranquila, no es nada importante. Pero quería explicarte lo de la chica del bar. Es que me sabe mal haberte dejado plantada.

–Dos veces –la acusó Nat, sin embargo su boca y sus ojos no parecían acusadores; al contrario, sonreían.

–Cierto. Dos veces. Verás, no es lo que parece. Esa chica y yo... No hay nada en absoluto.

–Vale... ¿Y por qué me lo cuentas?

Nat no era tonta, tenía claro que Álex no estaba interesada en ella... de aquella manera. No le había dado muestras de estarlo..., aunque le encantaba el efecto que producía sobre ella. ¡Estaba tan guapa cuando se sonrojaba! Nat sabía que aquello no era una cita, pero tenía muchas ganas de volver a ver a aquella sexy pelirroja, y le intrigaba su llamada.

Bueno, quizás no había llegado la hora de sincerarse del todo, pensó Álex. Si le decía que no era lesbiana era muy probable que se sintiera engañada y se enfadara. Al fin y al cabo, se había hecho pasar como tal también con ella.

Cuando el camarero llegó con sus copas, Nat le dio las gracias sin apartar sus ojos de Álex. Esta tenía que hacer un esfuerzo por mantener esa mirada tan intensa sin ruborizarse. ¿Qué diablos le pasaba con aquella chica?

–Bueno..., es que... No sé cómo decirlo. Yo estaba... espiando a esa chica –explicó, mientras daba vueltas a su San Francisco sin alcohol.

–¿Espionando? No serás una psicópata acosadora, ¿verdad? –Su tono de voz reflejaba que eso ni se le había pasado por la imaginación.

–No, no, tienes razón. “Espionando” suena muy mal. A ver. Tengo una amiga que es detective privada, y Christine forma parte de un caso.

–Vaya, esto se pone interesante –Nat apoyó los codos en la mesa y se acercó más a su interlocutora.

Álex dudó sobre si contarle toda la historia a Nat o no, pero tras unos segundos de deliberación consigo misma decidió que el secreto profesional era solo para abogados, curas y esteticienes –en particular, la que te depila las ingles–, y ella no era ninguna de las tres cosas.

–Christine vive con un chico desde hace poco, un tal... llamémosle señor “x”, y su familia está preocupada porque creen que ella está con él por su dinero... y quizás también por los papeles. Al poco de conocerse, se instaló en su piso. Es extranjera y está aquí sin trabajo, y con un visado provisional. Y por si fuera poco, parece que le gustan las chicas, o ambas cosas, no sé, y que está con Ángel solo porque la mantiene y le paga sus caprichos.

–¿Y cuál es tu papel en todo esto? –preguntó Nat, intrigada.

–Yo... –Álex hizo una pausa–. Tenía que intentar sonsacarle información, y si era preciso... Bueno, ya sabes, acercarme a ella.

–¡Vaya! –Nat estaba francamente divertida–. ¿Quieres decir ligar con ella? Ahora entiendo lo de tu vestido. ¿Te parece bonito engañar a alguien de ese modo?

–La verdad es que me lo he pasado muy bien, ha sido divertido. –Hizo una pausa teatral–. Casi todo.

–¿Casi todo? ¿Qué pasó?

–Me besó.

Nat echó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas.

–Te lo tienes merecido. Por farsante.

–Sí, quizá sea el karma, que me la ha devuelto.

–¿Y ahora qué?

–Pues grabé nuestra última conversación en una cinta. Mi amiga se la enseñará a su familia y ellos se la enseñarán al señor “x”. Y *bye, bye*, Christine –explicó Álex, mientras cogía unas palomitas del bol que acompañaba el combinado.

–¿Qué haces? –preguntó Nat, dándole un pequeño golpe en la mano. ¿Estás loca? ¿Quieres coger la triquinosis? ¡No te comas eso!

A Álex le hizo gracia aquel gesto de familiaridad.

–Pobre señor “x” –dijo Nat, después de quedarse más tranquila cuando Álex soltó las palomitas otra vez en el bol.

–Pues sí. Pero es mejor que sepa la verdad ahora que no más tarde. ¿Para qué quiere tener una relación, si no es verdadera?

–Es que para él sí es verdadera –alegó Nat, removiendo su copa.

–Bueno, pero no lo es –insistió Álex–. Y si nadie hace nada, ¿qué pasará cuando ella se canse, o consiga lo que quiere y le deje? Le romperá el corazón.

–A todos nos han roto el corazón alguna vez. Eso te hace más fuerte –contestó Nat, con vehemencia.

–Entonces, ¿crees que no deberíamos hacer nada? –preguntó sorprendida Álex.

–Yo no he dicho eso. Tu amiga no tiene elección. Es su trabajo. Y su familia... No sé, quizá si fuera alguien de mi familia o alguien a quien quiero también intentaría protegerle. No soporto a las personas que mienten, o fingen ser quien no son.

Álex tragó saliva. Si alguna vez se enteraba de la verdad, iba a enfadarse mucho. Aunque no tenía por qué enterarse, pensó Álex. Ella volvería a su vida, ahora que lo de Christine había terminado, y no volvería a ver a Nat.

Era una pena, porque le caía muy bien. Habrían podido ser amigas, pero seguir con esa amistad implicaría contarle la verdad sobre ella. Y cuando se lo dijera, no la volvería a ver porque no le perdonaría el haberle mentado. Así que lo mejor era que cada una siguiera su camino.

Al llegar a casa, Álex estaba algo triste. Sentía que su aventura había terminado casi antes de comenzar. Le había encantado interpretar un papel, se había sentido por primera vez como una actriz de verdad. Le había resultado muy divertido meterse en la piel de Belinda; de hecho, sentía que ella era en parte Belinda. Creía que iba a tener la oportunidad de explorar algo más aquel personaje pero los acontecimientos habían transcurrido demasiado rápido para su gusto. Ya no iba a poder ser Belinda nunca más. Y era una lástima porque como tal era atrevida, transgresora y sexy. Era como una versión antigua de sí misma. De la Álex que ella recordaba de antaño. De antes de casarse con Gabi y formar una familia. De ser la madre de familia que ella creía que quería ser. O que debía ser. ¿Es lo que se hacía, no? Te enamorabas, te casabas y al cabo de un tiempo, tenías hijos. Y llevabas una vida tranquila y apacible, sin sobresaltos, sin emociones. Madurar. Así lo llamaba Gabi. Y ella quería madurar.

Bueno, fue divertido mientras duró, se dijo a sí misma. Decidió que lo mejor era volver al papel que mejor se le daba, al de madre y esposa. ¡O al menos era el que más le estaba durando!

Encendió su ordenador para dar de baja su falso perfil y vio, extrañada, que tenía un mensaje privado de Christine. ¡Qué raro! ¿No querría quedar con ella otra vez, no? Porque no estaba tan desesperada por seguir interpretando. No iba a ganar un Goya por aquella interpretación.

Lo abrió y lo leyó. Era muy breve.

Sé lo que has hecho y me pones enferma... quizá necesite llamar a

una enfermera.

Volvió a leerlo, sin comprender. Eran las dos de la madrugada y llevaba un par de copas encima. Vale, estaba claro que la familia de Ángel le había enseñado la cinta y la había descubierto, pero no entendía el resto del mensaje.

A no ser que... no, no era posible. Lo leyó por tercera vez y esta vez lo comprendió. Christine sabía lo que había hecho. Y no se refería a su engaño como Belinda. Al instante notó como se le erizaban los pelos de la nuca.

Una anguila MUY ESCURRIDIZA

Diana estaba esperando a la familia de Ángel en su despacho, mientras aprovechaba para limpiar correos antiguos, eliminarlos si no eran importantes o guardarlos en su archivo correspondiente.

Ya había pasado una semana desde que les diera la cinta, por lo que ya debían de haber hablado con él y venían a ponerla al corriente de los últimos acontecimientos. Esperaba que estuvieran contentos, al fin y al cabo el asunto había terminado de forma favorable, aunque había tardado algo más de lo previsto. Christine había resultado difícil de desenmascarar. Apenas tenía información sobre ella, no había encontrado nada por Internet, ni en la embajada de Serbia, ni en ninguna base de datos en las que había consultado. Al parecer, Christine Roberts no debía ser su verdadero nombre. Pero gracias a la intervención de Álex todo se había resuelto.

Sin embargo, cuando la madre y la hermana de Ángel entraron en la sala que hacía las veces de despacho, no parecían nada contentas. Tomaron asiento y la madre de Ángel pidió un vaso de agua. Su alteración era

evidente.

–Bien, díganme, ¿cómo fue con Ángel?

–¿Qué cómo fue? Pues mal, muy mal –contestó la madre, quien parecía estar al borde de un ataque de nervios.

–Tranquila, mamá –la interrumpió su hija, cogiéndola de la mano–. Ya lo cuento yo. Le contamos a mi hermano que Christine solía ir a ese bar, y que había contactado con su amiga a través de Facebook para quedar con ella. Le contamos que Christine la había besado y le enseñamos la cinta.

–¿Y? –preguntó Diana, intrigada.

–Dice que somos unas mentirosas y unas metomentodo, que no queremos que sea feliz. Que sabe que Christine va a ese bar para acompañar a su amiga Celia. Y que la cinta no demuestra nada.

–Pero si está bastante claro...

–Sí, está bastante claro si quieres creerlo, pero si no, pues no lo está tanto. Ella en ningún momento reconoce que le gusten las chicas, ni siquiera dice que le guste Belinda.

–No, claro, pero se entiende el tono con el que se insinúa a Belinda, bueno, a Álex.

–Lo entendemos nosotras, que somos mujeres, pero él no, y menos aun porque no quiere verlo.

–Vaya, eso sí que no me lo esperaba. ¿Entonces quieren que siga investigando hasta que encuentre algo que pueda convencer a Ángel?

–Es que eso no es todo –dijo Ángela.

Cada uno pone a sus hijos el nombre que quiere, ¿quién soy yo para juzgarlo?

–Ah, ¿no?

–No. Ángel habló con Christine y se lo contó todo. Se puso hecha una furia porque la habíamos mandado investigar y ha puesto a Ángel en nuestra

contra. Ya no nos habla. Y lo que es peor. La muy pu....

–Cariño –la cortó su madre–, ese vocabulario.

–Perdón. La muy... le ha pedido a mi hermano que se case con ella, ¡y él ha dicho que sí!

–¿Qué? –Eso sí que no se lo esperaba Diana. Al menos no tan pronto.

–Sí, ¡van a casarse! ¿Qué podemos hacer? –Ángela estaba desesperada.

Por su parte, parecía que la madre de Ángel iba a echarse a llorar de un momento a otro. Aquella no era la reunión que había previsto Diana.

–Entendido. Creo que esto ya se está poniendo peliagudo. Si les parece bien, yo puedo seguir investigando a ver si encuentro algo más sobre ella, pero necesitaría saber su nombre verdadero. ¿No podrían conseguir su documentación de alguna forma?

–Pues... mi madre tiene las llaves de casa de Ángel. Si hace falta, puedo entrar cuando no estén –dijo Ángela, decidida.

–Cariño, no me parece bien entrar en casa de tu hermano sin que él lo sepa –protestó su madre.

–Mamá, ¡es por su bien! ¿Quieres que se case con esa..., con esa?

–No, claro que no –suspiró la madre–. Está bien. Ve tú. Pero ve con cuidado, hija.

–De acuerdo. Si encuentran alguna información útil, tráiganmela. Cualquier cosa me servirá, teniendo en cuenta que ahora no tenemos nada. Documento de identidad, pasaporte, papeles oficiales..., lo que sea, aunque piensen que no es importante. Tendrán que hacer copia de todo y dejarlo como estaba.

Diana meditó un momento sus siguientes palabras. Quizás era adelantarse a los acontecimientos, pero ella era una chica previsor, así que decidió que cuanto más información tuvieran mejor.

–Hay algo más que quisiera decirles.

–¿El qué? –preguntó la madre de los “angelitos”.

–Si al final la boda se celebra y ustedes quieren hacer algo al respecto, habría una manera de resolverlo.

–¿Cuál? –preguntó interesada Ángela.

–Cuando uno de los dos futuros contrayentes es extranjero, hay una audiencia previa con cada uno de ellos, les hacen preguntas sobre el otro, sobre sus gustos, su familia, cómo se conocieron... Y así pueden detectar si se trata de un matrimonio de conveniencia. Claro, no es una ciencia exacta, pero hay indicios, como el poco tiempo de noviazgo, que ella quiera la residencia, o que él tenga dinero..., en fin, quizás tengan alguna posibilidad.

–¿Y si no funciona? –volvió a preguntar Ángela. Su madre estaba sobrepasada por toda la situación y hacía rato que no abría la boca.

–Entonces habría una última vía. Anular el matrimonio.

La madre de Ángel se llevó las manos a la cabeza.

–Esto no me gusta. No me gusta nada –dijo, negando con la cabeza.

–Lo sé, lo sé. Esto no es fácil ni agradable. Pero si no quieren que Christine se aproveche de Ángel, tendrán que ponerle remedio.

–¿Qué habría que hacer? –preguntó Ángela, más decidida que su madre.

–Eso se escapa de mis competencias. Tendrían que ponerse en contacto con un abogado especializado en estos temas. Si no conocen a ninguno, les puedo recomendar a alguien. –Diana pensó de inmediato en Noa. Ella sería implacable con esa chica.

–Está bien –accedió Ángela–. No perdemos nada por informarnos.

Diana les dio el teléfono del despacho de Noa.

–Déjenme que la llame primero y la ponga al corriente de todo. Ustedes pueden llamarla a partir de mañana.

Las dos mujeres se despidieron y se marcharon, igual de intranquilas que habían entrado o más, se temía Diana.

No le gustaban los derroteros que estaba tomando el asunto, no estaba acostumbrada a no poder resolver los asuntos que le encargaban. Es cierto que muchas veces no terminaban de la mejor manera, cuando las sospechas de un marido o de una mujer engañados se confirmaban. Ella veía a menudo la decepción, la ira y la humillación en los ojos de sus clientes. Pero sabían la verdad. Ahora lo que veía en los ojos de aquellas mujeres era angustia y preocupación, y le gustaría poder ayudarlas más de lo que sentía que lo estaba haciendo.

Diana no llamó a Noa porque la iba a ver al día siguiente, y pensó que Álex también querría conocer todos los detalles. Al fin y al cabo había sido parte del caso desde el principio y sabía que querría estar al corriente de las novedades. Aunque se temía que no iban a gustarle mucho ¡Pobre Álex! Diana sonrió pensando en el beso que le había dado Christine. Se imaginaba su cara redonda acercándose despacio a la de Álex, con la boca abierta... ¡Cielos! No, las nuevas noticias no iban a gustarle en absoluto.

Diana y Álex estaban sentadas en el sofá-cama esperando a Noa, que como siempre llegaba la última. Álex intentó sonsacarle la información a Diana antes de que llegara Noa pero aquella no cedió. Notó a Álex bastante intranquila, lo cual le sorprendió. No pensaba que le interesara tanto el desenlace de los acontecimientos.

Una vez llegó Noa se aposentó en el sillón de Álex mientras Diana les contaba toda la conversación con la madre y la hermana de Ángel.

—¿Pero le contaron lo del beso? —preguntó Noa.

—Sí, pero no se lo cree. Con decírselo no basta. Y la cinta... Si uno no quiere darse cuenta de la verdad, es cierto que puede resultar ambigua.

—¿En serio va a casarse con esa? ¡Pues sí que es estúpido, el tío! —dijo Noa—. Cariño, debiste besarla mejor y así a lo mejor se casaba contigo.

Álex trató de sonreír. Intentaba concentrarse en la conversación pero sin quererlo, sus recuerdos viajaban lejos, muy lejos... unos diecisiete años atrás.

–Yo pensaba que este asunto ya estaría solucionado–. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Así Christine no tomaría represalias contra ella.

–Y yo, pero parece que hemos precipitado las cosas –contestó Diana.

–¿Y por qué no la dejan estar? –preguntó Álex.

–¡Qué dices! –protestó Noa–. ¿Y dejar que Christine se salga con la suya? ¡Ni de coña!

–¡No es cosa nuestra! –Álex levantó la voz más de lo normal. Parecía que se estaba tomando el asunto demasiado en serio–. Ya nos hemos metido bastante en su vida –continuó, moderando el tono–. Su familia ya sabe la verdad, y él también. Y le da igual. No quiere afrontar la verdad, prefiere ser feliz. ¿Quién somos nosotras para impedirselo?

–No somos nosotras quienes se lo impedimos, es su familia la que quiere hacer algo –corrigió Diana.

–Sí, porque tú les has dado una posibilidad –Álex se enfrentó a su amiga.

–Claro que les he dado una posibilidad, es mi trabajo.

–No, tu trabajo era investigar a Christine y contar a la familia lo que averiguaras, y ya lo has hecho. No es ir en plan llanero solitario solucionando los problemas de todo el mundo, según lo que te dictan tus convicciones morales.

Diana se quedó tan sorprendida por las palabras de su amiga que no pudo articular palabra. Al contrario que Noa.

–¿Se puede saber qué mosca te ha picado, joder? ¿Por qué le hablas así a Diana? ¡Pero si eras tú la que estabas más emocionada con esto de Christine!

–Porque creo que nos estamos pasando. ¿Que Christine es una mala persona? Pues sí. ¿Que se casa por interés? Pues sí. ¿Y qué? ¿Cuántas parejas hay que se casan por interés? ¿Cuántos millonarios viejos hay que se casan

con jovencitas? Es un intercambio de intereses, unos lucen accesorio nuevo y otras esperan que el viejo la palme y les deje la herencia, y todos contentos. Pues esto es lo mismo. Christine tendrá sus motivos pero Ángel tiene los suyos. Prefiere casarse con ella que arriesgarse a estar solo el resto de su vida. ¿Lo habéis pensado?

–¿Desde cuándo te has vuelto una cínica? –le recriminó Noa.

–No soy cínica. Soy realista. Y si vais a llevar este asunto adelante yo no quiero saber nada más de él. –Álex se levantó y se fue, sin despedirse, y dejando a sus amigas sorprendidas y extrañadas por su reacción.

Estaba desesperada y muy asustada. No sabía qué hacer para convencer a sus amigas de que dejaran en paz a Christine. Solo de pensar que ella pudiera desvelar... Oh, dios mío.

Las chicas seguían asombradas por la reacción de Álex. No comprendían qué le pasaba, pero estaba claro que no le parecía bien que siguieran inmiscuyéndose en la vida de Christine, lo que era cuanto menos extraño, cuando al principio había estado tan predispuesta a colaborar.

Diana estaba muy dolida por las palabras de su amiga y a Noa tampoco le habían gustado nada. Iba a contarles a sus amigas su conversación con Pierre pero la salida de tono de Álex le dejó sin ganas de cháchara. Es igual, mejor otro día, pensó. Por hoy ya había habido demasiado drama.

-----15-----

En defensa DE SUS INTERESES

El lunes por la mañana Noa todavía estaba furiosa con Pierre. ¡El muy gilipollas! ¡Engañarla a ella! ¡Si ella era la bomba en la cama! ¿Qué se había creído? Pero sobre todo estaba furiosa con ella misma. ¿Por qué había perdido el tiempo con un tipo como ese? Solo por el sexo, y ni siquiera fue bueno... ¿Por qué se dejaba deslumbrar por unos abdominales duros y una sonrisa tierna? Siempre le pasaba lo mismo con ese tipo de chicos... Si ya lo decía el refrán: “Mucho prometer, mucho prometer, pero después de haber metido se acabó lo prometido”.

En aquel momento necesitaba LA CANCIÓN. Conectó su móvil al bluetooth de su BMW y subió el volumen.

“Estoy llorando en mi habitación. Todo se nubla a mi alrededor. Ella se fue con un niño pijo...”

Parada en el semáforo, Noa lo estaba dando todo. “¡¡SUFRE MAMÓN, DEVUÉLVEME A MI CHICA, O TE RETORCERÁS ENTRE POLVOS PICA-PICA. SUFRE MAMÓOOOOOOON...!!”

En ese momento giró la cabeza y vio a Óscar en su coche, que la miraba entre divertido y sorprendido, levantando tanto la ceja que ni el mismísimo Carlos Sobera podría superarlo.

¡Dios! ¡Qué vergüenza! Noa notó cómo se le subían los colores a las mejillas y haciendo acopio de todo su orgullo, sonrió a Óscar, como si no le importara que acabara de presenciar esa lamentable escena. ¡Espero que no me diga nada en la oficina, o lo mato!, pensó.

En la oficina Óscar no dijo nada. Uf, menos mal. Así casi podría olvidarlo y volver a ser la abogada seria que todos en su trabajo pensaban que era. Pero cada vez que la miraba, Óscar sonreía. ¡Maldita sea! Tengo que terminar con esto de una vez.

Así que, cuando vio la puerta del despacho de Óscar abierta, entró sin llamar.

–Vale, te doy dos minutos para que te rías de mí, y luego no volveremos a hablar del tema.

Óscar estaba al teléfono pero le hizo una señal con el dedo índice para que esperara. En silencio, Noa observó a su jefe, con su traje italiano impecable, planchado a la perfección, su moderna corbata –siempre llevaba corbatas alegres, con colores fuertes o estampados poco discretos– y sus lustrosos zapatos. Tenía la pinta que se supone que debe de tener un abogado, pero con un toque atrevido y sexy. Óscar colgó el teléfono.

–No sé a qué te refieres –contestó Óscar, sonriendo con picardía.

–Ah, no, ¿eh? ¿Me harás decirlo? Vale. Me refiero a lo de antes... A lo de... cantar en el coche. ¡Tampoco es para tanto! Todo el mundo lo hace. ¿Es que tú no lo haces?

–¿Yo? No, yo canto fatal –contestó Óscar negando con la cabeza. A continuación se la quedó mirando con la cabeza inclinada, mientras se rascaba la barbilla–. Y tú... aún no sé si cantas bien o como un ñú a punto de

ser devorado por un cocodrilo.

–Nunca lo sabrás.

–Lástima...

Noa sintió como se sonrojaba por segunda vez en un día.

Para cambiar de tema, aprovechó para exponerle a Óscar el asunto de Christine. Óscar siempre se interesaba por los asuntos que se llevaban en el despacho, le gustaba estar al día, aunque no podía conocer todos los detalles, era imposible. Se reunía con todos los abogados una vez por semana y cada uno de ellos informaba de los asuntos en curso. Aquellas reuniones también servían para debatir asuntos complicados, y decidir qué asuntos nuevos admitían y cuáles no. Solían celebrarse los viernes al mediodía y eran reuniones distendidas, en las que a veces había pizza y cerveza. Óscar creía en un buen ambiente laboral para motivar a sus trabajadores.

–¿Se lo has dicho a Javier? –Era él quien acostumbraba a llevar los asuntos familiares, y había llevado un par de casos de anulación, casos nada habituales por cierto.

–Sí, hablé con él, estará conmigo en la reunión. Pero me gustaría llevar este tema en persona. Me lo ha encargado una amiga y confía en mí para que lo lleve.

Óscar lo meditó unos breves instantes.

–Si tú quieres encargarte, por mí no hay inconveniente. Lo único que te pido es que te asesores bien y consultes con Javier cualquier duda que tengas.

–Tranquilo, lo haré.

–Vaya, es un asunto interesante. No acostumbramos a llevar anulaciones matrimoniales... Pero si se trata de darle una lección a esa chica, entonces creo que eres la persona indicada –le dijo su jefe sonriendo.

–No sé si me gusta este concepto que tienes de mí –contestó Noa, fingiendo estar enfadada.

—¿De qué? ¿De mujer fuerte e inteligente? —Óscar seguía sonriendo, pero no había sarcasmo en su voz.

Noa abrió la boca para contestar, pero volvió a cerrarla. No se le ocurrió nada que decir.

—Voy a la reunión.

La reunión transcurrió sin incidentes. Noa la dirigió, aunque dejó que Javier les explicara la parte técnica del proceso de anulación. Sin embargo, se dio cuenta que era demasiada información para la familia de Ángel, a quien le estaba costando digerir todavía que su hijo y hermano, respectivamente, estuviera con una persona como Christine, que había entrado en la vida de Ángel y se había pegado a él como una garrapata, luego que quisiera casarse y por último que tuvieran que acudir a los tribunales contra él, sabiendo el dolor que iban a causarle. Así que intentó tranquilizarlas un poco.

Les explicó otra vez cómo sería el procedimiento de anulación. Javier apuntó algunas cosas. Ambos habían acordado evitar la palabra “demanda”, pues sabían por experiencia que tenía una connotación negativa, y la gente no se mostraba muy por la labor de demandar a sus propios familiares. Pero “acudir a los tribunales en defensa de sus intereses” era distinto.

Ambas mujeres salieron de allí un poco más tranquilas, sabiendo que tenían alguna posibilidad de anular el futuro matrimonio de Ángel y Christine, si este se producía, aunque esperaban no tener que llegar a eso.

Noa estaba pensando en el extraño comportamiento de Álex mientras esperaba a su cita en un pequeño local muy colorido con ambientación mexicana que había cerca de su casa. Le encantaba ese bar, pero sobre todo los margaritas que servían.

Esa semana las chicas no habían dado señales de vida. Después de la salida de tono de Álex las cosas estaban algo raras. Así que había quedado

con un chico que había conocido por Internet, en una de esas páginas para ligar. Las descerebradas de las Ketchup le habían hecho un perfil sin su permiso y habían contactado con unos cuantos chicos. Noa se enfadó bastante, pero se le pasó el enfado cuando vio a alguno de esos chicos. Decidió que lo hecho, hecho está, y quedó con uno de ellos. Uno que aparecía en sus fotos con unos pectorales cincelados que ni Miguel Ángel lo hubiera hecho mejor, unos ojos azules y profundos como el océano y unos brazos musculosos que podrían abrazarla hasta descomponerla.

No entendía que un chico así necesitara estar en una página de esas. Claro que ella tampoco, pensó. Aunque lo más seguro es que el chico hubiera colgado la foto de algún modelo y cuando llegara se parecería más a Frodo, con pelos en los pies incluidos.

Por extraño que parezca, resultó que el chico era quien decía ser, y que sus fotos eran reales. Bueno, Noa no pudo comprobar lo de sus abdominales, pero por lo que intuía debajo de su jersey, estaban ahí. Se olvidó de Álex por completo y se entregó a su cita.

El chico, que se llamaba Guillermo, era agradable y no era un tarugo, lo cual no estaba nada mal. Las perspectivas de Noa iban mejorando por momentos.

—¿Te gustan los niños? —le preguntó Guillermo.

—Lo cierto es que no mucho —contestó Noa con sinceridad, mientras le daba buena cuenta a los nachos con guacamole.

—¿No? ¿Y eso?

—Pues no sé... Me parecen seres extraños, de otro mundo. No sé lo que quieren, no sé qué decirles, moquean y hacen mucho ruido. Deberían venir con un botón de apagado.

—Bueno, eso lo dices ahora, pero cuando encuentres una pareja estable cambiarás de opinión y se despertará tu reloj biológico, ya lo verás.

–Lo dudo mucho –contestó Noa, escéptica.

–Pues yo quiero tener como mínimo tres hijos.

–¡¿Cómo mínimo?!

–Sí, en mi casa somos cuatro hermanos y nos llevamos muy bien todos; siempre he querido tener algo así. Quién sabe. Tú podrías ser esa persona –dijo, acariciándole la mano a Noa.

Noa apartó la mano despacio, no quería ofenderle, pero ya estaba viendo que esa cita no iba a llevarla a ninguna parte. Quizás podría pedirle el teléfono de sus hermanos.

–No lo creo.–Sonrió, para no sonar brusca.

–Eres tan bonita... Me recuerdas a mi madre, ¿sabes? Os parecéis mucho. *¿Que le recuerdo a su madre? Hay que joderse, con el rarito este.*

Seguro que en cuanto se fueran a vivir juntos, la metería en un sótano, la obligaría a vestirse con la ropa de su madre y le haría montones de hijos, que irían todos vestidos con la ropa de las cortinas del salón, igual que en Sonrisas y Lágrimas, para no tener que comprarles ropa a unos hijos que nadie sabía que existían, y vivirían todos en el sótano hasta que fuera vieja y ya no pudiera darle más hijos, y entonces la cortaría a cachitos y se los daría de comer a los niños. Le entró un sudor frío por todo el cuerpo.

–Voy al baño, ahora vengo.

Noa se escabulló hacia la salida, procurando que Guillermo no la viera, no fuera a perseguirla para ponerle un anillo en el dedo y unos grilletes. Cogió el primer taxi que vio, apartando de un empujón a la pareja que lo estaba esperando y que le gritaron un montón de improperios que ella ignoró. Una vez dentro del taxi miró hacia atrás para asegurarse de que Guillermo no la seguía. Suspiró aliviada cuando el restaurante se fue haciendo más cada vez más pequeño, hasta perderlo de vista.

Nunca más volvería a conocer a nadie por Internet. El ciberespacio estaba

lleno de pirados.

16 El CHANTAJE

–Cariño, ¿estás bien? –preguntó Gabi

–Eh... sí, sí. ¿Por qué lo dices?

–Es que te noto muy distraída.

–Estoy bien, es solo que estoy un poco cansada. Ya sabes, el trabajo, Daniel...

Llevaba toda la semana dándole vueltas a la cabeza sin parar. Había releído el mensaje de Christine unas ciento diez veces, y tenía claro que sabía lo que había hecho años atrás. No tenía ni idea de cómo había conseguido la información –creía que la había destruido toda–, pero lo cierto es que lo había hecho.

Una vez llegada a esa conclusión, se le planteaba la cuestión de si debía contárselo o no a Gabi. Lo cierto es que era lo último que quería hacer, pero

sería mejor que lo supiera por ella y no por esa zorra. Si su hijo pudiera leer sus pensamientos ahora, le lavaría el cerebro con jabón.

Aunque existía otra posibilidad. ¿Y si Gabi nunca se enteraba? Y aunque una pequeña vocecita en su interior le decía que las probabilidades eran muy remotas, la mandó callar de un manotazo y se vio a sí misma libre del chantaje y feliz. Eso pasaba, sin embargo, por averiguar hasta dónde sabía Christine y qué quería a cambio de no revelar la información. Por lo tanto, tendría que volver a quedar con ella. Sí, tenía que verla otra vez, muy a su pesar.

¡Maldita! Le daban ganas de meterla en una maleta y facturarla en un vuelo directo a Belgrado. Cierto que tenía que ser una maleta muy grande. Y que tendría que pagar por exceso de equipaje. Pero aun así lo haría gustosa. Sin darse cuenta tiró con demasiada fuerza de sus rizos, haciéndose daño. Se rascó el cuero cabelludo. Cuando se miró la mano vio unos cuantos pelos rojos en ella. ¿No iría a quedarse calva, no? Ya solo le faltaba eso.

Tras unos segundos hiperventilando, decidió que tenía que enviarle un mensaje a Christine y averiguar cuánto sabía. Álex deseó no haberse involucrado nunca en ese asunto. Decidió que, en adelante, las cuestiones detectivescas se las dejaría a Diana.

¿Pero qué podía decirle a Christine para que volviera a quedar con ella? ¿Y si no quería verla? Ahora que sabía que Álex era una impostora, lo cierto es que no tenía ningún motivo para querer verla, al contrario. Pensó que lo mejor sería disculparse y luego, volverse a disculpar. En definitiva, darle un poco de jabón –o mucho– a esa bruja.

Christine –repetir el nombre de tu interlocutor hace que parezcas más cercano y más simpático, lo había visto en alguna serie de detectives–, *siento mucho haberte mentado, lo cierto es que no te conocía. Pero ahora que te he*

conocido, me pareces una buena persona y creo que no te mereces lo que te he hecho. Me gustaría verte para disculparme en persona y hablar... en fin, de todo un poco.

Iba a poner “de lo que tú ya sabes” pero no lo hizo, por si existía alguna ínfima posibilidad de que Christine no supiera nada de nada, y ella hubiera malinterpretado su mensaje. Tras mirar durante largo rato a la pantalla, realizó un esfuerzo sublime y tecló: *Por favor*. Había decidido que la ocasión bien merecía una súplica. Era su futuro lo que estaba en juego.

Buscó un local cerca de su casa para poder ir a pie. No se sentía con ánimos de conducir, y no sabía cómo iba a ir el encuentro con Christine. Quizás necesitara algo de alcohol. O mucho.

Hacía fresco, faltaba una semana para la primavera pero esta aún no había asomado si siquiera la cabeza, pero Álex estaba tan ensimismada en sus pensamientos que no notaba el frío. Si hubiera comenzado a llover ranas en ese instante tampoco se habría dado cuenta.

Mientras la esperaba (—había llegado veinte minutos antes, después de morderse todas las uñas de las manos y antes de empezar con las de los pies — gracias al ejercicio, tenía la agilidad suficiente para hacerlo—), todavía se sorprendía de que esta hubiera aceptado verla. Debía aprovechar esa oportunidad para apaciguarla. Haría lo que quisiera. Iría a limpiar su piso durante un año si era necesario. Le daría masajes en los pies y un bono indefinido para sus clases en el gimnasio. Bueno, temía que eso último no le haría especial ilusión.

Christine se hizo esperar un cuarto de hora más. Álex ya se había tomado dos cervezas y se había arrancado unos cuantos rizos. Menos mal que había pedido cerveza y no vino, pensó; si no a estas alturas ya estaría medio piripi,

y no podía permitírselo, necesitaba todos sus sentidos alerta.

–Hola, BE-LIN-DA –dijo la recién llegada, con todo el sarcasmo del que fue capaz.

–Esto... hola. Soy Álex, en realidad.

–¿Estás segura?

–Sí. Oye, lo siento mucho... Yo...–Tragó saliva y orgullo–. No pensé en las consecuencias cuando acepté el... el encargo. –No estaría bien llamarlo “trabajo”, porque, si bien para Diana sí lo era, para ella había sido una diversión. Hasta entonces, claro. Maldito karma–. Pero ahora me arrepiento. Siento mucho haberte engañado, de verdad que no era mi intención. Lo cierto es que me caíste muy bien...

Mentira cochina.

–Ya. *I think so.* ¿Te has divertido?

Mucho.

–No –dijo con aire contrito Álex.

Tanta mentira no puede ser buena.

–Pues me alegro, porque ahora lo pasarás peor.

Álex tragó saliva de nuevo. ¿Qué es lo que sabía esa chica? ¿Y hasta dónde estaba dispuesta a llegar? Tenía que comprobarlo. Pero, ¿cómo, sin desvelar nada que no supiera Christine? Pensó que lo mejor era hacerse la tonta.

–Esto... Christine –Repetir el nombre de tu interlocutor hace que parezcas más cercano y más simpático, y por ende, tienes menos posibilidades de que tus sucios secretos salgan a la luz–, no entendí muy bien tu mensaje del otro día.

–Yo creo que sí lo entendiste –contestó Christine, mirándola a los ojos, con un brillo de malicia en ellos.

–No estoy muy segura...

–Oh, *I know*. Quieres asegurarte de cuánto sé. –Estaba claro que no era estúpida, solo una chantajista y una vaga–. Pues *all*. Lo he visto.

¿Qué? ¡Imposible! ¡Había destruido todas las copias!

–Mientes.

–No miento. ¿Quieres verlo? –A continuación sacó una vieja cinta de vídeo de su bolso.

Álex vio de reojo la carátula. Dios mío, ¡era cierto! ¿Cómo era posible? ¿Y cómo había llegado a manos de aquella tipeja? Ahora sí que estaba jodida. Sintió como la bilis le subía a la boca. Menos mal que no había pedido un café con leche, porque lo habría vomitado allí mismo.

–¿Cómo..., cómo lo has conseguido? –balbuceó Álex.

–Verás, la hermana de Ángel y su *mother* me dijeron que habían contratado a un detective, y vi su nombre y su *adress* en la factura que guardaban en un cajón, con el informe. ¡No estaba cerrado con llave! También me dijeron que Belinda era una *friend* suya, y que no era Belinda, que era una trampa. Así que seguí a tu amiga Diana unos días, hasta que ella quedó *with you*. Luego te seguí a ti. ¿No eres abogada, verdad? –sonrió con malicia–. En el *gym* me dieron tu nombre. El resto, con Internet y muchas, muchas horas de *busca*, hasta que encontré un *comment* sobre una Alexis Vega y un antiguo *film low cost*. Es *wonderfull* lo que puede encontrarse en Internet. –Hizo una pausa para disfrutar de ese momento–. Luego fui a ver al productor, que era tu ex. ¡Qué *heavy*! Por cierto, *so handsome*. Tienes buen gusto. –Tras otra pausa teatral, añadió–: ¿quieres que la veamos? He hecho una copia en DVD. Ahora ya casi nadie tiene vídeo. –Y sacó un DVD de su bolso–. Puedo pedir al restaurante que lo pongan. ¿Quieres?

–No –contestó Álex tajante. A estas alturas ya le resultaba imposible ser amable con aquella chica–. ¿Qué quieres? –le preguntó sin preámbulos.

–Que pongáis fin a esto. Tú y tus amigas. Decidle a la bruja de Ángela y

de su madre que me dejen en paz. *You understand me?*

–Está bien –accedió Álex–. Yo te dejaré en paz. Pero el resto no depende de mí. Son ellas las que te están investigando, no yo.

–Pues tendrás que convencerlas. Por tu bien –añadió.

Como si fuera necesario.

–¿Y si...? –A Álex le daba miedo solo pensarlo–. ¿Y si no puedo?

–Pues entonces tu secreto saldrá a la luz.

–Pero..., pero... ¡Christine! –¡Vaya mierda de series, aquello no estaba funcionando!–. Por favor, piénsalo un poco. Ya te he dicho que lo siento mucho. Yo te dejaré en paz, te lo prometo. Y hablaré con Ángela y con su madre. Pero por lo que más quieras, no lo hagas. Tengo un marido y... –Iba a nombrar a Daniel cuando pensó que cuanto menos información tuviera aquella mujer para usar en su contra, mejor que mejor.

–Sí, lo sé. Y un hijo. Te he seguido, ¿recuerdas? –se mofó Christine.

Álex estaba al borde de las lágrimas. Le parecía estar viviendo una pesadilla. Su secreto, tan bien guardado durante tanto tiempo, había sido desvelado, y había caído en manos de una auténtica arpía. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? ¿Y qué iba a hacer ahora? Tenía que conseguir como fuera que la familia de Ángel dejara tranquila a Christine. Pero para eso tendría que hablar con Diana y explicárselo todo. Y a Noa. Solo pensar en la cara que iban a poner sus amigas... Les había mentido durante tanto tiempo... Las lágrimas se le escaparon sin poder remediarlo, y corrían libres por sus mejillas.

–Está bien. Lo haré.

–Bien. Eso espero. Nadie os ha dado entierro en esta vela.

Y aquella horrible mujer se fue, dejando a Álex sumida en sus terribles pensamientos. Pensamientos en los que su marido la abandonaba, sus únicas amigas dejaban de hablarle, y terminaba sola y sin curro porque no podía

salir de casa. Solo de pensar en la cara con la que iban a mirarla en el gimnasio... Ya nadie querría contratarla. O peor... Querrían contratarla para otras cosas...

Todo su mundo podía desmoronarse en un abrir y cerrar de ojos. Y lo peor es que no podía confiarse a nadie. No les había contado a sus amigas su secreto hace años, así que no podía contárselo ahora sin reconocer que se lo había escondido durante tanto tiempo. Además, casi no habían hablado desde la discusión del otro día. Álex sabía que tenía que disculparse, pero no sabía cómo hacerlo sin contarles la verdad. Y menos aún podía hablar con su marido. ¡Era tan puritano para estas cosas! No la perdonaría. Y mucho menos por haberle mentado durante todo su matrimonio.

Álex se quedó allí sentada, con la cabeza entre las manos, sintiéndose totalmente perdida y abatida.

----- 17 -----
AL
DESCUBIERTO

La situación en casa era algo mejor. Diana había dejado de esperar que Juan hiciera ciertas cosas y, en cambio, habían establecido un reparto de tareas. De esa forma cada uno sabía lo que se esperaba de él y lo hacía. Con ello, habían logrado disminuir las discusiones por los quehaceres domésticos, y Diana ya no sentía tanta hostilidad ante la pasividad de Juan. Sin embargo, seguía sintiéndose insatisfecha y no sabía por qué. Todavía se sentía alejada de su marido, de su querido Juan.

Por su parte, él cumplía con las obligaciones que ambos habían establecido y parecía que lo hacía de buen grado.

–Cielo, ¿has rellenado el cuestionario? –le preguntó Juan aquella noche.

–No. –Diana miró al suelo, avergonzada.

–¿Por qué?

–Es que..., no sé, ¿crees que es necesario? Nosotros no tenemos ningún problema sexual...

Juan sonrió.

–Me gusta oír eso, cariño, pero la doctora quiere ayudarnos, y si nos ha pedido que rellenemos el cuestionario será por algo. Vamos, todo esto fue idea tuya.

–Lo sé, lo sé.

–¿Quieres que te ayude? –Juan lo dijo en serio, y ello a pesar de que la doctora Anaya les había dicho que debían hacerlo por separado y que el contenido solo debía verlo ella.

–¿Qué? ¡No! –contestó Diana, ruborizándose.

El móvil de Juan interrumpió la conversación.

Uf, salvada por la campana.

Aquel miércoles, mientras se dirigían a la sesión, ambos estaban un poco nerviosos. ¿No iría a leer los cuestionarios en voz alta, verdad? Juan se preguntaba si quizá no había sido demasiado sincero y si aquello podría traerles más problemas que otra cosa. Diana, por su parte, se había esforzado por ser del todo franca, aunque no sabía si lo había conseguido.

Ya en la consulta, la doctora Anaya no parecía recordar haberles pedido que rellenaran esos cuestionarios, así que Diana no dijo nada, dando gracias en secreto por que no se acordase. Les preguntó cómo había ido la semana y cómo estaba funcionando el reparto de tareas. Diana le dijo que todo iba bien y, tras dudar unos segundos, le hizo partícipe de su inquietud, de su malestar por no sentirse del todo bien, mientras intentaba no mirar a Juan, porque sabía que se sentiría herido.

Juan ya se había percatado de que Diana no estaba bien y, aunque le dolía y le molestaba que ella se sintiera así –y que al parecer él fuera el culpable–, pensaba que era bueno que ella lo expresara. Quizás de esa forma la doctora pudiera ayudarles, ya que él no sabía cómo hacerlo.

La doctora Anaya habló largo y tendido sobre la escucha activa y sobre el intercambio de conductas positivas, tras lo cual les pidió que hicieran una lista, por separado, de las cosas que creían que se podían mejorar en la relación. Luego le darían la lista al otro y este debía elegir algo y hacerlo.

–Debéis tener claro que no son exigencias ni peticiones. Cada uno elige algo y, sin decírselo ni comentarlo con el otro, lo hace. Lo hace por voluntad propia, para mejorar la relación, ¿entendido?

–Entendido –contestaron al unísono.

Diana ya iba a levantarse cuando la doctora Anaya preguntó:

–¿Habéis traído los cuestionarios?

Maldita sea.

–Sí. –Juan sacó el suyo y se lo tendió a la Sra. Doubtfire.

Con reticencia, Diana también le tendió el suyo.

La doctora Anaya les echó un vistazo en silencio. Iba leyendo y, a ratos, iba asintiendo con la cabeza. Otros, la inclinaba, como si lo que leía le resultara muy interesante, y otros chasqueaba la lengua. Diana no sabía cómo interpretar aquello.

De pronto, levantó la vista y se dirigió a Diana sonriendo:

–Vaya, vaya, así que te gustan unos azotes en el culete de vez en cuando, ¿eh?

Juan miraba sorprendido a Diana.

–¡¿Qué?! ¿Yo? ¡Pero si yo no he puesto nada de eso! –Diana se ruborizó, indignada.

La doctora Anaya soltó una risita malévola.

–Tranquilos, es una bromita que hago siempre, para relajar el ambiente.

Diana soltó todo el aire que había acumulado en sus pulmones. Pues no tenía ninguna gracia. En cambio, parecía que a Juan sí le había hecho gracia, porque casi no podía contener la risa.

De nuevo un móvil interrumpió la sesión. Esta vez fue el de Juan. La doctora Anaya lo miró con severidad. Él miró la pantalla y lo apagó de inmediato, guardándose en el bolsillo trasero del pantalón.

–De acuerdo. Esto ya no es ninguna broma. Quiero que los dos penséis en una fantasía sexual y la compartáis con el otro. No tenéis que decírmelo a mí –les tranquilizó, al ver la cara de alarma de Diana–. Quedará entre vosotros. Y quiero que las llevéis a la práctica antes de la próxima sesión. ¿Entendido?

–Entendido –contestó Juan. Su alegría era patente.

Diana tardó unos segundos más en contestar.

–Entendido –musitó, mirándose la punta de los zapatos.

¡Aquella mujer la estaba obligando a tener sexo con su marido! No es que no quisiera, pero que te obligaran como a una colegiala a hacer los deberes, era muy extraño ¿Y luego les preguntaría cómo había ido? Aquello le resultaba muy embarazoso y seguía pensando que era del todo innecesario. Ella no tenía problemas con Juan en la cama. Pero era ella quien había arrastrado a Juan a la terapia y ahora tenía que cumplir con lo que fuera que le mandaran, igual que él estaba haciendo. Solo esperaba que todo esto tuviera un final feliz.

Más tarde, en su despacho, mientras esperaba a la familia de Ángel, no pudo evitar recordar los inicios de su relación con Juan. Como en todas las relaciones, al principio no podían quitarse las manos de encima el uno del otro. Sus encuentros sexuales siempre habían sido placenteros y muy completos. Habían hecho el amor en diversos sitios y posturas y habían probado alicientes varios como los spray para potenciar las sensaciones y demás chorradas sexuales. Sin embargo, con el tiempo, nada de eso les hacía falta, ni tampoco eran partidarios de hacerlo en sitios extraños, cuando tenían una cama grande y confortable.

Pensó en alguna fantasía sexual, mientras mordisqueaba su lápiz. ¿Tenía alguna? Sí, claro, hacerlo con Rusell Crowe vestido de gladiador, con aquella faldita... No, hombre, con Juan. ¿Si tenía alguna fantasía con Juan? Pues, a ver... ¿hacerlo en un ascensor? No, no, ¿y si les pillaban? ¡Qué vergüenza! Eso no tendría nada de divertido. ¿Y si Juan se vestía de bombero, como los de los calendarios, con sus músculos, su manguera...? Pensar en Juan desnudo vestido únicamente con un mono de tirantes la hizo reír. Vaya, tendría que esforzarse más para encontrar alguna fantasía. Nunca había dejado de hacer los deberes y no iba a empezar ahora.

Su mente calenturienta estaba pensando en vibradores en forma de conejito cuando llamaron al timbre. ¿Quién era? Ah, sí, estaba esperando a la familia de Ángel. Se ruborizó, agradeciendo que la gente no pudiera leerle la mente. ¿Qué pensarían de ella? Seguro que contratarían a otro detective, a uno que pensara en el caso en vez de..., en fin. *Concéntrate Diana*. Y devolvió el lápiz al lapicero, no sin antes mirarlo con lujuria.

Cuando Ángela entró en su despacho —esta vez venía sin su madre—, Diana adivinó por su cara que había conseguido la información que le había pedido.

—¿Y bien? ¿Lo has conseguido? —Ángela debía tener más o menos su edad, así que se le hacía raro tratarla de “usted”. Decidió tutearla.

—Sí. —Sonrió triunfante Ángela—. Pero costó lo suyo.

—¿Qué pasó?

—Fui a su casa cuando no estaban. Vi en Facebook que estaban con unos amigos. Mi madre todavía tenía llave, así que entré y empecé a rebuscar entre sus cosas. Lo tiene todo desordenado así que no fue fácil. En su cartera no tenía nada. Ni documento de identidad, ni carné de conducir, nada. Así que pensé que lo tendría escondido. Busqué entre su ropa, en su mesilla, en el armario, pero nada. Al final decidí mirar bajo el colchón y...

–¿Qué?

–Entonces aparecieron Ángel y ella y me pillaron.

Diana abrió los ojos como platos.

–¿Y...?

–Pues que ella se puso histérica. Empezó a gritar y a empujarme fuera de la casa. A decir que llamaría a la policía. Pero cuando le dije que lo hiciera, se calmó un poco.

–Muy lista –concedió Diana.

–Sí, lo último que quiere hacer es mezclar a la policía en esto. Le dije que no nos fiamos de ella, que queremos saber quién es, y que deje en paz a mi hermano, pero él se cabreó mucho, me echó de casa y me cogió la llave. Ya no podremos entrar más. Mi madre está muy afectada por todo esto –dijo con tristeza.

–Oh, vaya. –Diana estaba consternada. Pero entonces, no has...

–Oh, sí. No me dio tiempo a coger su documento de identidad de debajo del colchón pero sí vi su nombre. Toma, lo he apuntado.

–Christine Jovanovic. –Leyó Diana. Bien, por fin la verdadera identidad de Christine había quedado al descubierto—. Con esto podré averiguar algo más de lo que he averiguado hasta ahora. Esta chica es muy escurridiza.

–Sí, es una buena pieza. ¿Me llamarás en cuanto tengas algo? –Ángela estaba preocupada.

–Tranquila, lo haré.

En cuanto se fue Ángela, Diana tecleó su nombre en Google. Comprobó que Christine Jovanovic era originaria de Serbia, en concreto de Belgrado. Después de navegar un par de horas, encontró el anuario de su instituto. Ya con quince años tenía la misma sonrisa bovina, aunque más inocente, más infantil. No encontró nada que fuera de utilidad, así que solicitó por Internet una copia de su certificado de nacimiento y sus antecedentes penales a través

de una empresa que se dedicaba a vender esta información. Tenía la esperanza de encontrar algo. Ahora tocaba esperar.

----- 18 -----

¿Qué hiciste
QUÉ?!

A Noa le extrañó que Álex la llamara para tomar algo un jueves. Pensó que quería disculparse por su salida de tono del otro día, pero con una llamada habría sido suficiente. No había sido para tanto. Pero se extrañó más aún cuando Álex le pidió que no le dijera nada a Diana. No hacía falta ser muy perspicaz para saber que a su amiga le pasaba algo, así que Noa optó por no preguntar y quedaron para verse aquella misma noche, en su casa.

Cuando llegó Álex, a Noa le pareció que estaba algo pálida, y unas manchas oscuras asomaban por debajo de sus ojos. Sin preguntar, le sirvió una copa de vino a su amiga, que esta aceptó de buen grado, pegándole un buen lingotazo a su Marqués de Cáceres, como si fuera sangría Don Simón.

—¿Va todo bien? —preguntó Noa, porque Álex no acostumbraba a beber. Decía que el alcohol tenía muchas calorías que luego tenía que quemar, y que ensuciaba su cuerpo y nublaba su mente.

Álex negó con la cabeza. Su cara mostraba una gran tristeza y angustia. Noa nunca la había visto así. Por lo general, Álex siempre estaba de buen

humor; de hecho, era la más alegre de las tres. Cuando Noa tenía algún desengaño amoroso, que era más a menudo de lo que le gustaría, y lo único que le apetecía era quedarse en casa en pijama, con una caja de pañuelos a mano y cantando “Oh, by myself” a grito pelado –Bridget Jones sí que sabía deprimirse con estilo–, Álex siempre conseguía animarla con alguna locura de las suyas –la última vez le entregaron a la vecina del tercero de Noa, una viuda refunfuñona y desagradable que desaprobaba su vida “libidinosa” y la miraba siempre con desprecio, un paquete de un sex shop que contenía el vibrador más grande que habían visto en su vida, con una nota que decía: “Nunca es tarde”–, así que ahora Noa estaba muy preocupada e intrigada por lo que le ocurría a su amiga.

Álex se tiró en el sofá, y agarró un cojín entre sus brazos.

–Si lo sueltas te sentirás mejor –insistió Noa.

–Es que... no sé por dónde empezar.

–Por donde tú quieras, pero empieza a largar ya, joder, que me estás asustando. –El tono de Noa era autoritario, aunque cariñoso.

–Cuando tenía dieciocho años yo no tenía dinero para pagarme la carrera de educación física, y mis padres tampoco podían pagármela. –Noa asintió con la cabeza sin decir nada. Sí, sabía que Álex provenía de una familia muy humilde. Ella también había tenido que pagarse su carrera trabajando, y eso las había unido mucho–. Entonces conocí a un chico, con el que empecé a salir.

–Sí, Gabi.

–No –la contradijo su amiga–. Antes de Gabi.

Qué extraño. Noa no recordaba que Álex le hubiera hablado nunca de ningún novio de la época de la universidad que no fuera Gabi.

–Fue antes de conoceros. No os lo he contado nunca –dijo Álex, como si hubiera leído el pensamiento de su amiga.

–¿Por qué? –inquirió Noa.

–Verás... Leo no era ninguna buena influencia. Era el típico chico malo del barrio, pero no en plan Deni Zuko sino más bien en plan de los malos de Karate Kid. Siempre estaba metido en peleas, le encantaba demostrar su hombría, y creía que era más hombre por ser el más chulo. Yo al principio creía que lo hacía por mí, y me encantaba que me defendiera cuando alguien se metía conmigo en plan baboso..., aunque luego comprendí que lo hacía por él. Siempre era por él.

–Ahá. –Noa asintió, a pesar de no tener ni idea de a dónde le iba a llevar la historia de Álex; sin embargo, ahora que había empezado, no quería cortarla.

–Leo tenía mucho dinero, a pesar de que sus padres no lo tenían. Siempre iba a la última, tenía una moto chulísima, me compraba regalos, íbamos a conciertos..., yo no lo entendía. Yo trabajaba de camarera para intentar pagarme la carrera y apenas me llegaba el dinero para pagarla y para mis gastos. Me dijo que si quería ganar tanto dinero como él me enseñaría cómo hacerlo, y me pidió que le acompañara un día a ver a alguien. –Álex se detuvo para coger aire, inspirando profundamente–. Así que le acompañé.

<<Fuimos a un supuesto estudio de modelos de un conocido suyo, que estaba en un callejón en el culo del mundo, en un tercer o cuarto piso sin ascensor. A mí me parecía todo muy bohemio y ya me veía haciendo mis primeros trabajos de modelo. El tío del estudio me hizo unas fotos, y parece que le gusté. –Álex se detuvo y le dio otro lingotazo al vino. Continuó:

<<Luego me hizo fotos en ropa interior. Entonces parece que le gusté más –Álex sonrió a desgana, al recordarlo–. Y me preguntó si quería ganar pasta. Y yo dije que sí. –Se hizo un silencio de unos segundos en los que Noa tuvo que reprimir las ganas de azuzar a su amiga.

<<Entonces me enseñó una película de esas de bajo presupuesto, en la

que salía Leo. –Noa abrió mucho los ojos, pero continuó sin decir nada–. Ya sabes..., una de esas películas... –Noa asintió con la cabeza, porque no podía articular palabra. ¡Por primera vez en su vida se había quedado muda!

<<Yo... –prosiguió Álex, estrujando el cojín–, al principio no quería. Me negué y salí de allí pitando. Pero Leo insistió. Me dijo que podía ganar mucho dinero, pagarme la carrera y hasta ayudar a mis padres. Me dijo que podíamos hacer una película juntos... Que no tenía por qué hacerlo con nadie más, y que no haríamos nada que no hubiéramos hecho ya. –Álex tomó aire con un gran suspiro–. Al final me convenció. Y lo hice. Una única y maldita película>>.

Noa estaba estupefacta, y tuvo que contenerse para no gritarle a su amiga: “¡¿QUE HICISTE QUÉE?!”, como hubiera sido su primera reacción, porque se dio cuenta que Álex necesitaba todo su apoyo en ese momento, y no sentirse juzgada. Debía sentirse muy avergonzada si no se lo había contado en todos estos años. Entonces cayó en la cuenta.

–Y ¿por qué me cuentas esto ahora? ¿Ha pasado algo? –Noa se asustó–. ¡Oh, no! No me dirás que Gabi...

–No, no, Gabi no sabe nada.

–¿Entonces?

–Es esa bruja... –La voz le temblaba.

–¿Qué bruja?

–Christine.

–¡¿Qué?! –Esta vez no pudo contenerse–. ¡¿Cómo?!

–Y yo qué sé... Será una vaga pero insistente es un rato, la muy...

–Zorra.

–Sí, zorra. Yo compré todas las copias de la película. O eso creía. Pero al parecer, Leo aún tenía alguna.

–¿Contactó con Leo? –preguntó Noa, casi con admiración.

–Sí. –Álex ya no podía ocultar las lágrimas–. Y me amenazó con contárselo a Gabi.

–Mierda.

–Sí, mierda. –Al parecer hoy su amiga era tan malhablada como ella.

–Vale. Analicemos la situación. ¿Tú crees que Gabi se enfadaría mucho?
–preguntó Noa.

–¿Estás loca? –contestó Álex, dejando de llorar por un segundo, alzando la cabeza para mirarla con los ojos como platos.

¡Eh, que no era ella la que había hecho una peli porno, no te fastidia!, pensó Noa.

–¿Con lo puritano que es? Nos casamos por la iglesia por él. Y tuve que bautizar a Daniel para que no fuera al infierno. ¡Imagínate si se entera de esto! O lo que es peor, ¡si lo ve! –Álex se tapó la cara con las manos–. ¡No lo va a poder soportar! –Álex rompió a llorar de nuevo.

Su amiga le dio un fuerte abrazo.

–Shhhh, tranquila. –Noa la mecía como a una niña pequeña–. Todo se arreglará. No llores.

Al cabo de cinco minutos Álex levantó la cabeza y miró a su amiga.

–Gabi no puede enterarse. Y Daniel menos. ¿Qué pensará de su madre? ¿Y sus amigos? Dios mío, se meterán con él, le harán *bulling*, no podrá ir a la escuela, tendré que educarle desde casa, y llevarle al psiquiatra.

–Cielo, se te está yendo la olla. –Noa no sabía otra forma más sutil de decirlo–. Nada de esto va a pasar. ¿Entendido? –Álex asintió con la cabeza, aunque no del todo convencida.

–¿Y qué hacemos con Christine?

–Pues habrá que deshacerse de ella.

–¿Vas... vas a matarla? –Álex no daba crédito.

–¿Qué dices? ¡No! Me refiero a facturarla a su país.

–¿Qué? ¡No! ¡Eso es justo lo que me dijo que no hiciéramos! –Álex volvió a asustarse–. ¡Hay que dejarla en paz!

–¡No! Si no hacemos nada, esto penderá siempre sobre tu cabeza.

–Me da igual. Mira, tenemos que dejarla en paz. No puedo correr el riesgo de que se lo cuente a Gabi. ¡No puedo! –Álex comenzó a sollozar otra vez, esta vez a moco tendido.

Noa se ablandó. Jamás había visto así a Álex y haría lo que fuera por ella. No podía verla en ese estado. Si ella quería dejarlo estar, eso es lo que harían. Tendrían que confiar en la palabra de Christine, aunque algo le decía que su palabra no valía mucho.

–Está bien, está bien. Pero habrá que hablar con Diana. Al fin y al cabo es ella quien está llevando este asunto y es ella quien tendrá que ponerle fin.

Álex hizo una mueca de dolor.

–Es que Diana es tan... ya sabes.

–¿Santurrona?

–Sí. –Por primera vez Álex sonrió un poco en toda la noche.

–Sí, puede que se escandalice un poco, pero no te va a juzgar. Te quiere. Igual que yo –añadió Noa.

–¡Vaya! Sí que la debo haber liado gorda si has dicho que me quieres –dijo Álex, dándole un empujoncito amistoso a su amiga. Se sentía un poco mejor después de haberle confesado su secreto.

Aquella noche Álex por fin pudo dormir unas cuantas horas seguidas, aunque tuvo unos sueños extraños en los que ella era el Capitán Acab, tenía una sola pierna y perseguía a una ballena con la cara de Christine.

Después de la conversación con Álex, Noa sintió la necesidad de salir a tomarse una copa, así que llamó a las Ketchup. Eran justo lo que necesitaba, con ellas habría risas y alcohol y nada de dramas.

Fueron al Hotel Wella. A las Ketchup les encantaba aquel sitio.

Decían que estaba lleno de gente *cool*. Como estaban a mediados de marzo, la terraza todavía no estaba abierta. Se sentaron dentro, en uno de esos sofás futuristas, que parecía sacado de una película de La guerra de las galaxias, con vistas al mar.

–¿Has visto a este tío tan bueno? –le preguntó la del reloj Chanel (hoy era un Omega) a Noa–. No te quita ojo de encima.

Noa se giró con disimulo –si es que se puede hacer eso cuando alguien te está mirando, y para que lo sepas, no, no se puede– y lo vio. Sí era guapo. Moreno de pelo y de tez, sonrisa perfecta, bien vestido y con barba. Uf, qué asco de moda. ¡Esperaba que pasara rápido!

–No está mal –concedió Noa.

–Puesss ve a decirle algo. –La Arrastra–Palabras ya se había tomado tres copas.

–Esta noche no me apetece, chicas. Solo quiero distraerme un rato y ya está.

–¿Que no te apetece un buen polvo? –le preguntó, incrédula, Esto– es –una–Baratija–. ¿Qué mejor forma de distraerte que dándote un buen revolcón? Eso te quita todo el estrés y todas las tonterías. ¡Y además es bueno para el cutis! Lo he leído. Y te hace falta, la verdad, que hoy tienes una cara de pasa...

Noa soltó una carcajada. Ahora resulta que debía acostarse con aquel chico porque era bueno para su cutis. ¿Dónde habían quedado los masajes con polvo de oro? Claro que aquello era mucho más barato y más placentero, dónde iba a parar.

Noa no tuvo tiempo de pensar si iba a acercarse a él o no, porque él tomó la iniciativa. Alentado por las miraditas y las risitas de las amigas –sí, se había dado cuenta–, se acercó a la mesa donde estaban las chicas y, centrando su mirada en Noa, le preguntó si podía invitarla a una copa. Tenía

una voz bonita. Estaba seguro de sí mismo y eso le gustó a Noa.

–Por qué no –accedió Noa con una sonrisa.

Raúl, que así se llamaba, les acompañó a la mesa hasta que las chicas, una a una, fueron poniendo excusas y marchándose para dejarlos a solas. En eso sí que eran buenas. Claro que, con los años, habían ido adquiriendo la práctica.

–Uy, yo me marchó que mañana madrugo, tengo una sesión de fotos y no puedo tener ojeras –dijo la del reloj Omega.

–Yo también me voy, que mañana me levanto pronto para hacer *running* –contestó la Esto–es–una–Baratija, que no había hecho *running* en toda su vida, ni pensaba hacerlo. ¿Correr ella? Solo en las rebajas de H&M, para coger lo último de Marc Jacobs o de Roberto Cavalli.

–Yo mañana teggio que... No lo ssse, pero también me teggio que id –la Arrastra–Palabras ni siquiera estaba en condiciones de pensar una coartada creíble.

Las otras dos la ayudaron a levantarse y se fueron, guiñándole un ojo a Noa. Una de ellas hizo un gesto muy obsceno con la boca.

–Muy... divertidas tus amigas –dijo Raúl, a quien el gesto no había pasado desapercibido.

–Sí, son algo especiales, pero son divertidas. –Rio Noa.

–No lo dudo. ¿Y qué me dices de ti? ¿También eres especial?

–¿Yo? A parte de lo de mis tres pezones, soy una chica muy normal.

El chico rio con ganas. Tenía una risa potente.

–¿Y podría verlos? –le susurró, mientras apoyaba una mano en su muslo izquierdo.

Noa le apartó la mano. La verdad es que aquella noche no le apetecía jugar a aquel juego. Solo quería tomarse unas copas e irse a la cama, sola. No tenía energía ni ganas de hacerse la interesante, ni la divertida, ni de flirtear

un rato hasta que se uno de los dos hiciera la oferta: “¿En tu casa o en la mía?” Esa noche solo quería algo de conversación.

–No, al menos no esta noche.

–Oh, venga –insistió el chico, volviendo a poner la mano en la pierna de Noa.

Noa comenzó a enfadarse. Le quitó la mano con brusquedad.

–Te he dicho que no.

–¿Qué te pasa? ¿No quieres pasar un buen rato? Creía que sí. Me has estado mirando toda la noche, te he invitado a una copa, lo estábamos pasando bien...

–¿Y? –Noa ya estaba furiosa. ¿Y por eso tengo que acostarme contigo? Solo quería pasar un buen rato, y sí, me pareces atractivo, pero no por eso voy a acostarme contigo. Y mucho menos si lo das por supuesto. ¿Y por una jodida copa? Quién te crees que soy, ¿una puta?

–Eh, eh, frena, nena. No te pongas así, ¿vale? Si no quieres, pues no quieres. No pasa nada. Pero la próxima vez no envíes señales contradictorias.

–¿Señales contradictorias? ¡No verías una señal aunque se estampara en tu puta cara!

Noa salió de allí echando chispas. Mientras iba hacia su casa caminaba muy rápido, debido a su estado de cólera. Si no fuera la una de la madrugada se pondría sus zapatillas y correría unos cuantos kilómetros. Siempre corría más y más rápido cuando estaba furiosa. Aquel gilipollas había conseguido amargarle el día. Ella que solo quería divertirse un poco.

¿Qué les pasaba a los tíos? ¿O qué le pasaba a ella? ¿Por qué no podía encontrar un tío decente? Uno que además de acostarse con ella quisiera conocerla, escucharla, y la valorara por algo más que por su físico. Tampoco es que quisiera casarse y tener cinco hijos, pero sí alguien con quien acurrucarse un domingo en el sofá, comer sushi y ver una película. Y echar

un polvo, claro. Eso también. ¿Es que por acostarte con los chicos en la primera cita todo lo demás quedaba descartado?

Noa siempre había sido muy liberal con el sexo. Creía en el derecho a hacer lo que uno quisiera cuando quisiera, y ponía en práctica su filosofía siempre que podía. Pero estaba comenzando a darse cuenta de las consecuencias de actuar con total libertad. Se estaba cansando de que la juzgaran solo por querer disfrutar de su cuerpo. ¡Qué injusto le parecía!

Cuando llegó a casa, Sushi la recibió como siempre, dando vueltas sobre sí mismo y moviendo el rabito de felicidad. Gemma le había dado hoy un buen trote, según le dijo por WhatsApp. Noa lo cogió en brazos y lo acarició. Sushi le lamió la mejilla con devoción.

–Tú eres el único hombre de mi vida –le dijo Noa, mientras besaba su linda cabecita.

----- 19 -----

Retroceso

Las chicas la habían ido a ver a su casa ese viernes por la mañana. Álex le dijo por teléfono que era algo que no podía esperar. Sonaba muy nerviosa.

Diana permanecía callada, asimilando su secreto. No pasó más de un minuto, pero a Álex se le hizo eterno.

–¿Por qué no nos lo habías contado antes? –preguntó, con tono dulce.

–Pues..., entiéndeme. No es algo que me apeteciera contar. Es algo que había enterrado en el baúl de los recuerdos.

–Lo entiendo. Pero debe de haber sido duro esconderlo durante tanto tiempo.

–Sí, lo cierto es que ahora que os lo he contado a las dos me siento mucho mejor.

Álex estaba sorprendida, Diana se lo había tomado muy bien. No se había escandalizado. Ni siquiera había puesto una cara rara.

–Siento no habérselo contado antes, de verdad. Tenía miedo de que me juzgarais –reconoció, algo avergonzada.

–Sobre todo yo, ¿verdad? –preguntó Diana, con una sonrisa.

–S...sí –asintió Álex, con la cabeza baja.

–¿Qué vamos a juzgarte, so putón verbenero? –Noa le guiñó un ojo.

Diana ignoró a Noa y abrazó a su amiga bien fuerte.

–No me importa lo que hayas hecho en el pasado. Yo sé quién eres, y eres una buena persona. Y una de mis dos mejores amigas. Y yo siempre escojo bien a mis amigas. –Diana la apretó en sus brazos un poco más.

Álex suspiró aliviada. Lo cierto es que se había quitado un gran peso de encima confesándoles a sus amigas su secreto, como si por fin le hubieran descargado la losa que llevaba sobre sus espaldas. Y se sentía aún mejor después de su reacción. ¡Qué estúpida había sido por no contárselo antes! Seguro que la hubieran apoyado, y ella no se habría sentido tan... sucia cada vez que se acordaba del tema.

Ahora que sus amigas lo sabían, se sentía arropada y más fuerte, para afrontar lo que fuera. Lo que fuera menos contárselo a Gabi, claro.

–Por cierto... ¿Podemos verla? –preguntó Noa, con sorna, haciendo ademán de levantarse para coger la cinta de las manos de su amiga–. A lo mejor puedo aprender algo.

–¡¿Qué?! ¡Noo! –gritó Álex, apartando la cinta de su amiga–. ¡Quita esas zarpas! Además, no creo que tú tengas nada que aprender al respecto –añadió. Y las tres rieron con ganas.

–Bueno, entonces ¿qué hacemos? No podemos dejar que Christine ponga en peligro a Álex... –dijo Diana, mientras se rascaba el mentón. Tras meditarlo unos segundos, se irguió en su asiento–. Tendré que dejar el caso.

–¿De verdad? ¿Lo harías por mí?

–Sin duda alguna.

A Álex la embargó una oleada de gratitud y abrazó a su amiga como si no hubiera un mañana. Notó como el peso que llevaba esos días sobre sus hombros disminuía por momentos, al igual que el gran agujero negro de su estómago, que ahora era pequeñito, hasta caber apenas una lombriz.

—Ahora solo tengo que pensar cómo se lo digo a la familia de Ángel.

Los antecedentes penales de Christine llegaron y lo cierto es que no había nada. Nada de nada. Pero con el nombre verdadero, Diana había hablado con un contacto suyo, un informático que conseguía todo tipo de información que no podía conseguirse de otra forma y había averiguado que estuvo en España con siete años. Había ido a vivir con su abuela, poco después de la guerra de los Balcanes y no volvió a su país hasta los trece años. Su familia lo había perdido casi todo con la guerra y casi no tenían dinero.

Lo cierto es que ver el saldo de las cuentas de los padres de Christine casi había hecho llorar a *Nofingerprints* —así es como se hacía llamar el contacto de Diana, porque cuando él entraba en un servidor, nunca dejaba huellas, decía—. Christine tuvo varios trabajos: camarera, administrativa, cajera..., en los que no duraba mucho, hasta que al parecer había vuelto a España hacía unos meses a buscarse la vida. Su abuela ya había muerto, por lo que Christine vivía sola en un pequeño apartamento, del que no pagó el alquiler, hasta que “casualmente” conoció a Ángel —del análisis de su ordenador se desprendió que fue el resultado de una búsqueda en Facebook e Instagram, hasta dar con un soltero bien posicionado y un poco canelo—y le cameló para irse a vivir con él.

También descubrió algo que no esperaba. Christine ya había estado casada. Al parecer el matrimonio duró algo menos de dos años. ¿Se habría casado por amor o habría sido un matrimonio de interés? ¿Se lo habría

contado a Ángel? Su familia no le había comentado nada, por lo que creía que no. Lástima. Ya no podría usar aquella información.

Leyendo el informe Diana casi sintió pena por Christine. Seguramente no habría tenido una vida fácil, había tenido que abandonar su país y separarse de sus padres para luego volver, en plena adolescencia, acostumbrada a las comodidades de España, con una familia que casi no tenía dinero para subsistir. Debía haber sido duro, pensó, con algo de culpabilidad. Ella siempre lo había tenido todo. Pero luego pensó que eso no justificaba su comportamiento con Ángel, y menos con Álex.

Las personas siempre pueden escoger, o al menos ella lo creía así. A veces las opciones son pocas y no muy agradables, pero siempre se puede escoger. Christine podía escoger buscar un trabajo que le permitiera mantenerse por sí misma, en vez de buscar a alguien que lo hiciera por ella. Tonta no era, si había convencido a Ángel en tan poco tiempo de que le quería y de que ella era la mujer de su vida. Y bien que se había afanado para encontrar la forma de hacerle daño a Álex. Había escogido la vida fácil, el engaño y el chantaje en vez del trabajo duro y el sacrificio, principios que le habían inculcado a ella casi a fuego, así que dejó de darle lástima.

Aun así, se alegraría de poder dejar el asunto. Ella ya había hecho su trabajo. Había descubierto la verdad. Ahora era problema de otro.

Esa misma tarde convocó a la familia de Ángel. No quería aplazarlo, cuanto antes lo hiciera mejor. La madre y la hermana de Ángel se mostraron sorprendidas ante las noticias sobre los antecedentes y sobre la vida de Christine. Diana decidió obviar lo del matrimonio. Al fin y al cabo no era nada ilegal, pensó. Y no quería darles munición para seguir con ese asunto. Tras su relato, Diana vio en los ojos de la madre de Ángel un atisbo de lástima, igual que le había pasado a ella, pero fue un atisbo fugaz, sustituido

de inmediato por la determinación.

–Bien, puede que esa chica lo haya pasado mal en la vida, pero eso no le da derecho a engañar a mi hijo.

Diana suspiró. Tenía que hacerlo muy bien. Por su amiga.

–Eso es cierto. Pero, ¿han pensado que Christine pueda querer a Ángel de verdad?

–¿Qué? –Ángela la miró como si fuera un marciano de tres cabezas y echara fuego por las orejas.

–Me refiero a que puede que ella le haya tomado cariño a su hijo. Y está claro que su hijo la quiere, si quiere casarse con ella.

–¡Pero ella no lo quiere! Solo quiere su dinero. ¡Y además anda con chicas! –alegó su madre.

–Puede que solo le guste divertirse, tomarse un par de copas, flirtear..., pero nada más. No tenemos pruebas de que le haya sido infiel a Ángel.

–¿Y qué pasa con el beso que le dio a su amiga?

–Bah, cosas de chicas. –Hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia–. ¿Quién no lo ha hecho alguna vez? –Ella no, desde luego, pero por lo que sabía, mucha gente sí.

–Ella no ha podido enamorarse de mi hermano y menos aún en un fin de semana. ¡Si es un sieso! Es más soso que la comida de hospital –protestó Ángela–. Está claro que solo le quiere por su dinero y quizás también por los papeles.

–Yo eso no lo sé, y no soy quien para juzgarla. Y ustedes tampoco –dijo con firmeza Diana, que estaba asustada y sorprendida de su atrevimiento, pues jamás le había hablado así a un cliente–. No sabemos lo que siente Christine por tu hermano –dijo, dirigiéndose a Ángela–. Pero sí sabemos lo que siente él por ella. Y él es feliz. –Hizo una pausa

melodramática para que sus palabras calaran en sus interlocutoras, y continuó:

<<Miren, sé que esto no es de su agrado. Me contrataron para encontrar la verdad sobre Christine y la he encontrado. Y no hay nada extraño en la vida de esta chica. Quizás sea un poco díscola, pero ¿quién no lo ha sido alguna vez? Ha tenido una vida dura y ahora se está divirtiendo un poco. Pero ello no implica que no quiera a su hijo. Quizás le quiera, a su manera. ¿Por qué si no le ha elegido a él, y no a otra persona?>>

–Porque es tonto del culo –sentenció su hermana.

Su madre le echó una mirada reprobadora. Se debatía entre su amor de madre y lo que en el fondo de su corazón sabía: que su hijo era..., en fin, un inocentón, por decirlo con suavidad.

–Bueno, hay otras formas de proteger el dinero de su hijo. –Intentó desviar la conversación hacia otros derroteros–. Para empezar, aquí en Cataluña existe el régimen matrimonial de separación de bienes, es decir que lo que es de su hijo, es de su hijo, no de los dos. Si se divorciaran ella no tendría derecho a la mitad de sus posesiones. Y podrían intentar que él hiciera un testamento en el que le dejara sus bienes a usted –dijo, señalando a la madre de Ángel.

–Todo esto no me gusta nada. –La madre de Ángel negaba con la cabeza. Un gesto que no paraba de repetir en todas sus reuniones, pobre mujer. A estas alturas de la vida quién le iba a decir que iba a pasarlo tan mal por su hijo, y eso que ya era mayorcito, rozaba la cuarentena. Está visto que uno nunca deja de preocuparse por sus hijos, pensó con resignación.

–Bueno mamá, creo que aquí hemos terminado. Vámonos y ya meditaremos sobre todo esto en casa.

Diana sabía que no debía insistir más y que la decisión última sobre dejar o no en paz a Christine no era suya. Confiaba en que sus palabras, la

falta de antecedentes y el pasado triste de Christine hicieran el resto.

–Siento no haber sido de más ayuda, pero de verdad, de verdad creo que, aunque Christine no sea lo que ustedes quieren para Ángel, ella sí es lo que él quiere. Y eso es lo que importa, ¿no?

Después de la reunión Diana se sentía exhausta. Había ocultado información a la familia de su cliente. Era la primera vez en su vida que hacía algo así. Pero aquella información tampoco era crucial, se dijo a sí misma, para autoconvencerse de que había obrado bien. ¿Qué importancia tenía que Christine hubiera estado casada? Solo la de una mentira, si es que no se lo había contado a Ángel, pero ni siquiera sabían si se lo había contado o no. Era una suposición.

Ella ya había terminado el trabajo para el cual la contrataron y había conseguido toda la información de la que había sido capaz. Solo había ido un poco más allá al manifestar unas opiniones personales, con el ánimo de influir en la voluntad de aquella familia y de que no molestaran más a su futura nuera. Es cierto que no había hecho nada ilegal ni inmoral, pero sentía que había cruzado una delgada línea, una línea que no habría cruzado de no ser por su amiga. Pero nadie la había obligado a ello. Lo había hecho por voluntad propia y lo volvería a hacer si eso evitaba poner en peligro el matrimonio de Alex.

A pesar de todo, sintió una punzada de decepción hacia sí misma que le hubiera gustado acallar de un manotazo si hubiera podido.

Como una paradoja, al pensar en la posible ruptura del matrimonio de su amiga, se sintió más segura en el suyo. Eso no podría pasarles a ellos. Jamás. Es cierto que podían mejorar algunas cosas en su relación, pero ella no tenía secretos con Juan y él no los tenía con ella. De eso estaba completamente segura.

----- 20 -----
sin mirar
ATRÁS

Aquella noche Álex durmió como un lirón. No es que tuviera garantía de que la familia de Ángel fuera a archivar el caso pero confiaba en que la falta de antecedentes penales de Christine, la pericia de su amiga y sobre todo, las ganas de una madre por encima de todo de que su hijo fuera feliz –ella sabía lo que era eso–, llevaran a ese ansiado final para ella.

Amaneció ese sábado fresca, alegre y llena de vitalidad. Así que convenció a su familia para ir a pasar el día al campo. La primavera había empezado y la temperatura era cálida y agradable. Preparó unos bocadillos, y se fueron los tres a un pueblecito del Berguedà que tenía enamorada a Álex, presidido por la montaña del Pedraforca que, como un vigía imponente, dominaba todo el paisaje.

El camino era un poco largo y podía hacerse pesado con Daniel, pero Álex estaba tan contenta que fue entreteniéndole todo el viaje. Fueron cantando canciones, jugando al veo-veo y a cualquier cosa que se le ocurría a Daniel. Gabi estaba sorprendido por ese ambiente tan relajado. La verdad es

que hacían pocas salidas los tres, siempre por miedo a que Daniel les montara un numerito allí donde fueren.

Pero ese día no fue así. Fue uno de esos pocos días perfectos. Daniel corrió por el bosque quemando toda su energía, y sorprendiéndose aquí y allí con las cosas que iban encontrando por el camino, que papá y mamá le explicaban. Cogieron varios tipos de setas, visitaron una cueva de piratas e incluso vieron una ardilla.

–¿Ez familia de Chip y Chop, mamá?

–Puede que sí. –Rio Álex.

Por la noche Daniel estaba tan cansado que se quedó dormido en el sofá viendo Peppa Pig –esos horribles dibujos eran mano de santo para distraer a Daniel cuando más lo necesitaba–, con lo cual Álex pudo llevarlo a la cama sin protestas ni escapadas varias.

Así Álex y Gabi pudieron tener tiempo para ellos solos, lo que no ocurría muy a menudo, o cuando ocurría, ambos estaban tan cansados que solo tenían ganas de acostarse. Aquella noche sin embargo Gabi se puso retozón y Álex le siguió el juego. Fue uno de esos polvos rápidos pero satisfactorios a los que estaban ya tan acostumbrados.

Atrás habían quedado esas largas noches de sexo en las que acababas agotado y dolorido, pero feliz y relajado; esas noches de preliminares, de alcohol y de jueguecitos varios. Pero eso era el matrimonio, ¿no? Y si a la ecuación le añadías un hijo de cuatro años, te convertías casi en una monja de clausura. Si Álex quisiera entrar en un convento, seguro que tendría algunos créditos convalidados. El voto de castidad casi lo estaba cumpliendo.

Gabi aprovechó el buen ambiente para insistir con el tema. Invadiendo el lado de la cama de Álex, se acurrucó contra ella.

–Cariño, hoy ha sido un día perfecto.

–Sí –coincidió Álex.

–Imagínate que tenemos otro hijo, una niña..., igualita que tú, preciosa, pelirroja...

–Oh, Gabi, no insistas otra vez, por favor. –La atmósfera de paz y amor se estaba enturbiando por momentos.

–No digo que tenga que ser ahora, pero en unos meses, entre que nos ponemos y el embarazo, Daniel tendrá un año más y quizás ya no dará tanto trabajo. Y así tendrá una hermanita a la que cuidar... Quizá le venga bien.

–Cariño –Álex, muy seria, se giró para mirarle a los ojos–, ya hemos hablado de esto varias veces. No quiero tener más hijos y no voy a cambiar de opinión. Quiero a Daniel por encima de todas las cosas pero..., ya me supone muchísimo trabajo, requiere mucho de mí, de nosotros, y entre él y mi trabajo, casi no tengo tiempo para mí. ¡Pero si no tenemos tiempo para nosotros! ¿Cuánto hace que no hacíamos el amor?

–Pues... No sé, mucho tiempo... demasiado.

–¿Lo ves? Pues con otro bebé en casa sería imposible. Yo no quiero pasar por eso otra vez. Quiero que Daniel crezca un poco y poder recuperar una parte de mí. Soy la madre de Daniel la mayor parte del tiempo, o la entrenadora, pero ya casi no soy Álex. –Comenzaba a sentirse frustrada por el hecho de que Gabi no la entendiera y de tener una vez y otra la misma conversación.

–Sí que lo eres, cielo, solo que ahora eres otra Álex. –Gabi le acarició la mano con ternura. Álex se soltó y se dio media vuelta, dándole la espalda.

–Cariño, estoy cansada. Vamos a dormir.

¿Era cierto? ¿Era otra Álex? ¿Ya nunca volvería a ser la Álex que había sido? ¿La que echaba de menos? No la Álex adolescente perdida y alocada, pero sí aquella Álex joven, con sueños, proyectos, con ganas de comerse el mundo, de divertirse y de vivir a su manera, aquella Álex que pensaba que nunca sería una de esas cuarentonas insulsas preocupadas por si

quedaba leche en la nevera, o por tener acudir a esas aburridas reuniones de padres.

Durante toda la semana Álex estuvo de mal humor por la conversación con Gabi del fin de semana anterior, aunque intentaba no demostrárselo. Al fin y al cabo, él no había hecho nada malo y no podía culparle por querer algo distinto a lo que ella quería. Pero ella no podía evitar sentirse triste y culpable, y odiaba sentirse así. Tampoco era culpa suya querer lo que quería.

Necesitaba salir de casa y airearse un poco. Llamó a las chicas pero Noa estaba con Marco –vaya, ¿no recordaba un chico que le hubiera durado tanto!– y a Diana no le gustaba salir por ahí a bailar, que era lo que ella necesitaba. Así que llamó a Nat, quien se mostró encantada y quedaron para el viernes.

Como ya no tenía que impresionar a nadie, se dejó de vestidos y se puso unos tejanos pitillo, unos tacones y un top lencero, que le realzaba el pecho. Se maquilló lo justo –no le gustaba perder mucho tiempo arreglándose – y cogió su americana y su bolso.

–Adiós, cariño –dijo dándole un rápido beso en los labios a Gabi.

–Adiós, cielo, no vuelvas tarde. –Otra vez aquella coletilla. Era una coletilla que Gabi siempre usaba cuando ella salía. Lo cierto es que no lo decía con ninguna intención, jamás le había hecho ningún comentario si llegaba “tarde”, pero la sacaba de quicio–. Y recuerdos a las chicas.

Era absurdo que le mintiera a Gabi en una nimiedad como esa, pero todavía no le había contado quién era Nat y esa semana no le apetecía mucho hablar con él. Ya se lo contaría otro día.

En la terraza de Opium, sentadas en un *chaise long*, con vistas al paseo marítimo, Álex y Nat conversaban animadamente, mientras tomaban

una copa. Últimamente Álex se estaba haciendo amiga del alcohol.

–¿Habéis solucionado el tema de Christine?

–Creo que sí. –Álex no podía contarle todo lo sucedido sin hablar del chantaje y por lo tanto de su matrimonio. Y hoy no le apetecía tener una conversación seria que pudiera derivar en un enfado, solo necesitaba divertirse y olvidarse de sus problemas.

–¿Y cómo ha terminado?

–Lo cierto es que ha terminado antes de empezar. No hemos encontrado nada raro sobre ella, al menos nada que pueda servir para disuadir al señor “x”. Así que la familia tendrá que aceptarlo.

–Me alegro de que no hayas tenido que verla más –dijo Nat, mirándola a los ojos de un modo tan intenso que no pudo evitar ruborizarse.

Esa chica tenía una mirada tan... penetrante. La miraba como si quisiera leer más allá, a través de sus ojos, en su alma. Pero su alma esos días era un nido de mentiras e inseguridades, por lo que era mejor que nadie leyera en ella.

–¿Vamos a bailar? –preguntó Álex, para cambiar de tema.

Entraron dentro. Hacía siglos que Álex no salía a bailar. Lo cierto es que era lo mismo de siempre. Mucha gente, música muy alta, ríos de alcohol y vestidos muy cortos. En comparación, con sus vaqueros y su camiseta, ella parecía una vieja de setenta años. ¡Más créditos para su camino hacia la clausura!

Álex pidió otra copa y se puso a bailar con los ojos cerrados, dejándose llevar por la música atronadora pero acompasada. Ese sonido resonaba tan fuerte en su cerebro que no dejaba espacio para nada más. Por extraño que parezca, la reconfortaba. De vez en cuando, abría los ojos y veía a Nat sonriendo y mirándola divertida. Tenía una sonrisa preciosa.

Álex se dio cuenta de que había muchos chicos mirándolas,

especialmente un par que estaban hablando entre ellos, señalándolas, como si se las estuvieran repartiendo: “tú a la pelirroja y yo a la morena”. Lo último que le apetecía en aquellos instantes es que le entrara alguien, así que rodeó a Nat por el cuello y comenzó a bailar con ella de forma sugerente, insinuante. Nat se sorprendió pero le sonrió y le siguió el juego. Estaban muy cerca la una de la otra. Álex podía oler el perfume de Nat, afrutado e intenso, pero había algo más..., podía oler a Nat. Era una mezcla de olor a coco y a piel desnuda...

Ese olor le subió por las fosas nasales directo al cerebro y de allí se repartió por todo su cuerpo, como si tuviera dentro partículas de Nat flotando, invadiéndola, llenándola, lo cual la excitó de forma incomprensible. Nat la miró a los ojos y esta vez Álex no pudo, no quiso, apartar la mirada. Tampoco quiso apartarse cuando Nat se acercó a ella muy despacio, la cogió de la nuca y la besó con suavidad en la boca. Primero un beso corto. Una mirada cómplice y una sonrisa. A continuación un beso largo..., muy largo, caliente y húmedo, lengua con lengua, saliva con saliva. “Vámonos”, susurró Nat, y ella la siguió hasta la salida sin rechistar. Los dos chicos ya tenían material suficiente para aquella noche.

Casi sin darse cuenta estaba en el piso de Nat. La excitación, los nervios y el alcohol le nublaban la mente y los sentidos. En ese momento solo podía pensar en Nat y en lo que sentía en su piel. Le ardía todo el cuerpo. Sobre todo cuando Nat la tocaba. Entonces se le erizaba todo el vello y se sentía fuera de sí, caliente, incontrolable. No recordaba la última vez que se había sentido así, y eso hizo que las sensaciones fueran todavía más vívidas, más intensas. Nat la hacía sentirse atractiva, sensual, poderosa.

Nat sirvió dos copas de vino tinto y Álex le dio un buen sorbo a la suya.

–Ehhh, despacio –dijo Nat, riendo.

A continuación le quitó la copa de las manos y se acercó a ella, con lentitud. Sus caras estaban muy, muy cerca. Álex podía sentir su respiración, rápida y entrecortada. Su boca estaba tan cerca... Esta vez fue ella quien se encontró besando a Nat. Sus bocas entraron en contacto como dos imanes que se atraen sin remedio. Nat abrió la suya y dejó pasar a la lengua de Álex, quien buscó la suya y ambas jugaron retorciéndose, buscándose, reconociéndose con fruición. Álex sintió como el beso se iba haciendo cada vez más intenso hasta que no casi pudo respirar. Nat le mordió el labio inferior y Álex dejó escapar un gemido.

Las manos de Nat comenzaron a recorrer su espalda, su cintura, atrayéndola con firmeza hacia ella. La mano derecha de Nat se dirigió a su top, bajándole el tirante y acariciándole el hombro, dejando su ropa interior al descubierto. Nat dirigió despacio su mano derecha hacia su pecho, acariciándolo por el interior de su sujetador, mientras seguía besándola cada vez con más intensidad. Álex notó como sus pezones se ponían firmes. Nat bajó su mano izquierda hacia la cadera de Álex, mientras su mano derecha seguía jugando con su pecho, acariciándola, pellizcándola, y se inclinó con todo su cuerpo sobre ella, tumbándola en el sofá. Nat le apartó un mechón rebelde de la cara. Sonrió. “Eres preciosa”, le susurró al oído. Álex respiraba con dificultad debido a su excitación. Nat dejó de besarla en los labios y comenzó a deslizar su boca por su cuello, entreteniéndose en su clavícula, mordisqueándola con fuerza, y siguió bajando, despacio, con sus besos, hasta llegar a su pecho. Le rozó el pezón izquierdo con la lengua y la miró gamberra, provocándola. Álex se estremeció de placer. Nat volvió a la carga. Tomó su pezón en su boca y comenzó a lamerlo en círculos, para después tirar de él con un suave pellizco. Álex notó como todo su cuerpo respondía a esa caricia y sintió un palpar entre sus muslos. Nat continuó castigándola con aquel dulce placer con su boca, mientras con su mano acariciaba la zona

íntima de Álex. A partir de entonces ya estuvo perdida y se entregó sin remedio a los brazos de Nat –y de Rodolfo, el amigo a pilas que vivía en la mesita de Nat–. Los tres pasaron una noche inolvidable.

Se despertó de un sobresalto al cabo de un rato y al darse cuenta de dónde estaba y de lo que acababa de hacer le entró el pánico. ¡Dios mío! ¿Qué había hecho? Miró su reloj. ¡Maldita sea! ¡Esta vez sí que era TARDE de verdad! Tenía que irse a casa corriendo.

Saltó de la cama de Nat, quien abrió los ojos soñolienta.

–¿Te vas? –le preguntó. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

–Yo..., lo..., lo siento Nat, pero tengo que irme.

Cogió su ropa, se vistió tan rápido como pudo y salió de allí corriendo, sin mirar atrás.

II PARTE
LA GUERRA

----- 21 ----- y SUCEDIÓ

Tumbada boca arriba y desnuda en su cama *King size*, acariciada por sus sábanas de algodón egipcio, Noa recordó su primera cita con Marco, mientras este dormía como un niño a su lado. Lo conoció hacía un par de meses en una de las comidas de empresa que tenían lugar algunos viernes, después de la reunión semanal de trabajo. Habían acudido a un pequeño local italiano situado en la esquina de Diagonal con Paseo de Gracia, cerca del despacho. Él estaba en la mesa contigua, también en lo que parecía una comida de trabajo, pues los hombres iban trajeados y las mujeres con trajes chaqueta.

Parecían banqueros. Al igual que los abogados, los banqueros tienen algo que te hace pensar al instante que lo son. Ese algo es muy parecido al de los

abogados, pero no incluye un maletín. Y se distinguen de los comerciales en la calidad de los trajes y la cantidad de gomina que llevan en el pelo estos últimos.

Marco no había dejado de mirarla en toda la comida y, después de la primera copa de vino, ella había hecho lo propio. Ella esperaba que él se le acercara, aunque era un tanto complicado, por estar en la parte interior de la mesa, con Óscar a su lado. Pero, por las miradas que le echaba, aquel chico no parecía tímido. Así que se quedó bastante desilusionada cuando él se fue, no sin antes mirar atrás y lanzarle una de sus mejores sonrisas. ¿Qué había sido aquello? ¿Y para qué ligar con ella de aquella manera si luego no iba a decirle nada? Sin embargo, al ir a pagar, el camarero le dio una tarjeta.

–Del caballero que acaba de irse. La ha dejado para usted.

“Marco Guerrero Rigueti. Economista”. Una dirección, un teléfono fijo y un correo electrónico de su lugar de trabajo –*un banco, ya lo sabía yo*–, y por el reverso, un número de móvil escrito a mano. Vaya, eso estaba mejor, mucho mejor. Se le escapó una sonrisa de satisfacción.

Noa esperó una semana para llamarle. Quería esperar más –por lo menos quince días, para hacerse la interesante–, pero luego pensó que quizás aquel chico tan guapo le daría su tarjeta a otra si no le llamaba ella antes, por lo que a la semana le llamó.

De eso hacía ya casi dos meses, y contra todo pronóstico, aún seguían juntos. A Noa nunca le duraban mucho las relaciones, si es que podían llamarse así. La mayoría de las veces se limitaba a encuentros esporádicos con algunos tíos; otras, en las que ella se esforzaba por tener algo más, ellos salían corriendo, o bien resultaban ser unos capullos, como Pierre.

Así que estaba disfrutando mucho de aquella... lo que fuera –no quería usar la palabra “relación” para no estropearla–, con Marco. Era tan guapo y encantador, con un buen trabajo y una buena cuenta corriente

–bueno, ese no era un requisito indispensable pero ayudaba–. Y no tenía tres pezones ni seis dedos en los pies. Noa se los había contado mientras él dormía, por si acaso. Hasta Sushi había aceptado la presencia de otro hombre en casa, después de las primeras reticencias.

Por eso cuando él le dijo aquella mañana: “Quiero que conozcas a mis padres”, casi se cae de la cama. Nunca había llegado a aquél punto con nadie, lo cual era un alivio, sin lugar a dudas, y que él se lo pidiera le encantó, pues debía significar que ella era importante para él y que estaba seguro de su... de lo suyo, pero le parecía demasiado pronto.

–No me parece una buena idea –le contradijo Noa.

–¿Por qué no? Mis padres te caerán muy bien, y tú a ellos. ¡Ya lo verás!

–Ya pero, ¿no crees que es demasiado pronto?

–No te estoy pidiendo que te cases *con me*, solo que conozcas a mis padres. Una comida informal y nos vamos, te lo prometo –Marco la miraba expectante, con esos preciosos ojos, y ese precioso y sedoso pelo, y esa boca tan sensual.

–Está bien –accedió Noa–. Pero necesitamos una palabra de auxilio.

–*Non capisco...*

–Sí, hombre, como los ladrones gritan “¡agua!” cuando se acerca la poli. Por si quiero salir corriendo.

–¡Ah! Ya comprendo –dijo Marco–. *Va benne*. Tienes unas ideas. ¿Pues “agua”?

–No, hombre. ¿Y si tengo sed y quiero agua? También puede ser una señal. –Sugirió Noa.

–Oh, ya veo. ¿Qué tal esta? –preguntó Marco, rascándose la nariz.

–No, ¿y si me pica la nariz?

–Esto se me da muy mal, *amore*, piensa algo tú.

–Mmmm, me tiraré del lóbulo de la oreja, así –indicó Noa, mientras se

tiraba del lóbulo de la oreja hacia abajo.

–Está bien. Eres muy extraña, pero me encanta. –Marco le dio un beso en la punta de la nariz.

–No es ahí donde quiero que me beses. –Noa estaba juguetona.

–¿Ah, no? ¿Y dónde entonces?

–Aquí. –Noa le señaló su cuello. Marco le inclinó la cabeza y le dio un suave beso en la parte baja del cuello. Y otro. Y otro. Fue recorriéndole el cuello a besos.

–Y aquí. –Noa le señaló el lóbulo de la oreja que constituía su señal de socorro. Marco le dio un pequeño mordisco. Noa sintió un escalofrío de deseo.

–Y aquí. –Le señaló la comisura de la boca.

Marco le cogió la cara con las dos manos y comenzó a besarla en la boca, primero muy despacio, con suavidad, luego incrementando la intensidad, dándole pequeños mordiscos en el labio, mientras su lengua recorría toda su boca, la invadía, la llenaba. A Noa le temblaban las rodillas. Nadie la había besado así jamás. Joder, conocería a sus padres y hasta al papa de Roma si él se lo pidiera.

En la oficina le esperaba una sorpresa. Le pasaron una llamada de una tal Ángela Aguilar, que llamaba de parte de Diana Planas. Qué extraño, pensó. ¿Por qué la llamaba Ángela a ella y no a Diana? Tendría que descubrirlo.

–¿Es usted Noa? Soy Ángela Aguilar. Su amiga Diana me dijo que le llamara si la cosa se ponía fea. Supongo que le habrá comentado el asunto.

–Ángela hablaba muy rápido, parecía que tenía prisa por contarle algo.

–Sí, sí, estoy al tanto. ¿Ha pasado algo?

Noa ya se había olvidado del asunto Christine. Desde la última conversación de Diana con su familia no habían vuelto a tener noticias y

pensaba que todo se habría olvidado, y que la familia de Ángel la habría dejado en paz. Pero por el tono de voz de Ángela, era evidente que eso no era así.

—Pues sí. Sí ha pasado algo. ¡Se han casado! ¿Se lo puede creer? ¡El muy imbécil, ay, perdón, el muy... —Ángela tenía que hacer un esfuerzo enorme por contenerse—, se ha casado con esa zo... con esa mujer. Mi madre está muy disgustada.

—¿Y cómo se han enterado?

—Nos lo dijo él cuando ya se había casado, para que no pudiéramos hacer nada. ¿Se lo puede creer? Utilizaron a dos amigas de ella como testigos. ¡Seguro que él ni las conocía! Mi hermano se ha casado con una extraña, rodeado de gente extraña. ¿Se lo puede creer? —Al parecer era Ángela quien no se lo podía creer.

—¿Cómo han podido casarse tan pronto? Si aquí en Barcelona hay una lista de espera de año y medio, por lo menos.

—Eso le pregunté yo a mi hermano, porque me extrañó mucho. Pero es que esa mujer es muy lista. Al parecer, se empadronó en un pueblo pequeño de por aquí cerca, no recuerdo el nombre, y allí no había tanta lista de espera. —Ángela suspiró profundamente—. Dígame que podemos hacer algo, por favor.

—Está bien, Ángela. Tranquilícese. Concertamos una reunión y le explicaré qué posibilidades tienen. Le paso con mi secretaria, que le dará hora.

—Gracias, gracias —contestó Ángela atropelladamente.

Noa notó el alivio de su futura clienta en su voz. Como si ella tuviera una varita mágica y pudiera deshacer bodas de un plumazo, como una especie de bruja anti-bodas.

----- 11 -----

Petrificus TOTALUS

Noa convocó una reunión urgente en su casa. El asunto no podía esperar. A pesar de que lo creía posible, ¡no pensaba que fueran a casarse tan pronto! Christine actuaba rápido cuando quería algo, eso estaba claro. ¿Y cómo habían superado la audiencia personal? Seguro que Christine había preparado a Ángel a conciencia.

No sabía qué hacer con la petición de Ángela. Estaba claro que la familia de Ángel no iba a dar por zanjado el asunto, así que si ella no aceptaba el caso, otro lo haría. Y entonces no tendrían información. Noa era de las que pensaba que hay que tener a tus amigos cerca pero a tus enemigos más cerca y que la información es poder. Su trabajo se lo había enseñado. Pero fuera ella u otra persona quien llevara el asunto, Alex tenía un problema. Y primero tenía que hablar con ella. Así que le dijo a Ángela que le diera un par de días para pensárselo.

Álex tenía la impresión de que aquella reunión de urgencia ínter semanal no iba a augurarle nada bueno. Le dijo a Gabi que Noa había roto con su último novio y necesitaba charlar.

–¿Otra vez? Bueno, ya debe estar acostumbrada.

–Oh, Gabi, no seas borde.

–No soy borde, es la verdad. ¡Ha tenido tantos novios que ni me acuerdo de sus nombres! –dijo Gabi riendo–. Pero bueno, no todo el mundo puede tener tanta suerte como nosotros, ¿verdad, cariño? –Y atrayendo a su mujer de la cintura, le dio un rápido beso en los labios.

–Ehhh..., sí. Tengo que irme. Daniel ya duerme.

–Pásalo bien. ¡Y no llegues tarde! –dijo, sin levantar la vista de su periódico.

Uf.

Al llegar a casa de Noa los temores de Álex se hicieron realidad. Se dejó caer en el sofá, al lado de Diana, sin fuerzas. Noa deambulaba por el comedor mientras hablaba.

–Bueno, ¿y ahora qué hacemos? –preguntó Álex, quien había palidecido de golpe.

Estaba bloqueada. El miedo no la dejaba pensar con claridad. Llevaba dos meses rememorando la noche con Nat, sus besos, sus caricias, su olor... Se sentía terriblemente culpable por ello pero no podía dejar de pensar en esa noche. Sabía que debía olvidarla, borrarla de su mente, hacer como si jamás hubiera sucedido... Pero no era fácil. Menos aun cuando Nat le enviaba mensajes preguntando si estaba bien. Actuar con normalidad ante Gabi e ignorar a Nat ya le estaba resultando bastante difícil, como para que ahora tuviera que preocuparse también porque su secreto saliera a la luz.

–He estado pensando mucho –Noa hablaba despacio, algo nada habitual en ella–, y he llegado a una conclusión que no te va a gustar. Pero

creo que es la única solución –dijo muy seria.

–¿Cuál? –preguntó esperanzada Álex. Si había alguna, estaba dispuesta a hacer lo que fuera.

Noa se plantó delante de ella y soltó:

–Tienes que decírselo a Gabi.

–¡¿Qué?! ¡¿Te has vuelto loca?! ¡Eso no es una solución! ¡Eso es..., es..., un suicidio! Diana, ¡díselo! –Álex se giró hacia su amiga. Diana era la más sensata de las tres. Seguro que no aprobaba esa idea absurda.

–Me temo que tiene razón –señaló, compungida. Le dolía ver a Álex en aquella situación, pero estaba de acuerdo en que era lo más sensato.

–¿Pero qué os pasa? –Álex se puso las manos en la cabeza–. ¡Es de mi matrimonio de lo que estamos hablando!

–Mira, si no se lo cuentas Christine te tendrá siempre en sus manos. Ahora es por esto, pero, ¿quién te dice a ti que en un futuro no lo va a usar contra ti para otra cosa? No es de fiar. Y la única forma de quitarle el poder es adelantarte a ella.

Noa hizo una pausa para que Álex pudiera ir asimilando todo aquello.

–La familia de Ángel ha decidido seguir adelante con el tema y eso no podemos cambiarlo. Sea yo o sea otra persona, alguien va a solicitar la anulación de su matrimonio, y entonces Christine irá a por ti. Solo puedes avanzarte a ella. Elegir cuándo y cómo se lo cuentas a Gabi. –Noa se sentó en el sofá al lado de su amiga y le cogió la mano, para infundirle ánimos.

A Álex se le había cerrado el estómago por completo, sentía náuseas y ganas de vomitar, y la cabeza le daba vueltas.

–Oh, cariño. Si te quiere de verdad lo entenderá –dijo Diana, abrazando a su amiga.

–Yo no estaría tan segura... –murmuró Álex.

Nunca le había hablado a Gabi de Leo. Formaba parte de un pasado

que prefería no recordar; de una Álex distinta de la que era hoy en día, una Álex descerebrada, caótica y autodestructiva; una Álex a quien le gustaba vivir al límite sin pensar en las consecuencias. Se miró el tatuaje de la muñeca, allí donde una vez había estado grabado el nombre de Leo. ¡Qué estúpida era entonces! Sin darse cuenta, se apretó la muñeca con fuerza.

Estaba tan preocupada que ni siquiera se acordó de contarles a sus amigas lo que pasó con Nat. Solo podía pensar en Gabi y en la incómoda conversación que le esperaba. No sabía cómo afrontarlo. Tenía tanto miedo de que la vida que se había construido se fuera al garete: su matrimonio, su casa, su hijo... Oh, dios, no podía siquiera pensarlo. Un nudo le atenazaba la garganta.

Miraba el rojo intenso del semáforo. Le parecía que su vida era del mismo color que el semáforo. Rojo traición. Rojo fuego. El color del infierno. No vio que el semáforo cambiaba de color. Solo salió de su ensimismamiento con los pitidos que le propinaron los conductores que llevaba detrás. De repente le invadió la rabia y soltó un largo y profundo chillido. Después se sintió un poco mejor y reanudó la marcha.

Al llegar a casa, Álex necesitaba estar un rato a solas con sus pensamientos para meditar sobre todo aquello. Tenía que pensar en cómo enfocar la conversación con Gabi. Estaba segura de que no iba a ser agradable, pero quizá..., quizá si se lo explicaba bien, Gabi lo entendería. Al fin y al cabo, fue antes de conocerle, fue una estupidez de adolescente, no tenía mayor importancia. No se había acordado más de ello, por eso no se lo había contado. No es que le hubiera mentado... en eso.

Al abrir la puerta y ver a Gabi todavía despierto, sentado en su sillón, le dio un vuelco el corazón. No estaba preparada para verlo y mucho menos para hablar con él.

–Hola cariño. ¿Qué tal ha ido? –Gabi bajó el volumen del televisor.

–Bien..., ya sabes. Con las chicas siempre va bien. Pero estoy muy cansada. Me voy a la cama. ¿Cómo es que estás despierto? –Álex dio un par de pasos hacia su habitación.

–Oh, porque antes te has ido tan rápido que no he tenido tiempo de contarte algo.

–¿El qué? –preguntó desde el pasillo.

–Me he encontrado con una antigua amiga tuya de la universidad. La verdad es que me ha extrañado, porque no la conocía, pero me ha dicho que estuvo poco tiempo. Era una estudiante de Erasmus. Christine, ¿te acuerdas de ella?

Álex se quedó inmóvil, como si le hubieran lanzado un *petrificus totalus* y notó cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo.

–Eh..., sí, pero hace mucho que no la veo. ¿Qué quería? –preguntó Álex con un hilo de voz.

Estaba claro que aún no le había contado nada a Gabi porque si no él no estaría tan tranquilo, pero algo tramaba, estaba segura de ello. ¡Y había ido a ver a su marido! ¿Cómo se había atrevido? Dios, esa chica era mucho peor de lo que se había imaginado. La había subestimado.

–Quería ir a cenar con nosotros dos, para conocerme, ha dicho. Parecía maja.

Sí, lo *parecía*. Estaba claro que no le quedaba otra opción que hablar con Gabi. Christine ya se había ocupado de eso. Pero hoy no. No se sentía con fuerzas. Quizá mañana.

–¿El viernes te parece bien? –preguntó Gabi, que la alcanzó en la habitación.

–No lo sé, vamos a dormir. Ya lo hablaremos mañana. –Álex apagó la luz para que su marido no le viera la cara y para dar por terminada la

conversación. Las emociones de aquel día la habían dejado exhausta.

Al coger el móvil para activar la alarma, Nat burbujeaba en su móvil.

Hace días que no sé nada de ti. Va todo bien?

No, nada iba bien. Nada.

¡Maldita deformación PROFESIONAL!

Las sesiones con la doctora Anaya se habían ido espaciando. Habían pasado de semanales a quincenales, y ahora eran mensuales. La comunicación con Juan había mejorado, volvían a hablar y hacían planes juntos. Hacía quince días habían hecho una escapada de fin de semana a un hotel rural, en la que pasearon bajo el cálido sol de finales de mayo, comieron dulces de la única panadería del pueblo, cenaron en abundancia, tomaron un baño relajante e hicieron el amor.

Diana volvió al trabajo con las pilas cargadas y la sensación de que las cosas iban a mejorar. Sin embargo había algo..., no sabía que era... que aún le chirriaba.

El móvil de Juan, casi siempre silencioso –hombre de pocas palabras, no le gustaba hablar por teléfono, ni el WhatsApp, prefería el contacto personal–, había sonado varias veces, y Juan lo había apagado con un gesto rápido.

Diana se percató que en los últimos días aquello sucedía a menudo. De hecho, pensándolo bien, quizá semanas.

–¿Quién era? –preguntó, más por curiosidad que por ánimo de controlar las llamadas de su marido, nada más lejos de su pensamiento.

–No lo sé, un número privado.

La siguiente vez que le sonó el móvil y parecía que Juan iba a pararlo, Diana le preguntó:

–¿Por qué no lo coges? Así sabrás quién es y saldrás de dudas. Quizá sea importante.

–No me gusta que la gente no se identifique. Seguro que quieren venderme algo. No voy a cogerlo. –Lo dijo con un tono que dejaba claro que daba por terminada la conversación.

Las siguientes veces Diana ya no preguntó ni dijo nada, pero aquello ya la tenía mosqueada.

Durante la semana siguiente Diana decidió observar el comportamiento de su marido, como si de un encargo se tratase. ¡Maldita deformación profesional! Hasta ahora nunca había tenido motivos para sospechar de su marido, y no quería empezar ahora, pero una pequeña semilla de duda se había instalado en su cerebro e iba germinando poco a poco.

Descubrió que Juan prestaba más atención a su persona. Antes de ir a trabajar se regaba con aquél perfume que ella le había regalado hacía dos Navidades y que él nunca se ponía, solo en ocasiones especiales, como fiestas o aniversarios, y porque ella se lo recordaba. Y se había comprado un par de camisas nuevas. Alguien que no lo conociera mucho apenas lo notaría, porque eran casi iguales que las que usaba cada día para el trabajo: azules, o grises, para combinar con el traje, pero ella las había visto escondidas, colgadas en un rincón de su armario. Lo más extraño es que no vio el cargo en la tarjeta de crédito. ¿Por qué se lo escondía? Ella nunca le habría criticado por gastarse mucho dinero –es cierto que nunca lo hacía, pero no lo habría hecho de todas formas–.

Su relación siempre se había basado en la libertad y la confianza y ninguno de los dos se metía en los gastos del otro, siempre que no fueran exorbitantes, claro. Los grandes gastos sí los consensuaban entre los dos, como el ordenador de Juan, o el equipo de investigación de Diana. Claro que aquel último era un gasto necesario para el trabajo de Diana, así que Juan no puso objeciones, al contrario, se mostró muy contento cuando su mujer decidió comenzar a trabajar por su cuenta, la animó mucho y la apoyó en todo durante esa nueva etapa. Eso es lo que hacían los matrimonios, ¿no?

¿Cómo iba ese Juan, su Juan, a engañarla? No era posible. Pensó que estaba sacando las cosas de quicio. Total, por un perfume y un par de camisas. Decidió no darle más importancia.

Pero una vocecita en su interior le susurraba que aquello mismo es lo que le decían todos sus clientes antes de encargarle investigar a su marido, o a su mujer. “Yo..., estoy casi seguro de que no puede ser, pero por si acaso”. Y cuando ella les enseñaba las temidas fotos, reveladoras de la cruda verdad, algunos aún seguían sin creérselo.

¿Era eso lo que le estaba pasando a ella? ¿Estaba ignorando las señales deliberadamente? ¿O eran sus años de trabajo y todo lo que había visto lo que la estaba llevando a ver unicornios donde solo había caballos?

Diana pensó en el tiempo que llevaban juntos. Juan la había tratado siempre con mucho cariño y respeto. Era todo un caballero. Incluso a veces un poco anticuado, aunque tenía que reconocer que en el fondo le encantaba. Era de los que te abría la puerta en los restaurantes, te regalaba flores para tu cumpleaños y aniversario de boda –aunque ella debía recordarle la fecha–, nunca hacía comentarios sobre las demás mujeres y si las miraba –al fin y al cabo era un hombre y no estaba ciego–, lo hacía con disimulo. Era muy sensible, incluso un poquito llorón, pensó sonriendo Diana, y siempre había sido muy sincero. Se le daba muy mal mentir. O eso pensaba.

De vez en cuando, la sorprendía diciéndole lo guapa que era. No cuando ella esperaba que se lo dijera, como cuando se arreglaban para salir, por ejemplo, y ella le preguntaba: “¿Cariño, estoy guapa?”, y él contestaba que sí, sin apartar la mirada del televisor, sino más bien cuando menos te lo esperabas: en pijama, despeinada, recién levantada y con legañas en los ojos. “Cariño, eres la más guapa de todas tus amigas, ¿lo sabías?”, lo que era del todo falso, pero él lo decía en serio. O eso le parecía a ella.

No, definitivamente el Juan que ella conocía no la engañaría nunca. Es cierto que en los últimos días habían estado algo distraídos cada uno con sus asuntos, y quizá se habían olvidado de cuidar su amor, que es como una planta que hay que regar y mimar, para que no se marchite y muera, pero eso no significaba que fuera a engañarla con otra mujer. No SU Juan.

-----24-----

Daños COLATERALES

La madre de Noa la llamó llorando. Noa pensó que se trataba otra vez de alguna ruptura con otro de sus novios, pero no era eso. Su madre parecía ansiosa y desesperada de verdad. Noa se asustó.

—¿Qué pasa, mamá?

—Me..., me..., han..., despedido —contestó su madre entre sollozos.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado? Si llevabas muchos años y nunca habías tenido problemas.

Su madre trabajaba en una de esas grandes cadenas alimenticias, desde hacía cinco años. Que ella recordara, era el trabajo que más le había durado. Comenzó en la caja y ahora era jefa de cajeras. No ganaba mucho, pero lo suficiente para pagar el alquiler de su piso y las facturas. Noa la ayudaba con un dinero extra para que pudiera ir más holgada, y pudiera darse sus caprichos. Al principio su madre se había negado, pero Noa no le dio opción y le hacía una transferencia cada mes. Al fin y al cabo era su madre, y ella le había dado todo lo que pudo darle —a veces una vida caótica, cierto,

pero siempre había estado ahí cuando la había necesitado, y siempre le dio cuánto tuvo, no le podía pedir más—.

Su madre le contó que llevaba un tiempo con ansiedad, le costaba respirar, dormía poco y mal, siempre estaba en tensión, como temiendo algo que no sabía a ciencia cierta lo que era, tenía sudores fríos y los nervios a flor de piel. Pero había ido aguantando, hasta un día en que una clienta le había montado un pollo y la había acusado de tratarla mal, y se enfrentó a ella. Terminó chillándole a la clienta y esta llamó a su encargado, quien la despidió *ipso facto*. Tuvo que irse al cuarto de baño a llorar, le temblaba todo el cuerpo, sobre todo las manos, no podía controlarlas. Se quedó allí durante horas, no se sentía capaz de moverse. Al final reunió las fuerzas necesarias para abrir la puerta, tras mucho insistir una compañera, quien la ayudó a levantarse y se la llevó a casa.

El médico le dio unos tranquilizantes para dormir, y unas pastillas para la ansiedad, y le recomendó tratamiento psicológico.

La empresa no le ofreció indemnización alguna. Le enviaron por burofax la carta de despido en la que argumentaban mal comportamiento, y la comisión de una falta muy grave. Así. Sin más. Después de cinco años.

—Tranquila mamá, yo me ocupo. Vamos a demandarles por despido improcedente. ¡No te pueden hacer esto! ¿Y por qué no me dijiste que estabas mal? —Noa estaba enfadada con su madre por no habérselo contado, pero sobre todo estaba furiosa con ella por no haberse dado cuenta.

—No quería preocuparte..., y tampoco pensaba que estaba tan mal. Creía que era estrés, una mala época como cualquier otra, y que ya se me pasaría.

—¿Robert está contigo? —preguntó Noa.

Robert era un compañero de trabajo de la misma empresa aunque de otro centro comercial. Lo cierto es que parecía un buen hombre, y ya llevaba

un par de años con su madre, lo cual significaba que era un hombre con mucha paciencia.

–Sí, cielo. La verdad es que se está portando muy bien conmigo. Se ocupa de todo, me trae la compra cuando sale de trabajar, me prepara la cena, me recoge la cocina, me pone la lavadora... Lo único que no le dejo hacer es planchar, porque no tiene ni idea, ¡y ya me ha quemado un par de camisas! Y no están las cosas ahora como para andar quemando camisas.

Noa pensó que no era el momento para criticar a su madre por el uso del pronombre “me” cuando se refería a las tareas domésticas que realizaba Robert. No iba a cambiarla a estas alturas.

Al día siguiente, nada más llegar al despacho, le expuso el caso a Óscar, quien se ofreció para llevarlo en persona.

–¿Tú? Pero si es un tema menor. –Se sorprendió Noa.

–Es tu madre, y por lo tanto es importante. Me aseguraré de conseguirle la mayor indemnización. –Óscar hizo un gesto como si fuera a cogerle la mano a Noa, pero se lo pensó y la detuvo antes de tocarla.

–Gracias Óscar, te lo agradezco de verdad. Esto es importante para mí.

–Déjalo en mis manos y no te preocupes. Te mantendré informada. – Óscar se recolocó la corbata, nervioso por su desliz.

–Gracias.

Noa salió del despacho de Óscar sintiéndose más aliviada. Su madre estaba en las mejores manos. Óscar tenía un don para detectar los puntos fuertes y los débiles de sus rivales, sus necesidades, sus miedos, y sabía aprovecharlo. Era un negociador duro. Lo cierto es que había aprendido muchas cosas de él.

Marco tenía planes esa noche con sus amigos, por lo que Noa se fue directa a su casa. Estaba muy a gusto con Marco, pero también le gustaba tener alguna noche para ella sola, para ponerse su viejo pijama de ovejitas –uno que jamás dejaría que viera ningún hombre–, hacerse un bol de palomitas y tirarse en el sofá para ver alguna película “rara” –como llamaba Álex a todo lo que no fuera una comedia romántica o una peli de acción *made in USA*– en Netflix, con Sushi sentado a su lado.

Como no era muy tarde, cogió a su pequeño amigo peludo y se fue a pasear con él. Ojalá pudiera hacerlo más a menudo, pero su trabajo no se lo permitía. Suerte que tenía a Gemma, que vivía en su edificio, que era un encanto y tenía mucha mano con los perros.

Tras el paseo y una ducha relajante, Noa llamó a su madre para tranquilizarla un poco. Estaba preocupada, cierto, pero se sentía más animada desde que sabía que no tenía que volver a la empresa. Robert la estaba cuidando mucho y le decía que no se preocupara, que cuando estuviera mejor ya buscaría otro empleo. Con el paro y su trabajo, podían ir tirando. Lo cierto es que él se había ofrecido voluntario para trabajar los sábados que tenía libres, para hacer horas extra, culpando a la empresa de hacerle trabajar todos los sábados, claro, para que ella no se inquietara.

–Mamá, tranquila. Mi jefe va a llevar tu caso, y es muy bueno. Te conseguirá lo que mereces –dijo Noa mientras mullía el cojín de su cama en el que tenía apoyada la cabeza.

–¿El buenorro ese? –Noa le había enseñado un día una foto de Óscar que había aparecido en un artículo de una revista legal.

–Sí, mamá. –Noa puso los ojos en blanco.

–Ay, hija, qué bien. ¿Ya habéis...? Ya sabes.

–¡Mamá! ¡No voy a hablar de eso contigo! Pero no, no hemos nada. Es mi jefe. –Pensó en decirle que tenía novio, pero conociendo a su madre,

comenzaría a prepararle la boda y a pedirle nietos, y no quería asustar a Marco. Para uno que le estaba durando...

–Hija, qué susceptible eres. Y qué exigente. Que ya vas teniendo una edad...

Noa se apartó el teléfono de la boca y exhaló impaciente. Siempre con la misma cancioncilla.

–Mamá, tengo que colgar, tengo muchas cosas que hacer.

–Vale, hija. Estás siempre tan ocupada... –protestó su madre.

–Adiós, mamá. Te quiero.

–Y yo, hija. A ver si me das un nieto pronto, que...

Noa colgó el teléfono y lo tiró a la mesita de noche con desgana. Miró a Sushi acurrucado a los pies de su cama, durmiendo tan apacible. Pensó en el poco trabajo que daba y el mucho cariño que recibía de aquel pequeño peludo de cuatro patas. ¿Para qué iba a tener hijos? Pensó en Daniel y se le pusieron los pelos de punta. No, definitivamente no quería tener hijos.

-----25----- La CONFESIÓN

Había llegado el día en el que Álex tenía que sincerarse. Llevaba una semana dándole vueltas sin parar. Tenía que sincerarse con Gabi. Tenía mucho miedo pero era mejor que se lo contara ella que no aquella arpía. El miedo a no saber si ella contactaría con Gabi le impedía dormir. Como consecuencia, estaba irritable y de mal humor, y el agujero de su estómago estaba adquiriendo dimensiones desproporcionadas. Ya no podía aplazarlo más. Dejó a Daniel con su madre, le dijo que ella y Gabi se iban de cena romántica. Lo de mentir se estaba convirtiendo en una costumbre, se estaba haciendo una experta, y eso no le gustaba nada.

Fue a la cocina y se sirvió un poco de vodka en un vaso –era el alcohol que tenía menos calorías–. Se lo bebió de un trago. Si tenía que hacerlo, mejor hacerlo rápido. Como arrancarte una tirita. Cuanto más rápido, menos duele. Gabi estaba en el salón haciendo su sesión diaria de pesas.

–Gabi, tenemos que hablar. –Álex se secó el sudor de las manos en su pantalón.

–Uy, ¿tengo que preocuparme? –contesto Gabi, burlón. Pero cuando levantó la cabeza y vio la cara de su mujer, se le esfumó la sonrisa de la boca. Estaba claro que algo le pasaba. Entonces se percató de que Álex no le había llamado cielo, ni cariño, sino Gabi. Y le pareció recordar que en los últimos días no era la primera vez.

–Claro cariño. ¿Qué te pasa? –preguntó, dejando las pesas en el suelo y sentándose en el sofá. No sabía por qué, pero creía que era mejor ponerse cómodo.

–Verás... –Álex no se sentó a su lado. Estaba de pie, frente a él, caminando arriba y abajo, desgastando el suelo del salón y haciendo girar su dedo en sus rizos a mil revoluciones por minuto–. Voy a contarte algo, pero no tiene importancia, bueno, sí la tiene, pero quiero decir que..., no quiero que te enfades, aunque sé que te vas a enfadar pero por favor, no te enfades mucho...

–Álex, ¿puedes ir al grano? –Gabi se estaba poniendo nervioso.

–Sí, perdona... Es que no te lo he contado nunca pero..., hubo alguien antes que tú.

Gabi suspiró de alivio.

–Oh, cielo, ya sé que hubo otros antes que yo. ¿A qué viene esto ahora?

–No..., no es eso. Déjame terminar. –Álex levantó la mano, para cortarle.

Gabi asintió con la cabeza, sin decir nada.

–Yo tenía dieciocho años, y ya sabes cómo era antes... Era muy impulsiva, no pensaba las cosas, no sabía muy bien quién era, ni lo que quería, y las drogas y eso... Ya sabes.

Gabi volvió a asentir en silencio. Todo aquello ya se lo había contado. No con detalles, claro, pero él tampoco quería saberlos. ¿Por qué volvía a sacar el tema? Pero una parte de su cerebro le decía que era mejor no interrumpir y ver a dónde quería ir a parar su mujer, aunque auguraba que no le iba a gustar descubrirlo.

—Cuando decidí que quería estudiar, necesitaba dinero para pagarme la carrera. Y mi ex novio, Leo...

—¿Leo? Nunca me has hablado de ningún Leo —interrumpió Gabi, con el ceño fruncido.

—Lo sé... Leo era un camello, y él me introdujo en el mundo de las drogas. Con él yo era otra persona. Nuestra vida era un descontrol... El caso es que Leo conocía a un tío... dijo que me haría unas fotos y que iba a ganar algo de dinero extra... —Álex hizo una pausa para tomar aire. Le estaba costando hacer aquella confesión—. Me hizo las fotos y le gusté... mucho. Y me propuso hacer una película... con Leo. —Álex no se atrevía a mirar a Gabi a la cara.

—¿Una película? ¿Qué clase de...? ¡Oh! —Gabi no pudo continuar la frase. Las palabras se congelaron en su boca.

—Sí. —Álex seguía mirando al suelo, y se frotaba las manos sin parar—. Esa clase de película. Se suponía que iba a ganar mucho dinero, y era con Leo... quiero decir que... no era para tanto, no me acosté con nadie por dinero ni nada de eso... Leo y yo ya salíamos juntos...

—¿Lo hiciste?! —Gabi abrió los ojos como platos.

—Sí. —Álex se volvió a secar el sudor de las manos en sus pantalones. Por dios, ni siquiera en el gimnasio sudaba tanto—. Pero solo fue una vez. Y luego Leo me dejó y no volví a pensar en aquello nunca más... Que Leo me dejara fue lo mejor que me pasó en mi vida.

—Pensaba que había sido conocerme a mí. O eso es lo que me decías —

contestó Gabi con las mandíbulas apretadas.

–Bueno sí, es lo mismo. Ya sabes lo que quiero decir.

–No, no lo sé. –El cuello de Gabi estaba tenso–. ¿Y por qué me has mentido todo este tiempo? ¿Por qué no me lo habías contado antes? ¡Ni siquiera me habías hablado de él! –Gabi levantó el tono de voz, algo inusual en él.

–Yo... no quería hablar de él porque entonces habría tenido que contártelo todo, y no quería que pensaras que soy... no sé, yo ya no soy esa persona. –Álex se arrodilló frente a su marido y le cogió las manos, suplicante.

Gabi las soltó con brusquedad.

–¡Pero soy tu marido! Se supone que nos lo contamos todo. Y más las cosas importantes. Como por ejemplo que tu mujer ha hecho una película porno con su ex novio yonqui. –Esta vez el tono de Gabi era bajo y ronco. Casi susurrante.

–Gabi, por favor...

–Gabi, por favor, ¡¿qué?! ¡¿Qué no me enfade?! ¡¿Qué no grite?! ¡¿De verdad piensas que puedes contarme esto y que no voy a enfadarme?! ¡Me has mentido durante todo este tiempo!

–No te he mentido... solo que no te lo conté... –La voz de Álex era casi imperceptible.

–Es lo mismo, Álex. ¿Cómo voy a confiar en ti ahora? Si me has mentido en esto, me puedes haber mentido en todo lo demás... ¿Tienes algo más que contarme? –preguntó Gabi, con sarcasmo.

–Ehh..., yo..., no... –Mierda, ¿no podían haber tenido esta conversación una semana antes? Entonces Álex no habría dudado en su respuesta.

–¿Qué? ¿Es que hay algo más? –Los músculos del cuello de Gabi

estaban tensos como cuerdas de piano, y su rostro iba adquiriendo un tono rojizo por momentos.

Álex se sentía acorralada. Ya no tenía más fuerzas para seguir mintiendo. Ya había abierto la caja de Pandora y no podía cerrarla. Y tampoco estaba segura de querer hacerlo. Había algo en su interior que la empujaba a contarle la verdad a Gabi. Quizá fuera una huida hacia delante, no estaba segura.

–Yo..., me he..., ehh..., he estado con otra persona. Fue una sola vez y yo... –Le tembló la voz al decirlo y no pudo terminar la frase.

Esta vez Gabi no pudo articular palabra. Estaba tan desconcertado, sorprendido, herido, confuso... –Negó con la cabeza, como si no pudiera creérselo. Aquella conversación no estaba teniendo lugar. Era solo una pesadilla. Debía de serlo.

–No lo tenía planeado... No es algo que buscara, pero pasó sin más. –Álex era consciente de lo vacías y tópicas que sonaban aquellas palabras.

–¿Qué es lo que te pasa?! ¿Quién eres?! ¿Es que estás teniendo la crisis de los treinta y cinco, o algo así?! –Gabi estaba fuera de sí.

–Esa crisis no existe... –murmuró Álex

–¡Ya, pues parece que tú la estás teniendo!

Gabi se tomó unos segundos para respirar hondo y hacer la temida pregunta. No quería hacerla, pero tenía que saberlo.

–¿Estáis juntos? ¿Sientes algo por él? –Gabi miraba al suelo, temiendo mirar a los ojos de su mujer y leer en ellos algo que no quería.

–No, claro que no, yo... –Pero a Álex no le salían las palabras. Sabía lo que debía decir. No siento nada por ella. Pero al intentar decirlas se dio cuenta de que le costaba pronunciarlas. Y no quería volver a mentir. Mentir requería mucha energía y esfuerzo. Y se sentía un poco más miserable cada vez que mentía. Ya había guardado un secreto durante mucho tiempo y no

había salido nada bueno de aquello—. Yo... la verdad es que no lo sé. —confesó.

Gabi sintió como si le hubieran clavado un puñal en el corazón. No pudo evitarlo, las lágrimas asomaron a sus ojos y se tapó la cara para que Álex no lo viera. O para no verla a ella. No estaba seguro.

—Cariño, lo siento mucho. —Álex se sentó a su lado y fue a abrazarle. Hubiera deseado con todas sus fuerzas no hacerle daño.

—¡No me toques! —gritó Gabi, soltándose de su abrazo—. No me toques —repitió, esta vez en un tono más tranquilo, mientras se levantaba del sofá. Se fue a su habitación sin decir nada y cerró la puerta de un portazo.

El silencio inundaba la casa como nunca hubiera pensado que fuera posible. Ese silencio tan deseado se le hacía ahora insoportable. Ese silencio le chillaba al oído.

Álex se quedó sola en el salón con sus pensamientos, su confusión, su dolor y su culpabilidad. Eran demasiados para aquel espacio tan reducido.

Estaba claro que aquella noche le tocaba dormir en el sofá. De todas formas sentía que era lo que se merecía. Había hecho daño a la persona que había estado a su lado y la había querido durante tanto tiempo... Se odiaba a sí misma, se sentía un ser despreciable, egoísta y repugnante. Le dolía el corazón. Por primera vez pudo comprobar que duele mucho más ser la causante del sufrimiento de otra persona que el tuyo propio. Porque ella llevaba encima, como una losa, el dolor de Gabi y el suyo, así como la culpabilidad. La sentía dentro de su cuerpo, mordisqueándola por doquier y ensañándose con su corazón.

Algo le decía que su vida tal y como la conocía hasta ahora había llegado a su fin; que todo iba a cambiar, que se adentraba en terreno desconocido. Pero por alguna extraña razón no sentía miedo, dolor, sí; desazón, también; culpabilidad, mucha. Pero no miedo.

Fue a la habitación de Daniel. ¡Cómo deseaba verle! Cogió una foto de ambos que había en su estantería y la miró durante largo rato. En ella aparecía sonriente y feliz, con Daniel en brazos cuando tenía unos dos añitos. ¡Le quería tanto! Pensó que mientras le tuviera a él, podría afrontar todo lo demás. Se tumbó en su cama, que olía a él, al que un día fue su bebé, y se quedó dormida aferrada a la foto.

A la mañana siguiente, Gabi amaneció con los ojos hinchados y el semblante serio. Llevaba la tristeza y el dolor reflejados en el rostro.

–Me voy unos días. Necesito pensar en todo esto –dijo. Llevaba su maleta de viaje.

Álex sabía que era inútil detenerle. Además, creía que les iría bien a los dos separarse un tiempo y tomar distancia de todo aquello. Ella también necesitaba pensar.

–Está bien.

–Voy a ir a ver a Daniel a casa de tus padres. Necesito verle.

Álex lo comprendía a la perfección. Ella también tenía muchísimas ganas de abrazar a Daniel. Parecía que hiciera una eternidad que no le veía. ¡Todo era tan distinto de la noche anterior! Ellos eran distintos, sus sentimientos eran distintos, hasta la casa parecía otra. La de un escenario de una película, pero no la suya, hasta entonces acogedora, cálida y amorosa. Aquella era fría e impersonal.

–Le diré que me voy unos días de viaje por trabajo. –Se despidió sin tan siquiera mirarle a la cara.

Álex deseaba abrazarle, tocarle, besarle, pero sabía que él no se lo permitiría.

Vio como Gabi cerraba la puerta de la entrada, y se quedó ahí de pie un buen rato, sin poder moverse, mirando hacia el lugar por donde se había marchado su marido. Su intuición le decía que era algo más que una puerta lo

que se cerraba.

----- 26 -----

Mentiras

Diana estuvo un poco nerviosa esa semana. No tenía ningún cliente nuevo y por tanto, tenía mucho tiempo libre..., demasiado para pensar. Hacia finales de semana decidió que lo mejor era salir de casa y hacer algo para distraerse. ¿Y si iba a buscar a Juan a la salida del trabajo e iban a tomar algo? Era algo especial, porque no solían hacerlo. Y seguro que la doctora Anaya estaría orgullosa de ella. Al fin y al cabo les había pedido que hicieran “pequeños gestos” por el otro. Diana sonrió. Sí, iba a darle una sorpresa a su marido.

Se duchó, se puso un vestido un poco ceñido –no demasiado, a ella no le gustaba enseñar, con sugerir era suficiente–, unas medias muy finas y unos tacones y se cepilló el pelo a conciencia. Se maquilló de forma muy natural, pero resaltando sus grandes ojos y se pintó los labios de un color suave. ¡Lista! Cogió su coche y se dirigió al trabajo de Juan, con suficiente antelación para llegar algo pronto, no fuera a ser que su marido saliera a comer y luego su sorpresa no serviría de nada.

Aparcó en un parking y se dirigió a la puerta del despacho donde trabajaba Juan. Al lado había una pequeña cafetería muy coqueta, podría esperarle ahí tomando algo, desde allí le vería salir y le daría la sorpresa.

Cuando se disponía a entrar, ya con la mano en la puerta, le pareció ver a Juan. Sí, era él, con el traje, la camisa y la corbata que llevaba puestos esa mañana. Estaba conversando con alguien, con una chica. Seguro que sería una reunión informal de trabajo, la chica también iba bastante arreglada. Un momento... Aquella chica le sonaba mucho. Cuando se giró un poco, pudo verle el rostro. ¡Era Christine!

Diana se quedó helada y se echó hacia atrás. Su cabeza iba a mil por hora. Estaba claro que aquello no era una reunión de negocios, porque Christine no tenía ningún negocio, más que el de inmiscuirse en la vida de sus amigas para tratar de hacerles daño. Y parecía que ahora le había tocado a ella. ¿Cómo había encontrado a Juan? ¿Le habría seguido también? ¿Y se las había apañado para entablar amistad con él? Si no la odiara tanto, tendría que reconocer que aquello se le daba bien, sería una buena ayudante. ¿Y qué pretendía? Ni Juan ni ella tenían trapos sucios, al menos eso creía. Estaba segura... O casi. En ese momento no estaba segura de nada.

Muy a su pesar, se quedó allí mirando, no podía apartar los ojos de ellos. Christine coqueteaba con Juan, no cabía duda. Le sonreía sin parar, se atusaba el pelo... Bah, esas tonterías no le interesaban a su marido. En un momento dado de la conversación, Christine se acercó demasiado a Juan, y le susurró algo al oído, mientras apoyaba su mano en la de su marido. ¡Y Juan se rio, sin apartar la mano! Diana sintió como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago; no podía respirar y le dolía el pecho. Ya no aguantó más la visión y se fue corriendo de allí.

De camino al coche, tropezó y cayó al suelo, rasgándose las medias. Ni se percató de que le sangraba la rodilla. Un hombre la ayudó a levantarse.

¿Está usted bien? Sí, sí, balbuceó Diana. E intentó llegar al coche con la poca dignidad que sentía que le quedaba. Ni siquiera se acordó de darle las gracias a ese hombre.

Entró en su coche, y allí lloró sin descanso. Sollozaba como una niña pequeña, no lo podía evitar. Todo su cuerpo se movía en violentas sacudidas, la barbilla le temblaba y las lágrimas le mojaban la cara, sin que ella hiciera nada para evitarlo. Estuvo así un buen rato, hasta que se cansó de llorar. Estaba exhausta. Cuando su cuerpo terminó de llorar encendió el coche y se fue a su casa. Creía que no estaba en condiciones de conducir pero no podía dejar el coche allí.

En cuanto llegó a casa, se lavó la herida –cuando dejó de llorar se dio cuenta de que le dolía la rodilla–, se puso el pijama y se metió en la cama, algo del todo inusual en ella, excepto cuando estaba enferma. Pero en esa ocasión no se sentía con fuerzas para hacer nada. Intentó dormir un rato pero no pudo. Los pensamientos y las imágenes se agolpaban en su mente, implacables, golpeándola con furia. Imágenes de Juan y Christine... Oh, no, era horrible. Su cerebro le mostraba imágenes que ella no quería ni imaginar, pero es como si hubiera cobrado vida propia y ya no lo controlara.

Estuvo así sin moverse, imaginando un *Jardín de las delicias* sexual entre su marido y Christine hasta que oyó la llave en la cerradura. Su corazón le dio un vuelco. No estaba preparada para hablar con Juan. Se quedó en la cama hasta que Juan la encontró allí tumbada.

–¿Estás bien? –le preguntó extrañado. Que su mujer estuviera en cama a aquellas horas no era normal.

–No, creo que estoy enferma. No me encuentro bien. Solo quiero dormir.

–¿Tienes fiebre? –Juan le tocó la frente. El solo contacto de su mano con su frente, un gesto tan mundano, la hizo llorar otra vez–. Voy a ponerte

el termómetro.

Diana no tuvo fuerzas ni para protestar. Levantó el brazo y dejó que Juan le pusiera el termómetro, sin girarse, para que no le viera el rostro lloroso y los ojos hinchados.

–Pues no, no tienes fiebre.

–Debo estar incubando algo.

–¿Quieres una sopa? –le preguntó solícito, su marido.

–No, solo quiero dormir. Será mejor que duermas en la otra habitación, no quiero contagiarte. –Apagó la luz para no darle opción a Juan de contradecirla. No podría soportar tenerlo tan cerca ahora mismo sin desatar un río de lágrimas otra vez.

Amaneció el viernes con unas ojeras que le llegaban hasta los tobillos. Se horrorizó cuando se vio en el espejo. Claro que no era extraño, casi no había pegado ojo en toda la noche. Se lavó bien la cara y a continuación se aplicó su quita–ojeras milagroso de Dior que se vio obligada a comprar en una de esas sesiones gratuitas de maquillaje, y una base para darle color a su pálido rostro. No quería aparecer ante Juan con aquella cara.

Había estado dándole muchas vueltas. No sabía cómo enfrentarse a esa situación. Sentía unas ganas inmensas de contárselo a sus amigas, pero algo la frenaba. Si se lo contaba, tendría que admitir que era cierto y algo en su fuero interno se negaba a ello. No podía creer lo que había visto, aunque lo hubiera visto con sus propios ojos.

¿De verdad le estaba pasando aquello a ella? ¿Era el karma que la estaba castigando por inmiscuirse en la vida de la gente y destapar sus trapos sucios? Ella siempre había creído que era una forma de ayudar a los demás, la gente tenía derecho a saber la verdad..., pero ahora no estaba tan segura. Era más feliz antes de haber visto a su marido flirtear con Christine. Quizás era

cierto aquello de “ojos que no ven, corazón que no siente”... Hasta hoy le había parecido un dicho inventado por los que engañan para justificarse..., hoy más bien creía que el dicho lo crearon los engañados.

Intentó pensar en positivo. ¿Y si no había pasado nada entre ellos? ¿Y si Christine solo estaba intentando arruinarle la vida, igual que había hecho con Álex, pero su marido no había sucumbido a sus encantos?

La única forma de salir de dudas era hablar con Juan. Pero no podía preguntárselo sin más, porque seguro que lo negaría. “¿Cariño, tienes una aventura con otra mujer?” No, no podía planteárselo así. Decidió indagar un poco.

Así que ese mismo día, en cuanto Juan llegó de trabajar y aún a riesgo de arruinar el fin de semana que tenían por delante –y quizás el resto de su vida–, decidió sonsacar a su marido.

–¿Qué tal la semana de trabajo?

–Bien, como siempre.

–¿No ha pasado nada especial?

–No, que yo recuerde –contestó Juan, extrañado por la pregunta de su mujer–. ¿Por qué lo preguntas?

–No sé..., es que te veo más... animado últimamente.

–Intento estar más comunicativo contigo, cariño. ¿No es eso lo que querías?

–Sí, claro, claro–. ¿Qué esperaba? ¿Que le dijera “sí, cielo, he conocido a otra mujer y me he acostado con ella”?

–Lo cierto es que la doctora Anaya tenía razón. Había olvidado lo mucho que me gusta hablar contigo. Ya casi no hablábamos. No como antes.

–Sí, yo también me alegro.

¿Sería capaz de ser tan cínico?

–Entonces, ¿en el trabajo bien? Es que..., ayer llamé a tu oficina por

la tarde para darte una sorpresa y que fuéramos a tomar algo y me dijeron que no estabas.

Le pareció ver que Juan palidecía un poco.

–Es que tuve una reunión de trabajo fuera del despacho.

¡Oh, no!

–Ah, ¿y con quién?

Juan carraspeó.

–Con unos clientes nuevos. No los conoces, cariño. ¿Por qué te interesa tanto? –preguntó, sin levantar la vista del suelo.

–Por nada, por nada. Por hablar de algo. –Diana estaba haciendo un esfuerzo para que su voz sonara normal.

–No hablemos de trabajo, ¿quieres? –Juan se levantó, le dio un rápido beso en los labios y se fue a su sillón–. ¿Quieres salir a pasear? ¿Te encuentras mejor?

–La verdad es que no. Voy a acostarme un rato, si no te importa–. Diana tenía la garganta atenazada por las lágrimas contenidas. Estaba claro que Juan le estaba mintiendo y lo peor era lo que podía haber detrás de la mentira en sí.

–Claro que no, cariño. Acuéstate y te traigo una pastilla. Luego te prepararé algo caliente para comer.

Diana fue a acostarse y ya en su habitación fue presa de la angustia. Un torrente de lágrimas brotó de lo más hondo de su ser. Sentía como si la hubieran partido en dos, como si le hubieran desgarrado las entrañas. ¿Era posible que Juan la estuviera engañando? Cada vez parecía estar más segura, y aunque su cerebro le decía que Juan escondía algo, su corazón se negaba a admitirlo. Estaba en fase de negación.

Pasó un par de horas en la cama, revolviéndose de un lado a otro, mientras en su cabeza martilleaban un montón de preguntas sin responder.

¿Qué hacía Juan con Christine? ¿Tenían una aventura? ¿Cuándo había empezado? ¿Y por qué? ¿Es que no era feliz con ella? ¿Estaban las cosas tan mal y ella no se había dado cuenta? ¿Era por su culpa? ¿Quizás no tenían suficiente sexo? ¿Le haría Christine cosas indecibles en la cama?

Incapaz de soportarlo más, decidió salir de casa. Necesitaba que le diera el aire. Se vistió con lo primero que encontró, se puso sus bambas y le dijo a Juan que Álex la había llamado para que se quedara con Daniel.

–¿Ahora? –preguntó extrañado Juan.

–Sí, es que ella y Gabi han tenido que salir..., por no sé qué tema familiar. Y no quieren llevarse al niño.

–¿Y no se lo puede pedir a otra persona? Tú no estás bien, cariño.

–Me encuentro mejor, no te preocupes. Hasta luego.

Y se fue, sin darle el típico beso de “hasta luego” a su marido.

No sabía a dónde ir. Comenzó a andar, sin rumbo. Sabía que no podía quedarse en su casa o se iba a volver loca, o bien le montaría una escena a Juan y ahora no se sentía con fuerzas para ello. Anduvo durante largo rato. El aire era cálido, pero aún no había entrado el verano, por lo que no hacía aquel calor sofocante que te quemaba la piel nada más salir a la calle. Corría una ligera brisa que Diana agradeció. Levantó la cara al aire, como esperando que la brisa se llevara sus problemas.

Mientras paseaba, cada pareja que veía era como una patada directa a su estómago. Cada persona que sonreía, como un puñetazo en plena cara. ¿Cómo podían ser felices cuando su mundo se derrumbaba?, quería gritarles a todo pulmón.

Comenzó a alejarse de los comercios, del tráfico, del ruido, y sobre todo de las personas. No podía ver a un ser humano feliz más o cogería una catana y comenzaría a cortar cabezas, brazos y piernas, a lo Uma Thurman. Incluso podía oír la banda sonora en su cabeza mientras hacía su particular

escabechina. Y luego iría a ver a Juan y le mataría despacio, con la técnica de los cinco puntos para hacer explotar un corazón. ¡Ta-ta-ta-ta-ta! “Muerto, a la que des tres pasos. No podrás ni ir a despedirte de tu zorra”. Cuando Diana se imaginaba que era la Mamba Negra, su vocabulario se volvía mucho más soez, y por alguna extraña razón se sentía tremendamente poderosa.

Comenzó a subir la cuesta del Tibidabo. El esfuerzo le hacía concentrarse en la respiración y la calmaba un poco. A medio camino, contempló la maravillosa vista de Barcelona, su ciudad, con los picos de la Sagrada Familia asomando, presumidos. Desde allí todo se veía más pequeño, más distante. Respiró hondo varias veces. Tenía que calmarse y tomar una decisión. Si algo no había hecho nunca era rehuir los problemas. Había que afrontarlos de cara. Necesitaba tomar fuerzas para pensar en su siguiente paso.

----- 27 -----

Y el premio A LA PEOR ACTUACION ES PARA...

Óscar estaba haciendo un gran trabajo con el caso de su madre. Había demandado a la empresa por despido improcedente y por atrasos, también les había amenazado con una inspección laboral por todas las horas extra que hacían los trabajadores sin cobrar y por otros comportamientos fuera de la legalidad.

La empresa no había tardado en llamarle para negociar una indemnización superior. Tras mucho presionar, Óscar había conseguido la indemnización máxima para su madre. Le ofrecieron incluso readmitirla, pero ella se negó.

Ahora comenzaba a estar un poco más tranquila, ya no sentía aquel plomo en el pecho que le impedía respirar con normalidad. Aún se sobresaltaba con facilidad, le costaba conciliar el sueño y de vez en cuando notaba como su respiración se aceleraba, y le faltaba el aire. Pero cada vez le sucedía con menos frecuencia. Así que prefirió su indemnización y mirar hacia el futuro. Conseguiría otro trabajo, como había hecho siempre.

La señora Virtudes quedó encantada con Óscar.

–Es muy guapo –le dijo a su hija–. Y encantador. Y muy listo.

–Ya lo sé mamá, pero es mi jefe.

–¿Y?

–¿Cómo que “y”? Que no hay que mezclar el placer con el trabajo. Tú me lo dijiste.

–Ah, ¿sí?

–Sí, mamá.

Fue cuando se lio con el dueño del salón de belleza en el que trabajaba. Cuando se cansó de ella, la despidió sin más. Entonces Noa era joven y ella tenía que mantenerlas a las dos. No tenía tiempo ni dinero para ir a buscar a un abogado ni tonterías de esas. Se limitó a buscar otro trabajo. “Nunca te lées con tu jefe, nena. Solo te traerá problemas. Todos los hombres son unos desgraciados, pero si tienen poder sobre ti, todavía son peores”.

–Oh, bueno, sí, ya me acuerdo. Pero Óscar parece diferente. Parece un buen tío.

–Es un buen tío. Pero sigue siendo mi jefe. Así que no hay más que hablar.

–Está bien cariño. Tú sabrás lo que haces. Pero te vas a quedar sola con tus gatos. –La señora Virtudes había aprendido a no discutir con su hija hace tiempo.

–No tengo gatos, mamá, tengo un perro.

–Es lo mismo –objetó la señora Virtudes, haciendo un gesto con la mano que indicaba que le daba igual un gato, que un perro, que un canario o cualquier otro animal. El caso es que iba a ser el único compañero de vida de su testaruda hija.

Como Óscar se estaba encargando del asunto de su madre, ella podía dedicar su tiempo a preparar el caso de Christine. El día del juicio estaba cerca y ella estaba algo alterada. No le gustaba aquel caso. Demasiada incertidumbre. No tenían testigos que dijeran que aquel matrimonio era un fraude. Sí, estaban la madre de Ángel y Ángela pero eran testigos parciales,

su animadversión por Christine era evidente, y eso les podía hacer perder credibilidad. Ángel testificaría que estaba muy enamorado de su mujer, estaba segura de ello, y lo haría bien porque era la verdad. En cuanto a ella..., dependía de lo buena actriz que fuera y no debía ser mala del todo cuando estaba engañando a Ángel con tanta facilidad.

Diana seguía indagando en su vida anterior, pero era muy lento y costoso, ya que había muy poca información pública, y por tanto lo que necesitaran había que pedirlo a Serbia. No tenían casi nada, a parte de los datos personales de Christine, de sus padres, su dirección, y el nombre de su instituto. Ya sabían que no tenía antecedentes. Había pedido información al Registro Civil, a Tráfico, a Hacienda... aunque, ¿a quién le importaba si tenía multas pendientes o debía dinero a Hacienda?

Aunque Noa tenía una pequeña esperanza... ínfima, de hecho. Iba a necesitar mucha suerte. Y no le gustaba confiar en la suerte. Ella siempre confiaba en el trabajo bien hecho.

Óscar había terminado con el caso de su madre, por lo que decidió ayudarla. Se dio cuenta de que Noa estaba nerviosa y eso le extrañó. No solía ponerse nerviosa. Por eso se dispuso a echarle una mano.

Prepararon juntos los interrogatorios y las conclusiones. Luego fingieron que Noa era Christine y Óscar la interrogaba. A continuación, le tocó el turno a Ángel, y era Noa quien le interrogaba. Era divertido, aunque se salían del guion cada dos por tres.

—¿Ha tenido usted alguna relación seria con anterioridad?

—Pues..., alguna que otra.

—¡No, hombre! —Noa rio—. Tienes que decir que no. Ángel no ha tenido ninguna relación seria antes, según su familia.

—Está bien... No, nunca antes.

–¿Por qué no?

–No lo sé. Quizás porque no había encontrado a la persona adecuada.

–¿Se considera usted atractivo?

–¿Qué? ¡No puedes preguntarle eso!

–¡Claro que sí! Se lo pienso preguntar. Conteste por favor.

–Pues..., no estoy mal, creo.

–Joder, Óscar. No me estás ayudando. Ángel es un cardo.

–¿Pero él sabe que es un cardo?

–Ufff. Así no avanzamos.

–Vale, vale...

–¿Diría que ligaba usted mucho?

–La verdad es que no. –Óscar por fin se puso en el papel.

–¿Por qué cree que no?

–No lo sé. Eso debería preguntárselo a las chicas, ¿no cree?
–contestó, con un guiño.

–Muy buena. Cállate y límitate a responder. ¿Cuánto tiempo compartieron usted y Christine antes de irse a vivir juntos?

–Un fin de semana.

–Un fin de semana... ¿No le parece a usted extraño que alguien se enamore en un fin de semana?

–No. Yo me enamoré la primera vez que la vi. –Óscar miró a Noa de hito en hito.

Noa se frotó la nariz. ¡Joder, la estaba desconcentrando!

–Ehh... ¿qué puede decirme de sus costumbres? ¿Cuál es su película favorita? ¿Cómo se llaman sus padres? ¿Tiene hermanos? ¿A qué se dedica? ¿O a qué le gustaría dedicarse? ¿En qué lado de la cama duerme? ¿Se cepilla los dientes por la noche?

–Eh, eh, frena. No hostigues al testigo. A ver. –Óscar se quedó unos

segundos en silencio, con la mano en la barbilla y una media sonrisa de lado –. Le gusta arreglarse e ir siempre perfecta. Le gustan los tacones altos. Tiene mucho carácter, incluso algunos dirían que tiene mal genio, pero en el fondo posee un gran corazón. Suele decir tacos, aunque eso la hace encantadora. Cuando se pone nerviosa se frota la nariz y frunce el ceño. Su madre es una señora muy especial y divertida, y su padre... Nunca me ha hablado de él. Creo que las abandonó a ella y a su madre cuando ella era pequeña. Es muy lista y preciosa, aunque no sabe lo preciosa que es. Toma el café con poca leche y sin azúcar. Su película preferida es el Diario de Noa, aunque nunca lo reconocerá, y no sé en qué lado de la cama duerme, pero me encantaría averiguarlo.

Noa se dio cuenta de que no había respirado durante todo el discurso de Óscar. Suspiró y tragó saliva para intentar recuperarse. Se sentía vulnerable y no le gustaba nada aquella sensación. ¿A qué venía aquello? No sabía si debía tomarse en serio lo que había dicho Óscar o solo estaba jugando. Si se lo tomaba en serio y era una broma, iba a hacer un gran ridículo y no estaba dispuesta a ello. Óscar no debería hablarle así. No tenía gracia. A su pesar, tenía que reconocer que había acertado en todo. Incluso en lo de la película. ¡Maldita sea!

–Ja, ja, ja. Muy gracioso. Y el premio a la peor actuación es para... Óscar Fernández. Ya hemos terminado. Muchas gracias por su colaboración. Puede marcharse.

–Estamos en mi despacho –contestó Óscar, con fingida seriedad.

Mierda Noa. ¿En qué estás pensando?

Noa salió del despacho de Óscar con toda la dignidad de la que fue capaz, aunque notó que las piernas todavía le temblaban.

----- 28 -----

La CULPA

Estaba resultando muy duro estar sin Gabi; Álex no había estado sola nunca. Se fue de casa de sus padres para ir a vivir con Leo. Cuando todo salió mal y le dejó, comenzó la universidad y poco después conoció a Gabi. Al cabo de poco tiempo se fueron a vivir juntos. Casi toda su vida había estado arropada por alguien, primero por sus padres, más tarde por Gabi..., y prefería no recordar cómo fue la cosa cuándo no se rodeaba de buenas compañías. Pero estaba Daniel. Y ahora era ella la que tenía que cuidar de alguien, además de cuidarse a sí misma.

Eso fue lo que hizo que no se hundiera. Se levantaba, iba a trabajar, salía lo más pronto que sus clases le permitían y pasaba tiempo con Daniel. Para su sorpresa, descubrió que podía pasarlo muy bien con su hijo, cuando

este no se convertía en Chucky, el muñeco diabólico. Y esos episodios cada vez eran más espaciados en el tiempo. Incluso en clase su comportamiento había mejorado.

Álex no era psicóloga, pero comenzaba a sospechar que su hijo no tenía ningún trastorno ni nada parecido, y que lo único que necesitaba era un poco de atención por parte de su madre. El niño pasaba mucho tiempo con Gabi, y Álex creía que eso y el tiempo que ella pudiera darle eran suficientes, pero quizás no fuera así.

Lo más duro fue explicarle dónde estaba su padre. Creyó que era pronto para contarle nada, al fin y al cabo esperaba que Gabi volviera y todo aquello quedara en agua de borrajas, así que le dijo que su padre estaba de viaje, y el niño pareció quedarse conforme. Algunos días le preguntaba: “¿Cuándo volverá papá?”. Y ella respondía: “Pronto, cariño, pronto”. Aunque comenzaba a dudar de que fuera cierto.

Consultaba su móvil cada cinco minutos, para ver si Gabi la había llamado y ella, debido a alguna extraña sordera momentánea, no hubiera oído la llamada; o por si le había enviado algún mensaje y su móvil, en una conspiración tecnológica contra ella, hubiera decidido no sonar; pero nada. El maldito aparato solo le devolvía silencio. Su pantalla permanecía inmóvil.

Le sorprendía que no la hubiera llamado todavía. Sabía que estaba herido, y muy enfadado, pero esperaba que la llamara. Nunca habían estado sin hablarse tanto tiempo. De hecho, casi nunca discutían. De quien sí tenía varias llamadas perdidas era de Nat, pero no se sentía capaz de devolvérselas. ¿Qué iba a decirle? Pero tampoco quería que pensara que era una de esas chicas que solo quería acostarse con ella y si te he visto no me acuerdo. No con Nat. Esa chica le gustaba de verdad. Joder, tenía que reconocer que la echaba de menos y tenía muchas ganas de volverla a ver. Estaba hecha un lío. ¡Debería estar pensando en Gabi y no en Nat!

Lo cierto es que echaba mucho de menos a Gabi. Echaba de menos su rutina diaria. Su desayuno preparado, Gabi con su ropa preparado para ir a correr, los besos fugaces que se daban cada día, esos besos que se dan sin pensar que alguno de ellos puede ser el último, su camaradería, las llamadas rápidas solo para preguntarse qué tal había ido el día, e incluso las de “cariño, ahora no puedo hablar. Te quiero. Adiós”. Ahora mismo cualquier llamada le parecería bien. También podía llamarle ella pero sentía que había perdido ese derecho. Y el derecho a llamarle cariño. O a acariciarle. Sentía que había perdido tantas cosas...

Sin embargo, a pesar del gran vacío que notaba en su interior y de las lágrimas que derramaba alguna noche, cuando Daniel se había dormido, en la soledad de su dormitorio, cada vez se sentía más fuerte. Como si con cada lágrima derramada se cargara de energía, como un protón. Lloraba, se descargaba de energía negativa y se cargaba de energía positiva. A pesar de todo, sentía una extraña serenidad. Estaba descubriendo una fuerza interior en ella que no conocía, lo cual fue una grata sorpresa.

De lo que no podía librarse era de la culpa. Culpa por ser ella la causante de tanto daño, del de Gabi y del suyo propio. Gabi no se lo merecía; siempre la había tratado tan bien... Pero, ¿por qué no la llamaba? ¿Cómo esperaba arreglar su situación si no hablaban? ¿O es que no quería arreglarlo? Entonces se enfadaba.

Y así pasó toda la semana, de la lágrima a la serenidad, de la culpabilidad al enfado, de la locura a la cordura, hasta que Gabi volvió. Así, sin avisar.

El sábado por la noche Álex estaba viendo la televisión, o mejor dicho, haciendo zapping, porque no podía fijar su concentración en nada, cuando oyó un sonido familiar que ya había olvidado, de una llave en la cerradura de la puerta. Por un segundo creyó que le estaban intentando robar,

hasta que comprendió que los ladrones no usarían una llave. Se levantó, su corazón le latía con fuerza. Vaya, la había cogido por sorpresa. No era así como lo había planeado. Es verdad que había intentado imaginar la conversación que tendría con Gabi cientos de veces, aunque nunca la había terminado. Y en su imaginación tampoco estaba en pijama, despeinada, cansada y vulnerable. A pesar de todo se alegró de verle. Se alegró mucho de verle.

Gabi dejó su maleta en la entrada. Álex lo interpretó como una buena señal.

–Hola –dijo ella. No sabía qué más decir.

–Hola.

Tenía cara de cansado. Le habían salido más arrugas, juraría que le había salido alguna cana también; se le veía más mayor. ¿Era posible envejecer en dos semanas? Ahora sabía que sí. A Gabi le había sucedido. Quizás a ella también.

–Esperaba tu llamada.

–No quería hablar contigo.

–Lo entiendo...

–Sigo sin querer hablar contigo. Sigo muy enfadado. –Gabi hizo una pausa–. Tú tampoco me has llamado.

–Pensaba que no tenía derecho a hacerlo.

–Me hubiera gustado.

–Lo siento –murmuró Álex.

–La verdad es que quería que me llamaras, que me pidieras perdón, y que me suplicas que volviera a casa.

Álex decidió pasar por alto la necesidad de Gabi de que ella le suplicara.

–Yo..., creía que necesitabas tu espacio.

–¿Espacio? ¿Espacio? No habría necesitado mi espacio si tú no...

–Gabi estaba enfadado. Respiró hondo, para calmarse. Tomó impulso–. ¿Es del gimnasio?

–¿Quién?

–El tío con el que..., bueno, la verdad es que no quiero saber quién es, lo que quiero es que dejes de verle. Y si es del gimnasio, entonces... entonces..., no sé, pero no puedes verle más.

–¿Me estás diciendo que debería cambiar de trabajo? –Álex intentaba no enfadarse.

–Pues sí, si eso es lo que hace falta para salvar nuestro matrimonio. ¿Es que no lo harías?

–Pues... esa no es la cuestión.

–¿Claro que lo es! ¿Se te ocurre otra cosa? –Gabi gesticulaba con las manos, nervioso.

–No sé, quizás podrías confiar en mí.

–¿Confiar en ti? –Gabi soltó una risa sarcástica–. Me has estado mintiendo durante dieciséis años.

–Yo no te he... –interrumpió Álex.

–No me vengas con cuentos. Ocultar información es lo mismo que mentir. Me has mentido durante mucho tiempo. Y ahora vas y me dices que no sabes si sientes algo por otra persona. ¿Qué esperas que haga? ¿Cómo esperas que confíe en ti? De verdad que me gustaría, pero no puedo.

Después de una pausa, Álex habló.

–No, no es del gimnasio.

–Bien. –Gabi suspiró aliviado–. Entonces, ¿no vas a verle más?

Álex pensó en Nat. Le debía una explicación. Tenía que verla y decirle qué estaba pasando, si es que era capaz de explicárselo, pero debía hacerlo. No quería dejar las cosas así. Podía mentir, decirle a Gabi que no iba

a verla y no hacerle caso. Pero si algo la había llevado hasta la situación en la que se encontraba eran las mentiras. No volvería a hacerlo.

–Tengo que hablar con ella.

–¿Con quién? –preguntó Gabi extrañado.

–Con ella. Con Nat. Con la persona que... que me... bueno, ya sabes.

Gabi la miró atónito. Durante unos segundos no dijo nada. Los ojos parecían querer salirse del rostro y abría y cerraba la boca como un pez, pero no emitía ningún sonido.

–¿Qué? –articuló por fin–. ¿Es una broma? Porque no tiene gracia.

–No es ninguna broma –contestó Álex, muy seria.

–Te has... ¿Te has liado con una de tus amigas?! ¿Con Noa?! –esa chica era capaz de todo, ya le parecía a él un poco suelta.

–¡Dios! ¡No! ¿Te has vuelto loco?

–¿Que si yo me he vuelto loco?! –Gabi comenzó a gritar de nuevo y a agitar los brazos por encima de su cabeza–. ¡Pues sí! ¡Creo que sí! Me he vuelto loco y he ido a parar a una realidad alternativa, en la que mi mujer hace películas porno, me pone los cuernos y se lía con tías. Casi me dan ganas de reírme de lo absurdo que suena todo esto. –Pero su cara no era de risa en absoluto.

Gabi se sentó en el sofá. Hasta entonces había permanecido de pie, lejos de su mujer, dando grandes pasos arriba y abajo del salón, pero ahora sentía la necesidad imperiosa de sentarse. Dejó caer su cabeza entre sus manos y estuvo así un buen rato. Cuando levantó la cabeza se le veía perdido, confuso, abatido.

–Álex, ¿estás teniendo una crisis? ¿Es por lo del niño? No insistiré más, si es lo que quieres. Quizás te he presionado demasiado...

–No estoy teniendo ninguna crisis.

–¿Estás segura? Porque a mí me lo parece. Ya... –Hizo una pausa

–Ya no sé quién eres.

–Soy la misma persona de siempre.

–Sí, eso parece –contestó Gabi, girando la cabeza a un lado y a otro con resignación.

–¿Qué quieres decir? –A Álex no le gustó el tono con el que lo dijo.

–Que... cuando te conocí eras un desastre, ibas de aquí para allá dando tumbos, no sabías lo que querías, salías demasiado, bebías demasiado... ¡Pero habías cambiado! Te calmaste... Teníamos una buena vida, tienes a Daniel, me tienes a mí... Pero vas por ahí liándote con mujeres. ¿Por qué tenías que estropearlo, cuando todo iba bien?

Las palabras de Gabi hirieron en lo más profundo a Álex. Las referencias a su yo del pasado no le gustaron nada. Aunque una vocecita en su interior se preguntaba si Gabi no tendría razón. ¿Estaba boicoteando su vida? ¿Era eso? ¿La Álex del pasado se había apoderado de ella durante unos días, quizás por añoranza?

Álex no sabía qué pensar. Desde que Gabi se fue solo había estado esperando que volviera y sintiéndose culpable. No se había parado a pensar en los motivos de su conducta.

–¿La quieres?

–¿Qué? No, yo... no.

–¿Entonces no la verás más? Yo... Estoy dispuesto a intentarlo de nuevo si me prometes que no vas a verla más. Álex, prométemelo. Tienes que prométermelo. Por mí, por Daniel, por nuestra familia. –La mirada de Gabi era suplicante.

Álex se vio acorralada. Quería conservar a su familia. Y no quería hacerle daño a Daniel, por nada del mundo.

–Te lo prometo.

----- 29 -----

En

SHOCK

El picardías que se había comprado la semana anterior la miraba, burlón, desde la cama, como diciendo: “Sabes que no me vas a usar”. Era un intento burdo y desesperado para recuperar a Juan. La doctora Anaya les había dicho que debían reencontrar la pasión en la cama, imaginar, innovar, soñar. Sin embargo, lo que menos le apetecía ahora mismo era acostarse con Juan. Sus sospechas no la dejaban concentrarse, ni dormir, ni trabajar. Era como una zombi intentando parecer humana, como uno de los personajes de *The walking dead* que se hace pasar por humano, con mucho maquillaje y poca conversación, para que no le descubran.

Juan no era tonto, se había dado cuenta de que algo le pasaba y le

había preguntado, pero ella se había limitado a responder que todavía no se encontraba bien.

–Creo que estoy incubando algo –le dijo, a modo de excusa.

Lo que estaba incubando era un ataque de locura, y como aquello no acabara pronto la tendrían que ingresar en el manicomio de Sant Boi.

Aquel miércoles acudió sola a la reunión con la doctora Anaya. Había mentido a Juan y le había dicho que la doctora había anulado la sesión a última hora por asuntos personales. Tenía que hablar con alguien y no quería hablar con las chicas todavía, así que no se le ocurrió nadie más. Además, ella era una profesional del comportamiento humano, seguro que podía ayudarla a entender.

–¿Y por qué crees que te es infiel? –le preguntó la doctora Anaya, después de que Diana le contara sus sospechas.

–¿Es que no me ha prestado atención a lo que le he contado? El perfume, la ropa, las llamadas... ¡¡Y los vi!! ¡Y luego las mentiras! –Diana estaba tan alterada que se había olvidado de sus exquisitos modales y su tranquilidad habituales.

–Sí, sí, te he escuchado. Me refiero a que, ¿por qué lo primero que has pensado es que tu marido te engaña? ¿No crees que pueda haber otra explicación?

–¿Cuál? Ojalá, pero, analizando los hechos...

–¿Juan te ha dado muestras alguna vez de que no fuera feliz en vuestro matrimonio?

–Lo cierto es que no.

–¿O te ha mentado alguna vez?

–No, al menos que yo sepa, no.

–¿Ha flirteado antes con alguna otra mujer? ¿Dirías que es un mujeriego?

–¿Juan? ¿Mujeriego? –Diana casi rio de lo absurda que le pareció la pregunta—. Desde luego que no.

–Bien, entonces, ¿por qué crees que la persona que tú conoces puede haber cambiado tanto hasta el punto de engañarte, mentirte y tener un lío con otra mujer?

Diana no tenía ni idea. Si la tuviera no estaría allí, ¿no?

–Yo..., no lo sé. Pero sé lo que vi. No estoy loca.

–No digo que lo estés, ni mucho menos. Ni tampoco cuestiono lo que viste. Pero deberías preguntarte por qué has desconfiado de tu marido a la primera de cambio, cuando nunca te ha dado motivos para ello.

–¿Qué quiere decir?

–Quiero decir que a lo mejor tienes miedo. No miedo de que tu marido te engañe, sino un miedo mucho más profundo, a que tu relación no sea lo bastante fuerte, a perderle. Por eso viniste a verme. Y por eso ahora crees que le estás perdiendo, estás aterrorizada y quizá no estés juzgando los hechos de forma objetiva. O quizá sí, pero eso deberás averiguarlo tú misma, pero sin prejuizar, y sin dar rienda suelta a tus miedos. Vas a tener que hablar con Juan y afrontar la situación, sea cual sea.

Diana salió de la consulta más confundida de lo que estaba antes de entrar. ¿Era posible que la doctora Anaya tuviera razón? ¿Tenía tanto miedo de perder a Juan que estaba interpretando mal las cosas? ¿Y qué era aquello de que tenía miedo de que su relación no fuera lo suficientemente fuerte? ¿Si ellos eran “Diana y Juan, juntos a por el pan!”

Aunque tenía que reconocer que en los últimos tiempos sí había tenido miedo. Miedo de que su relación se estuviera enfriando, de que pudieran olvidar lo que sentían el uno por el otro y eso a la larga les pasara factura, miedo de que su relación no fuera tan perfecta como debería...

Sintió un escalofrío. Era cierto. Tenía miedo de perder a Juan, su

Juan. Por eso se había empeñado en que su relación debía ser perfecta, que debían ser comunicativos, estar siempre alegres, apoyarse el uno al otro, no discutir, y ser una de esas empalagosas parejas que salen en las más empalagosas películas románticas que la industria del cine le había metido en la cabeza. Pero ellos no eran perfectos. Nunca lo habían sido. Ellos eran simplemente ellos.

Oh, cielos, ¿y si había presionado tanto a Juan con la terapia que este se había agobiado? ¿Y si le perdía por su obsesión, por su miedo absurdo a perderle? No se lo perdonaría nunca.

Camino a casa decidió serenarse, respiró profundo varias veces, inspirando por la nariz, exhalando por la boca. Un poco más tranquila, se vio con fuerzas para terminar con aquello. Hablaría con Juan, pero antes haría lo que se le daba mejor, reunir pruebas. Las pruebas le dirían si tenía razón o eran meras sospechas. Juzgaría con las pruebas en la mano. Ellas le dirían la verdad.

Nota mental: dejar de ser una histérica paranoica y atenerse a las pruebas.

Volvió aprisa de la consulta, y nada más llegar a casa colgó su chaqueta y su bolso en el colgador de la entrada y fue directa al portátil de Juan. Lo abrió y puso la contraseña. Nunca se habían escondido nada; nunca hasta ahora, claro. Pero si Juan le había mentado, podía volver a hacerlo. No tenía sentido preguntar.

Con el corazón latiéndole más rápido de lo normal y la sensación de ser una colegiala que está a punto de robar un examen –debía ser algo parecido, ella nunca había hecho algo así–, entró en la cuentas de Juan. Ambos compartían una cuenta común, pero cada uno tenía su propia cuenta, donde ingresaban las pagas extra, para sus caprichos. Ese dinero también solían usarlo para irse de vacaciones.

Pensó con tristeza que ese año no iban a ir a ningún sitio de vacaciones. Ni el siguiente. Ni nunca más. Le invadió de nuevo una inmensa tristeza, la sensación de pérdida la envolvió por completo y se le cerró la garganta. *Diana, céntrate. Quizá son todo imaginaciones tuyas.* Ojalá. Por primera vez en su vida esperaba estar equivocada.

Abrió la cuenta personal de Juan con algo de remordimiento, pero se dijo a sí misma que aquella invasión de su intimidad estaba justificada. Nunca había creído en la frase “El fin justifica los medios”. Ahora la comprendía a la perfección; es más, no podía ser más acertada.

Comenzó a mirar los cargos de la cuenta. No había muchos, la verdad. Un jersey de una tienda carísima que se le había antojado a Juan, un cargo de la tienda de deportes donde se había comprado unas zapatillas y unos guantes especiales para ir en bici... Un momento. ¿Qué era aquello? ¿Era un cargo de una joyería? Sí, lo era. Y no era barato, que digamos. Diana palideció. Quiso pensar que podría ser para ella, pero su cumpleaños no era hasta octubre y estaban a mitad de junio.

Tampoco era su santo, y de todas formas nunca celebraban los santos. Notó como la bilis le subía por la tráquea y se instalaba en su garganta. Salió corriendo al baño para vomitar. Unos minutos después se obligó a volver. Siguió mirando la cuenta de Juan, medio mareada, pero no vio nada más que le resultara extraño. Cerró el ordenador de golpe, reprimiendo sus ganas de tirarlo por la ventana y se levantó de un salto.

Comenzó a dar vueltas por el comedor, sin saber cuál debía ser su siguiente paso. Siempre había tenido las cosas muy claras, siempre había sabido cuáles eran sus objetivos, sus metas, a dónde quería llegar y qué debía hacer. Pero todo aquello la estaba superando. Comenzó a respirar con dificultad. Le faltaba el aire. Intentó respirar hondo para calmarse. *Inspira, coge aire por la nariz, expira, suéltalo por la boca.* Se obligó a repetirlo

varias veces hasta que se calmó un poco.

Casi sin pensarlo, como una autómatas, fue al armario de Juan. Comenzó a rebuscar en los bolsillos de sus trajes. Como era de esperar, no encontró nada. ¿Qué esperaba? ¿Una nota de su amante? ¿Manchas de carmín en el cuello de las camisas? *Diana, has visto demasiadas películas.*

Volvió al salón y se dejó caer en el sofá. La cabeza le daba mil vueltas. ¿Cómo habían llegado a aquello? ¡Si hace dos días eran felices! ¿Tan mal lo había hecho para que Juan la engañara? ¿Y tan ciega estaba como para no darse cuenta? Diana, eres patética, se dijo. Tenías un buen marido, una buena persona que te quería, pero no tenías suficiente, querías que fuera perfecto. Y lo has presionado tanto que ha decidido sustituirte por otra, que le ría las gracias, que le diga lo guapo que es –ella ya no se lo decía casi nunca, pensó con tristeza–, y que le haga infinidad de cosas en la cama. ¡Maldita sea! ¿Por qué sería tan mojigata? ¡Malditas monjas! Aunque eran muy buenas ellas, pobrecitas. Pidió perdón por haberlas maldecido, no quería ir derechita al infierno.

Se levantó del sofá otra vez. No podía estar sentada. Pensaba mejor de pie. Caminaba en círculos por el salón mientras pensaba en su siguiente paso. Caminó tanto que dejó sus huellas en la alfombra. Un círculo aplastado. Como su corazón.

La prueba definitiva tendría que estar en el móvil de Juan. ¿Y si esperaba a que se durmiera para registrarlo? Era un poco arriesgado, no podía hacerlo en la habitación, por si Juan se despertaba. Y si salía de la habitación y Juan se despertaba ¿cómo podría explicar que le había cogido el móvil? Entonces cayó en la cuenta. Tenía que clonarle el móvil. Así podría mirarlo a sus anchas. Intentó silenciar a la voz de su cabeza que le decía que aquello no estaba bien. Debo hacerlo, ¿lo entiendes? Debo hacerlo para saber la verdad. Necesito saber la verdad.

Juan llegó a casa a la misma hora que de costumbre. Hoy no habría quedado con su amante, pensó Diana, no sin cierta amargura. Juan vio que su mujer estaba algo lívida.

–Cielo, ¿estás bien? Te veo pálida.

–Estoy..., estoy bien. Solo algo cansada.

–Deberías ir al médico. Hace días que no estás bien. –Juan parecía preocupado.

Diana lo miró a los ojos durante unos segundos, tratando de ver..., no sabía muy bien el qué. La verdad, quizás. Pero quien la miraba era su Juan de siempre, con sus ojos oscuros, serenos y amables de siempre. Ojos que inspiraban confianza. ¡Ja! No iba a caer en su trampa.

–Siéntate mientras preparo algo de cenar –le dijo Juan, mientras se quitó la americana y la corbata, y le dio un suave beso en la frente.

¿En la frente? ¡¿En la frente?! ¿A eso hemos llegado? ¿La veía como a una amiga? Diana se fue al sofá tras un escueto “gracias”.

Cenaron casi en silencio, suerte que la televisión lo amortiguaba, y no se hacía tan evidente. Juan iba comentando las noticias y Diana asentía, o contestaba con monosílabos. Intentaba enlazar alguna frase completa pero le costaba bastante. Prometió a Juan que al día siguiente iría al médico, tras la insistencia de este.

Diana estaba tumbada en su cama a oscuras, con los ojos abiertos, esperando que Juan se durmiera. Por suerte no iba a tener que esperar mucho, Juan tenía mucha facilidad para dormirse. Era casi mágico. Un, dos, tres, duerme. Y ya estaba dormido. Igual que un niño. Los ronquidos, por eso, se parecían más a los de un oso pardo.

Tras escuchar esos sonidos tan familiares, esperó unos minutos, por si acaso, y después cogió su móvil y el de Juan y se fue al baño. Allí se

descargó la aplicación “Clonar teléfono”, de Huawei, y al cabo de unos segundos, *voilà*. Ya tenía el móvil de Juan clonado. Volvió a dejarlo donde estaba, cogió su móvil y se fue al salón. Se tumbó en el sofá y se tapó con una manta.

Abrió su móvil mientras los nervios jugaban a rugby en su estómago. Primero miró las llamadas entrantes. Había unas cuantas, en las últimas dos semanas. Algunos días solo una; otros días, ninguna; los que más, dos o tres. Eran de un número oculto. Claro, cómo no. Miró las llamadas realizadas. A ella, al trabajo, a sus padres. No había ninguna a números extraños.

Diana suspiró, un poco más tranquila. ¿Y si alguien estaba llamando a su marido por equivocación? ¿O para gastarle alguna broma pesada? Estaba claro que fuera quien fuese, Juan no le había llamado. Por último decidió abrir el WhatsApp. Aún tenía la esperanza de no encontrar nada extraño. Luego podría sentirse miserable por haber espiado a Juan, por haber sospechado de él, y se castigaría a sí misma por ser tan mala persona.

Pero mientras pensaba en qué castigo podría ser adecuado para ella, vio un número de teléfono sin identificar, un contacto sin fotografía. Ahora en su estómago alguien practicaba el *kick boxing* con mucho ahínco. Lo abrió con miedo, como si por el mero hecho de abrirlo el teléfono fuera a convertirse en un gran agujero negro, a absorberla, y a trasladarla a otra dimensión. La dimensión de los cornudos. Una dimensión gris, lúgubre y oscura, donde todos caminaban cabizbajos y tristes, arrastrando los pies y lamentándose.

Lo que leyó la dejó helada.

Ya has hecho la reserva en La Florida? 23.50

678901234 *Sí, para el sábado a las 22.00 h.* 23.51

Perfecto! (emoticono del puño con el pulgar hacia arriba) 23.51

678901234 *Lo pasaremos genial!* (emoticonos de cara sonriente tirando besitos.) 23.52

Eso espero. Tengo muchas ganas de que llegue el sábado! 23.53

Los jugadores de su estómago ahora estaban dándole al jockey sobre hielo, disparando a portería –su estómago– sin piedad, y dándose unas palizas de órdago.

Cerró el móvil. Estaba en *shock*. Sus esperanzas se habían ido al traste. Sus sospechas se habían confirmado. Estaba tan aturdida que ni siquiera se apuntó el número de teléfono del desconocido/a, para intentar averiguar de quién era. Aunque creía que ya lo sabía.

Respiró hondo, porque sentía que el aire apenas le llegaba a los pulmones. Lo cierto es que estaba hiperventilando. Cuando se dio cuenta fue corriendo a la cocina a coger una bolsa de plástico y regresó al sofá, se sentó y respiró dentro de la bolsa. Al cabo de cinco minutos comenzó a recuperar la respiración. Después de un par de minutos más, se sintió con fuerzas para encender su móvil, se apuntó el siniestro número de teléfono y apagó su móvil.

No quería volver a la cama. Se tumbó en el sofá y apagó la luz del salón. Pero sus ojos permanecían abiertos como platos y la adrenalina fluía por su cuerpo a placer. No iba a poder pegar ojo, y necesitaba descansar un poco para pensar con claridad qué debía hacer a partir de ahora. Decidió tomarse un tranquilizante. Los tenía solo para emergencias, pero aquello era una emergencia. Tardó más de dos horas en quedarse dormida, a pesar de la química que recorría su organismo, hasta que se rindió a la noche, de puro agotamiento.

¿cuáles son **TUS PLANES DE FUTURO?**

Todos los sábados iban a comer a casa de los padres de Marco. Todos. Sin excepción. A Noa aquello ya le estaba resultando un fastidio, a pesar de que Julia y Antonio le caían muy bien, eran una pareja singular y muy agradable, y la habían acogido muy bien. ¡Pero los veía más que a su propia madre!

Ella no había tenido aquellas comidas familiares cuando era pequeña, porque su padre murió cuando ella tenía nueve años y su madre no se había vuelto a casar. Había tenido muchos novios pero ninguno de ellos había sido una figura paterna para ella. Además, en cuanto la cosa se ponía seria, su madre hacía las maletas y se mudaban.

Así que la familia de Marco le había dado ese calor que a ella le faltaba. Durante las comidas familiares hablaban mucho –y muy alto-, reían, comían y bebían en exceso y todas las semanas parecía Navidad. Al principio a Noa le pareció fantástico, pero ahora se sentía empachada de tanta familia feliz. Por más que te guste el chocolate, si te comes una tableta entera te va a sentar mal.

Además, había una cosa que le resultaba extraña. Llevaban tres meses

saliendo y aún no había ido ni un solo día a casa de Marco. O estaban en su piso, o estaban en casa de los padres de Marco. Ella le había preguntado un par de veces pero él decía que le encantaba el piso de Noa, que era muy acogedor y que su casa era más fría, más masculina y que se estaba mejor allí.

Noa decidió que ya era hora de sacar el agua clara, y durante la comida dijo, como el que no quiere la cosa:

–Por cierto, la casa de Marco es muy bonita. –Marco se giró hacia ella extrañado.

–Sí, ¿verdad? –dijo Julia, halagada–. La decoré yo.

No sabía por qué aquello no la extrañaba.

–A los hombres no les gustan mucho estas cosas, la verdad, y a nosotras se nos dan mejor –continuó la madre de Marco, guiñándole un ojo a Noa–. ¿Verdad que sí, cariño?

–Claro, claro –contestó Noa.

–Y la situación está muy bien –siguió Noa, a ver si conseguía algo de información útil.

–¡Sí! Yo también lo pienso. ¿Dónde va a estar uno mejor que cerca de sus padres? La familia es muy importante. En la vida pasan muchas cosas malas y al final la familia es lo que te queda. ¿Verdad, Antonio de mi *cuore*?

–Sí, la familia... –asintió Antonio.

Casi le parecía estar en medio de la película El Padrino. Pero eso no es lo que más la inquietaba. ¿Cerca? ¿Cómo de cerca?

–¿Y de quién fue la idea? –continuó Noa. Marco la miraba contrariado pero no podía abrir la boca sin delatar que no había llevado a Noa a su casa todavía.

–Oh, pues... de ambos. Marco nos propuso que convirtiéramos la casa de invitados en su casa, ya que casi no se usaba, y en esta casa nos

sobran habitaciones, y a nosotros nos pareció fantástico. Él tiene su independencia pero le tenemos cerca y él nos tiene a nosotros cuando nos necesita. Y con lo caros que son los pisos en Barcelona, *mamma mia*, ¡un loft como el suyo costaría una millonada!

Noa se quedó boquiabierta, pero intentó disimularlo. ¿En la casa de invitados de sus padres? ¡No le extrañaba que Marco no la hubiera llevado a su casa!

–Sí, a veces viene a lavar la ropa, y a comer. Y a nosotros nos encanta tenerlo aquí, ¿verdad Antonio?

–Claro, cariño. –Pero la mirada de su “suegro” le dejó claro que quizás él no estaba tan encantado.

–Vale, *mamma*. –cortó Marco enfurruñado—. ¿Podemos cambiar de tema?

Pero su madre era como una fuerza de la naturaleza, no había nada que pudiera pararla. Solo ella misma, cuando hubiera causado estragos suficientes.

–Oh, cielo, ¡no pasa nada! ¡No es nada malo! Seguro que Noa lo entiende, ¿verdad? ¿Qué hay de malo en que una madre cuide de su hijo? Aquí come mucho mejor que en su casa, seguro, y nos hacemos compañía. Y Nadia puede lavarle y plancharle la ropa. ¿Por qué lo va a hacer él? Así tiene tiempo para sus cosas. Y trabaja tanto... Está todo el día fuera de casa, así que, ¿cómo no voy a ayudarle si puedo? Eh, dímelo, Antonio, ¿por qué no? –Al parecer aquella era una conversación que los padres de Marco habrían tenido más de una vez y estaba claro que no compartían posturas, pero también estaba claro quién había ganado.

–Esto..., *mamma*, nos tenemos que ir. –Marco estaba deseando salir de allí.

–¿Tan pronto, cielo? ¿No os quedáis a tomar café?

–No, hemos quedado. Lo siento. *Arrivederci*.

Marco se levantó tan rápido que casi tira la silla, besó a sus padres y se marcharon de allí casi sin dejar que Noa se despidiera. Se dirigieron a “casa” de Marco.

Marco estaba molesto.

–¿Por qué has hecho eso?

–¿Por qué? Porque te he preguntado varias veces por tu casa y siempre me has dado largas. Me resultaba extraño. Así que se me ocurrió...

–¿Interrogar a mis padres? –le cortó Marco, furioso.

–Bueno, yo no diría que les he interrogado...Vale, quizás sí, pero no sabía qué más hacer.

–Pues podías habérmelo preguntado a *me*. –Marco se señaló el pecho con la mano–. Yo...te lo habría contado *più tarde*.

–Ya. Más adelante, ¿cuándo?

–Pues..., cuando estuviera seguro de que te gusto de verdad. Mira, sé por experiencia que a las chicas no les gusta que viva *accanto ai miei miei genitori*.

“Al lado” era un eufemismo, pensó Noa. Vale, no era la situación perfecta, pero quizás era temporal. Tampoco había que hacer un mundo de aquello. Mucha gente de su edad hoy en día se había visto obligada a vivir en casa de sus padres porque no podían pagarse un piso, o porque habían perdido el trabajo... aunque aquella no era la situación de Marco. Él tenía un buen trabajo, y sus padres tenían dinero. Seguro que podían ayudarle con la entrada de un piso.

–Y... ¿cuáles son tus planes de futuro? –Noa no era la típica chica que le preguntara aquello a sus parejas. Primero, porque no había tenido ocasión, ninguna le había durado tanto, y segundo, porque tampoco quería asustarlos. Pero en aquella ocasión le parecía necesario o se veía viviendo en

la casa de invitados de los padres de Marco, haciendo *tortellini* a mano e intercambiando recetas con su suegra.

–¿*Con te?* –preguntó Marco extrañado y asustado al mismo tiempo–.

Pero..., pero..., ¡si acabamos de conocernos!

Ahí estaba, la cara de pánico.

–No, me refiero en general. Con alguna mujer, yo, o quien sea... te plantearías mudarte, supongo.

Marco la miró extrañado.

–Pues *la verità* es que no. Me gusta vivir aquí. Es una casa fantástica. Y me gusta tener a mi madre *accanto*. Cuando tenga *bambini* será perfecto, ella podrá llevarlos al colegio, y *raccogliarli*, podremos cenar todos juntos, y podrán *aiutare* cuando necesites algo. Nadia podría ir a comprar *pannolini* y a la farmacia, o a cualquier otro sitio que necesitemos...

Noa ya no le estaba escuchando. Se imaginaba a sí misma con tres niños a su alrededor, a Nadia sirviéndoles un desayuno continental con su cofia y su delantal impolutos, mientras se inclinaba y pronunciaba el tan manido “¿Desea algo más la señora?”, mientras Marco leía el periódico y fumaba un puro –ahora no fumaba, pero seguro que terminaba haciéndolo, como su padre–, a su suegra instalada en la butaca leyéndoles cuentos a los niños y preguntando, “¿verdad Antonio que no hay nada como la familia?”, mientras su suegro se rascaba el mentón sentado en su sofá asentía mirando al vacío, “sí cariño, la familia...la familia...”.

Se fue de allí con la cabeza dándole vueltas. Es cierto que era demasiado pronto para plantearse un futuro con Marco, pero sin querer había visto ese futuro y no le había gustado nada. Era una pena, porque Marco le gustaba tanto... Era uno de los chicos más cuerdos con los que había salido, era tan guapo, y la ropa le quedaba tan bien, y en la cama era genial... quizá debería seguir con él y con el tiempo, quién sabe, a lo mejor cambiaba de

opinión sobre lo de vivir con sus padres. Y a lo mejor ni siquiera acababan juntos, así que, ¿por qué no disfrutar mientras tanto?

La respuesta la tuvo dos días después al llegar a casa de su trabajo, tarde y cansada, como siempre. Abrió su buzón y encontró un sobre con su nombre escrito a mano. ¡Qué extraño! Lo abrió y encontró una nota manuscrita de Julia, con una escritura recta y elaborada.

“Querida Noa,

Marco me ha dicho que estás un poco molesta por lo del otro día. Siento que te enteraras así, mi hijo a veces comete errores... Pero no se lo tengas en cuenta. Sé que es pronto pero tengo buenas vibraciones acerca de ti y mi hijo...

No te preocupes, haré todo lo posible para que te sientas cómoda en esa casa. ¡No lo dudes!

Con cariño,

Julia”

Y no dudó en absoluto de que tenía que dejar a Marco enseguida.

----- 31 -----

Infidel

Diana estaba aterrada. Veía señales por todas partes que anunciaban el fin de su matrimonio, eran como luces de neón por todas partes gritándole, atrayéndola hacia ellas, pero no quería verlas, ni escucharlas. Era como esos monitos del WhatsApp con las manos en los ojos, en las orejas, en la boca.

Habría querido contarles a sus amigas lo que le estaba pasando, pero no pudo. Contárselo sería hacerlo real. Pasaría de estar en su cerebro a ser una realidad en todas sus dimensiones. Y eso implicaría que ella tendría que tomar alguna decisión al respecto. Y aún no estaba preparada para ello. Pese a todas las pruebas que señalaban a Juan como infiel, tenía que verlo con sus propios ojos. De lo contrario su cerebro se negaba a asimilarlo.

Por muy duro que fuera, decidió que lo mejor era ir al hotel aquella noche y pillarlo *in fraganti*. ¿Qué excusa inventaría para escaparse con su

amante? ¿O al final se arrepentiría y no iría?

Diana fingió tranquilidad mientras ojeaba una revista sentada en el sofá, aunque lo cierto era que no veía nada de nada, solo miraba a Juan de soslayo, que estaba sentado en el sillón, a su lado. De hecho, si Juan se hubiera fijado en su mujer, se habría dado cuenta que la revista estaba al revés.

Juan se revolvía incómodo en el sillón e iba mirando el reloj. Asió el móvil y envió un wasap, como quien no quiere la cosa. Un par de segundos después, de forma muy conveniente, sonó su teléfono.

–¿Sí?

–¿Qué dices? ¿Cuándo?

–Ostras, qué marrón. Tranquilo, yo te recojo. Quédate ahí.

Diana no sabía si reír o llorar. Aquello era patético, sórdido y muy lamentable.

–Cariño, tengo que irme. Esto... Ramón ha tenido un accidente con el coche, y ha llamado a la asistencia y le han dicho que van a tardar casi una hora, hoy hay mucho tráfico. Ya sabes, sábado, a estas horas... Como está aquí cerca, voy a recogerle y le llevo al hospital.

–¿Y qué pasa con su coche? –Le sorprendía que aún pudiera pensar en los detalles. Sería la fuerza de la costumbre.

–Ya llamaremos luego a la asistencia. Me voy.

Y se fue, no sin primero darle un familiar beso en los labios, el muy...

Diana estaba más furiosa que triste. Sentía la necesidad imperiosa de destapar ya toda aquella farsa, aquel teatrillo, y estaba deseando –y temiendo, a partes iguales– ir a aquel hotel y poner punto final a aquella situación.

Se arregló, sin ganas, como una autómatas. Si iba a ver a Christine, ella tenía que estar preciosa por lo menos. Se puso aquel vestido negro ceñido que siempre le había parecido algo cortito, pero que a Juan le encantaba, con

un cinturón rojo realzándole la cintura, unas medias muy finitas, unas sandalias rojas de plataforma de Zara, de las que estaba perdidamente enamorada, y los pendientes de su boda. Aquellos brillantes que le había regalado Juan, que hacían conjunto con su anillo. Se esmeró alisándose la melena, y se maquilló, como pocas veces hacía. Estaba muy guapa, pensó con tristeza, mirándose en el espejo. Como si alguien fuera a apreciarlo.

Llegó al hotel, aparcó el coche y salió, estupenda y erguida como si fuera la estrella a quien hubieran estado esperando toda la noche. Hasta le extrañó no ver una alfombra roja.

Entró al vestíbulo. Escrutó la recepción, y tras dos segundos dubitativa, se dirigió hacia allí con paso firme. “¿La habitación del señor Carbó, por favor?” Tas la pregunta, cerró los ojos con fuerza, esperando que le dijeran: “No hay ninguna habitación a nombre del señor Carbó”.

—¿Y usted es?

—La señora Carbó —dijo con un tono más cortante del que pretendía.

—Es la 312. Tercera planta. Tenga la llave.

Diana sintió como le temblaban las piernas y casi se desmaya allí mismo. Tuvo que agarrarse fuerte al mostrador.

¿Por qué había tenido que pedir la llave de la habitación de Juan y Christine? Ahora iba a tener que usarla, aunque no estaba segura de ser capaz de soportar lo que pudiera encontrar dentro, y menos si ello incluía a Christine desnuda.

Cuando se disponía a subir a la habitación del pecado, divisó a Juan en el vestíbulo, quien parecía un poco perdido y se quedó desconcertado cuando la vio. Detrás de él iba Christine.

—¡Serás cabrón! —Diana olvidó sus modales, y comenzó a golpear a su marido en el pecho.

Juan parecía un pez fuera del agua. Abría y cerraba la boca, pero de

ella no salía sonido alguno. Cogió la mano de su mujer que le golpeaba con mucha fuerza, para lo pequeña que era.

—¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? ¡Serás cínico! ¡Serás cabrón! ¡Hijo de... Hijo de... Hijo de puta! —La verdad es que soltar tacos sentaba bien. Era como escupir al otro, pero escupirle veneno, claro, ella era una señorita y no iba a escupir a nadie, ni siquiera a su marido infiel.

Juan estaba atónito. Su mujer parecía estar sufriendo un brote psicótico, a juzgar por su lenguaje.

Juan la sujetó con más fuerza.

—¿Quieres calmarte y decirme lo que te pasa?

Diana lo miró a los ojos, con furia. Juan parecía realmente sorprendido. ¿Cómo podía ser tan cínico?

—¡Me pasa que has quedado aquí con tu amante! ¡Eso me pasa!

—¿¿Qué?? ¿¿Con mi qué?? ¡¿Es que te has vuelto loca?!

En ese preciso momento apareció Christine por detrás, y le cogió por la cintura.

—Oh, vamos, cariño. No tiene sentido esconder más lo nuestro. Ella ya lo sabe.

Diana los miró a los dos juntos. No podía creer que aquello fuera cierto. Sabía lo que su retina estaba viendo pero su cerebro no era capaz de procesarlo. Ambos órganos parecían no estar conectados.

—¡Te odio! —gritó, al tiempo que le dio una sonora bofetada y se marchó de allí corriendo.

Juan apoyó su mano derecha donde su mujer acababa de pegarle. Le quemaba y estaba seguro que tenía los cinco dedos de su mujer marcados en la cara, a modo de tatuaje.

Diana estaba muy alterada para conducir, y como chica prudente que

era, cogió un taxi hacia su casa. Ya iría a recoger el coche al día siguiente. En el taxi intentó contener sus lágrimas para no parecer una loca pero no lo consiguió y comenzó a sollozar y a hipar. El pobre taxista no sabía dónde meterse.

–¿Está usted bien, señorita? –Aunque era evidente que no lo estaba.

Diana movió la cabeza arriba y abajo al tiempo que no paraba de sollozar. El taxista, sin decir nada, le tendió un paquete de pañuelos de papel que ella cogió agradecida. Se secó las lágrimas y los mocos, pero seguían saliendo a borbotones.

Vaya, pensó el taxista. Él que no hacía la noche en Barcelona para evitar borrachos y maleantes, y le tocaba una loca histérica que no paraba de moquear en su Mercedes. Definitivamente, ser taxista en Barcelona era una profesión de riesgo.

----- 32 -----

El SILENCIO

Cada vez que salía de casa, veía la mirada angustiada de Gabi. La coletilla “no vuelvas tarde” se convirtió en algo más que habitual, crispando los nervios de Álex que, sin embargo, comprendía aquella angustia y no decía nada. Al fin y al cabo era normal. Ella le había engañado. ¿Cómo iba a volver a confiar en ella? Tendría que ganarse su confianza de nuevo, y no iba a ser tarea fácil.

Ella procuraba no darle razones a Gabi para molestarse. Ni siquiera se atrevía a quedar con las chicas, pues una noche que se lo propuso tuvieron una fuerte discusión.

—¿Vas a salir? —Su voz denotaba rabia contenida.

—Ehhh, sí. Con las chicas.

–Ya. –Los labios de Gabi estaban apretados, en un intento de contener la ira y la desconfianza que, sin embargo, le salían a borbotones.

Álex estaba comenzando a perder la paciencia, que nunca había sido uno de sus fuertes.

–¿Qué significa “ya”? Voy con las chicas.

–Eso me dijiste la última vez. Y mira lo que pasó.

Álex suspiró, intentando calmarse. Al fin y al cabo toda aquella situación era culpa suya.

–Gabi, ya lo hemos hablado... Lo que pasó no volverá a pasar. Fue... un desliz. Y lo siento mucho. Pero no puedo cambiarlo. Ojalá pudiera... Pero tú decidiste volver. Los dos lo decidimos. Intentarlo de nuevo. Pero no puedes encerrarme en casa. Tienes que confiar en mí.

–Es que ahora mismo no confío en ti.

–¿Y qué quieres que haga? ¿Que me quede en casa hasta que confíes en mí?

–Pues quizá sí.

Álex permaneció en silencio unos segundos. Intentaba respirar hondo para no dejar que su enfado saliera a relucir.

–No voy a quedarme en casa para que te sientas más seguro. No es así como funciona.

–¿Ah, no? ¿Y cómo funciona? –Fue Gabi el primero en alzar la voz–. ¿Tú te vas y yo me quedo aquí, pensando que te estás follando a alguna tía? ¿O a algún tío? Porque ya no sé lo que te va... A lo mejor hasta te has follado a algún tío del gimnasio. O a varios. ¿Cómo puedo saberlo?

–Joder Gabi, ¿quién coño te crees que soy? ¿Crees que voy por ahí tirándome a todo lo que se me pone por delante? ¿Eso crees? –Álex

comenzaba a perder los nervios.

—¡Pues no lo sé! ¡No lo sé, joder! ¡Ese es el puto problema!

Gabi estaba fuera de sí. Se levantó de su sillón y se fue hacia su habitación, dando un portazo. Álex nunca le había visto tan furioso. Esa persona rabiosa, desconfiada e insegura no era el Gabi que ella conocía. Pero ella lo había hecho ser así y debía asumir las consecuencias.

Decidió que sería mejor quedarse en casa hasta que los ánimos se calmaran.

Sin embargo los ánimos no se calmaron.

Cada día era peor. Gabi la sometía a un férreo control. No solo le hacía un tercer grado si llegaba cinco minutos tarde del trabajo, sino que cuando creía que ella no le veía, le cogía el móvil y miraba sus mensajes y sus llamadas. Había pasado a molestarle que Álex saliera de casa con la ropa de trabajo. “Demasiado ajustada”. Casi no le dirigía la palabra, y cuando lo hacía, lo único que salía de su boca era monosílabos. Si Álex intentaba entablar una conversación era mucho peor porque luego salía su vena cruel, una cara de su marido que Álex no había visto hasta entonces y que no hubiera querido ver nunca. En cuanto al contacto físico... Bueno, Gabi no había vuelto a tocarla desde aquel día fatídico en el que ella decidió ser sincera. Ni siquiera podía dormir en la misma cama que ella y se había trasladado al sofá.

De vez en cuando pillaba a Gabi mirándola con... ¿asco? ¿Odio? Quizás una combinación de ambas, Álex no sabría decirlo.

Ella intentaba calmar los ánimos, salía de casa con ropa ancha, no hablaba con nadie después del trabajo, terminaba sus clases cinco minutos antes para poder cambiarse y se duchaba en casa. No contestaba los wasaps. Intentaba tener la nevera siempre llena, hacerle sus comidas favoritas, no

hablar mucho para no molestarle, encargarse de Daniel y por supuesto... nada de salidas con las chicas. Y Nat... Nat había dejado de enviarle mensajes.

Pero lo peor era el silencio. Los reproches callados. La ira contenida. El castigo velado de indiferencia. El silencio en la casa se había vuelto denso y pegajoso. Delante de Daniel aparentaban normalidad, pero hasta un niño de cuatro años podía darse cuenta de la tirantez que reinaba en el ambiente.

La situación se estaba tornando insostenible. El aire en casa se volvió prácticamente irrespirable y nada de lo que ella hiciera mejoraba el ambiente.

Tras dos semanas de control policial, malas caras y vacíos, decidió que no aguantaba más y que tenía que hablar con Gabi, intentar arreglarlo de alguna manera.

–Gabi... Tenemos que hablar –le dijo el viernes por la noche.

Había dejado a Daniel a dormir en casa de un amiguito de clase, para tener vía libre.

Gabi levantó una ceja desde su sillón.

–¿Con quién te has liado esta vez?

Álex se dio cuenta de que no se lo iba a poner fácil.

–No me he liado con nadie... Quiero hablar de nosotros, de esto que estás... que está pasando.

–¿Te refieres al hecho de engañarme y ponerme los cuernos? – preguntó Gabi, con fingida inocencia.

–Oh, Gabi, por favor. No pretendo que me lo pongas fácil, pero por lo menos podrías intentar hablar conmigo sin tirarme la caballería por encima. Si no hablamos no vamos a ser capaces de solucionar esto.

Gabi cogió aire y lo dejó ir poco a poco, como si quisiera expulsar

todos sus demonios. Apagó el televisor y se giró despacio hacia Álex.

–¿Solucionar? ¿Tú crees que esto se puede solucionar? ¿Tienes una máquina del tiempo para volver atrás?

–No, claro que no, pero...

–Entonces no sé cómo solucionarlo... De verdad que no... –Gabi se levantó y comenzó a dar vueltas por el salón–. Intento no pensar en ello pero... te imagino con... con... ella y... no puedo. Me cuesta hasta mirarte a la cara.

Ahora entendía por qué cada vez que veían una escena de sexo en alguna película o serie Gabi cambiaba de canal, como le hacían sus padres cuando ella era pequeña y salían dos rombos en la televisión.

A Álex se le atenazó la garganta. Carraspeó.

–Yo... no sé qué decirte. Solo que no va a volver a pasar. Te lo prometo.

–El problema es que tus promesas no valen nada para mí–. Gabi la miró con resignación–. Me gustaría creerte. De verdad... –Gabi estiró la mano, como si fuera a coger la de Álex, que estaba de pie, mirándolo, pero se lo pensó mejor y la retiró–, pero no puedo. No sé cómo hacerlo. –Gabi hablaba con voz ronca y temblorosa–. ¿Crees que no me gustaría borrar todo lo que ha pasado? ¿Crees que me gusta sentirme así? Cada vez que sales por la puerta me vienen un montón de imágenes a la cabeza... Me pregunto dónde estás, con quién estás, qué estarás haciendo... No puedo evitarlo... ¡Y me estoy volviendo loco! –Gabi se tiró del pelo con desesperación.

–¿Puedo hacer algo? –musitó Álex. De verdad que le gustaría poder hacer algo para que Gabi se sintiera mejor.

Él la miró. Esta vez con tristeza y rabia. Sí. Podía leer eso en su

rostro. Tristeza y rabia.

–¿Por qué lo hiciste?

–Yo... –Álex bajó la cabeza–. No pensé... Me dejé llevar... Yo había bebido y...

–¿No irás a poner la excusa del alcohol, verdad? Porque yo cuando bebo no termino en la cama de otra mujer. Ni mucho menos de otro hombre. –otra vez la rabia contenida.

Álex intentaba explicarse, pero sabía que nada de lo que dijera le iba a servir a Gabi, nada iba a hacer que se sintiera mejor.

–No, no quería decir eso... Quiero decir que... lo estaba pasando bien, había bebido y... esa chica... es raro pero cuando estoy con ella me siento... me siento diferente.

Gabi se paró en seco, como si hubiera chocado contra una pared, y la miró.

–¿Diferente cómo?

–No sé... Como si fuera otra persona. Libre, desinhibida...

–¿Y conmigo te sientes atada? ¿Conmigo y con Daniel?

–Oh, no, cariño, no... Yo elegí esto pero...

–¿Es que no eres feliz? ¿Es eso?

Álex lo meditó durante un instante. Quería a su marido. Se sentía cómoda en su matrimonio. Se sentía segura. Se sentía a salvo. Pero no sabría decir si era feliz. No se había parado a pensarlo hasta ahora. Intentó recordar. ¿Cuándo fue la última vez que fue feliz?

La sonrisa de Nat se coló en su pensamiento.

Lo intentó de nuevo.

La voz de Nat le susurró al oído.

¡Maldita sea! Alex, concéntrate.

El olor de Nat la invadió, despertando todos los recuerdos... Sus manos, su lengua, sus caricias...

Joder.

Miró a Gabi sin saber qué decir, con la culpabilidad asomando a sus ojos.

Gabi leyó en sus ojos lo que sus palabras no decían.

–Podemos... ¿podemos arreglarlo? –preguntó, con la voz rota por las lágrimas contenidas que pugnaban por salir.

Álex se dio cuenta de que aquel era un momento determinante. No era así como ella se lo había imaginado. De hecho había estado esperando que Gabi volviera, con la esperanza de que la perdonara y que todo volviera a ser como antes. Sabía que sería difícil, que tendría que luchar pero... se dio cuenta de que no quería hacerlo. Esa era la triste realidad. No quería seguir solo existiendo, quería sentirse viva. Y hacía mucho tiempo que no se sentía así con Gabi.

Negó despacio con la cabeza.

–Creo que no.

Vio la derrota en los ojos de Gabi. Vio cómo una lucecita de esperanza se apagaba, dejando paso al vacío. Gabi no pudo más y rompió a llorar.

–Yo... Yo... te per...dono, te per...dono... pero... no me de...jes...

–Gabi sollozaba como un niño.

Álex lo abrazó. No sabía qué más podía hacer.

–Yo..., yo ..., te quie...ro –continuó sollozando Gabi, abrazándola bien fuerte.

–Y yo... –Álex se dio cuenta de que ella también lloraba.

Permanecieron así, abrazados, durante largo rato, intentando que perdurara aquel instante de intimidad, a sabiendas de que era el último que compartían. Se separaron en silencio, abatidos y desconsolados, notando como algo se rasgaba en su interior.

El juicio FINAL

El día del juicio por fin había llegado. Noa y Óscar llegaron con una hora de antelación a los juzgados. Noa estaba un tanto nerviosa y quería repasar las preguntas que iba a hacerle a Christine.

–Pero si las has repasado cien veces –la tranquilizó Óscar.

–Lo sé, pero...

Óscar le quitó las preguntas de las manos y las dejó a un lado de la mesa. Apoyó su mano en la de Noa.

–Todo va a salir bien, ya lo verás. Eres una excelente abogada y vas a hacerlo genial–. Óscar dejó su mano en la de Noa más tiempo del que se podría considerar conveniente entre dos amigos. Noa se dio cuenta pero le gustó la sensación de calidez y seguridad que transmitía la mano de Óscar, así que ella tampoco movió la suya, hasta que el camarero les trajo los cafés y ya no tenían excusa alguna para seguir tocándose.

–Voy un momento al baño –dijo Noa, levantándose. Óscar se levantó de la silla, como hacían los caballeros con traje y bombín de las películas, cuando una dama se levantaba de la mesa. ¿Pero de dónde había salido aquel tío?

Noa se estaba lavando la cara, para calmar sus nervios, cuando oyó una voz conocida a su espalda.

–¿Qué tal? –preguntó, con falsa amabilidad.

Noa se giró.

–Christine. No deberías estar aquí. No puedo hablar contigo.

–Oh, pero yo sí puedo hablar contigo, *darling* –contestó Christine.

–Me voy. –Noa dio un par de pasos hacia la salida pero Christine bloqueaba la puerta con su cuerpo. No podía salir, a no ser que le clavara sus Louboutin en la cabeza, cosa que se le pasó por la cabeza, pero esos zapatos eran carísimos y no pensaba estropearlos. Tendría que esperar a ver qué tenía que decir la bruja.

–¿Qué quieres? –Noa fue directa al grano–. Les has jodido la vida a mis amigas –Noa sabía lo que le había hecho a Diana–, pero a mí no puedes hacerme nada. No tengo marido, ni novio que puedas quitarme, ni hay nada con lo que puedas hacerme chantaje, así que piérdete de mi vista.

–¿Estás segura de que no puedo hacerte daño? –Hizo una pausa melodramática–. Siento tanto que echaran a tu madre del trabajo... *What a pity...*

Noa estaba atónita. ¿Fue ella quien hizo que la echaran? ¿Era posible? Pensó en lo que le había contado su madre. ¡Así que la clienta estúpida era ella!

–¡Serás zorra! –Noa se abalanzó sobre Christine con la intención de darle una paliza, pero en el último momento se contuvo. Eso es lo que ella quería. Si lo hiciera la destituirían del caso, y además estaba segura que

Christine la denunciaría ante el colegio de abogados. Podría perderlo todo.

Noa se obligó a respirar hondo y a contar hasta diez. Tenía los puños apretados.

–Muy bien, a mí también me has jodido. ¿Ya estás contenta? ¿Qué más piensas hacer? Porque el juicio es hoy. Y pronto habrá sentencia, y ya no podrás hacer nada. Tendrás que largarte a amargarles la vida a otras personas.

–¿Te crees muy buena, no? Con tu ropa cara, tus zapatos caros, tu bolso caro...

–¿No te sabes ningún otro adjetivo?

–¡*Bitch!* –escupió Christine con desprecio.

–Oh, sí, muy original. –Se burló Noa.

Christine hizo caso omiso del comentario.

–¿Crees que no sé nada de ti? Tú eras como yo. No tenías nada. *Nothing*. Tú y tu madre casi no teníais dinero. Sé lo que es eso. Sé lo que es no tener nada y no tener amigos, *because* tienes vergüenza que ellos puedan invitarte a sus *partys*, porque tú no vas a poder tener nunca una fiesta. Porque no tienes ropa *cool*. Ni el último casete de moda. Porque tu casa te da vergüenza. Porque eres pobre. Tú deberías entenderme...

–Oh, no, no te compares conmigo. –Noa negó con la cabeza con vehemencia–. Todo lo que tengo ahora me lo he ganado trabajando duro, no como tú, engañando y robando a gente inocente, y jugando con sus sentimientos.

–¿Trabajando duro? Oh, claro, debías de tener algún trabajo *at night*... Y por el día ibas a la universidad. Sí, *very hard*. –Hizo una mueca de desprecio–. Yo no pude ir a la universidad. Después de la guerra no había *money*. Por eso he venido aquí.

–Sí, y tú tienes la oportunidad de ser otra persona. De estudiar, de trabajar, de empezar de cero. Pero has preferido el camino fácil y rápido. Tú

solo quieres dinero, y te da igual cómo. Y haces daño a gente inocente.

–Mira quién habla. He visto a tus novios. No parecían muy pobres. Sí, el italiano ese, *so handsome!* Me parece que era rico, ¿no? ¿Y *what about* ese que viene hoy contigo?

–¿Óscar? Es mi jefe.

–Ya. Pues he visto cómo os miráis. Me parece que él quiere *something more...* y que a ti también te gusta. Cómo no te va a gustar, con ese cuerpo, y esos trajes...

–¿Qué estás diciendo? ¡Yo no escojo a los hombres por su dinero!

–¡Claro que sí! Vamos, no engañes *to yourself*. Creía que eras más lista.

–Esta conversación se ha terminado. Aparta. –Noa se plantó delante de la puerta, a dos centímetros de Christine. Esta era más robusta pero Noa era más alta, con sus tacones de quince centímetros—. Aparta. No te lo repetiré una tercera vez.

Christine se apartó. Noa salió de ese lavabo y respiró hondo. Ahí dentro le faltaba el aire. Antes de que se cerrara la puerta, oyó a Christine gritar a sus espaldas: “¡Eres igual que yo!”

Noa ofrecía muy mal aspecto cuando volvió a la mesa.

–¿Estás bien? –preguntó Óscar preocupado. ¿Ha pasado algo?

–Nada, no te preocupes. Los nervios, nada más.

La cabeza de Noa le daba vueltas sin poder evitarlo. ¿Tenía razón Christine? ¿Escogía ella a los chicos por dinero? Bueno, estaba claro que a Pierre no. A él lo escogió por otras razones. Pero, ¿y los demás? Pensó en ello. Era cierto que todos tenían un buen trabajo, y un buen sueldo. Eso no era tan raro, ¿no? Era el círculo en el que ella se movía.

Aunque no había sido siempre así. Se enamoró mucho de un tal Bernat en la universidad. Eran uña y carne. Siempre que no estaba con las

chicas estaba con él. Hicieron planes de futuro, se casarían, tendrían dos niños... pero entonces Bernat dejó la universidad. Aquello no era lo suyo, dijo. Él escribía canciones en sus ratos libres y tenía un grupo de rock. A Noa le encantaba que su novio fuera un futuro abogado roquero muy sexy. Pero... ya no le gustó tanto que fuera solo un roquero sexy. ¿De qué iban a vivir? Y ella no podía estar de aquí para allá con las giras —si es que tenía la suerte de poder hacer giras—. No, no quería eso nunca más. Quería estabilidad. Así que lo dejó.

Se estremeció al recordarlo. Ya casi lo había olvidado. ¿Y si Christine tenía razón sobre ella? La odió por decirle aquellas cosas, y aún la odió más porque quizás, en lo más hondo de su ser, tenía que reconocer que quizás tuviera razón.

Debía dejar de pensar en todo aquello. Esa era la ocasión que habían estado esperando. Tenía que hacer bien su trabajo y convencer al juez de que Christine se había casado con Ángel por su fortuna, y que no le amaba. Y tenían que perderla de vista para siempre. Había causado demasiado daño a sus amigas y a su familia. No tendría piedad.

Noa fue dura e implacable con Christine, incluso más de lo que había ensayado. Estaba muy furiosa y quería destruirla. Aunque Christine era muy lista, y lo hizo muy bien. Casi consiguió engañarla a ella. Si bien Noa percibió dudas en la jueza cuando contó que tras el primer fin de semana, se habían enamorado y al poco, se habían ido a vivir juntos. El hecho de que la familia de Ángel tuviera mucho dinero tampoco ayudó a la causa de Christine. Esta contestó de forma correcta a todas las preguntas sobre la familia de Ángel. Era evidente que se había estudiado su papel a la perfección.

Ángel, como era de esperar, resultó creíble ya que el pobre estaba

enamorado hasta las trancas, aunque no pudo contestar a varias preguntas sobre la familia de Christine. Al parecer ella le había hablado lo justo sobre su familia. También le resultó extraño que no hubieran invitado a la boda a la familia de ella, o que ni siquiera les hubieran comunicado que se casaban. Ante la pregunta de quién fue la idea de casarse tan pronto, Ángel titubeó. “Fue de Christine..., bueno, de los dos”.

Los dos testigos de la boda eran amigos de Ángel. Los dos dijeron que Ángel estaba enamorado de Christine. Pero no pudieron ser tan contundentes cuando les preguntó si creían que ella sentía lo mismo. Se excusaron con que casi no la conocían.

Ángela se despachó a gusto sobre su cuñada. Dijo que era una interesada, una cazafortunas y algunas lindezas más que la jueza tuvo que cortar. También contó que le gustaba mucho salir de noche sin su hermano, y que iba con toda clase de compañías. Que creía que le gustaba “todo”, dijo. Pero no tenía pruebas de la infidelidad de Christine, tuvo que reconocer, muy a su pesar.

Noa no quiso que Álex fuera a testificar sobre su beso con Christine, ya había sufrido demasiado, quería mantenerla alejada de todo. Además, no tenía ninguna prueba. Sería solo su palabra contra la de Christine. Tampoco hizo testificar a la madre de Ángel porque habría resultado demasiado violento, tanto para la madre como para el hijo.

Pero se guardaba un as en la manga.

–Señoría, el siguiente testigo es Andrej Mailovic, el exmarido de Christine.

–¡¿Qué?! ¿Cómo coño lo habéis encontrado? ¡*Fuck you!*

–¡Silencio! –La amonestó la jueza.

Diana se lo había contado a Noa, y esta había movido todos los hilos posibles hasta dar con el exmarido de Christine. Había puesto incluso un

anuncio en los principales periódicos de Belgrado, a través de un despacho de abogados de allí, para contactar con él. Cuando lo encontraron, su bufete no había reparado en gastos y le había pagado el billete a España.

Christine fulminó a Noa con la mirada. No creía que fueran a tomarse tantas molestias. ¿Cómo iban a encontrarlo, en Belgrado? Pero lo habían encontrado. ¿Qué narices les pasaba a aquellas chicas? ¿Por qué no podían dejarla en paz?

–¿Puede decirnos su nombre, y qué relación le une con la demandada?

–Soy Andrej Mailovic y soy *exmaurido* de Christine –dijo, con un español con acento americano. Natural de Belgrado, su familia era adinerada, y le habían procurado una buena educación, en una de las mejores universidades de Estados Unidos, donde había aprendido español.

–¿Cuánto duró su matrimonio?

–Unos dos años.

–¿Y por qué se rompió?

–Porque mi familia me cerró el... cómo se *dise*? Ya no más *dinerou* si no trabajaba.

–¿Le cerraron el grifo? ¿Le dejaron sin dinero?

–Eso, el *grifou*. Éramos jóvenes y nos casamos, y todo iba bien. Mis padres nos pagaban un *pisou*, nosotros no trabajábamos, muchas fiestas, muchas compras, pero se cansaron y cuando se acabó el *dinerou*, ella se fue.

A continuación Christine y Andrej intercambiaron una sarta de lo que parecían ser insultos en serbio, que hasta a la jueza le costó cortar. La pobre nunca había usado tanto su mazo.

Noa ya no podía hacer más.

Cuando la jueza estaba a punto de declarar el juicio visto para sentencia, apareció Diana, con dos señoras desconocidas, una de unos

cincuenta y tantos años, con la piel arrugada, castigada, y con ropa muy sencilla. La otra más joven, con un traje chaqueta y un maletín.

–Un momento señoría. Tengo algo importante que decir en este caso.

–Irrumpió Diana.

–¿Quién es usted? –preguntó extrañado y algo enfadado la jueza–. Este juicio ya ha terminado.

–Soy Diana Planas. La investigadora que contrataron las demandantes.

–Bien, su informe está en los autos y no ha sido impugnado. ¿Qué hace usted aquí y quiénes son estas personas?

–Señoría, es la madre de Christine, solo habla serbio, y ella es la traductora.

–¿Es una broma? –preguntó Christine. ¡Esta señora no es mi madre!

–Señoría, puedo acercarme al estrado con los documentos de identidad de la señora Jovanovic?

–Esto es muy poco habitual, señora Planas. ¿Cuál es el papel aquí de la señora Jovanovic?

–Testificará sobre su hija, señoría. Su hija le confesó que solo perseguía el dinero de Ángel.

Christine echaba chispas por la boca

–¡Está mintiendo, señoría! ¡Esa señora no es mi madre! ¡No sé quién coño es!

–Modere su lenguaje, por favor –le recriminó la jueza.

–Pero...–protestó Christine.

–¡Silencio! –ordenó la jueza, dando un golpe con el mazo en su mesa.

Vaya, Noa estaba extrañada pero tenía que reconocer que nunca se lo había pasado tan bien en un juicio. Óscar la interrogó con la mirada, pero ella negó con la cabeza. No sabía nada de todo aquello.

Diana se acercó al estrado con los documentos de identidad de la madre de Christine.

Tras analizarlos, la jueza dijo que permitiría que la señora Jovanovic testificara.

—¿Está de coña?! —preguntó Christine.

—¡Silencio, o la acuso de desacato!

Noa sintió ganas de pedir unas palomitas. Aquello era mejor que cualquier película que hubiera visto en su vida.

La madre de Christine contó que su hija la había llamado hacía unos meses, y que le había dicho que había conocido a alguien. Que tenía dinero, y que era buena persona, y que iba a salir con él. Que iba a darle la estabilidad que ella quería y la posibilidad de vivir en España. Su madre le preguntó si estaba enamorada y ella le dijo que no, pero que eso no importaba. Y que un par de meses después la llamó para contarle que iba a casarse con Ángel. Su madre se enfadó y le dijo que aquello no estaba bien. Desde entonces no habían vuelto a hablar.

—Bien, ya tengo toda la información que necesitaba. Pueden irse. Este caso queda visto para sentencia.

—Señoría, ¡todo esto es mentira! ¡Es una farsa! ¡Esta señora no es mi madre, se lo juro!

—¡Cállese! ¡Ya he tenido bastante! ¡Alguacil! ¡Llévesela!

—¡No por favor! Está bien, está bien —dijo Christine, llorando al ver acercarse al alguacil. No iba a permitir que la sacaran de allí arrastras, como a una vulgar delincuente—. Ya me voy.

Ángel estaba destrozado después de las declaraciones de la madre de Christine. Se puso a llorar como un niño y a gritarle: “¡Yo te quería, ¿sabes?! ¡Te quería!”

La madre y la hermana de Ángel lo sujetaban del hombro, cada una

por un lado, y lo acompañaron fuera de la sala. Él iba cabizbajo y sollozando sin parar. “Yo la quería, mamá...”.

Aquello parecía una telenovela.

Salieron todos de la sala. Noa se llevó a Diana aparte.

–¿De qué coño iba todo esto? ¿Y de dónde has sacado a la madre de Christine? ¿Por qué no me has avisado?

–Porque no sabía si estarías de acuerdo...

–¿Cómo no iba a estar de acuerdo?

–Porque... esa señora es tan madre de Christine como podría serlo tuya.

–¡¿Qué?!

Diana le hizo una señal para que hablara más bajo.

–¿Te has vuelto loca? –susurró Noa.

–Pues sí. Me volví loca cuando esa... zorrupia se ligó a mi marido y me convirtió en una cornuda. Y le hizo chantaje a Álex. Y ahora ella se va a divorciar. Y yo... –No quiso ni pensar en sus posibilidades, en ese momento. Se ocuparía de su marido más tarde–. Es peor que el diablo. ¡Menos mal que a ti no te ha hecho nada!

Noa obvió contarle lo de su madre. No hacía falta, ahora que ya no iban a ver más a Christine, por lo que parecía.

–¡Pero cielo! Eso que has hecho es...es...

–¿Inmoral? ¿Illegal?

–Pues sí, pero... ¡Es la hostia! ¡Aún no me lo creo! Estoy tan alucinada que no sé si enfadarme o no...

–A que sí –dijo Diana, sonriendo orgullosa–. Nunca había disfrutado tanto en mi vida contando una mentira. Pero no podía dejar que esa arpía se saliera con la suya. –El vocabulario de Diana se había ampliado en los últimos días, sobre todo cuando hablaba de Christine.

–¿De dónde narices la has sacado?

–Oh, Google, ese maravilloso mundo donde encuentras de todo, hasta una persona que hable serbio y que esté dispuesta a mentir por unos euros.

–¿Y la traductora? ¿También está metida en el ajo?

–No, ella es una traductora de verdad. Tenía su teléfono de algún caso anterior.

–¿Y los documentos falsos?

–Bueno, esos me han costado un dineral..., pero ha valido la pena.

–Diana sonrió contenta. *Nofingerprints* había hecho un buen trabajo.

Noa estaba sorprendida por la actuación y el temple de su amiga. Debería estar muy enfadada con ella, porque si eso llegara a saberse podrían dejarla sin licencia durante un tiempo, pero no podía por menos que alabar la iniciativa de Diana. Aún no terminaba de creerse lo que había pasado en la sala. Lástima que no pudiera contárselo a nadie.

–Oye, esto no puede saberse o puedo tener muchos problemas en el colegio de abogados.

–Lo sé. Por eso decidí dejarte fuera. Tú no sabías nada. ¿Entendido? Yo también puedo perder mi licencia, así que esto será nuestro pequeño secreto. Oye... Lo siento. De verdad que no quería meterte en problemas. Pero es que estaba tan furiosa...

–Aún no me creo lo que has hecho. –Noa cogió del cuello a su amiga del alma–. ¡Tienes golpes escondidos, mi pequeño *padawan*!

–Eso parece. Uno no sabe de lo que es capaz hasta que le tocan lo más sagrado.

–Hablando de eso... ¿Has hablado con Juan?

–No. Lo he estado evitando todos estos días. Él no ha parado de llamarme y de dejarme mensajes en el contestador y en WhatsApp. Pero hablaré con él, y con mucho gusto le diré que su furcia va a desaparecer para

siempre. Por cierto, ¿quién es ese hombretón? –preguntó Diana señalando a Óscar. ¿Es tu jefe?

–Sí –contestó Noa.

–Fiuuuu –silbó Diana. ¿Y os habéis...?

–¿Qué? No, ¡es mi jefe!

–Ya, ¿y qué?

Diana estaba muy cambiada, ciertamente.

Volver A CASA

Diana llevaba toda la semana viviendo de forma provisional en casa de Noa. Agradecía que su amiga la hubiera acogido, aunque aquel desorden la ponía nerviosa. Noa no le había dejado ordenar nada. Luego no encuentro las cosas, se había quejado.

Juan no había parado de llamarla durante toda la semana, pero ella no le había contestado. También le envió decenas de wasaps diciendo que tenían que hablar, que él no había hecho nada y que la quería. ¡Será caradura!, pensó Diana, furiosa.

Cada vez que veía una llamada suya o un mensaje, era como una punzada en el corazón. ¡Le echaba tanto de menos! Lo cierto es que quería hablar con él. Necesitaba hablar con él y comprender qué había pasado, pero Noa no le dejaba. Decía que primero tenía que hacerle sufrir un poco. También dijo que si le veía le partiría la cabeza con un bate de béisbol a ese cabrón infiel, y por la cara con la que lo decía, era muy capaz de hacerlo.

Noa se fue a trabajar y dejó a Diana sola con sus pensamientos, su vacío y su tristeza. Al instante llamaron a la puerta. Diana abrió, creyendo que era Noa que había olvidado algo, pero se quedó inmóvil cuando vio que era Juan, con un enorme y precioso ramo de lirios.

–Son tus favoritos –dijo Juan.

Como si ella no lo supiera.

–¿Puedo pasar?

Diana no dijo nada, pero abrió la puerta del todo y se echó a un lado. Juan entró.

–Voy a poner esto en agua.

Quizás era mejor así, así evitaba que ella se lo estampara en la cabeza.

–Cariño...

–No me llames así –interrumpió Diana.

Pudo ver a tristeza y la decepción en los ojos de Juan. Este se quitó la chaqueta e iba a colgarla, pero no encontró dónde.

–Déjala ahí. –Diana hizo un gesto señalando el sofá.

Juan tiró la chaqueta en el sofá. Vaya, aquello era muy diferente de su casa. Le extrañaba que su mujer no hubiera puesto un poco de orden. Después de todo quizá sí estaba teniendo un brote.

–Diana, lo que viste aquel día no es lo que tú te imaginas.

–¿De verdad? ¿De verdad vas a soltarme ese tópico? Al menos esperaba un poco más de imaginación por tu parte. Me merezco algo más.

–¡Pero es cierto! ¡Esa mujer está loca! Me dijo que se llamaba Sara, que era amiga vuestra de la universidad, de Erasmus, que había vuelto a España e iba a daros una fiesta sorpresa el sábado. Por eso reservé la habitación, para ti y para mí, para después de la fiesta.

–¿Y por qué íbamos a ir tú y yo a una habitación de hotel? –Diana se mantenía a una distancia prudencial de su marido. Todavía no confiaba en él.

–Para celebrar nuestro aniversario. ¿Es que no te acuerdas?

Diana se quedó muda, intentando pensar si aquello era cierto o no. ¿A qué día estaban? Debido a los últimos acontecimientos no había prestado mucha atención al calendario, la verdad, se estaba volviendo un poco loca. Su cerebro estaba algo confuso y aturdido, y funcionaba muy despacio. Miró a su alrededor buscando un calendario, pero Noa no tenía ninguno a la vista. Consultó su móvil. ¡Vaya! ¡Si estaban a día 9 de julio! ¡Entonces el sábado anterior –el día D, como ella lo llamaba– era la víspera de su aniversario! ¿Cómo se le había podido pasar? ¿Y cómo es que Juan se había acordado? Siempre era ella quien debía recordarle las fechas de aniversarios, cumpleaños, revisiones médicas y demás citas importantes.

–Ya, ¿y por qué estaba la habitación reservada a su nombre?

–¡Porque la reservó ella! Ella se encargó de preparar la supuesta fiesta, y le pedí que reservara la habitación. Pero cuando llegué, no había fiesta ni nada. Mira, no sé por qué ha hecho todo esto, ni quién es en realidad, pero todo esto es cosa suya. Cuando te fuiste, me dijo “me lo has puesto difícil, ¿eh?” y se fue. Después de que tú me pegaras. –A pesar de sus palabras, su rostro no emitía reproche alguno, solo tristeza.

Diana dudó. ¿Era posible que su marido estuviera diciendo la verdad? Por lo poco que sabía de Christine, después de lo de Álex, era capaz de haberlo orquestado todo: las llamadas, el intento de seducir a su marido, el hacerle creer que estaban juntos... Sí, tenía sentido.

–Juan, esa chica no es nuestra amiga. Al contrario. Ha estado haciendo chantaje a Álex y ha estado intentando ligar contigo, y estoy segura de que era ella la de las llamadas. Yo..., cogí tu teléfono un día y oí su voz preguntando por ti. ¡Ha intentado hacerme creer que me engañabas!

–¿Y tú la has creído? –preguntó Juan, sorprendido.

–Yo... Al principio no podía creerlo, pero eran muchas señales... Las

llamadas perdidas, tu cambio en el vestir, en arreglarte más, estabas más hablador y más contento...

—¡Lo hice por ti! —exclamó Juan—. ¿No era eso lo que querías? ¿No era eso de lo que te quejabas en las sesiones? ¿Que no te prestaba suficiente atención? ¿Que parecía que ya no me esforzaba? Pues estaba esforzándome, y la verdad, me sentía mejor. ¡Sentía que estábamos más cerca! Quizá era cierto que habíamos perdido algo de comunicación, pero de ahí a pensar que tengo una amante... —Juan estaba dolido.

—Lo sé, lo sé. Pero es que... Os vi, cogidos de la mano...

—¿Qué? Yo nunca le he cogido la mano a esa mujer.

—Vine un día a verte al trabajo, y estabais en la cafetería, y ella tenía su mano apoyada en la tuya...

Juan se quedó dubitativo unos instantes.

—Sí, recuerdo que esa mujer me tocaba mucho, la verdad, pero como me dijo que era amiga tuya... No quería ser maleducado... —Juan se quedó en silencio, analizando la situación—. Si yo te hubiera visto así con otro hombre... Me habría vuelto loco también. —Juan se acercó un poco más a su mujer, y le mesó el pelo, colocándoselo detrás de la oreja.

—¿Me estás llamando loca? —Diana fingió ofenderse.

—Bueno, un poquito sí. ¡Me pegaste! Y me dijiste un montón de palabras horribles. Madre mía, ¡qué vocabulario! La verdad es que me gustó esa Diana apasionada y furiosa que no conocía. Me pone cachondo —susurró Juan, agarrando a su mujer de la cintura y atrayéndola hacia él.

Diana notó cómo se le aceleraba el corazón. Había pensado que ya no volvería a tener a su marido así de cerca nunca más. El pequeño Juan se despertó, ante el contacto cercano con su mujer. Diana notó la presión en su cuerpo y como un imán, el suyo reaccionó a tal contacto. ¡Lo había echado tanto de menos! Reconocía aquel contacto como algo familiar, conocido y a

la vez nuevo y vibrante.

Juan la asió de la nuca, la acercó hacia él con impaciencia, y la besó en los labios, con furia, con pasión, con vehemencia. A Diana la pilló por sorpresa, era algo muy distinto a los rápidos y castos besos en los labios que se daban casi sin darse cuenta, pero su boca se abrió para él y lo buscó con impaciencia, con deseo contenido.

–Cariño, ¿te deseo tanto! Aquí y ahora.

La parte racional de Diana pensó por unos segundos dónde estaban; cielos, estaban en casa de Noa, ¿de verdad iban a hacerlo allí? Pero no tuvo tiempo de pensar en nada más porque Juan la estaba desnudando con avidez, y ella no pudo evitar hacer lo mismo. Ella subió los brazos para que Juan pudiera quitarle la camiseta de estar por casa que llevaba, dejando sus pechos al descubierto. Ella le desabrochó el cinturón con manos torpes, por la prisa, mientras se besaban como dos adolescentes. Juan comenzó a besarla en el cuello, en el hueco de la clavícula, el pecho... Ella notaba su erección apretando contra su cuerpo, queriendo ser liberada. Diana no recordaba la última vez que había estado tan excitada, y dejó de pensar. Arrastró a Juan a la habitación de invitados y cerró la puerta con el pie, porque tenía las manos ocupadas acariciando a su marido y liberándole de su prisión de tela. ¿Cómo habían podido olvidar aquello? ¿En qué momento se habían aburrido del sexo?

–Me compré un picardías para ti –le susurró Diana al oído.

–Mmmm... Quizás otro día. Hoy quiero verte. –Y Juan encendió la luz que Diana acababa de apagar.

–No –protestó Diana, avergonzada. Ya no tenía veinte años. Tenía la piel algo flácida. Y celulitis.

–Sí –contestó firme Juan–. Eres preciosa. Déjame verte.

Y Diana le dejó. Juan la escrutó de arriba abajo, con la mirada

encendida. La vergüenza inicial de Diana se esfumó con esa mirada, transformándose en lascivia. Se sentía bella, imponente, poderosa. Estaba con su hombre, ella era una Diosa del Olimpo y él su humilde siervo.

Juan comenzó a recorrer el cuerpo de Diana con sus besos, lentos y suaves; bajó desde el centro de su pecho por la barriga, el ombligo, la cadera, el interior de sus codos, y otra vez arriba por su brazo, hasta llegar al hombro, y de nuevo al cuello, a la oreja, y a sus labios, acelerando el ritmo y la intensidad, mientras su mano izquierda ascendía desde su rodilla, por el interior de su muslo, hasta llegar al sexo, rozándolo, acariciándolo, haciendo círculos con el dedo en su exterior, y su mano derecha sujetaba las de Diana por encima de su cabeza. Estaba indefensa. No podía moverse. Tampoco quería. Estaba terriblemente excitada. Juan dejó sus labios y fue hacia sus pechos, deteniéndose en ellos, lamiéndolos, pellizcándolos, succionándolos con frenesí, mientras rozaba su sexo con el de ella, mortificándola con la promesa de la unión. Diana jadeaba de placer. Quería tocarle, acariciarle, notarle dentro de ella...

–Fóllame –le dijo, bajito.

–¿Qué? –Juan se sorprendió. Su mujer nunca decía esas cosas en la cama.

–Fóllame ahora –le ordenó, esta vez con más seguridad y, aprovechando el estupor de Juan se liberó de su mano, agarró a su marido por el culo, firme y prieto por el ejercicio, y lo atrajo hacia sí con impaciencia. Al notarle dentro de ella, se estremeció de placer.

–Oh, cómo me gusta –le susurró Juan al oído, moviéndose a un compás marcado por él.

Puso sus manos abiertas por encima de la cabeza enlazadas con las de Diana, apretando ambos al unísono para que las embestidas fueran más profundas, más salvajes, más implacables, como dos cuerpos que han estado

alejados demasiado tiempo el uno del otro, al que la fuerza de la naturaleza empuja a estar juntos.

Diana se soltó de las manos, hizo un movimiento con el cuerpo y se colocó encima de Juan. Se incorporó, cabalgando como una amazona encima de él, arriba y abajo, arriba y abajo, sin piedad.

–Ooohh, sí, así, cariño, así... No, ¡para, para, para!

Juan no quería terminar todavía. Estaba disfrutando demasiado. Volvió a colocar a su mujer debajo de él, esta vez de espaldas.

–Incorpórate –le ordenó.

Con la mano, Juan le levantó las caderas, y empujó dentro de ella. Diana gritó del ímpetu.

Juan comenzó a moverse despacio dentro de Diana, cogiéndola por las nalgas y empujando bien fuerte.

Diana arqueaba su cuerpo y gemía de placer.

–Dame un cachete...

–¿¿Qué??

–¡Dame un cachete y calla!

Juan obedeció, con miedo.

–Joder, más fuerte.

Juan estaba sorprendido, pero obedeció sin rechistar, dándole a Diana un buen cachete en el culo, mientras la embestía.

–Ohhh, síii...

Juan aceleró el ritmo de las embestidas y Diana estaba a punto de estallar. Se movía al ritmo de Juan, y sentía que no iba a poder aguantar mucho más. Cuando llegó al éxtasis no pudo evitarlo y chilló, como nunca antes había hecho. De puro placer. De pura felicidad. El orgasmo de su mujer terminó de excitar a Juan, que se dejó ir con un gemido profundo. Después, los dos cayeron rendidos, de espaldas, en la cama.

–Vaya... –Es todo lo que pudo articular Juan.

Diana sonrió pletórica. Sí, vaya. Tenían que repetirlo más a menudo. Lo de follar estaba muy bien. El sexo dulce, tierno, con banda sonora de fondo y velitas era para las películas.

Nota mental: tener más sexo guarro con mi marido.

Los dos se quedaron dormidos sin pretenderlo. Demasiadas emociones en los últimos días les habían hecho caer rendidos, agotados física y psicológicamente.

Cuando Diana se despertó, Juan la estaba observando.

– Te quiero –le dijo sin preámbulos–. Solo a ti. Desde la primera vez que te vi en aquella fiesta, tan recatada, con tu falda por la rodilla y tu jersey de cuello alto...

–¡No era de cuello alto! –protestó Diana

–No, pero casi. –Rio Juan. Parecías un pececito fuera del agua. En cuanto te vi, supe que serías tú. Para siempre.

Diana sintió una oleada de amor y ternura hacia aquel hombre. Su hombre. Tan callado pero tan sabio. Siempre decía las palabras adecuadas. Nunca decía una palabra más alta que otra. Tierno, amable, fiel. ¿Qué había esperado, que fuera perfecto? No lo era, pero ella tampoco, eso había quedado claro. Diana lo abrazó con fuerza. Había creído que nunca más volvería a hacerlo. ¡Era tan reconfortante! Era como volver a casa después de un largo viaje en solitario alrededor del mundo.

–Lo siento, lo siento muchísimo –musitó–. Creo que me he vuelto un poco loca...

–Sí, eso parece. Pero me gusta que puedas volverte loca. Aún puedes sorprenderme, y eso me gusta.

Juan se levantó de la cama y tal como Dios lo trajo al mundo se fue al salón de Noa, a buscar su ropa.

En ese mismo instante entró Noa por la puerta. Juan pensó en salir corriendo, pero ya era demasiado tarde.

Noa entró y vio a Juan intentando taparse sus partes nobles con lo primero que encontró, que resultó ser un cojín del sofá, de SU sofá.

–¡Mecagoenlaputa!

–¡Perdona, Noa! Yo..., yo...

–Calla, no días nada. Espero que sea Diana la que está ahí dentro, o te mato.

–Claro que es Diana, ¿quién iba a ser si no?

–Vale, vete, anda. –Noa se giró para evitar ver el trasero de Juan. Ya había visto suficiente por hoy–. Y llévate el cojín. Ya no lo quiero.

Ya en la habitación, Juan sacó una cajita con un precioso envoltorio azul marino del bolsillo de la chaqueta, y se la tendió a su mujer.

–Toma. Es para ti.

Diana lo abrió despacio. Era un precioso collar de Dior, negro y dorado, que refulgía bajo la luz. A veces las pruebas podían ser traicioneras. Tendría que tenerlo presente en adelante.

–Tengamos un bebé –dijo de pronto.

–¿Qué? ¿Es en serio? –Juan se incorporó en la cama, emocionado.

–Sí. –Diana afirmó, seria, con la cabeza–. Quiero tener un hijo del hombre al que amo. Y nunca va a ser un buen momento, así que... ¿por qué no ahora?

Juan abrazó a su mujer, rebotante de felicidad. Qué suerte había tenido de casarse con esa bella, dulce e inteligente mujer. Había pasado tanto miedo esos días sin ella... No se veía con ninguna otra mujer que no fuera Diana. Nunca había amado a otra. La miró a los ojos. Vio el amor en ellos. Sería una madre estupenda, estaba convencido de ello.

–¿Te parece si empezamos ahora? –le preguntó él, retozón. Su

pequeño Juan ya se había recuperado del primer asalto.

–¡No! ¡Noa está en el salón! –Diana lo apartó de un empujón.

–Es verdad, con la emoción se me había olvidado.

Diana también estaba emocionada con la decisión que acababa de tomar. Pero tendría que esperar hasta llegar a su casa. Y antes tenía que llevarse las sábanas y el cojín de Noa para lavarlos, claro.

Muchas cosas QUE CONTAR

Había un gran vacío en la casa, un vacío que ocupaba casi todo el espacio, como si hubiera un elefante invisible en el salón, y cada vez que fueras a moverte, tropezaras con él.

Tras casi un mes, seguía doliendo igual.

Daniel andaba triste y taciturno, y no le montaba ninguna escena. Álex estaba preocupada. Hubiera preferido al Daniel de siempre, movido, alegre y gritón, y no a aquella versión descolorida. Pero parecía que había entendido que su papá y su mamá ya no vivirían juntos, y él viviría con su mamá, aunque vería a papá siempre que quisiera. Y pasados los primeros días, ya no preguntaba cuándo volvería papá, lo cual era un alivio para Álex.

La vida sin Gabi era como si durante años hubieras representado una función con la misma pareja, y de repente tuvieras que representarla tú solo. Álex sentía que le faltaba una parte de sí misma, una parte indispensable, como un brazo, o una pierna.

Y el mundo giraba demasiado deprisa, como un tío vivo descontrolado, mientras ella tenía que hacer un esfuerzo para caminar. Como en uno de esos sueños de los que quieres despertar pero no puedes.

Sabía que debía pasar el tiempo, pero pasaba tan despacio... El tiempo era su gran enemigo ahora. Habría pagado una fortuna para que las hojas del calendario avanzaran unos meses como por arte de magia; para que su vida avanzara a cámara rápida y poder ser ella misma dentro de un año, recompuesta, entera y feliz.

Pero esto era la vida real y aquí no había giratiempos. Aquí tenía que pagar por sus pecados. Así que cada día se esforzaba por respirar, por andar, por ir a trabajar y por ocuparse de Daniel. La noche era un bálsamo celestial para ella. Un día más superado. Mañana dolería menos. Y poco a poco fue aprendiendo a hacer las cosas sin aquella parte de sí misma que creía imprescindible.

Sus amigas estaban resultando un gran apoyo. Aunque contárselo fue más duro de lo que pensaba.

Hablar de ello fue como echarle sal, tequila y limón a la herida, todo a la vez. Tuvo que reconocer que no había sido muy sincera con ella misma, ni con lo que ella quería de verdad. Reconoció que había sido infiel a Gabi –no dio más detalles–. Que no se había dado cuenta hasta ahora pero que no era feliz. Lloró, y lloró y lloró. Diana también lloró lo suyo y hasta a Noa se le escapó alguna lágrima, aunque intentó esconderla. Gastaron dos rollos de papel de váter. Cualquiera que hubiera entrado en ese instante habría presenciado una escena de serial de tarde domingo: pañuelos, lloros, narices escocidas, ojos hinchados, mocos –algunos en el jersey de Noa, que estaba haciendo un esfuerzo por no mirar el desastre y pensando cuándo iba a llevar el jersey a la tintorería–, abrazos, y vuelta a empezar con los lloros.

Diana y Noa iban a menudo a casa de Álex, a veces las dos juntas, a

veces separadas, cuando tenían un rato libre. En esos encuentros Álex les fue contando todo sobre Nat. Cómo la había conocido, cuándo se habían vuelto a ver, cómo se habían acostado, los mensajes de Nat..., todo.

–¡Vaya, vaya! ¡Estás llena de sorpresas! ¿Ahora te has cambiado de acera? ¿Tengo que preocuparme? Porque estoy muy buena... –Noa se acarició el cuerpo de forma sugerente, desde los pechos, pasando por la cintura, sus caderas y dándose una palmada en el culo.

–¡No seas idiota! –Noa siempre la hacía reír–. No es eso. No me gustan las chicas... Solo..., solo ella. No sé qué me pasa con ella. Me pone nerviosa, me hace sentir cosas... cuando me toca, ya sabéis... ¿Creéis que me he vuelto loca? Gabi dice que estoy teniendo la crisis de los treinta y cinco.

–Esa crisis no existe, cariño –apuntó Noa.

–Ya... Eso le dije yo.

–¿Has hablado con él? –preguntó Diana.

Álex negó con la cabeza.

–Todavía no quiere hablar conmigo.

–Bueno, dale tiempo... Esto habrá sido muy duro para él.

–Lo sé, Di... Tiene que asimilar demasiadas cosas en muy poco tiempo... Solo espero que algún día pueda perdonarme y podamos hablar de forma civilizada. Yo todavía le quiero.

–¿Y qué pasa con Nat? Tienes que llamarla –le instó Noa.

–Lo sé, lo sé. Pero no quería llamarla hasta ser medio persona. No quiero asustarla con esta cara de zombi. –Álex se señaló la cara haciendo un círculo con el dedo índice.

–Mira, nadie dice que tengáis que estar juntas ahora. Yo creo que debes recuperarte, y pasar un tiempo contigo misma –apuntó Diana–. Pero al menos habla con ella. Hazle saber cómo estás y lo que sientes... antes de que sea demasiado tarde.

Álex tuvo que insistir un poco, y vencer la sorpresa y el recelo iniciales de Nat, pero esta accedió a verla. Álex casi se hizo la permanente con el dedo mientras la esperaba. Aquella chica era, no sabía muy bien porqué, muy importante para ella y sería una gran decepción que no quisiera verla más. Y no creía estar preparada para otra gran decepción.

No podía dejar pasar más tiempo, en eso tenían razón las chicas. Nat se merecía una explicación. Si después de esa cita no quería verla más, pues tendría que superarlo, apechugar con las consecuencias de lo mal que había hecho las cosas. Si podía superar el estar sin Gabi, después de tantos años, podría estar sin Nat. Al fin y al cabo, acababa de conocerla. Pero el caso es que no quería.

Durante la espera, la cabeza de Álex daba vueltas de forma vertiginosa. Seguro que no querría verla más, seguro que no la perdonaría. Ella no lo haría si alguien se acostara con ella y luego desapareciera de la faz de la tierra y de Internet –eso era casi más grave.

Para su sorpresa, había accedido a venir. ¿Sería para decirle cuatro cosas, tirarle una copa a la cara e irse? Quizás. Empezó a pensar que haberse puesto un top nuevo no fue una buena idea.

–Hola. –La voz de Nat interrumpió los pensamientos de Álex.

El semblante de Nat era serio, aunque no parecía enfadada. Estaba tan guapa como siempre. Parecía una artista de cine, siempre perfecta, pero sin artificios. Todo natural. Álex tragó saliva. Le sudaban las manos. Se las secó en sus vaqueros sin que Nat se diera cuenta. Aquello empezaba a convertirse en una costumbre.

–Me sorprendió tu llamada después de tanto tiempo. –Era un hecho, no un reproche.

–Lo sé, pero... tenía muchas cosas que contarte. Mi vida ha sido un caos estos meses, y quería verte, pero, pero... tenía que arreglar algunas cosas antes.

–¿Cómo qué?

–Yo..., esto... Acabo de separarme, y necesitaba tiempo para estar sola, y para... asimilar todo esto.

Nat inclinó la cabeza, y observó a Álex entre intrigada y asustada.

–¿No habrás... roto tu matrimonio por mí?

–Oh, no, no... Ya estaba roto, solo que yo no lo sabía. Yo... no era feliz. Creía que lo era, pero tú... me hiciste sentir cosas que creía que nunca más volvería a sentir...

–¿Entonces estabas casada cuando...?

–Sí –reconoció Álex avergonzada.

–Oh.

–Nat, siento mucho haberte mentado. A ti, y a Gabi, a todos los que... Lo siento muchísimo. De verdad. Lo hice todo mal. Pero no pude evitarlo... No quise. –Álex miró a Nat a los ojos. A sus preciosos y grandes ojos marrones–. Porque sentí algo por ti que no había sentido desde hacía mucho tiempo. –Álex se sonrojó hasta la raíz de su pelirrojo cabello, y notaba las pulsaciones de su corazón en la sien. Hizo el ademán de cogerle la mano a Nat, pero pensó que quizás ella no querría, y la dejó en medio de la mesa, a medio camino.

–Yo... pensaba que te acababas de divorciar. Cuando te conocí tenías la marca del anillo en el dedo –señaló el lugar donde Álex había llevado su anillo de casada hasta hacía nada. Es cierto, había una marca–. Y después de acostarnos no supe nada más de ti... Pensé que a lo mejor era demasiado pronto para ti... Pensé que te habías asustado y decidí dejarte espacio. Pero habría estado bien que me contestaras los wasaps, por lo menos. Estaba

preocupada.

–Sí, tienes razón. Lo siento –reconoció Álex–. Me asusté muchísimo... –Cogió fuerzas–. No porque fuera demasiado pronto... Yo... no estaba preparada para... para ti.

Nat sonrió y la cogió de la mano con timidez, casi como si le diera miedo que saliera corriendo otra vez.

–Tú también me gustas. Y mucho. Desde la primera vez que entraste en aquel bar con ese vestido rojo y cara de corderito yendo al matadero. ¿Y ahora qué? ¿Quieres... Quieres intentarlo? ¿Tú y yo? Podemos ir todo lo despacio que quieras.

–Sí quiero. –Álex sonrió nerviosa e ilusionada–. Pero necesito ir muy despacio.

–Lo entiendo –contestó Nat–. Pero no quiero más secretos entre nosotras. No me gustan las mentiras. Para que esto funcione, necesito sinceridad ante todo.

–Vale... –Álex titubeó.

–¿Qué pasa? ¿Hay más? –Nat pareció asustarse–. ¿Has matado a tu ex, lo has cortado a cachitos y lo tienes en el maletero del coche?

Álex rio, y con la risa se le fueron también los nervios. Se sentía tan cómoda con Nat...

–No, tonta. No es eso. Yo... Quería decirte que no había estado nunca antes con ninguna chica... –Los dedos de Álex iban a velocidad vertiginosa con su pelo.

–Oh. Bueno. –Nat hizo una pausa–. Pues lo cierto es que no se notó nada. –Y le guiñó un ojo.

–¡Calla! –Álex sintió como el ardor subía a sus mejillas. Después de unos segundos, le preguntó:

–¿No estás enfadada?

Nat le sonrió, con esa sonrisa franca que tanto le gustaba.

—No, ya no. Lo estuve al principio, al no saber nada de ti, hasta que pensé que quizás estabas muy asustada. Todos hemos tenido miedo alguna vez. Pero me alegro mucho de que me hayas llamado y de que estemos aquí. El pasado, pasado está. Solo quiero que me prometas...

—¿Qué?

—Que no volverás a salir corriendo. Que cuando te asustes me lo digas. Que si vamos demasiado rápido me lo hagas saber. Como un código. Igual que en el sado, ya sabes: rojo, paraguas, o algo así.

Álex rio con ganas. Aquella chica siempre le hacía reír. Incluso en las situaciones más dramáticas o más tensas, conseguía que se olvidara de todo. ¿Cómo podía no gustarle?

—Te lo prometo.

No me HAGAS DAÑO

Ese viernes, a las ocho de la tarde, Noa se disponía a llamar a las Ketchup para ir a tomar unas copas para celebrar que habían ganado el caso de Christine y la cercanía de las vacaciones, cuando llamaron al timbre. Noa se sorprendió. No esperaba a nadie. Y aquellas no eran horas para el correo comercial ni para los testigos de Jehová.

–¿Sí? –preguntó con voz neutra al interfono.

–Soy Óscar. Abre.

Noa casi se cae de culo. ¿Óscar? ¿Su jefe? ¿En su casa? ¿Un viernes por la tarde?

–¿Noa?

Uy, con el asombro se le había olvidado abrir.

–Sí, sí, pasa.

Óscar apareció en su puerta vestido de sport, con unos vaqueros Emporio Armani –le miró el culo en cuanto tuvo ocasión–, una camiseta que

dejaba unos trabajados bíceps al aire y unos mocasines. Parecía salido de una revista. Noa tuvo que sujetarse a la silla para no caerse de lo bueno que estaba. Y ella que llevaba un mes de sequía. Desde que había roto con Marco había decidido tomarse un tiempo para pensar en qué es lo que quería de los hombres. Le gustaba pensar que la conversación con Christine no tuvo nada que ver.

–¿Qué haces aquí? –inquirió.

Por su parte, Sushi le ladró de forma amenazadora. Aunque por su tamaño no daba miedo alguno, pero eso él no lo sabía.

–Vaya, qué recibimiento. –Sonrió Óscar.

–Quiero decir que... ¿qué estás haciendo aquí? –Noa tenía dificultades para pensar.

Óscar sacó una botella de vino –Vega Sicilia– de una bolsita alargada que llevaba en la mano.

–He pensado que teníamos que celebrar que has ganado el caso –Óscar dio unos pasos hacia Noa, que aún no se había recuperado de la impresión inicial y no lo había hecho pasar.

–Bueno, todavía no sabemos el resultado... –Noa se frotó la nariz.

–Tonterías –la cortó Óscar–. Por cierto, aún tienes que explicarme lo que pasó en la sala. –Terminó de entrar y cerró la puerta.

Sushi se acercó para olisquearlo. Óscar lo miró con una ceja levantada, por si se le ocurría morderle o algo peor. Pero Sushi, después de los primeros ladridos, y de ver que su amita no estaba preocupada por aquella presencia imponente y extraña, lo dejó en paz y se fue a su pequeño camastro.

–No creo que quieras saberlo. –Noa seguía sus movimientos con la mirada.

–¿Esa mujer era la madre de Christine? –Óscar se dirigió a la cocina,

que fue fácil de encontrar, pues Noa tenía una cocina abierta al salón. No era muy práctico, por el tema del orden y de los olores, pero la verdad es que ella no cocinaba casi nunca. Comía cualquier cosa.

—No.

Quizá debería haberle mentido, al fin y al cabo era su jefe, pero su intuición le decía que era mejor no mentirle. Además, parecía saber la respuesta.

—Entiendo. ¿Y tú sabías algo de eso?

—No.

Óscar sacó dos copas de vino de la alacena.

—¿Tienes un decantador de vino?

—No. —Maldita sea, ¿es que no podía decir nada más? ¡Parecía una estúpida colegiala!

—Me lo temía. Pues nada. Habrá que beberlo así. —Óscar sirvió el vino en las copas y le pasó una a Noa—. ¿Un brindis? Por la victoria.

—Por la victoria —acertó a decir Noa.

Óscar cogió una silla de la cocina y se sentó. Noa hizo lo mismo, como si fuera su imagen en un espejo. Le parecía que el salón, que siempre le había parecido grande y espacioso, había empequeñecido. No sabía qué hacer. Aquella visita era tan inusual. Y Óscar parecía tan fuera de lugar en su immaculada cocina, llenándola con su aroma y su presencia, como una cebra en medio de una piara de cerdos.

—Tú y yo nunca hemos salido a tomar algo, fuera del trabajo, me refiero. Y creo que ya es hora.

—Bueno, técnicamente no estamos saliendo a ninguna parte, estás en mi cocina. —Noa parecía estar recuperando el habla.

—Cierto, bien apuntado, letrada. Pues digamos que ya es hora de que nos tomemos algo tú y yo, sea donde sea, ¿no crees? —Óscar la escrutó con la

mirada. Esos ojos marrones parecían querer decirle tantas cosas...

–Pues... –Noa no estaba segura de aquello. Estaba claro que Óscar le gustaba muchísimo, pero aquello podía ser complicado. Se frotó la nariz de nuevo, frunciendo el ceño.

–Noa. –Óscar se inclinó hacia ella–. Dejémonos de tonterías. He flirteado contigo, te he hecho saber que me gustas, y creo que el sentimiento es mutuo. ¿O me equivoco?

–No, no te equivocas –reconoció Noa, nerviosa como una colegiala–. Pero...

–¿Pero qué? No irás a soltarme lo de “eres mi jefe”, ¿verdad?

Noa se encogió de hombros, dando a entender que eso era precisamente lo que iba a alegar en su defensa.

–Oh, vamos. No estamos en la escuela, tú no eres una menor ni yo soy tu profesor. Aunque te imagino vestida de colegiala y... si hubiera sido tu profesor, hubiera tenido problemas para contenerme...

–¡Cállate! –Noa rio. Era el Óscar tan descarado de siempre, y tan encantador.

–Por las cosas difíciles. –Brindó Óscar, levantando su copa, y fijó sus ojos en Noa, esperando su respuesta.

Aquellos ojos parecían querer abrirle las puertas a algo nuevo, emocionante y vibrante; prometían aventuras, sexo, amor, diversión, locura, enfados, lágrimas... Prometían tantas cosas...

Noa dudó unos instantes. Tenía miedo. A que aquello no saliera bien y Óscar la dejara tirada. O lo que era peor, a que saliera bien pero Óscar la dejara tirada y hecha una braga. A necesitar a alguien. A depender de alguien. Pero por otro lado quería lanzarse. Por primera vez en su vida sentía que merecía la pena correr riesgos. Ya se había cansado del sexo esporádico y vacío. De que los tíos salieran por su puerta aún con los calzoncillos en la

mano. De que no hubiera nadie en casa esperándola cuando regresara de trabajar, ni le preguntara cómo le había ido el día. Nadie a quien quejarse de la pesada de su madre, o con quien retozar en la cama un domingo. Nadie que le trajera el desayuno a la cama o le dijera: “Hoy estás preciosa”.

Una vocecita en su interior le decía que Óscar era diferente, que era una persona atenta, divertida y cariñosa, y que merecía la pena indagar más a fondo. Lo cierto es que se había portado muy bien con su madre.

–Por las cosas difíciles.

Los ojos de Óscar le sonrieron.

–¿Vas a invitarme a cenar? –preguntó él.

–Lo haría, pero no tengo nada en la nevera. Solo agua y cervezas. Y comida preparada. Pero algo me dice que tú no eres de los que comen esas cosas.

–Tienes razón. ¿Te gusta el sushi?

Sushi, al oír su nombre, alzó sus pequeñas orejas con atención, pero cuando vio que la cosa no iba con él volvió a dormir, eso sí, con un ojo abierto, para vigilar a aquel intruso que no conocía y que olía tan bien.

–Me encanta. ¿De dónde crees que le viene el nombre a mi perro?

–¿Le has puesto Sushi a tu perro? –Óscar soltó una carcajada–. Muy original.

Mientras Noa intentaba recoger un poco el salón sin que Óscar se diera cuenta –cogió toda la ropa que vio tirada por el sofá, o en las sillas del salón, y las puso en el cesto de la ropa sucia–, Óscar se sentó en una de las sillas del salón para llamar al restaurante, fingiendo que no había visto el sofá de Noa lleno de ropa, y el caos del salón en general.

–¿Hay algo que no te guste?

–Menos la sopa de miso, me gusta todo.

–Bien, así me gusta. Pues un menú para dos y que traigan lo que

quieran. ¿Te gustan las sorpresas? –Óscar le lanzó una mirada provocativa.

–La verdad es que sí, y más cuando se presentan en la puerta de mi casa con un buen vino. –Noa se sentó en la silla de al lado.

–El vino que trae esta sorpresa es bueno, pero sus intenciones no – susurró, acercándose a Noa y atrayéndola hacia sí.

–¿Ah, no? –Noa se iba sintiendo más cómoda por momentos, y le siguió el juego.

–En absoluto. –La voz de Óscar era ahora profunda, gutural, llena de deseo.

Y Noa correspondió a ese deseo. Acercó la cara hacia él, y dejó que él hiciera el resto. Óscar la cogió de la nuca con sus fuertes manos y la besó con ansiedad, como si hubiera estado esperándolo mucho tiempo. Fue un beso largo, apasionado y húmedo, muy húmedo. Noa le mordió la parte inferior del labio.

–¡Ay! –se quejó Óscar.

–¿Te he hecho daño?

–Sí, pero puedes volver a hacerlo siempre que quieras –susurró Óscar, cogiéndola de la cintura y atrayendo la silla más hacia él.

Noa estaba incómoda así que sin pensárselo dos veces, se arremangó su vestido de Chloé que se había puesto para salir y se sentó a horcajadas sobre él.

–Vaya...

–¿Qué? ¿Te parece que voy muy rápido?

–Oh, nena, ve todo lo rápido que quieras...

Las manos de Óscar bajaron por la espalda de Noa y fueron bajando hasta sus nalgas, apretándolas con fuerza hacia él, sin dejar de besarla. Noa notó la erección de Óscar bajo sus pantalones. Ella la acarició y Óscar gimió. Noa notó cómo se le endurecía el miembro bajo su mano. Óscar la apretaba

con fuerza hacia él, moviendo sus caderas, como si quisiera penetrarla. Noa estaba cada vez más excitada.

Con una mano hábil, Óscar le desabrochó la cremallera del vestido, bajándoselo hasta la cintura y dejando al descubierto su ropa interior.

–Mmm, me encanta la ropa interior negra... No sé por qué, pero siempre había pensado que sería de ese color.

–¿Pensabas en mi ropa interior? –Fingió enfadarse Noa.

–Sí, a menudo... –Óscar sonrió lascivo, mientras le besaba los pechos por fuera del sujetador, primero uno, luego el otro, mientras con la otra mano acariciaba al pecho solitario de besos.

Noa notó como sus pezones respondían al contacto. Comenzó a sentirse húmeda.

–¿Vamos a mi habitación? –le preguntó.

–No. Aquí...

Y Óscar la agarró de la cintura, levantándola, de forma que ella estaba enfrente de él, con el vestido por la cintura.

–Desnúdate –le ordenó.

Por alguna extraña razón, no se sentía nada incómoda estando semidesnuda delante de su jefe, al contrario; las miradas de Óscar la incitaban a seguir adelante sin pudor ni vergüenza.

Noa se quitó sus Louboutin, lanzándolos en medio del salón, sin piedad ni cuidado alguno.

A continuación se quitó las finas medias, despacio, y se las arrojó a Óscar a la cara. Este las cogió, sonriendo de forma provocativa, para dejarlas luego en la silla de su lado y quitarse él sus zapatillas y sus calcetines.

Le hizo una señal a Noa con la cabeza, indicando que le tocaba a ella.

Noa se estiró la parte baja del vestido, y con un movimiento hábil lo dejó caer, pasando con elegancia sus pies por encima.

–Te toca.

Óscar se quitó la camiseta de un plumazo, dejando al descubierto sus abdominales de gimnasio, marcados, pero no en exceso. Estaba delgado, pero era pura fibra. Una “v” en sus caderas marcaba el camino hacia la gloria.

Noa tragó saliva. Con su mano derecha cogió el enganche de su sujetador y lo desabrochó. Luego sacó un brazo, luego el otro, y se quedó por unos instantes sujetándolos con las manos, antes de dejarlos caer al suelo.

Esta vez fue Óscar quien tragó saliva. Su erección ya no podía aguantar más dentro de sus estrechos pantalones, por lo que se levantó, y se desabrochó el cinturón, y luego la cremallera, dando algo de aire a su impaciencia.

Noa cogió los lados de sus braguitas negras de encaje, y despacio, fue bajándolas, hasta que resbalaron por sus piernas.

Óscar la miró de arriba abajo, con admiración.

–Madre mía –se le escapó.

Noa sonrió, coqueta.

–Ven aquí –dijo, cogiendo a Noa por la cintura y atrayéndola hacia su cuerpo. Comenzó a besarla de nuevo con pasión, mientras sus manos buscaban sus pechos para acariciarlos, primero con suavidad, luego con más fuerza, mientras apretaba su erección contra los muslos de Noa. Esta le devolvía los besos con fruición, buscando con su lengua todos los recovecos de la de Óscar, descubriéndola, saboreándola. Sentía cómo le palpitaba la parte baja del vientre cuando Óscar se apretaba contra ella. Con las dos manos le acarició su ancha espalda, bajando despacio, recreándose en su piel, hasta llegar a su culo, pequeño y prieto bajo su tacto. Le cogió los *sleeps* –ya se reiría de aquello más tarde, ahora no le apetecía– con una mano y se los bajó un poco. Óscar la ayudó, y con su mano izquierda se los bajó del todo, liberando, ahora sí, todo su poderío.

Noa miró hacia abajo. Dios mío, pensó. Pero no dijo nada, no se le fueran a subir los humos a su jefe.

Noa tomó el miembro de Óscar entre sus manos, y comenzó a acariciarlo, despacio. Óscar le cogió la mano y se la metió en su boca, mojándole los dedos con la lengua, y dirigiéndole de nuevo la mano hacia su miembro, mientras los besos iban subiendo de intensidad y de velocidad. Querían comerse, probarse, saborearse; tenían hambre después de tanto tiempo de pensarse, de desearse, de soñarse, en esos sueños que nunca se cuentan a nadie.

Los dedos de Óscar se dirigieron hacia la zona húmeda de Noa, percatándose de que esta estaba más que preparada. Le introdujo los dedos índice y corazón y los movió en su interior, entrando y saliendo, despacio. Noa gimió de placer.

—Oh, nena, estás húmeda...

—Quiero que me folles ya... —Noa le cogió la mano, sin dejar de besarle, para tratar de dirigirle a su habitación.

—Sus deseos son órdenes para mí, señorita Garrido.

Por el camino tropezaron con el sillón de lectura de Noa, con una mesita y con uno de los zapatos de Noa. Ambos rieron.

Pero en la puerta de la habitación los dos ya estaban a cien, excitados, impacientes y palpitantes. Óscar cogió a Noa por las axilas y la encajó encima de él, apoyándola contra la pared, embistiéndola sin más preámbulos.

—Oh, joder... —dijo Noa, al notar a Óscar dentro de ella, duro, ansioso.

Óscar comenzó sus embestidas, lentas al principio, disfrutando de su placer y del que provocaba en Noa, notando como se estremecía, apretándolo, conteniéndolo. Noa aceptaba las embestidas siguiendo el ritmo, apretándose contra Óscar con cada una de ellas, sintiéndolas, gozándolas, sujetando a Óscar por sus nalgas y apretándolo contra ella en cada embestida. Óscar

gruñía de placer. Sus movimientos comenzaron a hacerse más rápidos, más impetuosos, y a Noa se le escapaban pequeños gritos con cada uno de los empujones, aferrándose más fuerte todavía a Óscar, como si no quisiera soltarlo jamás.

Noa estaba a punto de correrse y no quería aguantar más. Cuando llegó el espasmo, notó cómo se le tensaban todos los músculos del cuerpo, arañando la espalda de Óscar de arriba abajo del estremecimiento, al tiempo que se dejó ir con un grito. Óscar, que estaba intentando contenerse, al contacto con las uñas de Noa se estremeció de placer, explotando dentro de ella con un profundo gemido de satisfacción.

Ese era el punto en el que los chicos solían huir. Pero Óscar no se fue. Al contrario, se puso cómodo. Devoraron el sushi en ropa interior, famélicos y sonrientes, mientras daban buena cuenta del vino que había traído Óscar.

–Estoy deseando comerme el postre –dijo Óscar.

–No hay postre.

–Oh, sí que lo hay... –Óscar le echó una mirada gamberra.

Noa y Óscar estaban tumbados en la cama después de lo que Noa calificó en secreto como el segundo mejor polvo de su vida. El primero había sido hacía veinte minutos. Óscar tenía una gran capacidad de recuperación. Sushi había acudido al rescate de su amita al oír sus gritos, pero recibió una patada y un portazo. Se fue con el rabito entre las piernas.

Noa miró a Óscar. Sus manos estaban entrelazadas.

–¿Qué vamos a hacer ahora?

–¿A qué te refieres?

–Ya lo sabes. En la oficina.

–Ah, eso.

–Sí, eso.

–¿Quieres que te despida? –bromeó Óscar.

–¡No!

–Pues entonces tendrás que arriesgarte a salir con el jefe.

–¿Y si no sale bien?

–¿Por qué no habría de salir bien?

–Porque nunca antes me ha salido bien.

–Eso es porque no estabas conmigo –contestó Óscar, plantándole un beso en los labios.

–Serás engreído. –Noa rio con ganas.

Óscar se encaramó encima de ella, preparado para un tercer asalto.

¡Bien! ¡Maratón de sexo! Su plan preferido para un fin de semana.

Epílogo

Como cada domingo desde hacía tres meses, Noa y Óscar iban a pasear al parque de la Ciutadella; era un lugar tranquilo, con rincones muy agradables, que inspiraba paz y sosiego, con sus grupos de gente haciendo taichí, o corriendo, o tumbados en la hierba, charlando. A ellos les gustaba más sentarse en uno de los bancos que había delante de la fuente, viendo los patos. Solo faltaba que Óscar sacara unas migas de pan de su bolsillo y se las tirara para ofrecer una estampa tan bucólica que hasta a la propia Noa le daría ganas de vomitar.

Habían pasado casi todas las vacaciones juntos, con escapada incluida a la costa amalfitana, en Italia, donde no habían parado de comer helado y practicar sexo italiano, como ellos lo llamaban, que venía a ser sexo normal, aderezado con un montón de palabras que Noa aprendió de Marco.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó Óscar, rompiendo el encanto.

Noa rio.

—Siempre estás igual. ¡Pero si acabamos de hacerlo!

—No, digo si vamos a vivir en tu casa o en la mía.

Noa le miró, atónita. Por su semblante grave, vio que Óscar hablaba en serio.

—¿Te has vuelto loco? —De los nervios, se le cayó el bolso al suelo.

–No. Lo que pasa es que sé lo que quiero. Y te quiero a ti, Noa Garrido. Me gusta todo de ti: tu vocabulario de camionero, ver tus braguitas tiradas en los lugares más insospechados de mi casa, que me ocupes todo el baño con tus potingues... Me gusta incluso tu madre. –Óscar soltó toda la retahíla sin quitarle los ojos de encima, calibrando su reacción.

A continuación se puso de rodillas, sacó una cajita sin envolver del bolsillo de su chaqueta y la abrió con mucha ceremonia, mostrando una llave en un llavero que representaba las balanzas de la Justicia.

–¿Quieres hacerme el honor de poner patas arriba mi casa y mi corazón? –Sus ojos marrones brillaban de esperanza y emoción, y a pesar de que intentó disimularlo, Noa detectó un ligero temblor en la voz de aquel hombre siempre tan seguro de sí mismo.

Noa se puso seria.

–No me hagas daño, o juro que...

–Nunca. –Y sus ojos no mentían.

Vaya, al final iba a resultar que Óscar era un romántico.

Desde que había recuperado a Juan, Diana estaba viviendo una segunda adolescencia. Iba por ahí con esa cara de boba, y Juan y ella iban acostándose por todas partes; Noa daba buena fe de ello. Lo habían hecho en todas las habitaciones de la casa, incluso en el coche, tras la insistencia de Diana. “Para recordar viejos tiempos”, le dijo a su marido. Incluso una noche que fueron a cenar a un restaurante elegante y bebieron un poco más de la cuenta se pusieron cariñosos en el baño de señoras, pero Diana recuperó la compostura y frenó a su ardiente marido a tiempo. Todo tenía un límite.

Ya no acudieron más a la consulta de la doctora Anaya, quien feliz por la pareja, les dio un certificado en el que se leía: “Pareja reconciliada gracias a los servicios de la señora Doubtfire”. Se lo dio con un guiño –“No

sois los únicos que me llamáis así”– y una palmadita en el trasero a cada uno.

Acababan de notificarle la sentencia y Christine estaba que echaba chispas. Declaraba su matrimonio nulo, por fraudulento y ordenaba remitir los autos al Juzgado de Instrucción correspondiente para incoar diligencias preliminares, por la vía penal. No entendía todas las palabras pero sí que aquello era malo, muy malo. La sentencia calificaba al pobre Ángel de “víctima” y al matrimonio de “engaño” “farsa” y otras lindezas. Por si fuera poco, dejaba sin efecto la autorización de residencia por causa de matrimonio; en consecuencia, cuando le caducara el permiso por vacaciones, tendría que volver a su país.

Su abogado la tranquilizó, diciéndole que era probable que no fuera a la cárcel en caso de perder, pero para ella “probable” no era igual que “seguro”. De hecho estaba muy lejos de ser lo mismo. Ella no quería asumir ningún riesgo. ¡Malditas metomentodos! ¿Por qué la habían tomado con ella? ¿Qué les importaba a ellas con quién se casara? ¡Ni que fueran la Santa Inquisición Matrimonial! Esas furcias habían desbaratado sus planes de futuro; con la suerte que había tenido encontrando a Ángel: soltero, con dinero, con dotes sociales nulas y poco cerebro. No sabía cuándo iba a volver a encontrar un caramelito como ese.

Podría recurrir la sentencia y demostrar que aquella mujer serbia no era su madre y que les cayera un buen paquete a esas dos, pero para ello tendría que traer a su madre, a la de verdad, y tendría que explicarle todo aquello... Su madre se sentiría muy decepcionada. Se imaginaba el sermón que le iba a soltar, y lo peor, su mirada de decepción, aquella mirada que tanto odiaba y que era como una punzada en el corazón. ¿Y si venía con su padre? Entonces sería todavía peor. Su padre le daría una buena bofetada y la

obligaría a volver con ellos. No, definitivamente esa no era una opción.

Cerró los puños con rabia. La ira no la dejaba pensar con claridad. Cuando se calmara, idearía su próximo paso contra esas tres. Mientras, tendría que contentarse con compartir una pequeña habitación en el cuchitril que hacía las veces de casa de Celia.

En aquel momento llamaron a la puerta. Christine abrió, todavía ensimismada en sus pensamientos. Cuando vio a Diana tardó unos segundos en reaccionar. En cuanto sus músculos dieron señales de vida, intentó cerrarle la puerta en las narices, pero Diana fue más rápida y trabó la puerta con el pie.

–¿Qué coño quieres? ¡Lárgate de mi casa! ¿Es que no has tenido bastante, *bitch*? –le espetó Christine.

–Déjame pasar. Vengo a proponerte algo.

–¡*Fuck you!* –Christine hacía fuerza para intentar cerrar la puerta.

Diana no se daba por vencida y ya tenía la pierna dentro.

–Abre, en serio. Dame dos minutos. Si no te interesa lo que vengo a decirte, me largo y no volverás a verme jamás. Lo prometo.

Christine, muy a su pesar, sentía curiosidad por lo que le tenía que decir Diana; debía ser importante si se había atrevido a ir a su casa, después de lo que le había hecho.

–*Two minuts* –accedió–. O llamo a la policía.

–No será necesario. Vengo a proponerte que trabajes para mí.

Christine soltó una risotada con todo el sarcasmo del que fue capaz.

–Sí, ya.

–Lo digo en serio. No es que me caigas bien... De hecho estás muy lejos de caerme bien, sin embargo eres buena siguiendo a la gente e inventando historias. Eso está claro... Necesito a alguien que me ayude. He hablado con el juez y está dispuesto a no llevar el asunto por la vía penal,

siempre que encuentres un trabajo de verdad o hagas doscientas horas de servicios a la comunidad y demuestres ser una buena ciudadana. En ese caso se pensará hablar a tu favor para que te renueven tu permiso de residencia. De lo contrario... –Diana hizo el gesto de despedirse con la mano–. Así que, una de dos: puedes trabajar conmigo, o puedes limpiarles el trasero a un montón de ancianos.

Christine lo pensó durante unos segundos. Deseaba con todas sus fuercas decir que no y mandar a paseo a Diana, la principal culpable de que sus planes del futuro cómodo y estable que había avistado y tocado con la punta de los dedos se hubieran ido al traste. Pero visualizó su futuro inmediato en un asilo, rodeada de viejos seniles y babeantes en pañales que le contarían siempre las mismas batallitas, dándoles de comer y, ¡oh, no!, limpiándoles el culo. Estaba claro. Tenía que aceptar aquella propuesta y tragarse su orgullo.

–¿Vas en serio?

–Del todo –afirmó Diana con rotundidad.

–¿Por qué haces esto?

–Bueno... Creo que todo el mundo merece otra oportunidad. Hasta tú.

–Hizo una pausa–. Pero si intentas fastidiarme, a mí o a mis amigas, se acabó el trato, y me aseguraré de que cumplas tus servicios comunitarios en el peor sitio posible. –Diana hablaba en serio. Iba a vigilar a Christine muy de cerca, y como se le ocurriera tontear con Juan, le rompería las piernas. Bueno, le diría a Noa que lo hiciera, que a ella no le gustaba la violencia–. A partir de ahora, lo que hagas con tu vida es cosa tuya. Tienes una oportunidad. Puedes cogerla o puedes tirarla por el retrete y seguir culpando a los demás de tus desgracias.

–*It's O.K* –accedió, seca, Christine.

–Bien. Empiezas el lunes, a las nueve en mi casa. Ya sabes dónde

vivo.

Y se marchó con la cabeza bien alta y su sentimiento de culpa bien pequeño, casi diminuto.

La cena transcurría en un ambiente agradable. Nat charlaba en una conversación distendida con las chicas, como una más. Parecía que les caía bien y Álex estaba encantada.

Tras el postre, Diana pidió a Noa que la ayudara con los cafés.

—¿Es que no sabes prepararlos tú sola? —preguntó Noa, con su falta de tacto habitual.

Tras la mirada inquisitiva que le dirigió Diana se dio cuenta de las intenciones de esta.

—¡Ah claro! ¡Que no sabes cómo va la cafetera esa nueva que te regalamos para tu cumpleaños! —Y se dirigió a la cocina.

Álex y Nat cruzaron sus miradas y sonrieron con complicidad.

—Muy sutiles tus amigas. —Sonrió Nat.

—Sí, sobre todo Noa. Tan sutil como un payaso en un funeral —añadió Álex, divertida.

Nada más entrar en la cocina, Diana disparó:

—¿Qué, qué te parece?

—Parece simpática, y es verdad que está buena la condenada; bueno, si te gustan las tías, ya sabes...

—¿Y has visto cómo se miran?

—Sí, ¡puaj! ¡Qué asco, joder! ¡Creía que iban a prenderle fuego a tu comedor y todo!

—Sí, qué envidia —suspiró Diana.

—Y que lo digas —añadió Noa, olvidando por un instante su papel de chica dura. Al darse cuenta de su desliz se dispuso a volver al salón a toda

prisa, a ver si con suerte a Diana se le olvidaba su ridículo comentario.

Cuando estuvieron de nuevo las cuatro en el salón, Álex le hizo una seña a Diana, con el pulgar de su mano derecha hacia arriba y después hacia abajo, como si estuvieran en la antigua Roma y del pulgar de Diana dependiera que Nat fuera arrojada a los leones o no. Tras unos tensos segundos, en los que se recreó, manteniendo su pulgar en horizontal, ¡oh, gracias, clemente emperadora!, Diana señaló con su pulgar hacia arriba, aderezándolo con una amplia sonrisa.

—¿Qué tal está Gabi? ¿Sabes algo de él? —preguntó Noa.

—Pues poco, la verdad. Nos vemos solo cuando le llevo a Daniel y lo trae él y casi no hablamos. Pero parece que ya está algo mejor. El otro día me preguntó si era feliz.

—¿Y tú que le dijiste? —le preguntó Nat, sonriendo.

—Que sí. —Era cierto. La cara de Álex reflejaba felicidad—. Mucho.

Agradecimientos

En primer lugar, decir que me parece increíble estar en este punto, con mi primera novela terminada y escribiendo el apartado de agradecimientos. No pensé que llegaría este día, la verdad.

Pero cuando quieres algo, cuando lo quieres de verdad, haces todo lo posible para que se haga realidad. Y eso he hecho. Pero no sin ayuda, claro.

En primer lugar, quiero agradecer al destino que pusiera aquel día en mi camino a mi amiga Eva Ros, a quien hacía años que no veía. Ella me comentó que se iba a apuntar a un curso de escritura creativa y prendió en mí una llama. Gracias a ella me apunté al curso y allí conocí a la gran escritora y mejor persona Silvia Alcántara, que me contagió su energía –bueno, una ínfima parte, porque ella tiene para dar y regalar– y su pasión por la literatura, una pasión que yo tenía adormilada. Gracias también por sus enseñanzas y por su generosidad.

A mis primeras fans y conejillos de indias: mi hija política Marta, mi cuñada Maite, Marta Olivares, Gemma Abelló, Mercè Silvestre, y todas las que leísteis los primeros capítulos de la novela y me animasteis a seguir.

A mis lectoras cero, que leyeron toda la novela y me regalaron sus comentarios: Eva Manuel, Llanos Sanmiguel y especialmente Eva Ros –sí, la misma que el destino puso en mi camino aquel día–, que con sus apuntes, comentarios y notas ha hecho que esta novela sea mejor. También por compartir mi ilusión y esta pasión que es la escritura.

A mi querida hijastra –qué feo suena, desde aquí hago un llamamiento a la RAE para que inventen otra palabra más bonita–, Marta, de nuevo, por

ayudarme con la portada que al final no fue, pero sobre todo por sus ánimos, su confianza en mí y su apoyo incondicional. Y por contagiarme su energía juvenil y aquello de “querer es poder”.

A la asociación Un Munt de Mots por ser también mis lectores cero y por sus críticas y aportaciones desinteresadas –sin ellos, esta novela se titularía Una zorrupia en apuros –que conste que me sigue gustando– y no sería lo que es hoy. También quiero aclarar que si la novela no es mejor no es culpa suya, solo mía.

A mis queridísimas *Sex and the city*, por ser tan sinceras –vale, vale, ya lo capto... ¡Que la rana no os gusta!– y por estar ahí siempre.

A todos lo que me habéis ayudado en las redes sociales a encontrar un título a esta novela. Una mención especial para Rocío Sánchez y Dani Lorente por inspirarme el título.

A mi psicóloga, por empujarme a terminar este proyecto.

Y a todos los que vais a leer esta novela, a recomendarla, a regalársela a vuestros amigos, familiares, mascotas... –No está demostrado que los perros y gatos no sepan leer–. Sin vosotros este sueño no sería posible.

Por último, pero no menos importante, a mi marido, a mi Cari, por apoyarme en este proyecto a su particular manera –“¿Cuándo terminas de una vez la puta novela?”–, por soportarme cada día, por bajar el volumen de la tele para que yo pudiera escribir, por dejarme tranquila –bueno, a ratitos– para poder “estar en el ordenador”, cosa que él odia –Cari, vas a tener que acostumbrarte–, por quererme, por hacerme reír, por darme ánimos, por..., en fin, por ser tú.

Si me he dejado a alguien, perdonadme, los que me conocéis ya sabéis que soy un desastre, así que no me lo tengáis en cuenta.

¡Gracias a tod@s!

Biografía

Ester González Escobar (1977), licenciada en Derecho por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona), ejerce como abogada desde hace 14 años por culpa de Adán, Eva y la maldita serpiente.

Su pasión por la lectura y la escritura le viene desde muy joven, cuando leyó a Enid Blyton, y ya no pudo parar. Luego llegaron las hermanas Brontë, Jane Austen, Dostoyevski y otros clásicos, que afianzaron su amor por la lectura. También es amante de lecturas más actuales. Se declara fan del estilo victoriano de Kate Morton y del chick-lit de Marian Keyes, Elísabet Benavent y Mamen Sánchez, entre otras.

Escritora de monólogos cómicos, con una obra en colaboración publicada: *Antología de comedia y humor*, por Ediciones Irreverentes, llega al panorama nacional con su primera novela chick-lit: *Entre damas anda el Juego*.

Además, es correctora profesional.



Podéis seguirla en:

<http://www.estergonzalezescobar.com/>

<https://www.facebook.com/estergonzalezescobar/?ref=bookmarks>

<https://www.facebook.com/historietasdeloscaris/>

<https://www.instagram.com/estrellada1977/>